

Subsunción real del consumo bajo el capital





Jorge Veraza
Subsunción real del consumo bajo el capital




Portada: diseño de Efraín Herrera

Primera edición, 2008

Editorial Itaca
Piraña 16, Colonia del Mar, Delegación Tláhuac,
C. P. 13270, México, D. F.
Tel. 58 40 54 52
itacaitaca@prodigy.net.mx
www.itaca.com.mx

ISBN 978-970-31-0877-0

Impreso y hecho en México



Subsunción real del consumo bajo el capital

JORGE VERAZA







ÍNDICE





Tercera parte

BALANCE PRELIMINAR DEL ESTADO ACTUAL DE LA TEORÍA DE LA SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL. SEMBLANZA DE MIS LIBROS EN RELACIÓN CON LA SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO AL CAPITAL






INTRODUCCIÓN[1] A LA SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL

"Subsunción" es un término latino utilizado por Marx para aludir al fenómeno del sometimiento o subordinación del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. ¿Cómo es que el proceso de trabajo queda sometido al capital de modo que éste pueda extraerle plusvalor, explotar a la clase obrera? Inicialmente, el capital encontró un proceso de trabajo heredado de sociedades anteriores y pudo explotarlo, pero la configuración de dicho proceso no era conveniente para una explotación "racional", así que a lo largo de los años la burguesía fue perfeccionándolo en términos tecnológicos, organizativos y metódicos, de manera que fuera funcional y más adecuado a los requerimientos de la acumulación de capital.





Así en un primer momento la burguesía se apropia del proceso de trabajo tal y como lo encuentra para explotar a los obreros una cierta cantidad de plusvalor. Este sometimiento es meramente externo puesto que el objeto subsumido —el proceso de trabajo— no ha cambiado en su índole interna, queda sometido bajo el capital sólo en su parte externa o en su *forma*. Hablaremos entonces de subsunción formal del proceso de trabajo. Pero conforme pasa el tiempo los empresarios industriosos van haciendo modificaciones al proceso laboral para poder extraer mayor cantidad de plusvalor a sus trabajadores hasta que se modifica la realidad interna del proceso pero no en un sentido cualquiera, no simplemente en un sentido "civilizatorio" o "modernizador", neutral, sino en un sentido preciso que es funcional a la explotación de plusvalor. Se modifica la realidad interna del proceso pero de una manera en que quede sometida al capital. Se habla

[1] El texto que sigue fue leído por el autor el 6 de agosto de 1996 en la inauguración del ciclo de mesas redondas *Consumo y capitalismo en la sociedad contemporánea. Problemas actuales de la subsunción real del consumo* en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Luego fungió como introducción al libro en el que bajo el mismo título se recogieron las ponencias del ciclo, publicado ese mismo año.



entonces de un sometimiento *real* o de una subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Esta es la columna vertebral de la modernidad pues de ella depende el conjunto de sometimientos posibles en la sociedad capitalista: los económicos, circulatorios, distributivos, consuntivos, así como los sociales, políticos, culturales y de la vida cotidiana.

De este modo el término "subsunción" llega a englobar al conjunto de sometimientos tanto dentro del proceso de trabajo como fuera del mismo, por ello es que Marx no le llamó *Unterordnung*, la palabra alemana con la que alude coloquialmente a "subordinación" o "sometimiento" sino que eligió una palabra latina, un tecnicismo, para resaltar así la importancia de este sometimiento.

Conforme el capital va desarrollando la estructura técnica del proceso laboral que ha sometido, también adquiere más potencia para someter otras esferas de la vida social; así es el capital puede subsumir otros ámbitos exteriores al proceso de trabajo. Solamente en el proceso de trabajo se extrae plusvalor, pero todos los sometimientos externos a la producción apuntalan la subordinación del proceso de trabajo inmediato. Así, por ejemplo, los sometimientos culturales posibilitan que la gente acepte ciertas formas de racionalidad que son acordes con el capital. En efecto, es distinto el comportamiento de un obrero analfabeto, recién llegado del campo, del comportamiento de un obrero que sabe contar y leer, que está iniciado en el pensamiento racionalista occidental, que puede utilizar máquinas y que él mismo tiene una conducta previsible, calculable. Este sometimiento cultural no permite extraer plusvalor pero apuntala la posibilidad de extraérselo a la clase obrera en el proceso de trabajo. Lo mismo ocurre con el sometimiento político, estatal, institucional, o con el sometimiento de las costumbres de la sociedad civil o de la vida cotidiana en las casas de las gentes y en general con todo sometimiento circulatorio, distributivo, o con los sometimientos que ocurren en el consumo.




De hecho el sometimiento del consumo ocupa un lugar estratégico en el sometimiento de la sociedad toda porque es el momento final en el que queda englobado el proceso de vida de la sociedad, es decir, el momento a partir del cual se reproduce en términos celulares y espirituales cada individuo. No se extrae plusvalor en esos ámbitos, pero en ellos se garantiza que se explote plusvalor a todo lo largo y ancho del proceso de trabajo local, nacional y mundial.





Asimismo en el consumo se sintetiza el conjunto de las relaciones sociales. No se trata aquí, entonces, de una condición cualquiera para la explotación de plusvalor, como otras que están también fuera del proceso de trabajo, sino de la condición final redondeante, sintetizante; ahí donde todos los amarres sociales quedan anudados.

Así pues, se trata de un tema que atañe a todos, que puede ser planteado desde las más diversas perspectivas pero que desde el principio permite hacer replanteamientos globales para mejorar la vida de todos. Se puede criticar la condición precisa de un consumo, pero en la medida en que en el consumo se sintetiza el conjunto de relaciones sociales en esa crítica se implica una subversión, una propuesta, una alternativa que integra a todo el conjunto de cuestionamientos.

Lo que afirma al conjunto de los individuos no es una necesidad por sí sola sino un sistema de necesidades. Cada individuo tiene múltiples necesidades y se afirma no en una de ellas sino solamente en ese sistema. De tal suerte, el sistema de necesidades se refleja en un sistema de satisfactores objetivos externos, mismos que corresponden a todo un sistema productivo que los genera. Y así como una necesidad se comunica con otra un consumo comunica con otro, de modo que el cuestionamiento de un consumo —si se lo hace con profundidad, con seriedad— conduce por sí mismo a cuestionar otros sometimientos de otros planos y tipos de consumo.




Esta manera de abordar el sometimiento del consumo, específicamente el sometimiento real de los diversos consumos, permite ver bajo nuevas luces los efectos que ha tenido la política económica neoliberal. Se revelan no sólo los efectos políticos ni sólo los económicos o relativos al valor, al precio, al crecimiento del producto interno bruto, etcétera, sino también una determinación que comúnmente es dejada en segundo lugar pero que es sumamente importante: ¿qué efectos ha tenido en términos materiales esta política económica? ¿Qué degradaciones materiales presenta el consumo de la gente después de 20 años de neoliberalismo? Así, por ejemplo, la salud de las personas ha sufrido una degradación material, y para apreciar ese proceso es importante reconocer no sólo cuánto dinero se destina hoy a programas de salud y cuánto se gastaba proporcionalmente 20 o 30 años antes, sino, además, cómo es que este deterioro en términos meramente cuantitativos generales o de valor, se expresa en calidades de alimentos, de aire, de ambiente, de medicamentos,



de atención médica, etcétera. Se trata, pues, de observar qué deterioros materiales cualitativos específicos han ocurrido.

También han tenido lugar deterioros ambientales y de la urbe. ¿Qué degradación material ha sufrido el bosque y qué conexión tiene ésta con las políticas recientes? ¿Qué deterioros han padecido los ecosistemas marinos? ¿La configuración de la ciudad de México es un objeto neutral? ¿Los diseños de la misma simplemente obedecen a reglas arquitectónicas, a técnicas que deben simplificar el tráfico, o hay otros intereses en juego que deterioran este objeto global que al mismo tiempo que lo tenemos enfrente constantemente nos incluye?





El sometimiento del consumo del medio ambiente y el de la urbe son al mismo tiempo premisiales y generales. En efecto, a partir de estas premisas de la reproducción de la vida humana en el planeta podemos observar el consumo inmediato más importante: el consumo alimentario, y cómo es que éste ha quedado sometido bajo el neoliberalismo. Ahora bien, la reproducción celular de los organismos de los seres humanos ocurre en su proceso de alimentación, así que de ésta depende la relación entre salud y enfermedad de los mismos. En efecto, la salud y la enfermedad no son naturales o espontáneas sino que son producidas socialmente, históricamente, a partir del tipo de alimentación. Sobre la base de la relación general de los seres humanos con la naturaleza, es decir con su hábitat, con el alimento y con su propio organismo (con el estado de salud o enfermedad que presenten) ya se pueden levantar subsiguientes consumos sociales, por lo tanto esas relaciones de los seres humanos con la naturaleza son áreas que el capital tiene que someter. Por aquí arribamos al sometimiento del consumo sexual.

Una vez vistos los consumos fundamentales de la sociedad y cómo han quedado sometidos bajo el neoliberalismo, cabe preguntarse por las respuestas de la gente ante esta miseria compleja, ante este sometimiento múltiple. Así llegamos al problema de las alternativas populares de consumo.

Ahora bien, esas alternativas deberían desarrollarse hasta fundar un modo de vida nuevo, trascendente respecto del actual. Pero este desarrollo se encuentra detenido. Uno de los factores que suspenden esta posibilidad es el consumo cultural, cuyos mensajes sometidos y sometientes son propagados por los medios de comunicación de masas, particularmente por la televisión. Las comunicaciones objetivas del capitalismo neoliberal globalizado envuelven prácticamente al mundo y neutralizan la contestación subversiva de los seres humanos contra el sistema capitalista.





Es decir, los seres humanos negados por el consumo capitalista niegan a éste a su vez, pero el capitalismo contraataca y neutraliza la rebelión. Los medios de comunicación de masas son un factor fundamental al respecto —aunque no el único—; su función integradora —tanto de lo que ataca al sistema como de lo que lo forma— da pie a que se constituya un consumo capitalista mundial. Como se ve, la labor de los medios masivos de comunicación es un factor fundamental del sometimiento globalizado del consumo.

Finalmente podemos abordar el problema del sometimiento de manera integral: ¿cómo ocurren todos los sometimientos del consumo en el mundo?, ¿qué implicaciones tienen para la gente?, ¿qué figura presenta el sometimiento del consumo a escala mundial durante la época neoliberal? Por este camino podemos explorar el sistema de necesidades actual y descubrir cómo es que está sometido realmente al capital.

Cabe incluir aquí una observación final sobre las alternativas populares de consumo y la lucha de clases.




Lo que sucede en el barrio, en el consumo obrero, en el consumo de los jornaleros en el campo, etcétera se liga directamente con el proceso de trabajo y con el nivel salarial de que gocen los trabajadores. De hecho, la gestión del consumo por parte de las clases populares —es decir, las alternativas populares de consumo— forma parte de la lucha económica básica de los sometidos frente al capitalismo. Es decir, se trata de una contrapartida respecto de las huelgas y la lucha por un contrato colectivo de trabajo, por mejores condiciones de trabajo y, en fin, de la lucha por el salario. Ahora bien, esta última lucha es insoslayable en el capitalismo puesto que éste no tiene cómo regular la explotación de la fuerza de trabajo a no ser que los trabajadores se quejen y manifiesten que ya no pueden sobrevivir con lo que ganan o que es insoportable el grado de explotación a que son sometidos. Una vez que los trabajadores atacan al capital para defenderse de él, se establece poco a poco una media normal de salarios; pero este proceso transcurre a lo largo de décadas, hasta que se establecen condiciones laborales legales que ponen un límite a la jornada de trabajo y un coto a la explotación de los proletarios.[2]

El capital quiere explotar a la clase obrera de manera cada vez más intensa, y en la medida en que el trabajador ya le vendió su fuerza de trabajo el capital puede en principio hacer con ella lo que quiera, a no ser que los

[2] *Cfr*. Karl Marx, *El capital,* tomo I, vol. 1, capítulo VIII, “La jornada de trabajo”.

trabajadores se organicen y defiendan su condición de vida, su propia vida, su fuerza de trabajo, es decir, la reproducción de la misma en condiciones más o menos normales de sobrevivencia. Así pues, la lucha económica de los trabajadores por el salario en todos sus aspectos económicos formales es insoslayable en el capitalismo. A partir de esta lucha que no trasciende los límites del sistema, que de hecho forma parte del mecanismo de regulación de la acumulación de capital, se levanta, sin embargo, la lucha cultural y la lucha política de los trabajadores contra el sistema capitalista y que posibilita, en un momento dado, destruir el sistema, trascenderlo.[3]

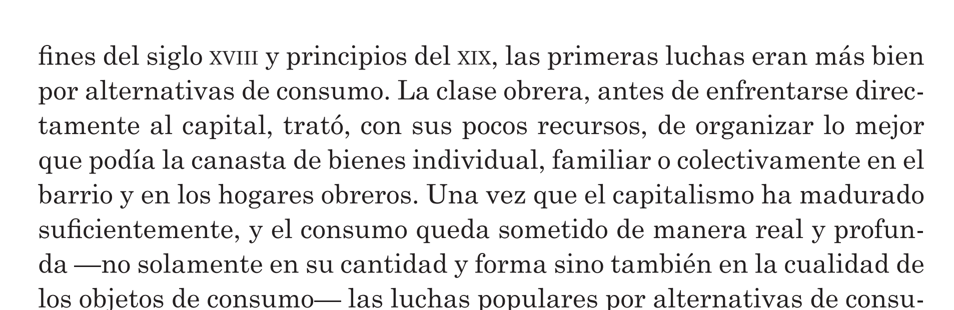
Pues bien, las alternativas populares de consumo forman parte de las luchas económicas de las clases populares contra el sometimiento capitalista. Frente al tipo de consumo que impone el sistema, ellas presentan una alternativa, una salida al arrinconamiento en que se encuentran. Sin embargo, esta lucha económica no es por una parte mayor o menor del producto, ni tampoco por unas formas legales, un contrato colectivo o unas determinadas condiciones de trabajo. En primer lugar, la lucha por el consumo ocurre fuera del proceso de trabajo, sea en el campo o en la ciudad, pero, por otro lado, existe en referencia directa no al valor sino al valor de uso, al contenido de los bienes que el salario puede comprar. Pues, en efecto, lo que el asalariado puede comprar con lo poco que obtiene puede tener varias configuraciones materiales cualitativas, tanto en lo alimentario como en lo habitacional o lo cultural, etcétera. Esta es la dimensión que nos interesa.




Al igual que la lucha económica cuantitativa y formal por el salario, la lucha por el valor de uso es insoslayable; durante largos periodos en distintos países puede no existir o mantenerse latente, pero en otros momentos aflora de nuevo. Antes de existir luchas salariales o huelgas, a

[3] “Para ‘protegerse’ contra la serpiente de sus tormentos, los obreros tienen que confesar sus cabezas e imponer *como clase* una ley estatal, una *barrera social* infranqueable que les impida a ellos mismos venderse junto a su descendencia, por medio de un contrato libre con el capital, para la muerte y la esclavitud. En lugar del pomposo catálogo de los “derechos humanos inalienables” hace ahora su aparición la modesta Magna Charta de una jornada laboral restringida por la ley, una carta magna que ‘pone en claro finalmente cuándo termina el tiempo que el obrero vende, y cuándo comienza el tiempo que le pertenece a sí mismo’. Marx resume esta trascendencia —citando los reportes de los inspectores fabriles ingleses— en el momento en que se “pone en claro finalmente *cuándo termina el tiempo que el obrero vende y cuándo comienza el tiempo que le pertenece a sí mismo*” (*ibid.*, pp. 364-365. Subrayados en el original).





fines del siglo XVIII y principios del XIX, las primeras luchas eran más bien por alternativas de consumo. La clase obrera, antes de enfrentarse directamente al capital, trató, con sus pocos recursos, de organizar lo mejor que podía la canasta de bienes individual, familiar o colectivamente en el barrio y en los hogares obreros. Una vez que el capitalismo ha madurado suficientemente, y el consumo queda sometido de manera real y profunda —no solamente en su cantidad y forma sino también en la cualidad de los objetos de consumo— las luchas populares por alternativas de consumo se generalizan en todo el mundo, incluso en México.

Pero las alternativas populares de consumo, al mismo tiempo que forman parte de manera alternante —como acabamos de ver— de las luchas económicas del capitalismo —necesarias, básicas, imprescindibles para la clase obrera e incluso para el propio capitalismo—, tienen una diferencia cualitativa esencial frente a las luchas meramente salariales formales. Por aquí deberá correr el desarrollo de las luchas obreras en los próximos lustros. ¿Por qué? Porque el problema de las alternativas de consumo no es cuantitativo, dinerario, sino cualitativo; es otro mundo el que se prefigura en el tipo de consumo diseñado por las clases populares. De momento ese diseño se atiene al conjunto de valores de uso que entrega el capitalismo, pero de ese conjunto las clases populares recortan una figura precisa que enfrentan a las condiciones de vida generales que impone el sistema; van esbozando un sistema de necesidades insubordinado respecto del capital y que clama por liberación.





La lucha por el consumo no es entonces en primer lugar —aunque sea una lucha económica— cuantitativa y formal, sino cualitativa y real, por lo cual prefigura otro modo de vida. El pueblo, como proletariado, dice cómo quiere vivir.

No se trata de una lucha en la que el capital impone el ritmo, la forma y la magnitud del movimiento, sino donde, una vez puesto en lucha, el sujeto proletario o el sujeto campesino o tal o cual etnia sometida por el capitalismo nacional o mundial, es decir, el propio sujeto colectivo popular, establece hacia dónde va. No es un tiempo puesto por el sistema sino un tiempo histórico que ya comienza a ser puesto por los sujetos. De ahí entonces la importancia de las alternativas populares de consumo. Su configuración comunitaria constituye de entrada la vivencia de una socialidad no atomizada ni cosificada, no sólo es pedagógica sino sanadora y vitalizante, directamente agitativa.

Primera parte

LUCHAS TEÓRICAS Y PRÁCTICAS EN TORNO A LA SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL







INTRODUCCIÓN

Iniciamos nuestro recorrido abordando a la subsunción real del consumo bajo el capital tanto a nivel de la realidad como del pensamiento; y como se trata de un fenómeno altamente contradictorio su vigencia involucra de modo esencial y no como adorno a añadido, una serie de luchas tanto prácticas como teóricas. De ahí el título de esta primera parte formada por cinco ensayos independientes entre sí y que pueden ser leídos en el orden que el lector tenga bien elegir; pero que en lo que sigue he ordenado al modo de capítulos que se siguen lógicamente en vista de esclarecer un objeto global del que cada uno aborda una parte, una faceta o aspecto o, mejor aún, cada vez es abordado de manera completa pero desde una perspectiva distinta cada vez, hasta que todas las perspectivas iluminan panorámicamente la realidad




Los cinco capítulos que constituyen esta primera parte tienen en el tercero su centro como, digamos, nuestro cuerpo posee un corazón. Aquí se trata de la "Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital". Desde este corazón pulsan los diversos argumentos de esta primera parte quedando unificados, pues los dos primeros capítulos apuntan al tercero y preparan su entrada para que se lo entienda mejor; pero, a la vez, el los preside virtualmente así que lo contienen como una especie de falta o carencia que espera ser llenada. Mientras que los capítulos 4 y 5 se ofrecen como una especie de consecuencia de lo que se expuso en el tercero. En efecto el primero ofrece una panorámica del movimiento internacional de 1968 contextualizado en las tres décadas que van del 60 al 90 del siglo XX (de hecho contextualizo dicho movimiento en el siglo XX en su conjunto). En esencia se trata demostrar las luchas prácticas en torno a la subsunción real del consumo bajo el capital. Pues el movimiento de 1968 como fenómeno internacional simultáneo no sólo marca un hito en la historia del mundo y del capitalismo en particular por mostrar a la vez una revolución internacional e integral —económica, social, política, cultural, sexual y, en general de remodelación de la vida cotidiana— sino por que es el síntoma, en tanto reacción multitudinaria,



como experimentaron millones de gente la vigencia de la subsunción real del consumo bajo el capital en sus diversos aspectos. O, en otras palabras, este movimiento evidenció de modo masivo la existencia de dicha subsunción que, por supuesto, había venido desarrollándose desde hacia más de cien años antes de arribar a este momento de su patencia. Y, esta fue precisamente, una lucha práctica formidable. Por su parte el capítulo 2 muestra las luchas teóricas en torno a la realidad que intenta ser pensada por el concepto que nos ocupa; y que mientras ocurrían dichas polémicas y postulaciones de tesis diversas y encontradas que ora tenían respuesta inmediata ora carecían de ella etc., por ningún lado se formulaba dicho concepto. En realidad, se forcejeaba a ciegas, digamos, intentando por diverso caminos formularlo.

Por eso es que el capítulo 3 ya nos ofrece la formulación completa de dicho concepto. Mientras que el cuarto aborda a la realidad capitalista en su conjunto como subsunción real del consumo bajo el capital pero, precisamente, para caracterizar el lado objetivo de esta; mientras que el quinto aborda a dicho conjunto pero para caracterizar su lado subjetivo: las luchas emancipatorias del fin del siglo XX y de inicios del XXI.




Así pues las luchas prácticas, las polémicas teóricas y la presentación del concepto que describe a la totalidad de la sociedad burguesa mundializada actual; y desde allí pasamos a la observación de esta totalidad en su lado objetivo y en su lado subjetivo revolucionario.

El capitulo primero presenta una realidad compleja en movimiento y se ofrece a la manera de un rompecabezas que se va completando. Así que el título del libro de Julio Córtazar 68, Modelo para armar podriamos retomarlo para describir el procedimiento expositivo de este capítulo. Pero precisamente por esta complejidad ofrecce un aspecto dual para la comprensión del lector. Por un lado es punto de partida que contextualiza con riqueza de deatalles y factores el concepto que nos ocupa, aludiendo a una serie de referentes fenoménicos propios de una historia de poco más de cien años que ora por su continuidad que ora por su contraste nos ubican en que es eso de subsunción real del consumo bajo el capital. Pero, por otro lado, la interpretación de este proceso histórico supone la formulación de dicho concepto y aún un desenvolvimiento desarrollado del mismo como para aplicarlo a realidades tan complejas y diversas. De manera que quizá el lector después de terminar el libro que tiene en sus manos se diga: "¡Ah!, así esta la cosa pero, entonces ¿cómo estuvo eso del





movimiento del 68?". Y, bien, quizá lo más pertinente es que el lector asuma ahora a este primer capítulo no como punto de partida sino como punto de llegada. Pero entonces tendríamos que este es un libro con dos corazones: el capítulo tercero con el que pulsa toda la primera parte y el capítulo primero a través del cual circula una y otra vez la exposición de todo el libro.

Pero dejemos hasta aquí la introducción a la parte primera porque ya se enreda y no sabemos si habla en serio o en broma introduce metáforas poéticas o empieza a ser ciencia ficción con seres extraterrestres de dos corazones. Cuando más bien su función debía ser aclaratoria e invitante a la lectura de lo que sigue.










PROLETARIZACIÓN DE LA HUMANIDAD Y SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL

(De la década de los sesenta a la de los noventa)[1]

En primer lugar, aclaro el título del presente ensayo. Acerca del proceso de proletarización de la humanidad no creo que haya muchas dudas: además de la proletarización general de los varones adultos, hay que incluir la del trabajo intelectual de ambos sexos y en general del trabajo femenino y el infantil. Acerca del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital, espero que en el curso de este texto quede aclarado.





1. Lo que no fueron los movimientos del 68 (en particular el Mayo francés)

Comienzo no por decir qué fue el 68 sino sobre todo qué *no* fue. No fue para nada el brote o la expresión de una revolución mundial del sujeto revolucionario comunista. Esta manera de ver el 68 equivoca completamente su significado histórico, así como el del conjunto de revoluciones que se dan en los 12 años que van de 1956 —cuando se celebró el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética— a 1968, y a partir de ese error resulta ya imposible comprender lo que sucedió después de 1968.

El punto nodal de la equivocación no consiste en exaltar la novedad del movimiento del 68 sino en situarlo en referencia a una presunta revolución mundial —se sobreentiende que comunista— en auge. Síntoma de la rebelión de un sujeto efectivamente mundial, el 68 no forma parte

[1] Ponencia presentada en el ciclo de conferencias, *Las Jornadas del 68. A veinticinco años. Experiencias, balance y trascendencia. Mirar hacia atrás para ver hacia delante,* la mesa redonda sobre "Balance histórico mundial" el día 18 de noviembre de 1993 en la Facultad de Economía de la UNAM.



ni emblematiza el auge de la revolución comunista mundial sino sólo en la medida en que también manifiesta el auge del capitalismo mundial, el cual con su presencia misma vuelve inactual la revolución comunista mundial, no digamos su auge. Así, al conjunto de movimientos sociales que ocurren de 1956 a 1968 y también los posteriores y los anteriores a este periodo hay que considerarlos más bien como parte de un ciclo de revoluciones sociales tendentes a desarrollar de diversos modos al capitalismo en el mundo, muchas veces de modo antiimperialista y parcialmente o aun globalmente anticapitalista, aunque fuera sólo en la intención.

Para que se me entienda, diré que la revolución comunista mundial no era sujeto de las acciones —como parece implicar la caracterización que critico— pues en ellas el sujeto revolucionario contestaba a la opresión capitalista en lugar imponer su acción transformadora al conjunto de la sociedad.

En lo que sigue, trataré de conceptuar el significado del 68 al medir su eficacia en el desarrollo histórico de las cuatro décadas posteriores a aquellos acontecimientos. Pero antes de esa exposición circunstanciada puedo avanzar una breve caracterización del significado histórico del movimiento mundial del 68.




2. Breve caracterización de lo que sí fue el 68

Alejandro Gálvez afirma a propósito del 68 en México[2] algo que me parece extensible al conjunto de los movimientos que ocurrieron en el mundo: “En 1968 ampliamos nuestra idea de libertad porque por primera vez la ejercimos prácticamente contra la represión.” Esta idea general puede ser precisada con una afirmación que me parece equivalente, hecha a inicios de 1968 por Katssuyuki Akiyama, dirigente de una de las alas más radicales de la Liga Nacional de los Estudiantes (Zengakuren) y de la “izquierda combatiente” japonesas

> No ignoramos que la lucha de clases no debe limitarse a un combate físico contra los gendarmes; pero este tipo de enfrentamiento es inevitable ante el poder existente. Al margen de este combate, se es cómplice de ese poder, como

[2] En la conferencia con que participó en el mismo ciclo *La jornada del 68...*



> lo es el Partido Comunista Japonés, y esto no puede conducir sino a una derrota más fácil [...] En suma, con nuestra lucha se ha manifestado la "realizabilidad" de la revolución. Nuestras piedras y nuestros garrotes, que han sido objeto de censuras, no son más que un medio indispensable para protegernos y triunfar de los gendarmes.3

Akiyama alude a los entonces recientes sucesos japoneses, pero sus palabras también caracterizan al movimiento mundial de 1968 en su conjunto. Esto no es casual. El movimiento estudiantil Zengakuren proviene de una larga tradición revolucionaria. Su lucha inicia apenas terminada la segunda guerra mundial y debió enfrentarse al desarrollo industrial forzado durante el "milagro japonés". Las tradiciones imperiales fascistas militaristas de Japón no fueron disueltas por la derrota sufrida a manos de los estadounidenses, sino que los mismos intereses de Estados Unidos en el sudeste asiático fomentaron el renacimiento de esas tradiciones para establecer la alianza económica, política y militar nipo-norteamericana contra toda la región. A partir de 1958 el movimiento se alimentó de las críticas trotskystas y maoístas al estalinismo y se desarrolló desde entonces la nueva "izquierda combatiente". A partrir de los años sesenta, ésta toma en sus manos de modo cada vez más claro la lucha contra la guerra de Vietnam.





Desde 1966, Estados Unidos tomó como base de abastecimiento y operaciones militares los puertos navales, hospitales y aeropuertos japoneses, y al mismo tiempo el propio capitalismo japonés amplía su penetración política y económica en el sudeste asiático. Así los problemas locales obreros y campesinos se imbricaban de manera inmediata con los tecnológicos y científicos y con las condiciones de enseñanza en las universidades japonesas. Y también con la resistencia contra el imperialismo estadounidense en general y en particular contra el nudo geopolítico constituido en torno a la alianza que estableció con el capital y el Estado japonés durante la guerra contra Vietnam. Estas profundas raíces histórico-geopolíticas permiten que el movimiento estudiantil japonés pueda servir para caracterizar globalmente al conjunto de los movimientos estudiantiles de 1968.

[3] Bernard Beraud, *La izquierda revolucionaria en el Japón*, pp. 76-77.

De ahí pues, que también se pueda decir que en el movimiento mundial del 68 "se ha manifestado la "realizabilidad de la revolución".

Ahora bien, al tratar de confinar el movimiento estudiantil a la universidad y escindirlo respecto de sus relaciones con obreros y campesinos, la organización estudiantil reformista del (PCJ) Partido Comunista Japonés, la Minsei, criticaba a la izquierda combatiente en los términos siguientes: "Combatir en el lugar de los hechos como dicen 'los izquierdistas' no conduce más que a abandonar nuestras bases de acción, que son, para los obreros, las fábricas y los talleres, y para los estudiantes, las universidades".[4] En el discurso reformista y empirista del PCJ se expresa de modo transfigurado el hecho de que en la situación mundial de fines de los sesenta las "bases de acción" dejaron de ser locales —fábrica, taller, universidad, etcétera— y pasaron a constituir toda la ciudad o las ciudades en plural.




El traspaso de la base de acción desde la dimensión local hacia el conjunto de la ciudad es el correlato del traspaso de la acción local y nacional hacia una dimensión internacional y mundial en la medida en que cada acción que tiene lugar en toda la ciudad está sobredeterminada por y responde a la presión geopolítica mundial. Lo que el sujeto revolucionario intentó gestionar en el 68 no es lo privado o lo local, sino lo público y lo político. La lucha se da en la sociedad civil pero no es un movimiento meramente civil y particular sino específicamente político y público internacional y aun mundial. Por lo tanto, la política de que se trata es igualmente compleja pues retoma todas las dimensiones de la vida cotidiana y de la cultura, no sólo las reivindicaciones económicas o las tradicionalmente políticas. Las luchas universitarias del 68 no se limitaban únicamente a una reforma del sistema universitario sino que buscaban incidir críticamente también en la relación de la universidad con el resto de la sociedad y transformar la perspectiva social de la ciencia y la cultura en general. El movimiento demandaba que la relación de la universidad con la sociedad fuera humanista y democrática, lo que acercaba su dinámica a posiciones socialistas, y la nueva perspectiva científica y cultural que propugnaba —precisamente por su democracia y humanismo radicalizados— se configuraba como anticapitalista y antienajenada. El saber intentaba zafarse de los límites a los que lo sometía su gestión

[4] *Ibid.*, p. 81.



en referencia a la maximización de las ganancias de las empresas. El movimiento estudiantil y de transformación del saber se perfila como expresión de unas fuerzas productivas que se revelan en contra de los estrechos márgenes establecidos por relaciones de producción limitantes y explotadoras.

En su teoría de la revolución estudiantil, el estudiante japonés de doctorado en pedagogía Norisuke Ando señala que en la etapa presente las universidades “se hallan inevitablemente imbricadas en el proceso de reorganización imperialista del mundo contemporáneo”. Las rebeliones estudiantiles se levantaban precisamente contra esta función que adquieren crecientemente las universidades; la revolución del intelecto involucrada en la revuelta estudiantil es parte de la revolución cultural. En otras palabras, no es que la revuelta estudiantil del 68 —y no únicamente en Japón— haya estado influida por la revolución cultural china, sino que en los años sesenta el mundo entero pasó por una revolución cultural que a su vez influyó a la revolución cultural china. Aquella revolución cultural mundial se originó en las transformaciones científico-tecnológicas y cumplía una función modernizadora del capitalismo, pero no puede reducirse a una mera modificación del intelecto y de las ideologías. En efecto, la modernización de la racionalidad tecnológica no sólo modificó la racionalidad espiritual (“cultural”) sino también toda la así llamada “cultura material”, es decir, de los usos y costumbres cotidianos, la moral y la interrelación entre los sexos, pero que incluye como su núcleo estructurante la presencia de nuevos valores de uso “modernos”, inéditos, tanto alimentarios como arquitectónicos y de vestido, de ocio y de transporte, de comunicaciones y urbanización, etcétera. Se trata, pues, de una estructuración o *Gestell*[5] integral que revolucionó la vida cotidiana y la cultura pero que desde fines de los años cincuenta se vio a su vez contestada desde su interior. Y el 68 fue, paradójicamente, esta contestación a lo que se dio en llamar revolución cultural, aunque estaba fundida con lo que intentaba cuestionar. Es decir, que esta revolución cultural —*beatnik*,[6] por ejemplo— formaba parte de la revolución cultural general cuya presencia básica era la del *american way of life* que vino a revolucionar




[5] Más adelante se explica este concepto.
[6] Para una crítica puntual a la perspectiva *beat* (caso de Jack Kerouak), *cfr*. el capítulo 5 de mi *Para la historia emocional del siglo xx*.

los anteriores modos de vida. Así, por un rodeo, el título de revolución cultural le venía mejor a esta parte disfuncional de la misma. Este despropósito se remachó con el surgimiento de la revolución cultural china en tanto expresión no sólo de la izquierda política sino de un país aparentemente no integrado al bloque capitalista y confrontado con la URSS. Con esta expresión fue caracterizado el subsiguiente movimiento cultural en Occidente que desde 1968 mostrara rasgos de rebeldía evidente. Esta secuencia de despropósitos es uno de los factores que basamentan la idea equivocada de que el 68 fue una "gran ruptura" cultural.

El movimiento estudiantil contestatario mundial de 1968 que por supuesto no se redujo sólo a estudiantes y profesores.

Por primera vez en la historia de la humanidad tuvo lugar una acción mundial de masas. La dimensión histórico-universal del sujeto social se mostró por vez primera concreta y práctica, un hecho a la mano. Por primera vez, cada ser humano tuvo a toda la humanidad a cuestas: una humanidad mundializada en sus manos, la llevó en la frente, en el vientre, en las piernas, en cada paso. Como quien lleva una foto o el dinero en su cartera y, aún más, como alguien en cuyas venas circula la sangre impulsada por cada latido del corazón.




El efecto del mundo sobre el individuo no fue simplemente sufrido en pasividad como en ocasión de la segunda guerra mundial, ni meramente mediada por el chovinismo en cada una de las naciones —y sólo así vuelta acción humana—. Ciertamente la condición de objeto de la acción del capital mundial que tuvo que sufrir el individuo humano en la segunda guerra mundial es característica resaltante de la segunda posguerra y madura en ella. Por ello podemos decir con toda propiedad que la segunda posguerra finalizó en 1968. En 1968 amaneció la aurora del sujeto humano mundial. Aunque aún no de manera concertada al modo de un internacionalismo conscientemente decidido, pues se trató más bien de una espontaneidad potenciada[7] que, sin concertación previa, alcanzó a configurar situaciones de lucha de clases de orden superior. Como en una cadena en la que cada gozne se halla bien soldado desde la base,

[7] Este concepto surge en la discusión sobre la organización y la espontaneidad que se desarrolla a principios de los años setenta (*cfr*., Lucien Goldmann y Serge Mallet, "Debat sur l'autogestion", *Le Nouvel Observateur*, julio 6, 1968.





quedaron articulados los segmentos nacionales, locales y funcionales del sujeto social mundial.

Desde la base, porque al terminar la segunda guerra mundial inicia en forma el fenómeno de la proletarización general de la humanidad y desde 1955 la del trabajo intelectual, cuya primera crisis tiene lugar en 1968 (Mandel). Desde la base, porque todo lo que se ha dicho hasta aquí corresponde, del lado del sujeto, a lo que del lado del objeto es la mundialización del capital en un sentido directamente industrial: el desarrollo del capital industrial en cada nación y en todo el mundo; ése es el suceso básico inédito hasta esos días en la historia del capitalismo. Pues bien, en 1968 el desarrollo mundial del capital industrial y de su empresa de sometimiento y enajenación a toda la humanidad, y en particular de explotación de plusvalor a la clase obrera, alcanzó tal insoportable magnitud que ya tuvo que ser contestado activamente por el sujeto social. En efecto, el movimiento de 1968 es en primer lugar exponente de la medida concreta alcanzada por el desarrollo mundial del capital industrial.





Así a la estructuración mundial del pseudosujeto capital[8] correspondió —una vez llegada la ocasión— la organización del auténtico sujeto social[9] en el curso mismo de la acción insurgente contra el capital, sus estados y su cultura. No podía ser sino que la juventud del mundo fuera la que anunciara la aurora de la humanidad como sujeto.

Para no crear malos entendidos, debo aclarar que si digo acerca del significado del 68 que por primera vez en la historia de la humanidad el sujeto humano mundial se levanta integrado espontáneamente y se consolida un capitalismo mundial directamente industrial, estas inauguraciones no representan ninguna "ruptura". Más bien ofrecen el cuadro de un cambio cualitativo sin ruptura y con base en una continuada acumulación cuantitativa de factores del desarrollo capitalista; acumulación que prosiguió con más fuerza después de 1968 aunque los acontecimientos rebeldes del 68 determinaron una débil modificación de forma —que no de contenido— de esos factores que se iban añadiendo en continuado desarrollo capitalista mundial.

[8] El estructuralismo, como corriente ideológica capitalista, hunde su raíz en este proceso histórico.

[9] La renovación de la conciencia crítica revolucionaria comunista mediante el desarrollo del marxismo desde sus fuentes, y especialmente como filosofía de la praxis, tiene aquí su condición material de posibilidad básica.

Situemos la magna gesta de la juventud del 68 en la historia del siglo XX.[10]

La historia del siglo XX, además de hacerse evidente en la secuencia: primera guerra mundial (1), periodo de entreguerras (2), segunda guerra mundial (3), segunda posguerra (4) —con su guerra fría y su auge y luego con la tercera gran depresión del capitalismo (la primera ocurrió entre 1871 y 1895, la segunda entre 1929 y 1935 y la tercera entre 1971 y 1982)— y la reciente reestructuración del capitalismo y caída de los países pseudosocialistas, etcétera (5), puede diferenciarse fundamentalmente en tres grandes periodos históricos.

En el primer periodo se constituyen los presupuestos del dominio mundial del capital, en el segundo ocurre dicho dominio y en el tercero éste se adecua a su ejercicio por medio del capital estadounidense. Aludamos sucintamente a estos presupuestos, a los resultados (el dominio) y a este proceso de la constitución del dominio mundial por parte del capital estadounidense en los que se diferencia la labor de la historia durante el siglo XX.



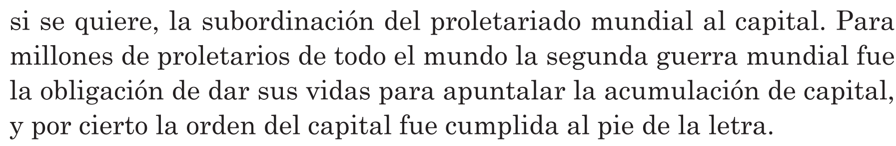


Hacia 1914 están listos los presupuestos *elementales* del contradictorio dominio mundial del capitalismo que vienen gestándose desde 1890 (al término de la primera gran depresión del sistema); hacia 1918 (fin de la primera guerra mundial) los presupuestos *formales,* y hacia 1929 los *reales*. En efecto, en la crisis de 1929 Estados Unidos se perfila como poseedor de la hegemonía económica mundial. De ahí que hacia 1929 situemos la constitución de los presupuestos reales de la hegemonía mundial por parte de una nación capitalista. Con ello se cierra el periodo de constitución de los presupuestos del dominio mundial por parte del capital (1890-1929).

El segundo periodo va de 1929 a 1945 y es el del logro del dominio mundial del capital a nivel económico (1929) y a nivel político (1945) —o, si se quiere, geopolítico— representado por Estados Unidos. La segunda guerra mundial (1939-1945), de un lado, destruye a Europa y, de otro lado, promueve a Estados Unidos como potencia hegemónica. Todas las naciones capitalistas quedan así sometidas a una de ellas.

Pero la segunda guerra mundial también expresa de modo palpable y brutal la subordinación del capital variable mundial bajo el capital, o

[10] En lo que sigue me baso en la investigación que publiqué bajo el título de *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos.*



si se quiere, la subordinación del proletariado mundial al capital. Para millones de proletarios de todo el mundo la segunda guerra mundial fue la obligación de dar sus vidas para apuntalar la acumulación de capital, y por cierto la orden del capital fue cumplida al pie de la letra.

Llegamos así al tercer periodo que se inicia en 1945 y aún no concluye, aunque a mediados de los ochenta tuvo un redondeamiento funcional.

Se trata del periodo de la adecuación social del mundo al dominio del capital estadounidense (1945-1968), y luego de la adecuación técnica a este dominio (1965-1982-2003...).

En efecto, entre 1945 y 1968 los desarrollos tecnológicos, económicos, sociales, políticos y culturales tienden a consolidar la subordinación del capital variable mundial al capital, es decir, la adecuación social del mundo bajo el dominio capitalista de Estados Unidos. A partir de 1969 se despliegan esfuerzos adicionales requeridos para mantener ese dominio que tiende a configurar el aparato tecnológico capitalista de un modo específico que hizo posible mantener el dominio sobre el capital variable mundial. El problema de lograr el dominio y el de mantenerlo son dos problemas funcionalmente distintos al igual que conectados lógica y materialmente. El periodo abierto en 1945 hace manifiesta la naturaleza dual de la subordinación del capital constante mundial bajo el capital, es decir, de la constitución de un tipo de capital constante adecuado para lograr el dominio y de otro tipo diverso —y a veces contrapuesto al anterior— para mantener ese dominio.





En relación con esta naturaleza dual del capital constante, se configura el periodo en el que se hace evidente la subsunción real del consumo bajo el capital cuyos primeros atisbos se mostraron desde 1850.

La crisis de 1971-1982 es la primera crisis auténticamente mundial y especifica radicalmente —o desde el nivel tecnológico— la problematicidad fundamental del dominio mundial capitalista global pues puso en entredicho la ganancia del conjunto de los capitales participantes en el mercado mundial. Ello desencadenó con virulencia la necesidad de la remodelación tecnológica del capital constante mundial. Los movimientos sociales de 1968 se sitúan, pues, en el gozne histórico que articula los procesos de adecuación social y técnica del mundo bajo el dominio del capital estadounidense.

Tal ha sido la odisea del capital en el siglo xx. Al arribar al siglo xxi bien podemos ir al fondo de esta odisea para esclarecerla.



3. El contenido específico de la historia del siglo xx

Ante la reestructuración del capital occidental, la caída del pseudosocialismo en los países del Este y la conformación de un mercado mundial capitalista en el que estos países confluyen con el desarrollo industrial del Oeste, el Norte y el Sur parece evidente que el contenido de la historia del siglo xx no es, como nos dijera la ideología staliniana —interpretando al Lenin del *Imperialismo. Fase superior del capitalismo*—, la crisis general del capitalismo,[11] ni la "crisis general de las relaciones sociales capitalistas" (Mandel).

El contenido específico de la historia del siglo xx, en el que se jugó la coyuntura de los años sesenta y en especial la del 68, consiste en el sometimiento integral del sujeto social mundial bajo el capital. La historia del siglo xix no pudo pretender ser plenamente mundial en un sentido capitalista específico ni, por tanto, proponerse como meta práctica inmediata el sometimiento de un sujeto social mundial, sino que a lo más pudo entreverla como esperanza por realizar en el porvenir. El contenido fundamental de la historia del siglo xix fue el sometimiento capitalista de Europa, es decir, la fundación de un modo de producción específicamente capitalista de medida continental —europeo—[12] hegemonizado por Inglaterra, contrapunteado por Estados Unidos y rodeado de varios continentes aún pre o semicapitalistas. Esta fundación histórica requirió, por un lado, destruir el feudalismo y transformar el modo de producción inmediato hasta alcanzar la figura de gran industria maquinista, y, por otro lado, someter hasta su total expropiación a una numerosa población para extraer de modo creciente plusvalor de la explotación de su fuerza de trabajo. Esta población pudo ser proletarizada, es decir convertida en fuerza de trabajo asalariada, cuando el capital alcanzó una medida continental e inicialmente desbordada fuera de Europa.




Por su parte, el contenido específico de la historia del siglo xx no es la mera extensión geográfica del modo de producción capitalista ni la extensión de la destrucción del precapitalismo y del semicapitalismo; no lo es tampoco la proletarización de la fuerza de trabajo de Europa, ni siquiera

[11] *Cfr., ibid.*, capítulo I.
[12] *Cfr.,* Jorge Veraza, *Revolución mundial y medida geopolítica de capital.*





de la fuerza de trabajo mundial. Aunque todos estos procesos extensivos prosiguieron la tarea histórica del capitalismo del siglo XIX se diferencian de éste en que en el siglo XX entregan figuras cualitativamente distintas de desarrollo histórico ya por el mero hecho de que la extensión del modo de producción capitalista tuvo lugar sobre un terreno geográfico de cualidades materiales múltiples, que determinan el ulterior desarrollo y sus contradicciones, por ejemplo, al obligar el traspaso de la hegemonía del sistema de Inglaterra a Estados Unidos. Este traspaso transcurre durante más de 50 años, desde fines del siglo XIX hasta la conclusión de la segunda guerra mundial, en 1945.

En el siglo XX la historia se caracteriza no sólo por devenir material y prácticamente mundial, es decir, no por crear el modo de producción capitalista específico, pues éste ya está creado, sino por someter al sujeto social mundial, el cual se insubordina constantemente contra cada avance del modo de producción capitalista específico. En efecto, lo propio de la historia del siglo XX no es el sometimiento de la fuerza de trabajo de la población, sea nacional o continental, ni aun mundial, sino el sometimiento del sujeto social mundial en tanto fuerza revolucionaria, es decir, en tanto sujeto trascendente respecto del capitalismo. Este proceso es simultáneo con la extensión geográfica a escala planetaria del modo de producción capitalista y la creación y sometimiento de una fuerza de trabajo mundial en tanto sujeto integrado funcionalmente al capital. Este contenido específico de la historia del siglo XX consiste en que el capital trastoca la fuerza revolucionaria de la humanidad —el sujeto trascendente respecto del capitalismo— en sujeto funcional al desarrollo capitalista, a la acumulación de capital y a la propia producción de plusvalor. La historia del siglo XX tiene así la mirada fija —obsesivamente fija— no tanto en crear un modo de producción sino en someter al sujeto en tanto sujeto, es decir en tanto sujeto trascendente, agente y creador de una historia inédita.[13]




Por ello ya casi para finalizar el siglo XX hemos podido ver que el posmodernista Francis Fukayama[14] pregona a todos los vientos —y como para destensarse, pero revelando con ello la secreta obsesión que comparte con el capitalismo mundial— el "fin de la historia" y, con otros (Oc-

[13] *Cfr.,* Jorge Veraza, *Para la historia emocional del siglo XX.*
[14] Francis Fukayama, *El fin de la historia y el último hombre.*



tavio Paz entre ellos), habla insistentemente del fin de la trascendencia histórico-revolucionaria del sujeto social y tratan despectivamente como mera "utopía" eso que tanto les arde que es la trascendencia. Si no pueden negar simple y llanamente ese codiciado fin de la trascendencia revolucionaria por lo menos lo denigran al pregonar el "fin de las utopías".[15]

Con sus exorcismos, estos débiles pensadores posmodernos ("pensamiento débil" es el término que acuñó Gianni Vattimo para definir a esta corriente) no hacen sino expresar el esfuerzo que le cuesta al capital mundial ceñir al sujeto humano. Expresan el mecanismo del capitalismo mundial del siglo XX consistente en convertir la fuerza revolucionaria trascendente en fuerza funcional al desarrollo histórico capitalista. Ellos expresan sin rodeos lo que el capital logra por un rodeo —apuntalar la explotación de la fuerza de trabajo— y hablan desmañadamente de aquello en lo que el capital se afana hasta la obsesión. Tanto y tan reiterado esfuerzo los ha debilitado pero no dejan de aportar así, con esa debilidad, su grano de arena a la tarea histórica de este capitalismo finisecular.

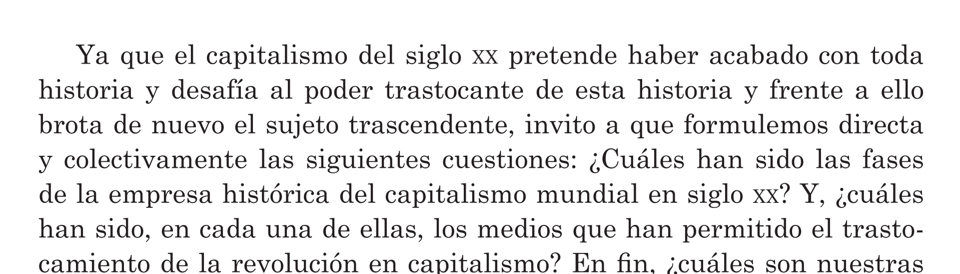



Ciertamente es eficaz el aporte de estos pensadores débiles debido a que el propio sujeto social mundial —del que forman parte— queda confundido y agotado cada vez que el capitalismo convierte su poder revolucionario en poder creador de historia capitalista. Pues bien, a partir de la década de los sesenta, y con especial virulencia en 1968, se desencadenó el potencial revolucionario de las masas y sólo logró ser completamente trastocado y vuelto funcional al capitalismo hacia mediados de los ochenta. Cuando los posmodernos empezaron a pregonar sus eslogans en los años ochenta expresaban a un sujeto social mundial gravemente deprimido y ya casi completamente reintegrado en funciones histórico-capitalistas.

En síntesis, si el siglo XX busca cada vez someter a la fuerza revolucionaria, el siglo XIX se conformaba —y no necesitaba más— con someter a la fuerza de trabajo. El capitalismo del siglo XIX produjo nuevas necesidades a las que el del XX se afana en dar satisfacción de modo consumista, es decir, recrea la necesidad de modo más urgente y complejo cada vez que parece haberla apagado.

[15] *Cfr*. para una crítica amplia sobre este lema ideológico, mi *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, primera y cuarta partes.





Ya que el capitalismo del siglo XX pretende haber acabado con toda historia y desafía al poder trastocante de esta historia y frente a ello brota de nuevo el sujeto trascendente, invito a que formulemos directa y colectivamente las siguientes cuestiones: ¿Cuáles han sido las fases de la empresa histórica del capitalismo mundial en siglo XX? Y, ¿cuáles han sido, en cada una de ellas, los medios que han permitido el trastocamiento de la revolución en capitalismo? En fin, ¿cuáles son nuestras perspectivas?[16]

Alguien podría reparar contra esta tesis —que dice que la subordinación de la fuerza revolucionaria del proletariado no es el contenido específico de la historia del siglo XX— y señalar que ya el capitalismo del siglo XIX tuvo que enfrentar los levantamientos revolucionarios del proletariado, por ejemplo cuando diversos contingentes obreros participaron con demandas independientes de las de la burguesía y la pequeña burguesía en la revolución democrático-burguesa de 1848 en Francia, Alemania y otros países europeos,[17] o en 1844 los tejedores de Silesia, o en 1871 la Comuna de París, etcétera; además, por supuesto, de tantas insubordinaciones políticas aplastadas en todo el cosmos burgués de ese entonces. Pero —más allá del hecho de que ni siquiera la Comuna de París de 1871 fue una expresión revolucionaria específica o preponderantemente proletario-comunista— este reparo sólo revela la necesidad de explicar el significado de la sistemática subordinación capitalista de la fuerza revolucionaria proletaria durante el siglo XX, lo que diferencia radicalmente las luchas de clases del siglo XIX respecto de las del XX, no obstante sus analogías y enseñanzas. Así, pues, paso a explicar la perspectiva específica.





4. El sometimiento del sujeto social revolucionario

Hoy, como en el siglo XIX, la clase dominante se enfrenta violentamente, y como contra un poder extraño, contra las revueltas y revoluciones sociales y las infiltra para mejor prever sus movimientos y frustrarlos

[16] *Cfr.* mi *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos.*
[17] *Cfr.* mi *Revolución mundial y medida geopolítica de capital.*



desde el interior, por supuesto ahora de modo más sofisticado, al estilo CIA, etcétera.

La racionalidad capitalista, en lo que tiene de consciente y voluntaria, no puede calcular con precisión estos levantamientos que hasta hoy han sido sorprendentes, pero ha podido desarrollar métodos probabilísticos y de represión y manipulación cada vez más complejos. Pero como el motivo de tales levantamientos es el propio capitalismo, en especial sus contradicciones, éstos no pueden dejar de brotar. El sistema no puede modificar su esencia, su racionalidad no se trasciende a sí misma, no puede autorregularse para impedir tales subversiones sorpresivas, ni puede prever la medida de las revueltas ni desplegar siempre, por tanto, las medidas adecuadas para contrarrestarlas. No obstante no puede dejar de insistir en vencer estos rebrotes y acabar con ellos pues tanto en el siglo XIX como en el XX hacen peligrar los equilibrios relativos del sistema, es decir, las formas dadas de distribuirse las ganancias y de garantizar su reproducción.

En fin, el capitalismo produce constantemente a sus propios sepultureros pero como enajenación y extrañamiento y sorpresa respecto de sí, por lo que no dejan de ser un poder extraño y amenazador.[18] Así la confrontación con la revolución social tiene para el capitalismo siempre algo de abstracto, mecánico e inespecífico por exterior.




La diferencia del siglo XX consiste en que a estas características básicas y formales o generales del enfrentamiento del capital con la revolución comunista —es decir, con el sujeto social en lo que tiene de históricamente trascendente respecto del capital— se añaden otras nuevas, más singulares, antes inexistentes, y que intentan ser más eficaces porque calan en la realidad específica de la revuelta y del sujeto en tanto tal.

En el siglo XX la relación entre el capital y la revolución comunista es, además de formal y exterior, más específica y de interioridad. El capital intenta no sólo vencerla como a un poder extraño sino subordinarla volviéndola parcialmente —hasta donde sea posible— funcional e interior a las formas y estructuras de desarrollo del capitalismo. Se trata —ya que es imposible acabar con el sujeto revolucionario aunque cada vez deba ser intentado este imposible— de enderezar/trastocar su impulso y su acción trascendente en otra dirección, una que lo desnaturalice, que lo

[18] *Cfr*. Jorge Veraza, *Leer nuestro tiempo, leer* El Manifiesto.





aliene. Por cierto, el capital ha sido sistemático en esta empresa durante el siglo XX, después de dedicarse a combatir sólo exterior e inespecíficamente a la revolución durante el siglo XIX. Y como digo, sin dejar de llevar hasta el fin este combate.

Ahora bien, si el sistema capitalista no puede cambiar de índole pero ésta provoca siempre revoluciones, el desarrollo capitalista sigue el camino que éstas le abren. Como no puede cambiar al objeto, hace mutar al sujeto.[19]

Ahora bien, ¿qué tuvo que hacer el pseudosujeto capital para transformar así al sujeto?, ¿cómo lo ha hecho hasta ahora? Sólo sabiéndolo podríamos enfrentarlo exitosamente. La solución histórica y estructural que el capital dio a su problema fue la siguiente: "Si no puedo cambiar mi realidad íntima y general, esa que provoca tanto malestar. Puedo sin embargo cambiar la estructura de mi cuerpo, es decir, cambiar la estructura material de los objetos particulares tanto de producción como de consumo que me constituyen. Sobre todo, al cambiar la estructura mate-





rial de los objetos de consumo en un cierto sentido que me sea conveniente, puedo trastocar al sujeto, hacer mutar su conciencia al transformar sus percepciones; puedo hacer mutar su fisiología y además introducir en su cerebro los mensajes ideológicos que me convengan. Pero me resta todavía transformar las formas básicas de organización (familiares, domésticas, sexuales, procreativas) en que se parapeta y se reproduce ese sujeto, debo orientar su reproducción y su estructura a mi favor. En síntesis, para hacer mutar al sujeto debo transformar la estructura de los objetos que consume y lo constituyen así como sus formas de organización reproductivas y arraigar estas modificaciones en nuevos objetos de consumo *ad hoc"*.

Esta empresa histórica del capitalismo en el siglo XX se concretó sobre todo después de la segunda guerra mundial, cuando ya existía una potencia hegemónica capitalista mundial: Estados Unidos. La explotación de plusvalor se orientó a la construcción de un nuevo cuerpo material de consumo y hacia la transformación de la familia monogámica que hasta aquí le había servido al capitalismo para reproducir a la fuerza de trabajo en una más compleja comunidad doméstica específicamente capitalista.

[19] Este punto se desarrolla en el ensayo inédito, "Subordinación real del sujeto social bajo el capital".

En otros términos, la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y el tipo de tecnologías que incluye debió quedar conformada en el sentido preciso de una subsunción real del consumo bajo el capital, y ésta debió contener e impulsar y luego amarrar la transformación de la comunidad doméstica capitalista. Cuando estos expedientes del capital contra el sujeto social se volvieron insoportables irrumpió la insubordinación, y en 1968 estalló de modo generalizado y espontáneo.

Como se ve, integro mi explicación de la historia del siglo XX —y en particular del 68— según lo que entiendo por subsunción real del consumo bajo el capital. Debo insistir en que este concepto es radicalmente diferente al de sociedad de consumo y otros parecidos. La subsunción real del consumo bajo el capital incluye la necesidad de un cambio tecnológico que, a mediados de los años sesenta, puso en cuestión la división internacional del trabajo y la división entre el trabajo manual e intelectual, pero también puso en cuestión la funcionalidad de la familia monogámica como núcleo de la reproducción de una fuerza de trabajo que debe servir al capital mundializado; así dio inicio una radical transformación de la comunidad doméstica capitalista. Ambos procesos conmovieron agudamente la realidad de la juventud, en particular la estudiosa. ¿Hay que insistir en que la subsunción real del consumo bajo el capital y la tecnología totalitaria que contiene incluyen la presencia creciente de cada vez más poderosos medios de destrucción que se estrenaron durante la intervención de Estados Unidos en Vietnam y que la protesta de los estudiantes de todo el mundo contra esta guerra fue la antesala de los movimientos del 68?




En este punto cabe hacer la pregunta por lo que posibilitó la experiencia del 68 como una revuelta integral y mundial. La protesta contra la guerra de Vietnam no puede ofrecer una síntesis suficiente del 68 pues los movimientos del 68 son una manifestación epidémica en todos y cada uno de los órganos del cuerpo mundial de la humanidad, una reacción integral —mundial y estructural— en términos económicos, sociales, sexuales, políticos y culturales, mientras que los movimientos antinucleares y la lucha contra la guerra de Vietnam se manifestaban contra las fuerzas productivas destructivas del capitalismo, en particular el estadounidense. Pero el movimiento internacional del 68 pudo erigirse contra todo el sistema en tanto que se orientó en contra del modo de vida capitalista positivamente afirmado por sus fuerzas productivas técnicas





constructivas; se trató de un "gran rechazo" a la subsunción real del consumo bajo el capital. Ésta fue la causa del movimiento, y muy en especial de la agudización del proceso de transformación de la comunidad doméstica capitalista.

Una época de revolución social se abre —dice Marx en el prólogo a la *Contribución de la crítica de la economía política* de 1859— cuando las fuerzas productivas de una sociedad chocan con las relaciones de producción que hasta entonces les sirvieron de marco de desarrollo. Pero existe también otra manera —correlato de la anterior— de situar y explicar una época de revolución social. La situación se vuelve explosiva cuando el desarrollo de la base económica de una sociedad entra en contradicción con la estructura libidinal de esa misma sociedad. Esta tesis es rescatada creativamente en los escritos de Herbert Marcuse[20] y antes aun en los de Erich Fromm[21] y Wilhelm Reich.[22] Pues bien, de una sociedad tiene su asiento concreto de la misma precisamente en la comunidad doméstica la estructura libidinal. Y la comunidad doméstica se ve constantemente presionada para transformarse funcionalmente en concordancia con la base económica toda. En tanto organización de las fuerzas productivas procreativas nucleares o de reproducción inmediata, la comunidad doméstica se ve directamente afectada por la organización de las fuerzas productivas técnicas.




La década de los sesenta y en particular el movimiento de 1968 explicitaron su preocupación libidinal como una de las reivindicaciones centrales del movimiento. Después de la Sex Pol de los años treinta, ha sido la única ocasión en la historia de la humanidad en que con toda claridad los agentes históricos tienen más o menos ante sus ojos y en la mano los motivos esenciales de su acción histórico-transformadora.

En lo que sigue observaremos esta síntesis histórica.

[20] *Eros y civilización. Una investigación filosófica sobre Freud* (1953).
[21] Erich Fromm, "Acerca del método y la tarea de una psicología social (psico)analítica" (1932), en *La crisis del psicoanálisis*.
[22] *Psicología de masas del fascismo* (1933).

5. La subsunción real de consumo al capital y la transformación de la comunidad doméstica capitalista

Las claves más originales de la experiencia de los sesenta y en particular del movimiento del 68 no pueden descubrirse mediante el análisis de la riqueza objetiva de la sociedad (análisis de los cuales existen muchos), sino en el de la riqueza subjetiva, que abarca desde la procreación y reproducción de los individuos hasta la organización política y la cultura mediante las cuales se los forma como seres humanos. Al igual que con la riqueza objetiva, es posible caracterizar los instrumentos, medios y objetos de transformación de los individuos, su estructura y relaciones constitutivas y también las fuerzas con las que se los produce. En el caso de la riqueza subjetiva, hablaremos no de fuerzas productivas técnicas sino de fuerzas productivas procreativas, pues la procreación es la función fundamental constitutiva de la riqueza subjetiva,[23] y distinguiremos fuerzas productivas procreativas de orden sexual, corporal y procreativo directo, pero también fuerzas productivas procreativas culturales, cuya función fundamental no es la procreación sino la educación y formación de sujetos (*Bildung*).




Pues bien, en los años sesenta del siglo xx, entre otras muchas transformaciones de la riqueza objetiva y subjetiva de la sociedad, surgen en lugares estratégicos del entramado social, en particular procreativo, dos instrumentos esenciales de la tecnología interior a las fuerzas productivas procreativas. De un lado, aparece como poderosa palanca la píldora anticonceptiva, de feliz memoria desde 1956. Su importancia estratégica consiste en que da pie a una transformación global de las relaciones sexuales. La píldora en tanto cosa se convirtió en el "argumento" más contundente en contra de la moral represiva cristiana, que identificaba falazmente sexualidad con procreación, es decir en un poderoso bisturí que permitió separar lo que naturalmente difiere pues libera a la sexualidad y al placer respecto del vínculo moral que las ataba a la procreación.

Por otro lado, en 1963 surge el LSD (dietilamida de ácido lisérgico), que inmediatamente generó toda una cultura psicodélica. Independientemente de sus efectos fisiológicos, el impacto psicológico de la nueva dro-

[23] Sobre el concepto de fuerzas productivas procreativas, *cfr*., mi "El materialismo histórico en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels.





ga incide precisamente en el borde en que lo psicológico se articula con lo cultural. Y la articulación de estos dos niveles de las fuerzas productivas procreativas, el individual (psicosomático) y el cultural, será transformada mediante el LSD en la medida en que los individuos —aunque en la sociedad burguesa existen como propietarios privados— pertenecen a ésta o aquella comunidad doméstica. Por lo tanto, el LSD incide en la articulación de la comunidad doméstica con la cultura —como lo muestran las imágenes características de la cultura psicodélica: sexualidad, hijos, campo, arco iris, alimentos vegetarianos, la pareja, animales dóciles como venados o conejos.

Si la experiencia psicodélica le revelaba al individuo la verdad de que la realidad es transformable a partir de que el sujeto se transforma y de que toda transformación interior del sujeto involucra una modificación de su percepción de la realidad y, en este sentido, una transformación de la realidad social, esta verdad tenía el significado de que al cambio en el objeto —especialmente en el objeto tecnológico y en el conjunto de la riqueza objetiva— debía corresponder necesariamente una transformación en los sujetos, en sus perspectivas morales, en su cultura y en su organización doméstica de base. Y precisamente el LSD se convierte en una palanca para concretar ambas transformaciones, pero precisamente a favor del capital y en sujetos que se hallaban más dispuestos a contestar al sistema que a cooperar con él. Además, ambas transformaciones se concretan en un momento en que la administración y la moral familiar realmente no sabían lo que querían[24] ni hacia dónde debía transformarse la comunidad domestica capitalista, y más bien insistían en seguir apuntalando a la familia nuclear monogámica no obstante su probada insuficiencia para servir a la reproducción de la fuerza de trabajo.





El LSD pudo ser esta palanca precisamente porque transformaba al sujeto sin transformar la realidad o dejándole la transformación de la realidad buenamente al capital. Transformaba al sujeto en un sentido alienante pero precisamente psicodélico, es decir, con la aquiescencia del sujeto, de modo que éste sigue obligado a comulgar con ruedas de molino pero ahora puede tragárselas con sorbitos de agua endulzada.

[24] No se insistirá lo suficiente en que no eran los jóvenes rebeldes quienes no sabían lo que querían. Era el sistema capitalista el que se portaba más contradictorio. Y sobre todo no sabía qué rumbo tomar ni qué resultado buscar respecto de la comunidad doméstica capitalista.



Ambos instrumentos de transformación —la píldora anticonceptiva y el LSD— muestran a las claras que en la década del setenta del siglo pasado el ámbito de la sociedad en el que se estaba jugando la más importante labor de molienda de la historia es la transformación de la comunidad doméstica capitalista, y por supuesto de su moral y de la concepción del mundo que la justifica y apuntala. Como todos los procesos esenciales del desarrollo capitalista, éste fue altamente contradictorio y difícil, incluso para que el propio sistema lo digiriera.

Cabe a este respecto hacer el recuento de siete rasgos sobresalientes de la historia de Estados Unidos entre 1940 y 1970, historia que es emblemática de la del mundo.

1) Nuevo desarrollo técnico y salarial y nuevos valores de uso nacidos de la industria armamentista.
2) Desarrollo del complejo militar industrial como actor que fomenta y luego contradice a la industria de paz. Este desarrollo expresa la contradicción entre el capital social mundial y Estados Unidos como hegemonista, o bien entre el capital social mundial y el capital nacional de Estados Unidos.




3) Estados Unidos afianza, desarrolla, exacerba y, luego, consolida su hegemonía sobre América Latina, Europa y, en fin, sobre el mundo.
4) Desarrollo de los medios de comunicación, en particular la televisión, para cohesionar/cohersionar al conjunto de medios de producción y al sujeto social laboral y consumidor.
5) Crecimiento del Estado y de su ingerencia en la economía y la cultura, sobre todo a causa de las guerras.
6) Modificación de las relaciones entre razas y entre los sexos, así como generacionales y de los jóvenes entre sí a partir de la proletarización creciente con base en el desarrollo industrial y la nueva tecnología. En síntesis: transformación de la comunidad doméstica capitalista para adecuarse a la nueva tecnología de subsunción real del consumo bajo el capital.
7) Todo lo que antecede configura, en síntesis, la situación que denomino subsunción real del consumo bajo el capital.



6. Los jóvenes y el antiproductivismo (*The Summer time Blues*)

Vale la pena ahora observar a los jóvenes en medio de la tensión entre el aparato tecnológico o de fuerzas productivas técnicas y el aparato de fuerzas productivas procreativas, en especial la comunidad doméstica.

El antiproductivismo —síntoma de la contradicción relativa entre la subsunción real del consumo bajo el capital y la base productivista del capital— de los movimientos de los sesenta y en particular del 68 es una expresión del rechazo generalizado al trabajo enajenado. La juventud tanto obrera como estudiantil rechazó el trabajo enajenado, el que ya efectuaba y el que estaba por efectuar. Los estudiantes rechazaban asimismo la actividad académica enajenada a la que estaban sometidos.





Este rechazo al trabajo enajenado presentó dos grandes vertientes: por un lado, el antiproductivismo de la contracultura psicodélica y el de la propuesta izquierdista de autogestión y control obrero de las fábricas, pero por otro lado, entre estas dos alternativas se extendía, como gran mancha de aceite, un antiproductivismo que no se orientaba —como aquellos— hacia ninguna alternativa laboral sea por afirmar el arrinconamiento en el que se encontraba el creciente número de desocupados, sea, o bien, por insistir en el ocio lujoso y consumista, o bien por la depresión psicológica resultante de la desocupación, del trabajo enajenado, de la actividad académica enajenada o de la molicie consumista.

En todo caso estas tendencias antiproductivistas no pueden ser entendidas simplemente a partir de su núcleo racional —afirmar el trabajo y negar el trabajo forzado— sino también a partir de la irracionalidad psicológica con la que los sujetos sociales respondían a las condiciones de existencia prevalecientes. Y como de cualquier manera también el antiproductivismo que ofrecía opciones laborales se erigía en contra del dominio capitalista patronal y autoritario, debemos asumir que el fondo psicológico general de esta hostilidad a la actividad laboral incluye un resentimiento edípico hacia el padre, sobre todo porque la mayor parte de los antiproductivistas eran jóvenes confrontados generacionalmente con sus padres. Su lema rezaría así: "No hago lo que me dices que haga ni sigo como ejemplo la actividad de los adultos".

Esto es cierto, pero la explicación psicológica tampoco es suficiente. El fundamento de este resentimiento edípico generalizado expresado preci-

samente en la hostilidad a la actividad —y no de otras formas posibles en que el resentimiento edípico puede expresarse— revela que no sólo es problemática la autoridad y su dimensión sexual introyectada sino también la actividad misma tanto por su estructura material enajenada como por ser un indeseable futuro posible para el individuo.

En efecto, el trabajo en tanto futuro posible del individuo se vio sumamente problematizado por los crecientes despidos y la modificación de la estructura laboral del capitalismo. La autoridad en general y los padres en particular habían hecho la promesa de que "si te portas bien tendrás un futuro garantizado, pues encontrarás un trabajo bien remunerado". Sin embargo a partir de cierto momento la "actividad", es decir, el trabajo enajenado, dejó de garantizar la salvación porque la promesa de la autoridad social familiar representada por los padres no podía ser cumplida. Las transformaciones del aparato tecnológico capitalista, que hicieron crecer la enajenación laboral, ponían en cuestión de manera radical el equilibrio de la familia en tanto núcleo de la comunidad doméstica capitalista que garantiza la reproducción de la fuerza de trabajo.




Así pues, el creciente dominio de la tecnología capitalista puso en cuestión la comunidad doméstica capitalista y este hecho le da toda su fuerza al resentimiento edípico, le confiere un sentido racional que atina a rechazar el sistema de vida y le da una plataforma para desplegarse de modo complejo tanto contra la economía y la tecnología capitalistas como contra sus formas de autoridad, de procreatividad y de sexualidad. Así pudieron coincidir los caminos de la crítica de la cultura y de la vida cotidiana con el de la crítica de la economía política, de la tecnología y del trabajo enajenado. Este desarrollo integral de la crítica global de la sociedad en sus diversos aspectos en la coyuntura del 68 es completamente racional y debe ser recuperado críticamente,[25] pues el modo como unas críticas se articularon entonces no siempre fue adecuado, y su integración fue presidida por simbolizaciones irracionales ancladas en la forma de familia monogámica autoritaria, si bien marcadas por un resentimiento (edípico) contra el autoritarismo que la caracteriza.

Vaya esto tanto contra las posturas triunfalistas que exaltan la revuelta estudiantil como contra las posturas reaccionarias que la quieren

[25] *Cfr.*, en el presente libro, el ensayo "Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital".





descalificar por el resentimiento edípico que incluyó, pues en ambos casos se olvida el brutal estatismo autoritario que el capitalismo ha desarrollado hasta hoy.

7. Nos hará bien echar una mirada retrospectiva

En la segunda mitad de la década de los treinta y poco antes de estallar la segunda guerra mundial,

> por las mismas fechas en que Veblen o Berle publicaban sus consideraciones acerca del creciente grado de organización de la vida económica industrial [...] y Bruno Rizzi gestaba sus ideas sobre la burocratización del mundo, exponía Friedrich Pollock sus tesis sobre el capitalismo de Estado,[26]

basadas en las del "capitalismo organizado" que esbozó Rudolf Hilferding en 1927 (en un informe presentado en el congreso social demócrata de Kiel), quien a su vez se basaba en las conclusiones de su célebre libro de 1910 *El capital financiero*. Es decir que entre 1908 y el final de la década de 1930 se había desarrollado el capitalismo en un sentido tecnoburocrático y estatalista en los principales países desarrollados.





Sin embargo, todo ello fue barrido por la segunda guerra mundial, especialmente en Europa. Asimismo, la destrucción de Europa y su reconstrucción significaron para Estados Unidos y para la URSS una modificación sustancial de las tendencias anteriores a la guerra, por donde la segunda guerra mundial no sólo destruyó al fascismo y le dio un refresco a la democracia, sino que ralentizó el desarrollo general de la tecnoburocratización y de la estatalización del capitalismo, ya muy avanzados en la víspera de la guerra. Este respiro a la democracia burguesa, propiciado paradójicamente por la matanza bélica —tal pareciera que el capitalismo maduro no puede permitirse el lujo de la democracia sino después de matanzas de millones—, no se debió simplemente a la fuerza de la ideología que señalaba a Estados Unidos —ya entonces plenamente establecido como nación hegemónica mundial— como el dual San Jorge que, por un lado,

[26] Antoni Doménech, "El diagnóstico de Jürgen Habermas", en J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública,* p. 16.

había matado al dragón del nazismo (olvidándose la gesta de los rusos), y, por otro lado, se erigía en el paladín de la democracia, sino por la gran destrucción de vidas y de riqueza, fuerzas productivas que el capital ya no podía cohesionar sino de modo totalitario. Con la destrucción de esta riqueza positiva el capitalismo eliminó lo que, para él —en su seno y en ese momento histórico—, era algo negativo. La destrucción de esta "negatividad" —varios millones de seres humanos— posibilitó la creación de nuevas fuerzas productivas técnicas cuya negatividad tardó en aparecer.

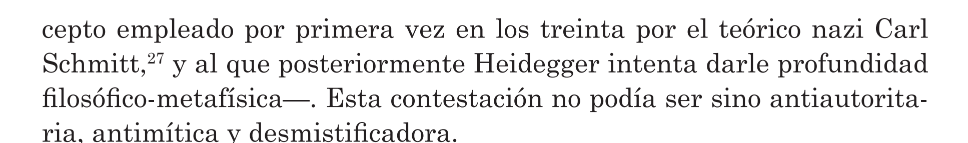
De tal suerte, entre el fin de la década de los treinta y el final de los cincuenta unos puntos suspensivos muy reales y palpables hicieron que el desarrollo de las fuerzas productivas en parte fuera frenado, en parte sólo diluido. Sin embargo la tecnoburocratización estatalista del mundo hacia fines de los treinta, en lo referente a las formas de organización política, empresarial y laboral, manifestaba el avance de una cierta figura de subsunción real del consumo bajo el capital cuyos exponentes son el cine, la radio, el automóvil, los primeros electrodomésticos, la televisión y cientos de productos más. Así, el entramado tecnológico volvió a tupirse hacia fines de los cincuenta pero ahora en una extensión geográfica mayor y en los años sesenta aparece una nueva figura de subsunción real del consumo bajo el capital a la que corresponde una tecnoburocratización y estatalización del capitalismo de grado similar a la anterior a la segunda guerra mundial.




Retrasada y modificada en múltiples aspectos, la tecnoburocratización y estatalización del capitalismo se realiza a fines de los sesenta, de ahí que los movimientos del 68 insistieran en la democratización y en la lucha contra un autoritarismo redoblado. Los puntos suspensivos históricos que impuso la segunda guerra mundial en el desarrollo de las fuerzas productivas técnicas también vincularon ambas fiiguras de subsunción real del consumo bajo el capital, la de los treinta y la de los sesenta. Y ese lazo histórico entre ambas figuras, entre los dos autoritarismos, fue un objeto de consumo, el más nocivo de todos, el cual había sido el producto genuino del esfuerzo tecnológico, político, científico y filosófico del capitalismo de los treinta: la bomba atómica. Esta herencia data de los cuarenta, y desde finales de esta década se multiplicaron el número, la sofisticación y los poseedores de estos artefactos.

El movimiento internacional de 1968 contestó a esta configuración totalitaria del mundo establecida por el capital, a este *Gestell* —con-




cepto empleado por primera vez en los treinta por el teórico nazi Carl Schmitt,[27] y al que posteriormente Heidegger intenta darle profundidad filosófico-metafísica—. Esta contestación no podía ser sino antiautoritaria, antimítica y desmistificadora.

8. Logros *específicos* de cada movimiento estudiantil nacional en el 68

El movimiento berlinés (alemán)

Tiene lugar en varios momentos entre 1959, 1966 y 1968, y su punto culminante en 1966.




1) Entregó la construcción de una teoría socialista libertaria enfrentada al capital occidental y a la URSS (en tanto figura de capitalismo) y la practicó en tácticas, estrategias y estilo de vida.
2) Ofreció la base ideológica de todo el movimiento del 68 y la teoría y la ideología más desarrolladas herederas del izquierdismo alemán y holandés de los años veinte.

El movimiento japonés

Va de 1956 a 1970 y desde 1959 es constante. Fuertemente influido desde mediados de los sesenta por el maoísmo.

Su logro específico fue revelar la “realizabilidad” de la revolución comunista, y con ello la determinación general de todos los movimientos del 68.

El movimiento francés

Influido por el maoísmo, el izquierdismo alemán y el anarquismo. Su activismo no es constante pero sí señalado a propósito de la revolución de Argelia y la protesta contra la guerra de Vietnam.

[27] *Cfr*. Carl Schmitt, “Hacia el Estado total”.



1) Su logro específico fue haber servido como detonador de la movilización proletaria y haber desencadenado la huelga general más grande de la historia del capitalismo.
2) Permitió vislumbrar la unidad del trabajo manual y el intelectual y de estudiantes y obreros en una posible revolución comunista futura, más allá del Partido Comunista, en un país capitalista desarrollado.

El "Mayo francés" es el mayor logro práctico-político de todos los movimientos del 68. Los fetiches culturales del capitalismo generaron a la vez la ilusión de que a) hubo una revolución comunista o que la pudo haber en Francia en ese momento, y b) que el 68 es una "gran ruptura".

La Primavera de Praga

Movimiento de rebrote nacionalista y de inspiración marxista antistalinista cuyas primeras expresiones datan de mediados de los cincuenta.




1) Reveló, con su carácter no preponderantemente estudiantil o juvenil, la unidad de la lucha de clases.
2) Y tambén la unidad entre la lucha de clases y la lucha de afirmación nacional, en este caso contra el imperialismo soviético.
3) Pero asimismo, por contra, la unidad de todos los restantes movimientos en los que sí fue preponderante la actuación estudiantil juvenil. Así, subrayó, por un lado, la paradoja hasta el punto de creer que no hay unidad internacional entre la lucha de Praga y Occidente pero, por otro lado, obliga a observar la unidad mundial de todos los movimientos del 68 en un nivel más profundo que el de la sola analogía de su carácter estudiantil y juvenil. Revela, por el contrario, la unidad del movimiento del 68 desde el nivel del desarrollo tecnológico mundial del capitalismo y sus repercusiones geopolíticas, que contrapusieron al bloque capitalista occidental con el bloque capitalista oriental reputado de socialista
4) Reveló la unidad capitalista de todo el movimiento y su anclaje férreo en las funciones del desarrollo capitalista.





El movimiento italiano

1) Se recorre hacia 1969 y la primera mitad de los setenta, y busca desde el principio extender la experiencia de unidad estudiantil-obrera en la qua resultó el mayo francés. Así, revela en mayor medida que otros la imposibilidad de la revolución socialista efectiva durante la coyuntura.
2) Muestra asimismo la unidad entre las transformaciones del sujeto social, por más abruptas qua se presenten, y el desarrollo tecnológico capitalista.
3) También deja ver la continuidad entre las transformaciones políticas y culturales del sujeto social —expresadas por el movimiento estudiantil y el movimiento obrero— y las transformaciones sexual-procreativas y domésticas que se expresan en el movimiento feminista.

El movimiento de Berkeley y de Estados Unidos en general





Movimiento constante durante 1960-1968. De ideología democrático-burguesa a veces entintada de socialismo y anarquismo.

1) Reveló la condición del estudiantado
   a) como "clase social oprimida" y por tanto unida con las otras clases oprimidas, y con ello
   b) la unidad de la lucha democratizadora con la lucha por el socialismo,
   c) de los otros por uno mismo desde el nivel individual, y por tanto
   d) el internacionalismo práctico del movimiento.
2) También mostró la identidad entre política y modo de vida expresada en
   a) la organización de unos individuos con otros bajo la forma de comunas afinitarias y en
   b) y en la unidad de la crítica negativa y la crítica positiva (alternativa/hippies), es decir, la identidad entre política revolucionaria negativa y el modo afirmativo de vida en su dimensión más general y trascendente, la cual sin embargo no tuvo una expresión constante,



c) sino que dicha contradicción vivió en el proceso, y en el resultado del 68 vive su unidad efímera en otro producto que lo es también de la lucha contra la guerra de Vietnam: la paz.

3) Por tanto, finalmente, esa misma contradicción pudo revelar a la paz como fuerza productiva transformadora para la lucha de clases. Mostró la identidad de paz y lucha. El de Berkeley fue el movimiento de mayores alcances utópicos y a la vez el menos teórico y politizado. En Estados Unidos la opresión y la positividad tecnológica son más amplias y complejas, es decir, tiene una figura más desarrollada y, por tanto, general y simple. De ahí que la contestación sea más sofisticada prácticamente a la vez que teóricamente detenida y contaminada por drogas, televisión, sentido común cosificado, etcétera.

El movimiento de México

Reveló:



1) la total irracionalidad del capital, bajo la forma de represión política sangrienta;
2) la influencia internacional de los movimientos sociales, y por tanto
3) la validez de la comunicación y de la memoria de las experiencias sociales, y
4) además, contra el mito de la Revolución de Mayo, evidenció los límites históricos generales del conjunto de los movimientos estudiantiles del 68 precisamente porque en este caso tuvo lugar en un país del Tercer Mundo tan limitado como México.

Si bien la tragedia del 68 mexicano apuntala por el lado negativo la idea de “ruptura”, a la vez subraya el “No se olvida”. En fin, remarca la indicación histórica de que debemos superar los mitos positivos y negativos y reforzar sin mito la memoria de la experiencia.

Llegamos ahora a un punto decisivo, es el momento de intervenir en un interesante debate.





9. Diálogo entre Dani el Rojo y Jean-Paul Sartre

Esta discusión nos permite reflexionar el tránsito de la crítica de la universidad a la crítica total y la relación dialéctica entre ambas, punto de equilibrio en el que todos los movimientos del 68 se balancearon.

Así por ejemplo el Mayo francés arranca críticamente de los resultados a los que había llegado la revuelta de Berkeley. Algo palpable, por ejemplo, en la siguiente formulación: si "los estudiantes no constituyen una clase", y por ende no son claros sus intereses objetivos ni sus reivindicaciones, "¿quiénes son sus opresores, salvo todo el sistema?" Esto lo dice Daniel Cohn Bendit en la entrevista que J. P. Sartre le hiciera el 20 de mayo de 1968.[28] La conclusión es que entonces las reivindicaciones estudiantiles y la revuelta serán totales, como su opresión, pues su opresor es el capital social como un todo.





La idea de Cohn Bendit es correcta pero responde insuficientemente a la cuestión que plantea Sartre, quien le señala que tal respuesta "supone la existencia permanente de un movimiento 'antiinstitucional' que impide a las fuerzas estudiantiles estancarse". Pero tal movimiento permanente es imposible pues el que la revuelta de los estudiantes contra el sistema deba ser "total" en gracia al tipo de opresor que enfrenta no garantiza su permanencia. Sartre cuestiona la siguiente proposición de Cohn Bendit: "No esperamos construir una universidad de tipo socialista en nuestra sociedad porque sabemos que la función de la universidad seguirá siendo la misma en tanto no cambie la totalidad del sistema." Esta tesis es correcta, pero va a dar base a la creencia de que en la cohesión del sistema puede haber momentos de ruptura que pueden aprovecharse para abrir brechas.

He aquí el problema en la política de Cohn Bendit y en su idea sobre el movimiento y la coyuntura del 68, pero también es el error de muchos autores posteriores que han intentado explicar aquellos acontecimientos. Es un fenómeno notable: cuanto más se desarrolla el sistema capitalista y más integrados en él se encuentran los pensadores de izquierda más

[28] Véase Jean-Paul Sartre, "Diálogo entre Jean-Paul Sartre y Daniel Cohn-Bendit", en Mario Pellegrini (ed.), *La imaginación al poder. París Mayo 1968.*



fulgurante quieren ver éstos la ruptura del 68 y asumen como propias las luminosas ideas de Cohn Bendit acerca de aquella coyuntura.

La idea utópica de Cohn Bendit de que puede haber rupturas en la cohesión del sistema sin destruir al sistema tiene su origen en una vieja utopía proudhoniana muy influyente en los medios políticos radicales franceses. Marx la critica en 1857 refiriéndose a la propuesta del proudhoniano Alfred Darimon con la que se pretendía transformar al capitalismo sin revolucionarlo mediante un sistema de bonos horarios.[29] En Daniel Cohn Bendit el planteamiento no es tan torpe. Él sabe que sólo una revolución del modo de producción capitalista —no una reforma circulatoria, cultural o académica— puede transformar realmente este sistema, pero cree que puede haber revoluciones localizadas sin cambiar al sistema como un todo.[30] Dentro de esos límites, la idea proudhoniana le parece viable si, se la concibe en un plan no reformista sino de revuelta violenta y militante.

Por supuesto la idea de conjunto es falsa y cae por su propio peso, pero no deja de ser parcialmente verdadera y muy eficaz en tanto táctica política, en particular —aunque no solamente— en la coyuntura de fines de los sesenta y para el tipo de reivindicaciones que el estudiantado debía levantar. En este respecto Daniel Cohn Bendit supera con mucho a los observadores académicos contemporáneos.




Cohn Bendit comprendió que en el capitalismo de los sesenta las reformas sólo eran posibles mediante rebeliones puesto que todavía no era el tiempo de la revolución. Es así como contesta a Sartre cuando éste afirma que "todo lo que ustedes hacen a través de la violencia es retomado por los reformistas de una manera positiva". Cohn Bendit ve con claridad que "el cambio radical de las estructuras de nuestra sociedad sólo sería posible si se produjera de golpe la coincidencia de una crisis económica grave con la acción de un fuerte movimiento obrero y de un fuerte movimiento estudiantil". Es claro que estas condiciones no se presentaban entonces, así que de ningún modo el 68 pudo constituir una ruptura radical. A lo más que aspiraba Cohn Bendit eran rupturas localizadas en

[29] Karl Marx, *Grundrisse. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, pp. 41 y ss.

[30] Esta idea reflejaba la distinción militar estadounidense entre guerras limitadas y guerras totales (nucleares, etcétera). "Así como ellos hacen guerras locales nosotros podemos hacer revoluciones localizadas", tal sería la suposición rebelde en aquellos años.





el seno de la cohesión del sistema. El reformismo mediante revueltas es una táctica correcta por ejemplo para el movimiento sindical —y el ecologista y antineoliberal en general— pero es teóricamente insostenible como estrategia global. Por ahora se trata de observar menos la argumentación táctico-política de Conh Bendit y más el tipo de problema que quiere resolver.

Sartre le enfrenta la formulación básica del problema:

¿Creen ustedes poder obtener "mejoras" que introduzcan realmente elementos revolucionarios en el universo burgués, que hagan por ejemplo que la enseñanza impartida en la universidad esté en contradicción con la función principal de la universidad en el régimen actual que es la de formar cuadros bien integrados en el sistema?

Cohn Bendit responde que a las reivindicaciones puramente materiales, por ejemplo de restaurantes o de viviendas comunitarias, puede dárseles contenidos revolucionarios. Y en cuanto a la pregunta de fondo de Sartre, contesta que



> la enseñanza burguesa, aún reformada, producirá cuadros burgueses. La gente será aprisionada en el engranaje del sistema. En el mejor de los casos, se volverán miembros de una izquierda benévola pero seguirán siendo, objetivamente, engranajes que aseguren el funcionamiento de la sociedad.



Una vez determinados los extremos del problema al que se enfrenta el movimiento estudiantil, estamos listos para comprender la propuesta de Cohn Bendit:

> Nuestro objetivo es poner en marcha una "enseñanza paralela" tanto técnica como ideológica. Se trata de que nosotros mismos volvamos a poner en marcha la Universidad sobre bases completamente nuevas, aunque esto no dure más que unas pocas semanas. Acudiremos a los profesores de izquierda y de extrema izquierda que estén dispuestos a trabajar con nosotros en los seminarios y a apoyarnos con sus conocimientos —renunciando a su condición de profesores— en la experiencia que emprenderíamos.
>
> Podríamos inaugurar seminarios en todas las facultades —por supuesto nada de clases magistrales— sobre los problemas del movimiento obrero, sobre la utilización de la técnica al servicio del hombre, sobre las posibilidades que ofrece la automatización. Y todo esto no simplemente desde un punto

> de vista teórico (no hay un solo libro de sociología que no comience hoy por la frase "Hay que poner la técnica al servicio del hombre") sino planteando problemas concretos. Esta enseñanza tendría evidentemente una orientación contraria a la del sistema en uso, por lo que la experiencia no podría durar mucho tiempo: el sistema reaccionaría inmediatamente y el movimiento sucumbiría. Pero lo importante no es elaborar una reforma de la sociedad capitalista sino lanzar una experiencia de ruptura completa con esta sociedad; una experiencia que no dura pero que deja entrever una posibilidad: se percibe algo, fugitivamente, que luego se extingue. Pero basta para probar que ese algo puede existir (pp. 51-52).

En efecto, el problema de que la enseñanza burguesa oprime a los estudiantes está allí, pero la solución dista mucho de estar a la mano, esa es la paradoja del movimiento estudiantil en su conjunto. El fenómeno se expresa en el plano académico y como problema, pero su solución depende de lo que ocurra en otro lado, en la producción material; la solución pasa por el papel del trabajo intelectual y éste por el de la división del trabajo y el del aparato tecnológico capitalista, y a partir de la racionalidad técnica involucra a toda la racionalidad del sistema, a toda la cultura. Así cuando los estudiantes se topan con el problema comienza para ellos una especie de revolución permanente que jamás parece alcanzar solución. Pero el sistema constantemente integra a través de reformas parciales las reivindicaciones de las revueltas estudiantiles. Esto ocurrió tanto antes como después del 68.




Pero el fenómeno también presenta la cara que tuvieron las cosas en el 68. El intento de solucionar el problema de la enseñanza desencadena un movimiento social mucho más vasto que el estudiantil y académico, un movimiento social que sigue la veta de la vía de solución, esto es, que se expande hacia la clase obrera, hacia la crítica de la vida cotidiana, hacia una transformación cultural y política globales, etcétera. Al avanzar por la vía de la solución el movimiento parece olvidar la solución y más bien se dedica a resolver otros problemas económicos, políticos, sociales y culturales que también están allí. Por eso J. P. Sartre puede terminar la entrevista afirmando que

> lo interesante de la acción que ustedes desarrollan es que lleva a la imaginación al poder [...] Hay algo que ha surgido de ustedes que asombra, que



> trastorna, que reniega de todo lo que ha hecho de nuestra sociedad lo que ella es. Se trata de lo que yo llamaría la expansión del campo de lo posible. No renuncien a eso. (p. 54)

Ya hemos visto en qué consiste el motor contradictorio de esa “expansión del campo de lo posible” y también las ilusiones que puede generar tanto en el curso de los acontecimientos como en observadores posteriores.

Para concluir, unas palabras acerca de la perspectiva teórica que estoy usando aquí.

10. La subsunción real del consumo bajo el capital y el análisis histórico




La prolongada prosperidad capitalista de la segunda posguerra mundial suscitó la perspectiva braudeliana de la larga duración y la mandeliana —retomada de Kondratiev— de los ciclos de onda larga con sus fases ascendente o expansiva y descendente opresiva. Ambas —aunque incluyan múltiples contenidos— se resisten a explicar la temporalización histórica duradera tomando como principio el contenido material de los procesos sociales. Son formalistas por cuanto subordinan a sus intentos de explicación los múltiples contenidos materiales que incluyen.[31] No es casual que estas perspectivas resulten esencialmente limitadas cuando intentan pensar el 68 y su significado histórico posterior.[32] Quienes insisten en que en 1968 hubo una gran ruptura intentan convertir en fuerza la flaqueza de estas ideas pero sólo proyectan en el *continuum* histórico su propia crisis. Proyectan fuera de sí su propia miseria al quebrarse en tantas presuntas explicaciones históricas cuando creen descubrir la gran ruptura que engalana y glorifica no se sabe si el año de 1968 (“¡el 68!”) o la gesta humana que aconteció ese año en aquel espacio geográfico y social.

[31] Se trata de formaciones ideológicas epistemológicamente isomorfas con la subsunción real del consumo bajo el capital.
[32] También discuto la perspectiva braudeliana —retomada por Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi— así como la de Eric Hobsbawm y de otros para comprender el siglo xx en mi *El siglo de la hegemonia mundial de Estados Unidos.*



La larga duración del proceso de constitución del capital mundial y de la consolidación de la hegemonía estadounidense sobre el mismo (debacle del pseudosocialismo incluida) no se explica con esquemas formales de larga duración sino atendiendo al contenido material que el capital debe someter, es decir, el mundo como valor de uso mundial tecnológico y procreativo, productivo y consumtivo, socioecónomico, político y cultural.[33] Este valor de uso es sometido por el capital en el mismo movimiento cada vez que es producido, explotado, degradado y "modernizado". El concepto de subsunción real del consumo bajo el capital permite explicar esos "largos" años que constituyen la historia del siglo XX con base en su contenido histórico y teniendo como interlocutor al sujeto humano, principal contenido que debe ser sometido por el capital.

El movimiento mundial de 1968 no fue una ruptura en el desarrollo histórico capitalista, ni en el de su desarrollo económico ni en el de sus formas políticas. Tampoco se rompió ningún "borde" (Gilly).[34] En verdad nada del capitalismo se rompió. Sin embargo, hubo algo inédito en medio de la continuidad.




11. ALGO INÉDITO Y EN CONTINUIDAD, HE AHÍ LA PARADOJA

Eso "inédito en continuidad" que se produjo en 1968 tuvo en verdad poca fuerza, poca influencia en el desarrollo histórico del capitalismo. Si se quiere, tuvo influencia sólo en los "bordes"; les dio un cierto tono, una cierta forma a contenidos desarrollados con posterioridad en un sentido capitalista.

Pero es en referencia al proceso de constitución de un sujeto revolucionario mundial y a la formación de una cultura propia de este sujeto —proceso en curso en el presente y en lo porvenir— que ese fenómeno es valioso y puede ser muy influyente. Digo "puede ser" y no que ya es porque ese algo inédito puede perderse en el olvido en la medida en que el 68 no fue ninguna "ruptura" ni algo cuyo sentido sea patente por sí mismo sino que requiere de actos humanos posteriores para especificar ese sentido.

[33] *Cfr. ibid.*
[34] *Cfr.,* su ensayo "1968. La ruptura en los bordes".





Aquí lo esencial no es lo que le ocurrió o no objetivamente a la historia capitalista sino la memoria del sujeto histórico. Y, como digo, puede perderse en el olvido aquello inédito y que aunque no lograra ninguna ruptura marcó —como a una res— al capital. O también, sin olvidarse por completo, eso inédito del 68 puede seguir siendo lo que ha sido hasta hoy, es decir, un acontecimiento transfigurado en uno de los mitos del capitalismo mundial, en cuyo museo ya se encuentra listo para que quien quiera recordar y analizar lo ocurrido aquel año más bien consuma otro mito más. Así el proceso de constitución del sujeto mundial revolucionario queda, si no anulado, por lo menos contenido, en suspenso. Si los sujetos vivos actuales no rescatamos en su especificidad este fenómeno inédito éste se pierde o se transfigura y nuestro desarrollo se retrasa pues desaprovechamos la oportunidad de usar esa experiencia total para nuestra formación. El 68 constituye una fuerza productiva que pertenece a la riqueza subjetiva de la humanidad. La riqueza que los estudiantes y obreros del 68 construyeron con sus experiencias sólo es útil para el desarrollo de las subjetividades —para el perfeccionamiento de la riqueza subjetiva contra el capital—, y sólo en caso de que sepamos retomarla, de que hagamos el esfuerzo de distinguirla en la continuidad del desarrollo capitalista. Pero precisamente ese esfuerzo se ve frustrado si proyectamos —así sea negativamente— como ruptura de ese desarrollo aquella experiencia inédita y valiosa de la movilización social al cosificarla se la entregamos al capital, nos alienamos respecto de ella.




Es nuestra experiencia, nuestra elección, nuestra memoria lo que está en juego tal y como se pusieron en juego —incluso sin la seguridad de que fueran a romper nada y sin garantías de que iban a ser importantes— los valientes jóvenes del 68. Se trata de comunicar nuestra experiencia con la de ellos por sobre los tiempos, y esto es posible precisamente porque entre ellos y nosotros transcurre una continuidad temporal sin rupturas, una continua historia de opresión. Necesitamos esa conexión porque la historia capitalista se reestructura para proseguir ampliadamente su designio de opresión, enajenación, degradación y muerte.





APÉNDICE

1. LOS MITOS DEL 68 GENERAN NUEVOS MITOS (SOREL, MARIÁTEGUI)

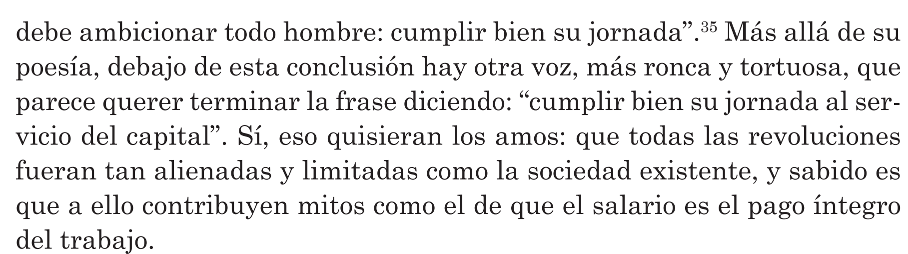
El Che Guevara, al lado de otros mitos locales y por supuesto muchas verdades, estuvo presente en cada uno de los movimientos libertarios del 68 como una figura mítica impulsora. También se alimentaron de mitos los gobernantes y los jefes policiacos que intentaron controlar y reprimir a los movimientos del 68 para justificar la brutalidad, intransigencia y ceguera política con que respondieron a los estudiantes. Lo mismo en París, Tokio, Berkeley o México se atacaban a transparentes demandas democráticas como si fueran oscuras conjuras subversivas a las que había que aniquilar.




El trabajo de la historia crítica y científica consiste en revelar la verdad de los sucesos y así explicar los mitos, si los hubo, pero no justificarlos. Más aún si la historia debe dejar de ser un producto enajenado de los seres humanos y pasar a ser conscientemente hecha por ellos. Hacer la historia sin alienarse en ella —es decir, realizando todo el contenido de la palabra *hacer*— coincide formalmente, en el plano de la práctica, con el modo no mítico de escribirla. Hacer la historia en su verdad, en ello consistiría el modo crítico-científico de hacer la historia que es propio de la revolución comunista. Y todas las revueltas y revoluciones sociales podrán ser medidas por este rasero para saber cuál es la función histórica que cumplen más allá de sus intenciones. La medida en que hayan alcanzado una radicalidad específicamente comunista puede verse por el grado en que son conscientes de su verdad, qué tanto la formulan o trastocan míticamente. Pero si la historia crítico-científica se dedica a justificar los mitos en cuanto ingrediente histórico de los movimientos sociales —a la manera de Sorel o Mariátegui— dificulta que la historia sea hecha en su verdad, no digamos que sea escrita en forma fidedigna.

Lo anterior constrasta flagrantemente con la idea que se tiene comúnmente acerca de las revoluciones como combates religiosos en los que se actúa porque se cree y donde sólo la creencia nos impulsa a combatir. Así piensa por ejemplo Mariátegui cuando concibe al hombre histórico como "iletrado" que no duda, que "no ambiciona más que lo que puede y





debe ambicionar todo hombre: cumplir bien su jornada".[35] Más allá de su poesía, debajo de esta conclusión hay otra voz, más ronca y tortuosa, que parece querer terminar la frase diciendo: "cumplir bien su jornada al servicio del capital". Sí, eso quisieran los amos: que todas las revoluciones fueran tan alienadas y limitadas como la sociedad existente, y sabido es que a ello contribuyen mitos como el de que el salario es el pago íntegro del trabajo.

Igualmente, cuando Mariátegui dice que "ninguna revolución prevé la revolución que vendrá aunque en la entraña guarde su germen"[36] es evidente que habla de revoluciones enajenadas, burguesas. Por lo demás, todavía no se conocen otras, pero no por ello cabe decretar, como él lo hace —y como muchos siguen haciéndolo—, que toda revolución debe proceder así para validarse como tal o que de otro modo ni siquiera existirá. Esta idea de Mariátegui se parece mucho a la del empresario capitalista que al afanarse en obtener ganancias no importa a costa de qué se tiene a sí mismo como el último hombre, y, rapaz y egoísta, no prevé para otros, para el futuro. Su máxima es "Después de mí, el diluvio", para depredar a la fuerza de trabajo y a la naturaleza. Al contrario, la revolución proletaria es comunitaria, y cuanto mayor contenido proletario tiene una revolución más posible le es prever futuras revoluciones que la completen.




Mariátegui hereda el error del "mito de la lucha final", de Sorel, quien a su vez lo recibe del mito nietzscheniano del "eterno retorno", ése que no puede sino cancelar toda esperanza, como ya Bloch lo denunciara.[37] Y ¡ay del historiador que quiera ver en la historia sólo ciclos, ciclos de rebeldía que se repiten y se renuevan!

No, no más historia cíclica en la que siempre se exalta el poder de lo viejo, el poder del pasado contra el presente vivo, de modo que jamás puede surgir un verdadero futuro que trascienda los ciclos. El dominio del trabajo muerto sobre el trabajo vivo es lo que hace que se piense de manera cíclica incluso a las revoluciones contra el trabajo muerto, es decir, contra el capital. Este modo de pensar confunde las revoluciones burguesas con la revolución proletaria y no permite medir el grado en que

[35] José Carlos Mariátegui, citado por Adolfo Gilly, *op. cit.*, p. 83.
[36] *Ibid.*, p. 82.
[37] Ernst Bloch, *El principio esperanza*, tomo III, pp. 25 y 33.





la conciencia y la práctica proletarias pueden determinar esta o aquella revolución burguesa y sacarla de sus casillas cíclicas o míticas, alienadas. Marx decía que las revoluciones burguesas "extraen su poesía del pasado"[38] —es decir, se inspiran en mitos— pero la revolución proletaria la extrae del futuro y por ello se afana por la verdad.

Sin embargo muchos creen que la única manera en la que el historiador científico-crítico podría ponerse del lado de los revolucionarios es justificando sus mitos. Así, tratando de zafarse de esta falsa premisa, pero creyéndola verdadera, Jürgen Habermas respondió indirectamente —en la introducción de 1971 a la nueva edición de *Theorie und Praxis*— a los feroces embates estudiantiles que se le dirigieran desde 1968: "de ningún modo puede la teoría, en contextos *concretos,* legitimar las *arriesgadas* decisiones [cuajadas de mitos] de la acción estratégica" (los subrayados son míos, J. V.). La pulcra formulación académica de Habermas no deja de ser, sin embargo, equívoca, pues no aclara si eso de que la teoría "no puede" —como él dice— se refiere a ésta ante lo concreto, o a "lo arriesgado" de las decisiones y las acciones. En todo caso, cualquiera de las dos respuestas sería errónea pues la teoría sí puede desplegarse en lo concreto y en lo arriesgado; es sobre todo en estos dos terrenos donde cumple su función. Lo que no puede de ninguna manera es legitimar el error y el mito, pero sí arriesgadas decisiones y acciones que no sean erróneas.



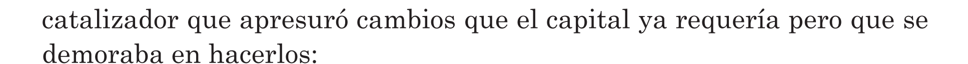

No sólo se crearon mitos en 1968 sino que ahora se crean nuevos mitos acerca del 68, no los legitimemos.

2. 1968: NO RUPTURA SINO INTEGRACIÓN EN EL DESARROLLO CAPITALISTA

Si el 68 no fue una ruptura, ¿de qué modo no lo fue y, en fin, cómo se integra en el desarrollo histórico capitalista? Se puede decir —como lo hace Adolfo Gilly— que ese "desafío" o "amenaza" de ruptura determinó cambios en el orden establecido, cambios que después se llamaron "modernización" o "reestructuración"[39] del capitalismo. El 68 sería así un

[38] Karl Marx, *"La guerra civil en Francia"* (1871).
[39] Adolfo Gilly, *op. cit.,* pp. 25-33.




catalizador que apresuró cambios que el capital ya requería pero que se demoraba en hacerlos:

> Sin la disputa del comando del capital en los lugares de producción, no se habría apresurado la introducción de las tecnologías microelectrónicas ni la reorganización de la producción ni los rápidos cambios en la empresa, el trabajo, el uso de la información —en una palabra, en toda la relación de capital—.[1]

En realidad este es el caso de casi todas las modernizaciones capitalistas no sólo del aparato tecnológico, sino políticas y culturales. Marx reveló este mecanismo con toda puntualidad a propósito del desarrollo general de la maquinaria y la gran industria (*El capital*, tomo I, capítulo XIII). La modernización de los años setenta y la reestructuración de los ochenta del siglo XX constituyen un aspecto particular. He aquí un modo adecuado, dialéctico, de explicar los sucesos históricos, ellos mismos dialécticos. Sin embargo esta explicación no es específica pues no fueron precisamente los movimientos del 68 los que apresuraron la aludida modernización. Este papel lo desempeñó un proceso muy cercano en el tiempo a los movimientos del 68 y que fácilmente se puede confundir con ellos. Se trata de la más grande crisis económica vivida por el capitalismo, iniciada en 1971, tres años después de 1968, año en que el capitalismo se encontraba más bien en la cresta del auge. Después, entre 1971 y 1973 —años iniciales de la crisis que prosiguió, con breves recuperaciones, hasta 1982—, tuvieron lugar movimientos obreros y sindicales potentísimos en Europa, Estados Unidos, México, etcétera y son éstos, junto con la crisis, los que apresuraron la modernización y reestructuración del capitalismo.




Cierto que el factor fundamental de la modernización capitalista no fue la competencia entre capitales o, si se quiere, la contradictoria relación capital-capital, sino la contradicción entre el capital y el trabajo. Como bien lo dice Gilly cuando habla de esta modernización o reestructuración de la relación de capital: “no fue la competencia entre capitales, como una visión de las apariencias podría indicar, sino la *disputa límite entre trabajo y capital* la que impulsó al inicio a éste a su radical y

[1] *Ibid.*, p. 78.





global reestructuración. Sobre ésta, la competencia [entre capitales] por supuesto hizo su obra, y a fondo".[2]

Es cierto, pero la "disputa límite entre capital y trabajo" no ocurrió en 1968 sino, como digo, después. Y por cierto no fue en torno al límite del capitalismo sino simplemente en torno al límite del plusvalor que el capital podía extraer en aquel momento, de donde deriva el límite que impuso entonces a los salarios y al conjunto de las condiciones materiales y políticas de existencia de los individuos.

Por supuesto que para explicar el funcionamiento de la estructura del capitalismo —como Marx lo hiciera en *El capital*— así como el desarrollo histórico del capitalismo, es decir, el desarrollo de esa estructura, hay que darle más peso a la relación capital-trabajo que a la relación capital-capital, o competencia entre capitales, y más peso a la lucha de clases que a la competencia. Pero no hay que confundir —como en la argumentación de Gilly— el movimiento del 68 —movimiento de los *sujetos* sociales contra el capitalismo— con la crisis de 1971-1973[3] —suceso *objetivo* del capitalismo—, y menos aún se debe confundir el 68 con la relación capital-trabajo como un todo. Y nótese que la "disputa límite" sólo es posible en el contexto de la relación capital-trabajo entendida "como un todo".




En realidad después del 68 el capitalismo —que triunfó sobre los estudiantes y obreros— prosiguió irremisiblemente su camino; los acontecimientos de aquel año apenas si modificaron algunos de sus aspectos formales y al dirigir estas modificaciones bebió hasta las heces la copa de la prosperidad que ya parecía agotarse. Así, en 1971 arribamos a la mayor crisis de sobreproducción y sobreacumulación que haya vivido hasta entonces el capitalismo.

Siguiendo la descripción de Gilly, además de la competencia entre capitales —"que en referencia a la ulterior modernizacion del capitalismo hace su obra, y a fondo"—, la confrontación militar también "contribuyó a acelerar la innovación tecnológica y la transformación del capital". Pues bien, la confrontación militar no es ni más ni menos que la confrontación del capital con el capital utilizando como carne de cañón a los trabajadores, y se llama "guerra" y no competencia porque se libra mediante me-

[2] *Ibid.,* p. 78. Subrayado mío, J.V.
[3] En 1967 hubo recesión, pero no generalizada, y desde 1965 se notaron síntomas que anunciaban crisis en Estados Unidos.





dios de destrucción y no de construcción; podríamos llamarla la relación contradictoria capital-capital negra o, si se quiere, tanática.

> Otro factor concomitante [de la modernización] fue la crisis y la conclusión de la dominación colonial clásica junto con la emergencia de nuevas capas dirigentes en esos países, que redefinieron a través de las guerras de liberación la relación entre las naciones y la relación del capital de las metrópolis con los nuevos Estados nacionales,[4]

pero hay que decirlo, resultaron ser Estados capitalistas por lo que este factor de modernización también es un enfrentamiento de un capital con otro, pero bajo la figura del capital nacional que se contradice o relaciona con otro u otros capitales nacionales, los que, en tanto tales, tienen en propiedad un cuerpo, la nación, y un Estado que es la instancia formadora que somete a ese cuerpo.



Así pues, se trata de procesos históricos altamente contradictorios, tal y como el propio capitalismo lo es estructuralmente, y que por contradictorios parecen ir más allá del mismo. Pero en todo este proceso de modernización y reestructuración del desarrollo capitalista —que debió ser apresurado ya desde los primeros setenta— nada hay que se le escape de las manos al universo capitalista.

Ahora bien, en la enumeración que hace Gilly de los factores concomitantes en el proceso de reestructuración-modernización del capitalismo sorprende que no diga una palabra acerca de la crisis de 71-73, siquiera como otro factor coadyuvante. En lugar de eso aparece el movimiento del 68 jugando un papel que en verdad no tuvo.

3. El antiproductivismo radical al pacifismo y la lucha de clases

El movimiento más importante en Estados Unidos en 1968 no fue específicamente estudiantil sino de toda la juventud contestataria, tanto perteneciente a la izquierda política como a la que propugnaba la alternativa hippie. Tuvo su origen en la gran manifestación convocada por el

[4] *Idem.*





movimiento yippie (Youth Internaciontal Party) —con Abbie Hoffman y Jerry Rubin a la cabeza— contra la convención del Partido Demócrata celebrada en Chicago en agosto de 1968 en la que se diseñó la política a favor del incremento de los gastos militares y de la participación de Estados Unidos en la guerra de Vietnam. La policía y el ejército reprimieron brutalmente aquella manifestación en la que los jóvenes desplegaron nuevos métodos de lucha pacifista y en la que ejerció gran influencia el poeta *beat* —y luego psicodélico— Allen Ginsberg. Frente a la convención del Partido Demócrata a favor de la guerra, el movimiento yippie se propuso hacer un festival de la vida.

La represión policíaca comenzó a las 10:30 de la noche:

De repente se encendieron muchas luces en el centro del parque. Un grupo de policías se dirigió rápidamente hacia donde estaban las hogueras [de los campamentos de los manifestantes] y empezaron a darles patadas [...] hubo mucha consternación, agitación y gritos de la gente que estaba en el parque; y yo me di la vuelta sorprendido porque era pronto aún, la policía había dado las 11:00 como hora para que la gente desalojara el parque en donde había sido la concentración [...] Miré a Sanders y le dije “se supone que no debían llegar hasta las 11”, inmediatamente empecé la salmodia “ommmmm”.




La gente no solamente se defendió lanzando objetos o gritando, sino que intentaban calmar a la multitud, mientras Allen Ginsberg y otros siguieron salmodiando el *Om* y otros mantras:

Había mucha agitación y la gente se movía en todas las direcciones sin orden ni concierto. Cuando comenzamos a salmodiar, a medida que se nos fue uniendo más gente los sonidos emitidos por los participantes y su ritmo físico se fueron conjuntando, unificando, y la actividad de la gente que iba saliendo del parque disminuyó lentamente. Los que tomaban parte en la salmodia iban todos en una misma dirección, salían del parque y se iban alejando del parque tranquilamente sin correr, sin gritar.

En caso de histeria individual o colectiva la palabra mágica es Om, que penetra a través de todas las falsas sensaciones de que la situación requiera una acción inmediata. Pronunciando la palabra Om desde el punto medio del cuerpo, desde el diafragama o el plexo solar diez personas entonando en voz baja el Om pueden tranquilizar a un centenar de ellas, 100 personas ento-





> nando el Om pueden regular el metabolismo de mil, mil cuerpos emitiendo vibraciones Om pueden inmovilizar a toda una calle céntrica de Chicago llena de seres humanos aterrorizados, vayan con uniforme o desnudos (p. 170).
>
> [...] con inmovilizar quise decir detener el funcionamiento de la maquinaria mental que reproduce una y otra vez las imágenes de terror que tanto miedo infunden a la gente de uniforme, es decir, a los agentes de policía [y que por ello se ven llevados a desencadenar la violencia], imágenes de terror que tanto miedo infunden también a los manifestantes.
>
> Al momento en que es detenido el mecanismo de producción de imágenes de terror se logra una constatación totalmente pacífica del hecho de que estamos todos atrapados en la misma calle, en el mismo lugar, aterrorizados los unos de los otros y reaccionando con pánico e histerismo en lugar de hacerlo como seres humanos, como personas con cuerpos que sienten, capaces de cantar y orar, de sentir vibraciones o ternura los unos con los otros, que es lo que en el fondo todos queremos sentir en lugar de miedo.[5]




Fue así como con gran valentía, en el curso de esta manifestación de 1968, miles de personas descubrieron de manera práctica —y en medio de la confrontación— una nueva fuerza productiva. Rescatándola de una milenaria tradición oriental, experimentaron la eficacia de la paz como fuerza productiva específica al servicio de la lucha de clases y contra los opresores, una fuerza productiva específica, es decir, no sólo activa en general sino productiva, transformadora, pues quedó evidenciado que no sólo la violencia es transformadora. La paz es altamente transformadora pues logra transformar la propia violencia e, incluso, promueve la transformación de las fuerzas productivas técnicas en otro sentido que el de fuerzas productivas destructivas y productoras de objetos nocivos. Se avanzó así un paso más en la forja de tal instrumento de donde lo había dejado Mahatma Gandhi durante el proceso independentista de la India.

[5] Allen Ginsberg, *Testimonio en Chicago*, pp. 170-171.





LA COYUNTURA ACTUAL Y LA SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL

I. La coyuntura actual y la subsunción real del consumo bajo el capital

1.1. La biotecnología, la nueva generación de la informática y la nueva división internacional del trabajo, que incluye un sistema de maquiladoras enclavadas en países (como México) de mano de obra barata y desprotegida, son rasgos sobresalientes de la coyuntura actual, correspondiente a la constitución de un auténtico mercado mundial capitalista, cuya flamante hebilla es la Cuenca del Pacífico. En esta coyuntura, la deuda externa constituye un instrumento de dominio imperialista, y la crisis del pago/cobro de la misma es el síntoma de la constitución de tal mercado mundial auténtico. Otros rasgos esenciales de esta coyuntura son el consumismo generalizado y la transformación de los patrones de consumo tradicionales y nacionales en un único patrón universal y estandarizado de aplicación flexible para cada país pero siempre garante de una acumulación de capital multinacional hegemonizada por Estados Unidos.





Sin embargo, la mención de rasgos, así sean esenciales, de la coyuntura actual no la explica. También podríamos sumar otros como la presencia omniabarcante de los medios de comunicación masivos —cine, radio, periódicos y televisión—, dominados, hoy que el capital es mundial, a partir de la televisión, con su instantaneidad electrónica y su estímulo adiscursivo táctil-visual que le facilita la manipulación de la sensibilidad y la conciencia del auditorio tal como lo ejemplificaran las transmisiones de la Guerra del Pérsico (1991).[6] La televisión domina al conjunto de los medios para que entre todos dominen a la población. La guerra local con armas convencionales es a la vez una guerra no declarada contra toda la población mundial y se despliega a través de los medios de comunicación

[6] También, en 2001 y 2003, las transmisiones de las guerras de Estados Unidos contra Afganistán e Irak.



masivos. Incluso fenómenos como el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México, la unificación de Europa, la Cuenca del Pacífico y la apertura comercial de los países que hasta 1991 formaron parte del Pacto de Varsovia conforman una coagulación en mosaico, una configuración grupal o segmentación feudalizada del mercado mundial en grandes zonas de influencia geopolítica en la que la materialidad del territorio —desde su generalidad— y el contenido de los valores de uso en general determinan el modo en que deberán circular los valores y los precios mundiales.

Pero la estructura funcional de la coyuntura, que nos explica unitaria y procesualmente su desarrollo y tendencias, tampoco puede entenderse por la medición estadística de tales rasgos esenciales. Por supuesto es imprescindible la medición estadística, pero sólo la reflexión cualitativa sobre las premisas productivo-reproductivas, sus resultados, relaciones y procesos nos explica los fundamentos de la coyuntura en su estructura funcional y sus tendencias así como el significado de aquellas mediciones.




1.2. Para explicar la coyuntura actual es necesario, entonces, caracterizar la polémica sobre los fundamentos de la misma, y un aspecto sorprendente de este debate es la escasa investigación sobre él.[7] Las tendencias de la coyuntura actual se han desplegado en su salvaje engranaje económico, político y cultural-ideológico sin que los seres humanos pudieran más que someterse a ellas. Incluso en estos años se ha conformado algo así como un jungiano inconsciente colectivo[8] (mitos incluidos), tanto más irracional cuanto que ataca las cabezas de los científicos sociales descollantes y no sólo al sentido común de la época, que es uno de los instrumentos del despliegue de la coyuntura capitalista.

En efecto, desde mediados de los sesenta se fue afirmando con cada vez más fuerza la hipótesis de que la actual era una "sociedad de consumo", muy distinta que la productivista y ahorrativa que emanó de la revolución industrial durante el siglo XIX. Después de la segunda guerra

[7] Destacan excepciones como el libro de Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*.

[8] La aguda inconciencia colectiva implica no sólo un descerebramiento psicosocial, sino también una instancia cósico-fetiche, esto es, un inconsciente colectivo ciertamente muy distinto a lo que Carl Jung creyera, aunque reconocer que premonizó el fenómeno actual. Más abajo regreso a este tema.





mundial, la era de bienestar y seguridad en el trabajo entregó a Estados Unidos el liderazgo mundial y el "*American way of life"* se extendió por todo el orbe. Esta mirada apologética del capitalismo, en especial de la hegemonía de Estados Unidos, fue contestada inmediatamente desde la izquierda por autores que insistían en la explotación, el armamentismo, el imperialismo y la superioridad del socialismo soviético.

No obstante, es notable que un auténtico pensador revolucionario como Henri Lefebvre no insistiera en dogmas del pasado sino que buscara criticar a la sociedad actual en su especificidad al caracterizarla como "sociedad burocrática de consumo manipulado". Ciertamente no se puede caracterizar un sistema de producción, ni estructural ni coyunturalmente, si se alude a rasgos globales como el de su mundialización, la modificación de la división internacional del trabajo o el intercambio desigual entre naciones, etcétera.[9] Esos rasgos globales son exteriorizaciones de determinados núcleos funcionales internos característicos de lo que sucede dentro de una sola nación o de una empresa. Así por ejemplo John Keneth Galbraith, o de diversa manera Paul Sweezy y Paul Baran —en *El capital monopolista* (1966)— pudieron insistir en la presencia de la corporación gigante como determinante de los cambios operados en el modo de funcionamiento del capitalismo. Pero en estos y otros aportes —como los de los teóricos del capitalismo monopolista de Estado (CME), entre los que Paul Boccara está a la cabeza— se trataba de reformulaciones más o menos ortodoxas de la teoría del imperialismo —el "capitalismo de los monopolios"— de Lenin, a las que se agregaba algo de Nicolai Bujarin, Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding o Fritz Sternberg, y que subrayadamente minimizaban, evadían o nulificaban abiertamente el problema del consumo. Este hecho se hizo patente cuando Paul Sweezy, Ernest Mandel, Paul Mattick y otros contestaran críticamente las tesis de *El hombre unidimensional* (1966), donde el marxista antidogmático Herbert Marcuse describiera un capitalismo que mediante la manipulación del consumo integraba a los individuos y las clases sociales y neutralizaba las contradicciones en un universo unidimensional. El propio Marcuse expuso en *Contrarrevolución y revuelta* (1974) una rectificación en la que aborda explícitamente el tema del consumo y la ideología con-





[9] O peor aún con el término "globalización" como se acostumbró desde mediados de los años noventa del siglo pasado.





tra Mandel pero asume que debían retomarse los nuevos aportes que buscaban caracterizar al capitalismo contemporáneo desde su dimensión productiva.[10] El problema consiste en que la solución a las incógnitas que se planteaban sólo puede encontrarse en los núcleos funcionales internos del sistema productivo-reproductivo en los que el consumo desempeña un papel central.

1.3. *En el hombre unidimensional* casi se describe lo que más abajo conceptuaré como subsunción real del consumo bajo el capital, pero los conceptos que usa Marcuse se desvían por completo de esta meta, como si quedaran por detrás de su propia descripción. Podría decirse que el acceso al concepto de subordinación real del consumo al capital es problemático y distorsiona el discurso debido a que el consumo de ideas se encuentra sometido integralmente por el capital. Así pasa también por ejemplo, cuando en 1966 el padre del marxismo occidental, Georg Lukács,[11] al referirse a la especificidad del capitalismo contemporáneo, e intentar fundamentar lo que se denominó apologéticamente "sociedad de consumo" en la explotación de plusvalía relativa y, con mayor precisión, en la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, a la que le suma el trabajo ideológico-fetichista de la propaganda para vender la creciente masa de productos arrojados al mercado por el sistema automático de máquinas. Es evidente que sumar no es fundamentar, así que Georg Lukács se queda a la mitad del camino de su propia intención.




La manipulación dictatorial de la propaganda y la publicidad[12] había sido profusamente tratada desde una perspectiva democrático-formal por Vance Packard en *La sociedad desnuda* (1965) y sobre todo en *Las formas ocultas de la propaganda* (1957). Para dar cuenta de los motivos no conscientes que tiene la gente para comprar o no tal o cual producto, este autor no podía sino darle a la propaganda todo el peso en la caracterización del capitalismo contemporáneo. Al añadirle a esta temática político-ideológica que incluye el psicoanálisis y la administración de em-

[10] En una nota a pie de página Marcuse enlista diez o quince obras importantes al respecto, por ejemplo *La era del imperialismo,* de Harry Magdoff.
[11] *Cfr*. Wolfgang Abendroth *et al*., *Conversaciones con Lukács*.
[12] La palabra alemana *Öffentlichkeit* significa tanto publicidad como opinión pública e, incluso, la estructura de lo público por oposición a lo privado (*cfr*., Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública).*





presas la subsunción real proceso de trabajo al capital, Georg Lukács no rebasó por completo el arraigamiento culturalista-formalista del discurso del demócrata Vance Packard.

T. W. Adorno, con su teoría de la cultura de masas —que influye en Herbert Marcuse y en Lukács—,[13] alude a los valores de uso de la sociedad contemporánea pero únicamente analiza valores de uso artísticos —jazz, música clásica y contemporánea, etcétera— cuya decadencia y función represiva y manipulatoria se concentra en su presencia estético-formal.[14] Límite similar ofrece el sugerente aporte de Walter Benjamin, por ejemplo en *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica* o en *El libro infantil* y *París, capital del siglo xix*—, pero merece mención aparte en gracia a haber influido al propio Adorno y guardar tendencias más vivas hacia el análisis del contenido material del valor de uso. Además, Walter Benjamin también influyó en Georges Bataille y sobre todo en Jean Baudrillard. Adorno también fue influido, hacia la época en que elaboró su teoría de la cultura de masas (1930-1940), por Thorstein Veblen,[15] y deja constancia de ello en una brillante monografía crítica sobre los aportes de este original economista, por cierto influyente en Vance Packard y en J. K. Galbraith.




La idea de Veblen sobre el “consumo conspicuo” y su correspondiente “clase ociosa”[16] influyeron también en otra corriente de pensamiento que intentó caracterizar la originalidad del capitalismo posterior a la segunda guerra mundial, es decir, cuando no sólo la clase dominante ociosa sino también las masas se volvieron consumistas. Aunque el aporte fundamental del economista Th. Veblen fue más bien sociológico —comportamientos de la clase dominante en el consumo— que económico, el desarrollo capitalista posterior a la posguerra “economizó” crecientemente a toda la sociedad y así provocó que aquel aporte sociológico renaciera como aporte económico de la nueva era. Th. Veblen recurre a la etnología

[13] Por supuesto antes de que Adorno formulara su teoría de la cultura de masas se vio muy influido —aunque no lo reconociera en medida suficiente— por los desarrollos del concepto marxista de cosificación mercantil y capitalista que hace Georg Lukács (*Historia y conciencia de clase*, 1923). Wolfang Fritz Haug, en *Publicidad y consumo. Crítica de la estética de la mercancía,* profundiza la veta lukacsiana en el horizonte del concepto de cultura de masas.
[14] Ver “Über Jazz” (sobre el jazz), en revista de *Investigaciones Sociales*, vol. 2, 1936.
[15] Ver T.W. Adorno, “El ataque de Veblen a la cultura”, en *Prismas*, pp. 73-99.
[16] “El primero y más importante libro de Veblen, *La teoría de la clase ociosa,* fue publicado a fines del siglo [xix]”, dice John Keneth Galbratih en la *Era de la incertidumbre*.



para comparar a la burguesía con las clases dominantes precapitalistas e ironiza la irracionalidad prepotente que exhibe en el lujo y el gasto. Autores posteriores profundizaron esta veta etnológica[17] retomando el "Ensayo sobre los dones" (1923), de Marcel Mauss, quien analiza las formas precapitalistas de economía preso en los prejuicios de la teoría económica neoclásica. "La noción de gasto" (1934) y *La parte maldita. Tratado de economía general* (1949), de Georges Bataille, son dos importantes obras que influyeron a autores como Jean Baudrillard, cuyas obras (*El sistema de los objetos, La crítica de la economía política del signo, La sociedad del consumo, El espejo de la producción,* etcétera) publicadas durante los primeros años setenta serían la base del pensamiento económico y sociopolítico posmoderno, desde Lyotard[18] hasta sus críticos de vena marxista —no obstante sus esfuerzos por rebasar ese horizonte mediante renovaciones de la teoría del imperialismo como la que intenta Ernest Mandel—, como Francis Jameson (*Posmodernismo y sociedad de consumo*) o Jürgen Habermas (*La modernidad, un proyecto incompleto*).







Al carecer de nuevos aportes, desde mediados de los setenta la polémica en torno a la especificidad de la coyuntura capitalista actual vista desde la clave del consumo se presenta entonces como una pieza de museo o una figura de cera congelada. A ésta simplemente se le añaden autores actualísimos que intentan caracterizar al capitalismo como posmodernidad en su ámbito estético y cultural y, a lo más, sociológico pero casi para nada en términos económicos más allá de lo dicho años atrás bajo el rubro general y vago de "sociedad de consumo".

[17] Marvin Harris, siguiendo una vía alterna a la seguida por Bataille, Baudrillard, etcétera, utiliza la etnología para el análisis crítico de los usos y costumbres sexuales y de consumo de la sociedad contemporánea. En *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica* (1981), Harris retorna a Morgan y al evolucionismo e intenta reformular el materialismo histórico hacia lo que llama el "materialismo cultural"; se trata, dice, recuperar a Marx pero "sin política". También en sentido alterno, Claude Melliassoux (*Mujeres, ganaderos y capitales*) analiza en detalle el valor de uso procreatuivo sexual y el valor de uso consuntivo, a veces hasta en sus contenidos materiales, para dar cuenta de las formas sociales precapitalistas y de reproducción social con base en los esquemas de acumulación de capital del tomo II de *El capital*. Melliassoux intenta desarrollar el materialismo histórico y retomar a Engels y a Marx críticamente, por supuesto que él sí con política.

[18] Ver Francois Lyotard, *La posmodernidad (explicada a los niños)*, y mi artículo "El capital disfrazado (crítica a la visión heideggeriana de la modernidad)", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, núm. 140.





"Múltiple es el error y la verdad sólo una", así que los caminos de acceso para teorizar la actual coyuntura de la subsunción real del consumo bajo el capital incurren en múltiples desvíos, rodeos y callejones sin salida si eluden el único camino directo y certero: teorizarla de la mano de Marx a partir de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y, precisamente, como la figura más desarrollada de los modelos tecnológicos y los métodos de trabajo y administración más adecuados para incrementar la explotación de plusvalía relativa y que constituyen el cuerpo material o de valor de uso del capital. El nuevo cuerpo material productivo se desdobla en un cuerpo material consuntivo igualmente necesario y sistemáticamente construido para garantizar la reproducción ampliada del capital y por ende el sometimiento integral del sujeto social a las necesidades de producción y reproducción del capital. Esta sería una definición formal y sucinta del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital. Ahora bien, si en el capitalismo se hizo históricamente imprescindible la constitución de un cuerpo material consuntivo que le permitiera someter a la población y apuntalar su proceso de acumulación, nada más fácil para el observador teórico que hipostasiar el consumo contemporáneo al intentar explicar la coyuntura. Ya hemos visto el camino directo pero equívoco de la hipóstasis del consumo que abrió Veblen basándose en la economía vulgar, en la que ya se confundían valor y valor de uso, y producción, circulación y consumo, y cómo le siguieron Marcel Mauss (en la etnología), Georges Bataille y Jean Baudrillard (en la sociología y la economía).





En síntesis: el camino directo y certero es la teorización de la subsunción real del consumo bajo el capital. El directo pero equívoco es el que hipostasía al consumo. Y no se debe confundir la especificación teórica del papel del consumo en el capitalismo más desarrollado con la simple exageración de dicho papel, pero las investigaciones de lo que se denominó "cultura de masas" han servido como mediación para tal despropósito entre algunos marxistas.

Y es que como la cultura ofrece valores de uso para el consumo por poco que se avance por allí se llega a la economía. Pero siguiendo ese derrotero es fácil equivocarse ya que la inmaterialidad de los valores de uso culturales los asimila aparentemente con valores de uso puramente formales, lo que también dificulta la comprensión de los valores de uso no culturales, sobre todo la subordinación capitalista de su materialidad. No es, pues,

casual que Lyotard insista en la "inmaterialidad"[19] como característica de la civilización posmoderna, incluidos los valores de uso materiales.

En el siguiente apartado, ya profundizando en el camino directo pero equívoco de Bataille y Baudrillard, se aborda el callejón sin salida y los rodeos en que se incurre cuando se intenta pensar la especificidad de la coyuntura capitalista contemporánea sin comprender el papel de la subsunción real del consumo bajo el capital. Después de esto podremos definir sucintamente dicho concepto en positivo.

1.4. Bataille, Baudrillard y Mauss se equivocaron al concebir la economía como consumo pues aunque abordan directamente el problema del consumo contemporáneo topan con la subsunción real del consumo bajo el capital y la aferran de entrada —aunque sin su concepto— como lo específico de la coyuntura y dejan de lado la producción y por tanto conciben de modo falso el desarrollo capitalista. Este error puede hacer creer que Marx dice lo mismo que Bataille, y más si T. W. Adorno es la mediación. Por cierto, la concepción económica de este último, basada en el economista de la escuela de Fráncfort Friederich Pollock[20] —ligado a Rudolf Hilferding y su libro *El capital financiero*—, se angustia en la producción y quiere salir lo más pronto posible hacia la circulación y la distribución. Esta angustia y urgencia por salir de la producción son parámetros generales determinados por la subsunción real del consumo bajo el capital, pues, de hecho, también otras corrientes teóricas (Max Weber, Emile Durkheim[21] y, en fin, toda la antropología culturalista, funcionalista y estructuralista) lo hicieron así, pero sólo porque todo el sistema capitalista se mueve en ese sentido para garantizar la acumulación de capital y el dominio sobre el sujeto social, especialmente el proletariado. No es, pues, casual que el movimiento teórico en el que se expresó esta dinámica histórica objetiva fuera enderezado explícita e implícitamente contra el materialismo histórico, es decir, contra la figura más desarrollada de conciencia de clase que ha alcanzado el proletariado, centrada en el papel trascendente de la producción respecto del conjunto de dimensiones




[19] *Les inmatériaux* "ha sido la más costosa exposición" posmoderna dirigida por Lyotard. Ver el comentario que John Rajchman hace de ésta en su artículo "El museo posmoderno".
[20] Sobre la relación de la teoría económica de Pollock con el resto de investigadores de la Escuela de Fráncfort, *cfr*. Giacomo Marramao, *Lo político o de las transformaciones*.
[21] *Cfr*. Andrés Barreda, "La sociología de Durkheim contra el materialismo histórico".





sociales. Las líneas de tensión de esta concepción económica permearon a toda la Escuela de Fráncfort, incluso a Marcuse. Paul Mattick[22] denuncia lúcidamente los despropósitos distribucionistas y armonicistas de *El hombre unidimensional*. Circulación y distribución están a la mitad del camino entre la producción y el consumo, así que Bataille y Baudrillard contienen implícitamente dichos despropósitos armonicistas y distribucionistas, fatalistas y voluntaristas, y realizan la tendencia apenas esbozada en aquellos autores de herencia marxista.

Si el camino directo y certero para analizar la coyuntura actual desde la producción —y como subsunción real del consumo bajo el capital— es el de Marx, y el directo pero equívoco de Veblen, Mauss, Bataille y Baudrillard hipostasía al consumo, hay también el rodeo que nunca llega pero casi que consiste en hablar de la sociedad de consumo con añadidos productivos, variados según cada autor (Marcuse, Luckács). Pero sobre todo existe un callejón sin salida que falsea los caminos (Bataille, Baudrillard) y los rodeos (Adorno, Marcuse, Lukács): la teoría del imperialismo de Rudolf Hilferding, Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo, Lenin, Bujarin, etcétera. De hecho, Bataille y otros que intentaron criticar al capitalismo y caracterizar la época contemporánea tuvieron que desviarse de la propuesta anterior presuntamente marxista de los teóricos del imperialismo por encontrarla infértil ante la nueva realidad.




1.5. En términos esenciales los teóricos del imperialismo, sin darse cuenta de ello, rompieron con Marx al pretender que había una nueva época determinada por nuevas relaciones de producción dominantes —el capital financiero y monopólico— diferentes a las que lo eran en el siglo XIX —el capital industrial y la libre competencia—. Así, aunque asumiendo de palabra aún la primacía de la producción, la ruptura epocal y de dominación la revocaba. De tal manera, cuando Bataille y otros fantasean, en el intento de entender la nueva época, una identificación entre la economía y el consumo, revocan directamente la producción como base de la inteligibilidad de la época e indirectamente se sitúan en otra época y otra relación de producción. Con errores diversos y aparentemente muy alejados entre sí, ambas corrientes no obstante confluyen. La certera te-

[22] *Cfr*. Paul Mattick, "Crítica de Marcuse. *El hombre unidimensional* en la sociedad de clases".



sis científico-crítica con la que Marx puede entender el capitalismo es escamoteada de diversos modos pues el obstáculo que el capital opone a la teoría es uno pero global y diversificado.

Veamos, por ejemplo, el camino fallido de Karel Kosík (*Dialéctica de lo concreto,* primer capítulo), marxista que intenta retomar rasgos esenciales de la época tales como la tecnología y la cultura a partir de una preocupación dialéctica por la vida cotidiana. La subsunción real del consumo bajo el capital debería ser su piedra de toque pero no la ve porque, en tanto concepto portador de la teoría del desarrollo capitalista de Marx, es diversa *in toto* de la que es canónica entre los marxistas del siglo XX, la teoría del imperialismo. Así el tema del desarrollo capitalista queda ejemplarmente puesto entre paréntesis en el discurso de Karel Kosík, como en otros autores que intentan analizar el papel que desempeña el consumo en la vida cotidiana. ¿Cómo lo hace? Capta los extremos de la subsunción real del consumo bajo el capital pero no a ésta; es decir, capta la premisa —la tecnología— y los resultados —la cultura y la cotidianidad—. Pero escamotea el centro —el lazo de necesidad entre  la subordinación real de la producción y la subordinación real del consumo— por derivar a los extremos pues sólo así respeta la prohibición que  le impone la teoría del imperialismo. Como esta prohibición le impide asumir la teoría de Marx acerca de la subsunción real del proceso de trabajo bajo el capital, o bien sólo formalmente y como un añadido a la teoría del imperialismo, Kosík tampoco podrá captar la subsunción real del consumo bajo el capital aunque se ocupe de la vida cotidiana.

El obstáculo que impide a la teoría del imperialismo captar la realidad capitalista contemporánea es evidente en el desarrollo monstruoso de aquella que es la teoría del capitalismo monopolista de Estado (CME), y especialmente en la versión, completamente transfigurada, de Michel Aglietta (*Crisis y regulación del capitalismo*). Las sugerentes tesis sobre el taylorismo (figura de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital) y el fordismo (figura de la subsunción real del consumo bajo el capital) y su consideración de problemas culturales a partir de lo que denomina relación salarial, aunque apuntan a transgredir las tesis de base de la teoría del capitalismo monopolista de Estado y de la teoría del imperialismo, no puede revocarlas.

Ya he hablado del camino fallido de Georges Bataille. Por su parte, Vance Packard (*Los artífices de la propaganda*) trata a la propaganda



—dimensión ideológica de la circulación— como si fuera idéntica a subsunción real del consumo bajo el capital y se detiene en la formalidad —aquí ideológica— de los valores de uso sin acceder a su contenido real. Muestra un empirismo craso —aunque fecundo— al evitar toda teoría del desarrollo capitalista y sin referencia siquiera a la teoría del imperialismo ni a ninguna teoría económica. Así, pues, ve los efectos degradantes de la propaganda pero no el valor de uso que ésta proclama. De la subsunción real del consumo bajo el capital sólo capta la psicología individual —ni siquiera la de masas— y el problema político y democrático que entraña la manipulación comercial —una contradicción de la modernidad que conduce a la figuración de algo así como una posmodernidad.

En síntesis, hay quienes para caracterizar el consumo actual como rasgo específico de la sociedad contemporánea ponen entre paréntesis la teoría del desarrollo capitalista (Kosík), otros que carecen de ella (Vance Packard) y otros más que tienen una falseada; falseada explícitamente porque ven la economía como consumo (Bataille, Baudrillard, etcétera), o sólo implícitamente porque manejan una teoría del desarrollo prestigiosa pero equivocada: la teoría del imperialismo. Los marxistas que se atienen de modo inmediatista a la coyuntura se inscriben en esta última vertiente pues se sirven dogmáticamente de la teoría del imperialismo de Lenin, aunque no sea coyuntural. Por otro lado habrá quienes acceden al análisis del consumo y encuentran a Keynes y a los economistas neoclásicos —también consumistas y distribucionistas— antes de asumir de lleno a Bataille o a Baudrillard, mientras que otros que permanecen dentro de los márgenes políticos de la izquierda tradicional y respetándose a sí mismos y al principio de la producción como determinante en última instancia no acceden al consumo y sólo alcanzan a ver políticas económicas, configuraciones laborales, estadísticas de producción y distribución, etcétera.




El análisis de Marcuse en *El hombre unidimensional* es la síntesis de todo lo anterior, el mayor logro del horizonte teórico de la polémica sobre la coyuntura actual —y el que delimita sus fronteras contemporáneas—. Pues efectivamente su análisis de la subsunción real del consumo bajo el capital se falsea porque se basa en una teoría del imperialismo, en una variante *sui géneris* (la de F. Pollock)[23] que oculta su origen en las teo-

[23] Sobre las relaciones entre Pollock y Grossmann, ver Giacomo Marramao, *Lo político y las transformaciones*, segunda parte, capítulo I.

rías clásicas del imperialismo. De ahí que Marcuse no parezca manejar la teoría del imperialismo ni explícita ni implícitamente y que más bien construya una nueva teoría del desarrollo capitalista a partir de rasgos empíricos como la propaganda y la manipulación de las masas por los medios de comunicación, el armamentismo, etcétera. La nueva teoría se introduce sin argumentar su relación con la de Marx, el siglo XIX, la producción, la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, etcétera, pero es relativamente eficiente para caracterizar en términos globales la política, la psicología y la cultura de masas del capitalismo. Pero al analizar la producción revolucionaria de necesidades radicales no logra conectarla con las necesidades concretas porque no toma en cuenta su materialidad en términos reales. Así, en la contribución de Marcuse resalta que este frente crítico-científico de análisis de la actual coyuntura capitalista es incoherente, inconsistente, cuyas fisuras teóricas resume dicha contribución. El contenido mismo de la conciencia crítico-científica actual sobre el capitalismo como sociedad histórico-relativa acucia —en tanto dicho contenido es percibido como objeto de consumo comunicativo— la necesidad de reconstruir un discurso crítico comunista coherente acerca de la totalidad de esta sociedad en la que el capital subordina realmente la producción y el consumo para afianzar su dominio integral sobre el proletariado y la humanidad toda.




1.6. Una vez que hemos visto cómo la obra de Herbert Marcuse sintetiza el horizonte problemático de la teoría sobre la coyuntura actual del capitalismo, ya es posible resumir también los señalamientos que podrían rebasar ese horizonte hacia una solución positiva.

La coyuntura actual sólo puede ser suficientemente explicada a partir de su fundamento, la producción, y sólo una reflexión cualitativa puede comprender el significado de la medición cuantitativa de sus rasgos esenciales. Una reflexión tal debe dar cuenta del papel del consumo en el capitalismo contemporáneo a partir de la teoría del desarrollo capitalista de Marx, nucleada por su teoría de la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Para ser coherente consigo misma y respecto de la teoría de Marx, la conceptuación del consumo debe saber considerar las conexiones estructurantes específicas de la economía y, por tanto, mantener la prioridad de la producción. Por otro lado, debe saber conceptuar el valor de uso en su contenido real plasmado por el acto productivo.





Esta conceptuación del consumo sólo puede lograr tales condiciones cualitativas —es decir, percibir tanto lo económico en su especificidad como el valor de uso en su contenido real, y desarrollar así el pensamiento de Marx sin dogmatizarlo— si sabe concebir adecuadamente a la producción como fundamento por antonomasia. Mi concepto de subsunción real del consumo bajo el capital está construido tomando en cuenta tales condiciones.

II. Cómo pensar la coyuntura (Lo tratado y por tratar, y complementos)

1. Valor de uso nocivo y plusvalor. La unidad de lo real teórica y prácticamente alienado (complemento)




1.1. El que la subordinación real del consumo al capital —como característica esencial de la coyuntura actual— sea el desarrollo secular de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital se significa sintéticamente en que el plusvalor —explotado a través de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital— se encuentra fundido con valores de uso nocivos. La existencia de este tipo de valores de uso es el síntoma de la subordinación real del consumo al capital.

Esta inquietante conexión entre plusvalor y valor de uso nocivo obliga a preguntar por la cohesión del conjunto de la realidad. De ahí la necesidad de abordar la coyuntura tanto en su aspecto real como en el teórico (la forma en que ha sido pensada) para esclarecer la paradójica unificación actual de la realidad, de la riqueza.

1.2. Ahora bien, preguntar por la relación entre el mundo real —el mercado mundial— y su expresión cultural desdoblada —y eso es justamente lo que intento— es preguntar por aquello que permite dar cuenta de la equivocidad de esa realidad desdoblada en cultura y, por ende, por aquello que permite dar cuenta de la verdad de fondo que disuelve aquella equivocidad.[24]

[24] Sigo aquí el método que propone Marx en sus tesis IV sobre Feuerbach: "Feuerbach arranca de la autoenajenación religiosa, del desdoblamiento del mundo en un mundo religioso imaginario y otro real. Su cometido consiste en disolver el mundo religioso reduciéndolo a su base terrenal. No advierte que después de realizada esta labor queda por

En efecto, la subordinación real del consumo al capital, extendida en la realidad pero no teorizada, es la responsable de la equivocidad actual tanto práctica como ideal, y sólo si establecemos su concepto podremos reconstruir tanto cultural como realmente la verdad de la coyuntura. En otras palabras, la subordinación real del consumo al capital explica el mundo actual y su ideología.

1.3. Para precisar lo anterior, cabe señalar que los cuatro factores que actualmente conectan al mundo —a saber: 1) los medios de comunicación y transporte, que lo conectan materialmente; 2) el comercio y las finanzas, que lo conectan en términos circulatorio-formales; 3) el Estado hegemónico (Estados Unidos) y la guerra en tanto máxima expresión de interconexión política o de constreñimiento de las libertades, y 4) la cultura mundial— producen el efecto dual de cohesión/coerción. Hoy cohesión es igual a coerción y la realidad así conformada es una unidad enajenada en términos tecnológicos, económicos, políticos, militares y culturales, esto es, como un todo y, según digo, puntualmente, es decir:




1.4. La unidad enajenada del mundo de hoy no puede sino desdoblarse debido a que su conexión es coerción, de suerte que su pensar difícilmente coincide con su ser. A la unidad enajenada del mundo económico —y de la coyuntura— le es inherente una cultura enajenada y, por antonomasia, una cultura de masas nihilista, que niega puntualmente a los seres humanos; todo lo cual se corresponde con que el plusvalor se objetive necesariamente en valores de uso nocivos.

1.5. No nos debe sorprender, entonces, que como parte de su tendencia inherente a ocultar su propio carácter negador del hombre y su confusión hayan surgido las teorías del imperialismo y las teorías de la sociedad de consumo, que, en tanto constituyen históricamente la realidad, son

hacer lo principal. En efecto, el que la base terrenal se separe de sí misma y se plasme en las nubes como reino independiente sólo puede explicarse por el propio desgarramiento y la contradicción de esta base terrenal consigo misma. Por tanto, lo primero que hay que hacer es comprender ésta en su contradicción y luego revolucionarla prácticamente eliminando la contradicción. Por consiguiente, después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la Sagrada Familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquélla."





formas ideológicas de evasión de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y de su especificación como subordinación real del consumo al capital.

De tal suerte, comprobamos que la "coyuntura polémica actual" —el esfuerzo teórico que se ha hecho por comprender la coyuntura— es el correlato de lo real enajenado precisamente porque al intentar refigurarlo lo desfigura. Esa polémica no es sino uno más de los valores de uso nocivos actuales.

De ahí que la pregunta por el gozne mediante el cual se unifica alienadamente el todo social y con la conciencia que tiene de sí permita replantear los términos de la coyuntura actual al distinguir entre cohesión y coerción, pero sólo si entendemos que la coyuntura actual se especifica por la fusión de estos términos. Así, al pensarse —o cohesionarse idealmente, comprenderse—, la coyuntura se distorsiona precisamente porque ejerce contra sí la coerción que le es inherente.

En la base de estos procesos está, insisto, la presencia sistemática del plusvalor en valores de uso nocivos.




1.6. La coyuntura actual es, pues, mundial, y el modo correcto de abordarla requiere el tratamiento de los siguientes temas:

- a. La subordinación real del consumo al capital como expresión de la división internacional del trabajo y el mercado mundial (producción y tecnología reflejados en la economía del valor).
- b. La geopolítica mundial como valor de uso o desde la perspectiva general del consumo subsumido realmente bajo el capital.
- c. El mundo desde el punto de vista de la circulación.
- d. El mundo como totalidad de producción/consumo o en cuanto a su valor de uso tecnológico y natural —la naturaleza toda como valor de uso— en esto consiste hoy el modo de producción capitalista para hacer patentes las raíces de la crisis ecológica planetaria.[25]

Evidentemente, en el desarrollo de estos temas se expondría la teoría de la configuración actual del capitalismo como civilización de la subordi-

[25] He intentado caracterizar el capitalismo actual tomando en cuenta estos parámetros (a-d), y siguiendo un camino histórico, en mi *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*.



nación real del consumo al capital, por lo que dicha exposición supone la conformación de ese concepto en su núcleo y en todas sus articulaciones, además de la correlación de dichos núcleo y articulaciones con los datos estadísticos y cualitativos del metabolismo mundial. Se trata de una empresa de largo aliento que va más allá de simplemente (¡simplemente!) refigurar la base económica capitalista del mundo, y que debe abarcar la totalidad de la sociedad burguesa mundializada, es decir, su economía, su sociología, su política y su cultura. ¿Por qué?

Porque se trata de abordarla en tanto civilización material (Braudel) precisamente en tanto que la acumulación de capital contemporánea exalta prácticamente el tema del consumo. No podía ser de otro modo en una época en la que el capitalismo se mundializa y se perfecciona en términos funcionales y estructurales, esto es —dicho sintéticamente—, se totaliza. En general, un modo de producción se fortalece —y la sociedad burguesa no es la excepción—, se totaliza o completa en su consumo. Por lo tanto, la captación de la subordinación real del consumo al capital involucra todos los consumos, incluidos los culturales y los de las premisas materiales y geopolíticas de la sociedad mundial contemporánea: petróleo, uranio, agua, ecología, zonas de influencia y constelación de los grupos de poder mundial y regionales, etcétera.




Para explicar cómo el concepto de la subsunción real del consumo bajo el capital aclara la coyuntura hay que demostrar cómo es que ésta apunta material y teóricamente hacia ese concepto, lo cual supone hacer el perfil de la coyuntura, si se quiere en boceto.

Se trata de mostrar el límite de la teorización sobre el capitalismo contemporáneo y cómo esta teorización apunta —no obstante sin atinar— a dicho concepto. Y se trata de aludir a los paradójicos rasgos materiales del capitalismo contemporáneo y cuya explicación —analítica e integral o de la correlación de unos con otros— es urgente y sólo posible mediante un concepto como el de subordinación real del consumo al capital. Cabe aquí ofrecer ya una definición de este concepto que permita comunicarlo con otros que, con él mismo, podrían volver inteligibles distintos aspectos inmediatos de la coyuntura o aun a ésta como un todo. Esta definición es el objetivo de lo que he expuesto hasta aquí. Esta expresión constituye el contenido de un artículo que escribí bajo el título de "La coyuntura actual del capitalismo y la subsunción real del consumo bajo el capital" (publicado en la revista *Momento económico,* mayo-junio, 1992).



Ahora bien, ¿a qué parte del vasto programa arriba aludido (puntos A-D) se refiere aquel artículo? Al margen de ese manuscrito hice la siguiente anotación que transcribo aquí porque en ella se explicita la perspectiva metodológica y el contexto programático en que se ubica mi texto:

"1. Rasgos de la coyuntura (que revelan sintomáticamente la subordinación real del consumo al capital) tanto cualitativos (como la existencia de la biotecnología) como estadísticos"; "2. La pregunta por la cualidad de la coyuntura pasa por indagar la coyuntura polémica, esto es, los aportes teóricos sobre la misma", "3. Núcleo problemático que los investigadores veían antes (1950-1975) y hoy ya no: el consumo"; "4. Definición de la subordinación real del consumo al capital"; "5. Reconstrucción de la coyuntura a partir de la estructura de la subordinación real del consumo al capital".

Mi artículo ofrece sólo un boceto del último punto señalado, esperando completarlo en siguientes entregas.



2. Sobre algunos aspectos de la coyuntura



"Mi boceto" alude a la figura de mercado mundial a la que ha arribado el capitalismo, esto es, de *totalización* mundial extensiva, funcional y estructural, que por lo tanto sólo puede ser captada teóricamente como subordinación real del consumo al capital. Dos puntos después del mercado mundial, aludí —en notas marginales— a la Cuenca del Pacífico, el NAFTA, la Unión Europea y a los países de Europa Oriental. Estos eran los temas relativos al síntoma de que para la acumulación de capital pasaban a primer plano las determinaciones cualitativas o de valor de uso de las regiones del planeta en las que el capital industrial se emplaza para garantizar la acumulación de plusvalor. Sólo así podía entenderse la conformación del bloque geopolítico de América del Norte mediante el cual se consolida la economía doméstica de Estados Unidos. Esta geopolítica útil materialmente sobredeterminada por su relación con el plusvalor era prenda de la subordinación real del consumo al capital a escala mundial.

Como se ve, en mi artículo avancé elementos decisivos del programa expositivo (A-D) encuadrados en el tema B, relativo al mundo visto como valor de uso, etcétera, que en mis notas al margen describo literalmente de modo telegráfico así: "Mundo-geopolítica-valor de uso-consumo (B)".



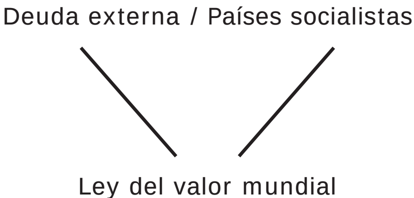


Bien entendido, este tema se muestra como el corazón de la propuesta teórica para esclarecer la coyuntura mediante el concepto de subordinación real del consumo al capital. De ahí que en el artículo expusiera muy poco de los temas A, B, C y D.

2.1. La relación entre el mercado mundial entendido geopolíticamente en arreglo al valor de uso (tema B) y la ley del valor mundial incluye la relación paradójica entre la economía capitalista occidental y los países del bloque pseudosocialista, y sobre todo el problema de la deuda externa de los países del Tercer Mundo —México en primer lugar— con el Primer Mundo, en especial con Estados Unidos. Los intereses generados por esas deudas estaban compensando las crisis económicas de los países del Primer Mundo con transferencias masivas de plusvalor desde el Tercer Mundo. De este modo el tema del imperialismo se involucraba con el del mercado mundial y las instituciones como el BID y el FMI o la reforma monetaria mundial de Bretton Woods favorable al dólar estadounidense. Este conjunto de problemas —que se puede representar como un triángulo (ver el Diagrama 1) corresponden al tema C "El mundo desde el punto de vista de la circulación", del que casi nada expuse en aquel artículo.




DIAGRAMA 1. El mundo desde el punto de vista de la circulación



2.2 Los temas A y D sólo los rocé a propósito de presentar la coyuntura polémica, asunto que ocupa el grueso del artículo. En mi nota marginal señalo que la coyuntura polémica se encuentra congelada precisamente porque no está vivo su núcleo problemático (el consumo) que fue entrevisto en los sesenta-setenta pero olvidado en los ochenta y noventa. No es casual la tendencia necrofilica de la estética y la cultura posmodernas que extremaban su gusto por la museografía a fin de congelar temas pictóricos, literarios o teóricos del pasado para no desarrollarlos sino mez-





clarlos con temas vanguardistas para limar el filo de éstos. Se tratabe de un valor de uso congelado, dócil, sometido al capital, y una teorización sobre el capitalismo sofrenada hasta congelar su utilidad teórica para nimbar la esencia del sistema.

2.3 En el artículo arriba mencionado se señala la división internacional del trabajo pero no se tematiza. Lo mismo vale para el armamentismo, la tecnología y los medios de comunicación correspondientes, así como también para la crisis ecológica —magno tema de la destrucción y degradación del valor de uso que es funcional con la acumulación de capital mundial—. Estos asuntos corresponden al tema D, referido al valor de uso de la tecnología y de la naturaleza en tanto contenido de la relación producción-consumo mundiales.

Este tema también incluye la manipulación del consumo y la propaganda, aspectos ideológicos alienantes que giran en torno a valores de uso nocivos materialmente alienantes cuya importancia hasta ahora no ha sido registrada como factor decisivo del metabolismo económico capitalista, lo mismo que la degradación y el sometimiento de Eros a la regulación del consumo social.[26] Estos son los soportes de una cultura de masas estructurada en torno a la publicidad consumista y cuyo carácter nihilista es perfeccionado por el crecimiento de la nocividad real de los valores de uso que esa misma cultura debe convalidar.





Acerca de las relaciones sexuales, y en particular de la comunidad doméstica capitalista y la familia, en el artículo que estoy comentando sólo aludo a la crítica de Karel Kosík a la vida cotidiana. Pero es necesario desarrollar temáticamente esta crítica tomando en cuenta el papel decisivo del tema sexual (lo que no hace Kosík). En mi nota marginal acompañé este conjunto de tópicos con un "No hay causa sin efecto" y un bíblico "por sus obras los conocerás" para señalarlos como síntomas del avatar estructural del sistema: la subordinación real del consumo al capital.

2.4 Del primer tema —"A. Mundo producción: división internacional del trabajo y mercado mundial"— refería yo a la Cuenca del Pacífico como "hebilla" del mundo, esto es, como el sitio geográfico en el que se afianza la hegemonía mundial de Estados Unidos y donde, a la vez, la producción

[26] Al respecto, *cfr*., mi *Para la historia emocional del siglo XX.*

mundial se redondea con el consumo, y los intercambios internacionales cierran su ciclo definitivamente y consolidan su balanace contable. La producción mundial se consolida al quedar conectada con el consumo mundial. Un papel funcional análogo —ya no geográfico—, para la consolidación de la relación producción-consumo mundial lo cumple el consumo armamentista, totalmente recortado a la medida de las necesidades finales de la acumulación mundial de capital hegemonizada por Estados Unidos.

Estas fuerzas productivas destructivas extremadamente poderosas —precisamente para operar el referido recorte consolidador o de balance contable— deben contrarrestar el retraso económico coyuntural de Estados Unidos, que a su vez es producido por el creciente gasto que tiene que hacer en armamento para garantizar la hegemonía militar sobre el mundo. El mismo consumo armamentista debe paliar esa descapitalización de la economía norteamericana a la vez que el poderío que impone mediante esos armamentos establece un marco favorable a sus transacciones económicas. Además, las presiones diplomáticas, políticas y financieras apoyadas en la hegemonía militar son otras tantas palancas para compensar el retroceso económico al que conducen los gastos y las decisiones económicas y políticas que implica el ejercicio de la hegemonía mundial.




La dialéctica del Estado hegemónico y del resto de Estados nacionales funcionó de este modo bajo los auspicios de la política económica keynesiana desde 1929 hasta 1981; pero esta figura se agotó dando paso así a la política económica neoliberal.

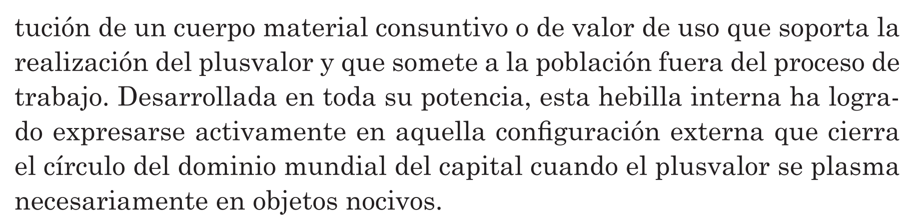
II BIS. COMPLEMENTOS

1. La hebilla dual del sistema

La hebilla externa que cierra el círculo del dominio capitalista sobre el mundo es el desarrollo capitalista de la Cuenca del Pacífico como nuevo polo de desarrollo económico y geopolítico.[27] La hebilla interna o nuclear que cierra el círculo funcional de la acumulación de capital es la consti-

[27] *Cfr*. Jorge Veraza Urtuzuástegui, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos.*





tución de un cuerpo material consuntivo o de valor de uso que soporta la realización del plusvalor y que somete a la población fuera del proceso de trabajo. Desarrollada en toda su potencia, esta hebilla interna ha logrado expresarse activamente en aquella configuración externa que cierra el círculo del dominio mundial del capital cuando el plusvalor se plasma necesariamente en objetos nocivos.

Nos encontramos, pues, en un momento histórico en el que el capital industrial sintetiza su dominio y ve por tanto realizadas plenamente todas sus potencialidades. Esta realización plena del capital industrial en tanto potencia histórica determinada incluye la conformación de la economía, la sociedad civil, la política y la cultura de acuerdo con las necesidades más íntimas de esta relación de producción. El capital industrial cierra su cerco en todos los ámbitos sociales, y este cierre integral tiene su hebilla en el consumo, así como en la geografía mundial sus extremos y polos de afianzamiento y actividad.



2. La coyuntura actual es mundial



La coyuntura actual es por tanto evidente y decididamente mundial, por esencia y en cada determinación local, pues todas éstas remiten al mundo y al círculo completo de concatenaciones, así como en especial a la hebilla funcional general constituida por el cuerpo material consuntivo de valores de uso —correlato del cuerpo material tecnológico— mediante el cual el capital industrial completa hoy la realización de sus potencialidades y su dominio.

El momento actual es el del cierre del dominio, es decir, el de la concreción plena del capital recién alcanzada (en 1994).

3. Génesis histórica de la subordinación real del consumo bajo el capital

Evidentemente, mucho antes de que la hebilla del dominio mundial del capital industrial se cierre en el área geopolítica de la Cuenca del Pacífico —y precisamente en vista de alcanzar esta meta— se observa la pujanza, extensión y profundización crecientes del camino dual que ha



seguido el capital en la formación del cuerpo material consuntivo (valor de uso nocivo) adecuado al desarrollo del cuerpo material productivo tecnológico mediante el cual se genera el plusvalor relativo. Este proceso dual (productivo y consuntivo) comenzó en 1850, una vez que el capitalismo rebasó su medida continental y comenzó a tupir su —aquel entonces casi vacía— medida mundial que recién inauguraba.

Las raíces específicas de la coyuntura mundial actual llegan, pues, hasta la mitad del siglo XIX, cuando el modo de producción capitalista específico ya ha madurado en Inglaterra. En ese momento la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital comenzó a desarrollarse en consonancia con la configuración del producto útil y del cuerpo total de la riqueza material producida por el capital industrial. Es decir que los productos de la industria no sólo reflejaron los métodos y procedimientos de las empresas capitalistas, sino que el aparato tecnológico de éstas, el núcleo objetivo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, se fue adecuando a las determinaciones del valor de uso producido y a los requerimientos del consumo social, esto es, a la demanda en condiciones de competencia por las ganancias. La subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, que se inaugura a partir de 1850, se encarrila así de modo creciente para ser simultáneamente subordinación real del consumo al capital, plasmación de valores de uso nocivos portadores de plusvalor.




4. Consumo sometido, computadoras y mercado mundial

La pujanza de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, en la modalidad de subordinación real del consumo al capital, se muestra de manera pulsátil dado su doble punto de apoyo: por un lado, se sitúa en el cuerpo material tecnológico; por el otro, en el cuerpo material consuntivo de la sociedad. Este último rasgo obliga a nombrar subordinación real del consumo al capital a la modalidad de subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital que se redondea en la conformación de ese cuerpo útil consuntivo. Así pues, las pulsaciones de la subordinación real del consumo al capital son un proceso retroalimentativo que determina el consumo en forma y contenido desde la producción y regula la expansión, el límite y el ritmo de ésta desde el consumo.





La relación social capitalismo se materializa en términos funcionales en este mecanismo autorregulado que opera de modo cada vez más objetivo-cósico y no sólo movido por determinaciones humanas que salen al paso de oportunidades o de obstáculos suscitados en el curso de la reproducción del capital. Este mecanismo requirió de un aparato tecnológico, es decir, de un peculiar valor de uso técnico que pudiera cumplir las funciones necesarias para la autorregulación productivo-consuntiva de la sociedad. Y por supuesto finalmente logró producirlo, alrededor de cien años después de iniciada la subordinación real del consumo al capital. Así es como, en la década de los cincuenta del siglo xx, surgen las primeras computadoras comerciales, hoy generalizadas y personales.

La pujanza pulsátil de la relación capitalismo así dualmente determinada, y según la circularidad retroalimentativa referida, posibilitó la expansión mundial del sistema capitalista hasta culminar en la ocupación de la Cuenca del Pacífico. Marx y Engels registran desde 1848 la apertura de esta zona geográfica como horizonte de conquista del capitalismo industrial.[28]





De tal manera, la nota resaltante de la coyuntura mundial contemporánea son esos tres factores: 1) la mundialización efectiva del capital —o lo que es lo mismo, la promoción del mundo como valor de uso total sometido al capitalismo industrial—; 2) la informática, la computación y la robótica como valores de uso productivos y administrativos caracterizados por la presencia generalizada y cada vez más sofisticada del servomecanismo, y, finalmente —pero como núcleo generador de la mundialización del capital y de la computarización del proceso de trabajo y de la vida cotidiana—, 3) la subordinación real del consumo al capital en tanto forma desarrollada de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, es decir, en tanto constitución de un cuerpo material consuntivo y productivo que repite —como la máquina— a la relación social capitalismo bajo modo sensible cósico.

Los tres factores —la subsunción real del consumo bajo el capital, la computarización y la mundialización efectiva del capital— no son independientes sino que están vinculados funcionalmente por un lazo de necesidad de modo retroalimentativo o reproductivo.

[28] Me refiero al artículo atribuido a Friedrich Engels, pero de posible autoría de Karl Marx, “Los movimientos del 47”.



El desarrollo de la computación desde mediados del siglo XX se basa en un dispositivo que tiene una forma de funcionamiento análoga a la recién descrita. Este es el servomecanismo de autorregulación retroalimentativa —por ejemplo los termostatos automáticos— desarrollado desde inicios de ese siglo. Ambos desarrollos tecnológicos se posibilitan históricamente por cuanto son la expresión de una misma forma social en desarrollo. A saber, que el capitalismo avanzó desde 1850 desde el sometimiento de la producción hasta el del consumo; de suerte que pasó a determinar un tipo de subordinación real del proceso de trabajo que se retroalimenta con la subordinación real del consumo. Esta concreta relación social —global, totalizada y autocomprensiva porque cierra el círculo de la reproducción social— es la matriz de la cosa científico-tecnológica actual. De modo análogo el automatismo inherente del sistema capitalista de máquinas (no aún del consumo)[29] corporeiza el carácter automático de la fórmula general del capital tal como se presenta en la esfera de la circulación: D-M-D'.




La explicación general del surgimiento de la tecnología computacional a partir de la forma que adoptan las relaciones capitalistas en el siglo XX, especificadas por la subsunción real del consumo bajo el capital, debe ser complementada con una explicación particular que dé cuenta del momento histórico preciso en que apareció.

La doble hebilla de la coyuntura mundial del sistema capitalista actual —tanto el cuerpo material consuntivo como la Cuenca del Pacífico— se concretó en la computación y mediante ella pasó a afianzarse de modo perfeccionado. Sólo en la hora de la geopolítica de la Cuenca del Pacífico para la hegemonía mundial es que pudieron surgir las computadoras.

Debemos pasar ahora a determinar las características de la subordinación real del consumo al capital, concepto que define al capitalismo contemporáneo como un todo y no sólo a su dual núcleo pulsátil.



[29] *Cfr.*, Karl Marx, *El capital*, capítulo XIII, p. 91.



GÉNESIS Y ESTRUCTURA DEL CONCEPTO DE SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL[1]

Como señalé en la introducción del presente libro, "subsunción" es un término latino que originalmente es sinónimo de sometimiento, subordinación, sojuzgamiento o subyugamiento. Es decir, es un modo de incluir —que en el uso actual del término no se especifica— que implica sometimiento. Lo que denuncio no es entonces una mera "manipulación" del consumo sino el sojuzgamiento del consumo por parte del capital. Retomo el término de Marx, quien lo usara para hablar de subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Su decisión de usar el término latino —aunque pudo utilizar la palabra alemana para decir, por ejemplo, subordinación (*Unterordnung*)[2]— revela la esencialidad que atribuye al concepto, pues si bien el alemán no es, como el inglés, "un lenguaje que gusta de expresar la idea *directa* con un término germánico y la idea *refleja* con un término latino",[3] sí que gusta de guardar ciertos términos latinos para expresar determinaciones profundas no aparenciales o fenoménicas. También llama la atención que escoja hablar de sometimiento y subordinación mejor que de dominio del proceso de trabajo por el capital, pues el dominio caracteriza al señor que domina, habla de la acción efectuada por él, mientras que el sometimiento, la subsunción, se refiere a la condición del esclavo bajo dicho dominio; al caracterizar al sometido, la acción sufrida por el sometido, se precisa políticamente contra qué y cómo es que éste debe rebelarse.




[1] Una primera versión del presente trabajo —publicada como folleto en 1993 por el Seminario de *El capital* de la Facultad de Economía de la UNAM— fue presentada en el homenaje a los 25 años del movimiento internacional de 1968, en una mesa redonda referida a los desarrollos culturales propiciados por el 68 en la que participaron también Armando Bartra y Ruy Mauro Marini.

[2] También *unterwerfen (*someter*), unterjochen (*sojuzgar*) o bezwingen (*subyugar*).*

[3] Marx, *El capital,* capítulo I, nota 4, p. 4. Marx se refiere a las palabras inglesas correspondientes a "valor de uso" y "valor de cambio" que son, respectivamente, *worth* (idea directa) y *value* (idea refleja).





Preámbulo

La teoría de la subsunción formal y la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital es el núcleo de la teoría de Marx sobre el desarrollo capitalista. Está inspirada en la *Fenomenología del Espíritu,* de Hegel (1807), principalmente en aquel pasaje del prólogo en donde aparece la imagen de la semilla que deviene en flor y fruto, bella metáfora para hablar del desarrollo, de la historia y, en fin, de lo que es un proceso. Hegel observa los hitos de un proceso en el que los objetos particulares son sometidos a la dinámica del espíritu, al cual ve, de manera machista, como viril sometedor de la naturaleza, vista a su vez, también con ojos machistas, como "femenina". Así, para Hegel, lo que es proceso y desarrollo implica necesariamente sometimiento.




Ahora bien, el concepto de plusvalor absoluto es idéntico al de subsunción formal del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, y el de plusvalor relativo, al de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, sólo difieren en la perspectiva desde la cual designan a la producción capitalista como proceso histórico determinado de explotación. En efecto, los conceptos de plusvalor absoluto y plusvalor relativo refieren a la producción capitalista desde el punto de vista del resultado y el interés inmediato del capital, de modo que resaltan el método de explotación que se utiliza (uno sería el del plusvalor absoluto y otro el del relativo).

Por su parte, los conceptos de subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización designan a la producción capitalista desde la perspectiva no del resultado sino del proceso mismo y tomando en cuenta sus contenidos sociales y materiales (técnicos). Cada una de estas perspectivas —la del proceso y la del resultado— contiene a la otra, pero la perspectiva del plusvalor contiene sólo implícitamente a la subsunción formal y a la subsunción real, es decir al proceso.

Lo anterior permite comprender las razones de Marx para intitular las secciones tercera, cuarta y quinta del tomo I de *El capital* "La producción de plusvalor absoluto", "La producción de plusvalor relativo" y "La producción del plusvalor absoluto y del relativo", respectivamente, y por qué no las intituló "La subsunción formal" o "La subsunción real", etcétera. El discurso plasmado por Marx en esas secciones rebasa con mucho la





mera exposición de un resultado y más aún la demostración matemática de un método de explotación. La razón por la que Marx hizo tal elección es de orden crítico, y es consistente con el hecho de que piensa haber logrado la redonda crítica de la economía política científicamente fundada y, por ello, en el título de su obra antepone a la "crítica de la economía política" el objeto completamente explicado por ella: "el capital". De modo similar, si la ganancia oculta el plusvalor, el propio plusvalor, en tanto resultado cósico, oculta el proceso histórico de subsunción formal y de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Pero es precisamente así, oculto por su resultado productivista, que transcurre el proceso de producción capitalista, y la crítica de la economía política reconstruye o refigura su objeto teórico precisamente reproduciendo el modo en que éste se presenta positivamente en la realidad, pero tiene la audacia de encontrar en la dinámica de este objeto —al que sólo ella explica a cabalidad de modo evidente— los engarces desde los cuales puede argumentarse la crítica demoledora del mismo. Por ello los conceptos de subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital no dan título a las secciones referidas sino que se tratan en pasajes estratégicos de la obra.[4]




I. ESTRUCTURA DE LA SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL

El concepto de subsunción real del consumo bajo el capital es completamente diferente y aun opuesto a los de "sociedad de consumo", "sociedad postindustrial", "capitalismo del desperdicio", etcétera, y no sólo a las teorías del imperialismo, precisamente porque centra la explicación del capitalismo en la explotación de plusvalor a la clase obrera y en la reproducción de esta explotación y su ley de desarrollo: la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Al contrario de las referidas teorías, que de una forma u otra eluden explicar la sociedad contemporánea a partir del proceso de producción, la teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital continúa esta explicación de Marx mediante la investiga-

[4] Para mayor abundamiento sobre este tema, véase mi *Para la crítica a las teorías del imperialismo*, capítulo I.



ción del modo como el sometimiento de la producción se extiende hasta incluir orgánicamente a la esfera del consumo. Este fue el reto teórico para la economía política desde fines de los años cincuenta del siglo XX.

Formulé por primera vez este concepto a fines de 1976,[5] cuando intentaba explicar cómo las condiciones materiales prevalecientes en el capitalismo actual hicieron posible un discurso como el de Georges Bataille, centrado en la noción de gasto (*La parte maldita)* o consumo dilapidatorio, pues las diversas teorías al uso sobre el imperialismo —incluidas la del capitalismo monopolista de Estado[6] y la del "capitalismo tardío" de Ernest Mandel— me parecieron insuficientes para dar razón cabal del surgimiento de tan *sui generis* fenómeno cultural.

Originalmente seguí un cuádruple camino para conformar la teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital: 1) construirla en positivo como alternativa de explicación del capitalismo actual, 2) criticar la que ofrecen las teorías del imperialismo y 3) retomar en continuidad la teoría de Marx sobre el desarrollo capitalista para, también, 4) explicar epocalmente la contracultura y su comportamiento dual respecto del consumo contemporáneo (dualidad resaltante, por ejemplo, en el hecho de que por "psicodelia" se entendían experiencias tan distintas materialmente una de la otra como son los "viajes" con LSD y la meditación oriental hindú o zen).





Mediante el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital pienso en continuidad el desarrollo histórico capitalista, al contrario de las teorías del imperialismo, que distinguen fases en el capitalismo de un modo que conduce a instaurar rupturas entre una y otra, con lo cual rompen con Marx sin darse cuenta. Por mi parte establezco continuidad plena con la teoría de Marx al momento de diferenciarme teórica y epocalmente respecto de él.

[5] En los manuscritos de los capítulos 5 y 6 de lo que sería mi tesis de licenciatura sustentada en abril de 1979: "Presentación de las tesis fundamentales de la crítica de la economía política. Un ejercicio: Georges Bataille."

[6] El principal teórico de este concepto es Paul Boccara, en *El capitalismo monopolista de Estado*.






Excurso 1

Antes de resumir los temas fundamentales de mi teoría, debo abrir un excurso necesario para aclarar brevemente el por qué de mi crítica a las teorías del imperialismo. En efecto, me parece que aunque podemos aprender de ellas muchas particularidades debemos rechazar su concepción global sobre el capitalismo, inspirada y presa en la ideología democrático-burguesa de John Atkinson Hobson, autor de *El imperialismo. Un estudio* (1905). Dentro de esta ideología se disocia el imperialismo respecto del capitalismo —como si pudiera haber un modo de producción específicamente capitalista, un capitalismo desarrollado, sin imperialismo—, así que los revincula sólo a posteriori y coincidentalmente. Su concepción global sobre el capitalismo también debe ser rechazada porque, basada en lo anterior, hace creer que hay otra fase del capitalismo posterior a la del capitalismo desarrollado y que esa fase implica otra relación de producción dominante diferente de la correspondiente al capital industrial. Para argumentar esta idea —y ocultar así lo que en verdad ocurre— dicha concepción evita el análisis directo del proceso de trabajo y de la explotación capitalista y se conforma con mencionarlo sólo como boleto de entrada para pasar, luego, a otra cosa: a la circulación, a la política, a la cultura, a la revolución incluso, etcétera, pero precisamente sin determinar el proceso de desarrollo capitalista y las fuerzas productivas que contiene. Así insiste en la no correspondencia entre capitalismo desarrollado y revolución proletaria, es decir, altera esta identidad cara al materialismo histórico para hacer creer voluntaristamente —no sin cierta loable dosis de romanticismo y energía revolucionaria— en la posibilidad de una revolución proletaria sin fuerzas productivas desarrolladas. Pasa pues, a alterar esta otra cara identidad del socialismo científico entre ambos términos.




Como se ve, se trata de una evidente teoría de alteridad (es decir de alienación) que nos hace pasar a otra cosa que la revolución proletaria creyendo lo contrario. No deja de ser admirable el colosal trabajo de intención revolucionaria que hicieron Lenin (*El imperialismo, fase superior del capitalismo*), Rosa Luxemburgo (*La acumulación de capital*), Bujarin (*El imperialismo y la acumulación de capital*), etcétera para refuncionalizar en un sentido revolucionario y marxista esta problemática ideológica. Sin embargo, está estructuralmente determinada, independientemente





de la voluntad de quien la use, para provocar actos fallidos en la revolución y finalmente falsearla para detenerla. Aunque en las obras de los marxistas así llamados "clásicos del imperialismo" esta teoría pareciera estar inspirada en la crítica de la economía política y en el materialismo histórico, en verdad está construida sistemáticamente —así que no burdamente— para justificar el olvido de las condiciones materiales de posibilidad de la revolución comunista.

De ahí que esta teoría no piense el desarrollo capitalista con base en la teoría de Karl Marx, cuyo núcleo esencial está constituido por los conceptos de subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, es decir, por el análisis de la explotación de plusvalor a la clase obrera como configuración social y técnica del capital. Según esta teoría la determinación social capitalista impregna a la técnica de modo que ésta no es neutral sino estructuralmente negativa para el sujeto obrero y en tanto es usada para explotarlo.

Como se ve, las teorías del imperialismo son un objeto o valor de uso cultural cuya estructura se encuentra sometida al capital, es decir, un exponente cultural de la subordinación real del consumo al capital. Este valor de uso fue perfeccionado en ese sentido durante el siglo xx.




En lo que sigue, para exponer mi teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital, resumo sus temas fundamentales y luego los especificaré al confrontarlos con otras teorías al uso sobre el consumismo. Finalmente, la aplicaré a algunos fenómenos ocurridos en los años sesenta. En esta aplicación se muestra, por un lado, cómo funciona la subsunción real del consumo —en especial lo que llamo el "fetichismo cósico" que le es inherente a ella—, y, por otro, el objeto problemático que la suscitó y que me llevó a construirla.

1. Ya he señalado que la subsunción real del consumo bajo el capital es la forma actual de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Esta forma comienza a mostrar sus primeros indicios desde 1850, cuando el capitalismo desbordó su *medida continental* hacia la empresa histórica de alcanzar su *medida mundial,* se consolidó durante la segunda posguerra mundial —en particular en la década de los 60—, una vez destruida Europa y que el capitalismo estadounidense se convirtiera en el hegemón económico y geopolítico del mundo. La subsunción real del consumo bajo el capital es entonces la subsunción real del proceso de



trabajo inmediato bajo el capital correspondiente con la medida mundial del capitalismo. Tan redondo como el dominio del capital sobre el mundo es su dominio de toda la sociedad, desde la producción hasta el consumo. Tan redondo y real, no sólo formal. Sólo un sometimiento real del proceso de reproducción social como un todo puede corresponder a la subsunción real del mundo por el capital, pues el mundo es el valor de uso total de la reproducción íntegra de la humanidad. Pues bien, la reproducción tiene su hebilla en el consumo en la medida en que éste es el extremo opuesto a la producción, luego del cual recomienza ésta. Así que lo específico de la subsunción real de la reproducción bajo el capital se juega en la subsunción real del consumo. Por ello lo específico de la subsunción real del mundo por el capital es la subsunción real del consumo bajo el capital. La pregunta ¿qué significa explotar plusvalor? es explanada por medio de la pregunta sobre qué significa producir en términos capitalistas, lo cual obliga a exponer las determinaciones del modo de producción capitalista en su conjunto. La respuesta son los tres tomos de *El capital.* Del mismo modo, la extensión mundial del modo de producción capitalista, la mundialización capitalista, sólo puede ser explicada si antes entendemos qué significa dominar en términos capitalistas a todo el planeta, lo que sólo puede ser comprendido, a su vez, como sometimiento total del valor de uso; subsunción real del proceso del proceso de trabajo y del consumo bajo el capital, pues, como sabemos por los "*Formen"* (1857), de Marx, la tierra —en un sentido más profundo y abarcante, es decir también como el planeta Tierra— es el "reservorio y el laboratorio original" de la humanidad, el valor de uso objetivo total.




2. La subsunción real del consumo bajo el capital alude a un suceso que acontece en el consumo, en la realidad de este consumo: los valores de uso han sido sometidos a las necesidades de la acumulación del capital. Aún más, esa realidad del consumo que son los valores de uso ha sido sometida no sólo formalmente, es decir, que el consumo humano no queda determinado por el capital sólo en su cantidad y en la forma, sino que la estructura material del valor de uso ha quedado determinada de tal manera que responde a las necesidades de la explotación y acumulación de plusvalor.



3. En el consumo el valor de uso se adecua a las funciones del capital tal y como las características materiales del oro sirven a las funciones sociales del equivalente general dinerario, o, más aún, tal como, en el proceso de producción, las características materiales útiles de la máquina sirven a la necesidad de explotar a la clase obrera cada vez más plusvalor. La maquinaria y la gran industria es la culminación de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y la subsunción real del consumo bajo el capital es el desarrollo de la misma.

4. Sólo cuando ya existen las máquinas sometidas al capital es posible que éstas vomiten valores de uso cuya estructura material es ella misma capitalista. Entonces, el sometimiento capitalista de los seres humanos ya no es sólo económico y político, ni solamente ideológico y cultural —incluido el sometimiento moral—, sino que pasa a ser también fisiológico pues dependemos más vitalmente del modo de vida y no sólo del modo de producción instaurado por el capital. Y no se trata de la dependencia producida por adicción a los cigarrillos, licores o drogas, sino por todo el sistema capitalista de necesidades, también las que parecen inocuas.

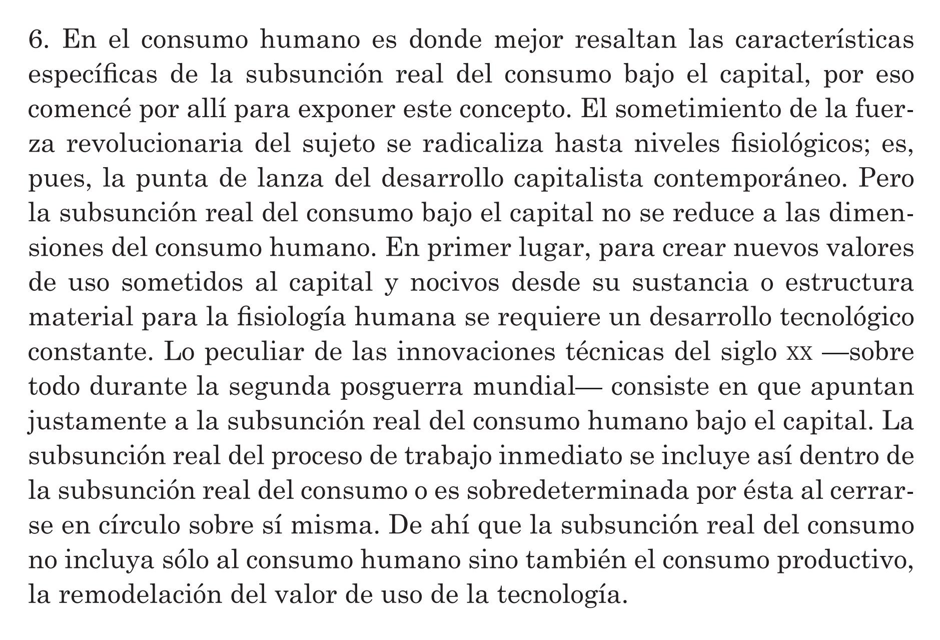



A partir de aquí, todos los factores del sometimiento se redimensionan cualitativamente; el sometimiento político se profundiza cada vez más en un sometimiento psicosocial y por tanto sexual; surge así la psicología de masas del fascismo,[7] o después, en la segunda posguerra mundial, la cultura de masas, que sirve de apoyo a la hegemonía mundial de Estados Unidos.

5. Ahora bien, la dependencia vital fisiológica de los seres humanos respecto del modo de vida capitalista tiene la función de desarmar a la revolución ya antes de que ésta se levante contra él. La subsunción real del consumo bajo el capital es idéntica con el sometimiento capitalista del sujeto social revolucionario. El contenido específico de la historia del siglo XX —a diferencia de la del XIX—[8] consiste en el sometimiento del sujeto social mundial no sólo en tanto fuerza de trabajo sino en tanto fuerza revolucionaria o sujeto trascendente del capitalismo.

[7] *Cfr*. Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo*.
[8] *Cfr. supra,* mi ensayo titulado "Proletaización de la humanidad y subordinación real del consumo bajo el capital".




6. En el consumo humano es donde mejor resaltan las características específicas de la subsunción real del consumo bajo el capital, por eso comencé por allí para exponer este concepto. El sometimiento de la fuerza revolucionaria del sujeto se radicaliza hasta niveles fisiológicos; es, pues, la punta de lanza del desarrollo capitalista contemporáneo. Pero la subsunción real del consumo bajo el capital no se reduce a las dimensiones del consumo humano. En primer lugar, para crear nuevos valores de uso sometidos al capital y nocivos desde su sustancia o estructura material para la fisiología humana se requiere un desarrollo tecnológico constante. Lo peculiar de las innovaciones técnicas del siglo XX —sobre todo durante la segunda posguerra mundial— consiste en que apuntan justamente a la subsunción real del consumo humano bajo el capital. La subsunción real del proceso de trabajo inmediato se incluye así dentro de la subsunción real del consumo o es sobredeterminada por ésta al cerrarse en círculo sobre sí misma. De ahí que la subsunción real del consumo no incluya sólo al consumo humano sino también el consumo productivo, la remodelación del valor de uso de la tecnología.




7. La inclusión del consumo productivo dentro de la subsunción real del consumo bajo el capital valida a ésta como forma de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato al capital, y a la vez nos lleva a considerar como partes de ella no sólo a los valores de uso que median la relación del capital con los consumidores, de la producción con el consumo humano (alimentos, drogas, automóviles, electrodomésticos, espectáculos, libros, etcétera), sino también a los valores de uso que son premisas de ese consumo humano (las máquinas, las computadoras, etcétera) y, aún más, los valores de uso que son premisas para el consumo productivo. Pues tales premisas lo son también de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital; forman parte de ella, no le son exteriores. Se trata del territorio, de las materias primas y de los energéticos, del dominio geopolítico del mundo, etcétera. En fin, todas las condiciones materiales de existencia de la sociedad humana son subsumidas realmente bajo el capital, eso es la subsunción real del consumo bajo el capital. En tanto el sometimiento real de todas las condiciones materiales apunta a la subsunción real del consumo humano y promueve así el sometimiento del conjunto de la reproducción social, ella es su motor y su guía; su horizonte y telos



inmanente, a partir del cual adquiere sentido todo el proceso y función posicional cada factor del mismo.

He aquí la subsunción real de la reproducción social como un todo centrada por la subsunción real del consumo humano.

8. Lo anterior explica que la subsunción real del consumo bajo el capital incluya el armamentismo y la estrategia militar —así como la producción de valores de uso nocivos incluye el "complejo militar industrial"—, la lucha por el petróleo, el crecimiento del Estado y de su intervención en la economía y en la vida social en tanto garante de las condiciones de reproducción de capital, y no digamos la cultura de masas y la manipulación psicológica del consumo a través de la propaganda, etcétera. Muchos de estos fenómenos han sido analizados aisladamente por diversos autores desde fines de los cincuenta y aun desde fines de la década de los treinta, pero sin dar razón unitaria del conjunto, y menos desde las necesidades de la producción material capitalista. El concepto de subsunción real del consumo bajo el capital lo permite; sobre todo una vez que logramos captar el fenómeno que describe como causa contrarrestante global de la caída de la tasa de ganancia. La subsunción real del consumo bajo el capital apuntala la comprensión del desarrollo capitalista con base en aquella ley formulada por Marx.[9]




9. Como ejemplo de explicaciones unilaterales, recordemos que se habló de "sociedad de consumo", una idea que se opone a la teoría de la primacía de la producción en la economía y en la sociedad, y de la primacía de la explotación de plusvalor sobre toda otra alienación o gratificación que tienda a integrar a los explotados. Por ejemplo, el Marcuse de *El Hombre unidimensional* o de *Eros y civilización,* o Baran y Sweezy en *El capital monopolista*; Seymur Melman con *El capitalismo del Pentágono*, o, antes, Michael Kidron (*El capitalismo occidental de la posguerra).* Por otro lado, en esas explicaciones el sometimiento del consumo humano no es caracterizado en su especificidad actual como subsunción real del consumo bajo el capital, sino que se cree que dicho sometimiento depende sólo de la manipulación de la propaganda —sobre todo la subliminal—.

[9] *Cfr*. Karl Marx, *El capital,* tomo III, sección tercera, "La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia".





No se observa la nocividad fisiológica de los valores de uso como pivote de la enajenación material sobre la cual y para la cual y, aún más, por la cual tiene eficacia la manipulación ideológica y aun la psicológica. Lukács o Marcuse hablan así del sometimiento del consumo, muy influidos por Vance Packard (*Las formas ocultas de la propaganda*, de 1959) y el neoconservador Daniel Bell (*Las contradicciones culturales del capitalismo*) puede así referirse a las "contradicciones culturales del capitalismo", como si ya sólo lo cultural fuera problemático.

En este mismo orden de ideas se mueven los análisis de Jean Baudrillard en *El sistema de los objetos* (1972) o en la *Crítica de la economía política del signo* (1974), etcétera, donde la alienación promovida por los bienes de consumo o bien es sólo ideológica y psíquica, o bien está determinada por la distribución espacial del objeto, por ejemplo el *living room*, etcétera. Como aquí Baudrillard está influido positivamente por el urbanismo, en particular a través de Henri Lefebvre, lo que hay de materialismo en sus análisis críticos del consumo hay que retrotraerlo a *La situación de la clase obrera en Inglaterra,* de Engels, y a la "Ilustración de la ley de la acumulación de capital" expuesta por Marx en el capítulo XXIII del tomo I de *El capital,* textos muy influyentes en Lefebvre. Pero es evidente que la materialidad de los valores de uso no se agota en el espacio. Éste es sólo su aspecto general y básico, digamos, en tanto *res extensa*. La subsunción real del consumo bajo el capital, en cambio, alude a la transformación cualitativa de la sustancia de los valores de uso, algo muy *in*-tenso.




En efecto, el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital radicaliza el concepto de enajenación porque lo configura como enajenación material.[10] O si se quiere, la subsunción real del consumo bajo el capital es la concreción de lo que Marx entiende por enajenación desde 1844, cuando ya supera las críticas de la enajenación sólo religiosa e ideológica que hacen Hegel y Feuerbach, o la crítica de la enajenación sólo política que se encuentra en Arnold Ruge, siempre reductible a enajenación ideológica.

[10] *Cfr.* mi *Posmodernidad y subordinación real del consumo bajo el capital en los* Manuscritos de 1844.





10. La subsunción real del consumo bajo el capital es la subsunción real del consumo humano y del consumo productivo y sus premisas materiales, pero también de esa otra premisa del proceso de trabajo que es el propio sujeto humano en tanto valor de uso peculiar, es decir, en tanto procreador de fuerza de trabajo que debe ser explotada. La subsunción real de las fuerzas productivas procreativas es entonces el tercer componente general de la subsunción real del consumo bajo el capital, junto con la subsunción real de las fuerzas productivas técnicas y la subsunción real del consumo humano. La subsunción real de las fuerzas productivas procreativas bajo el capital arranca desde el ámbito familiar y doméstico y avanza hacia las formas de asociación personales, civiles y políticas, e incluye la refuncionalización de la cultura en tanto aparato formador de sujetos —que no procreador, por supuesto, aunque hoy las imágenes culturales logran "crear" sujetos funcionales al sistema según modelos troquelados—. Ya hemos visto cómo la base de la subsunción real de las fuerzas productivas procreativas bajo el capital es la remodelación de la comunidad doméstica capitalista. Este proceso se desencadenó con virulencia en la década de los sesenta con la proletarización del trabajo femenino y del trabajo intelectual, la revolución sexual y la píldora anticonceptiva —curioso valor de uso sometido al capital—, las protestas feminista y gay, etcétera.




En este punto concluyo la panorámica de la estructura de la teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital y paso ahora a abordar su génesis desencadenada por el horizonte ideológico y vivido de los años sesenta y setenta dentro del cual debió autodiferenciarse respecto del mismo. Así podremos ver también qué es lo que no es la subsunción real del consumo bajo el capital para entonces entender mejor lo que sí es.

II. "SOCIEDAD DE CONSUMO": LO QUE NO ES SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL

En un primer apartado (A de esta sección) expongo el núcleo o problema central de la noción de "sociedad de consumo", respecto de la cual el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital debió diferenciarse críticamente. Con base en lo anterior, en un segundo apartado (B) ya puedo exponer la problemática general que se articula en torno a la no-





ción de "sociedad de consumo", y para ello comentaré el libro de Edgar Faure *La sociedad tecnológica de consumo.* En un tercer apartado (C) puedo hacer el perfil de la utopía del capital en tanto ideología de dominio que encarcela a los diversos autores que abordan esta problemática y les hace creer que no hay crisis y que es mejor que desmaterialicen las necesidades y el consumo o se desinteresen de su contenido. Finalmente, en otro apartado (D) puedo señalar, a propósito del libro de Adolf Kozlik *El capitalismo del desperdicio,* las posibilidades y los límites de una crítica que se fundamente en la noción de sociedad de consumo.

Después de perfilar este horizonte ideológico, paso a hablar de la génesis específica de la subsunción real del consumo bajo el capital a propósito de una crítica a la psicodelia (tercer parágrafo de este capítulo), ingrediente principal del horizonte vivido en el que fue forjado el concepto de sociedad de consumo.

A. La subsunción real del consumo bajo el capital no es un capitalismo monopolista de Estado que además manipula el consumo (amén de manipular los conceptos para autopresentarse).




En 1975 aparece un libro colectivo publicado por el Partido Comunista Francés (J.P. Terrail, E. Préteceille, J. L. Moynot y otros, *Necesidades y consumo en la sociedad capitalista actual*) en el que se resume y critica, desde la plataforma de la teoría del capitalismo monopolista de Estado, toda la problemática generada en los sesenta y remodelada por la crisis de 1971-73 sobre "las necesidades y el consumo" (título original del libro) "en la sociedad capitalista actual" (frase añadida al título en la edición en español de 1977). Los autores del libro buscan criticar las tendencias consumistas y culturalistas de los análisis y propuestas políticas habidas hasta entonces y que olvidan o ponen en segundo término la explotación de la clase obrera en el proceso de trabajo; asimismo critican los análisis que —basados en las preocupaciones del Club de Roma sobre los "límites del crecimiento" (Donella H. Meadows, *et al.*, Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad)— rechazan la centralidad de las fuerzas productivas técnicas y buscan detener su desarrollo. Así, señalan en la página 10 lo siguiente:

> La crisis [de 1971-1973] y el desarrollo de las luchas a escala del conjunto de los grandes países capitalistas hacen estallar en pedazos cierto número de





> mitos que servían como justificaciones de la política del gran capital durante los veinticinco años de un desarrollo económicamente más fácil que tuvo después de la segunda guerra mundial. Ya no se puede hacer progresar los temas del crecimiento, del reparto del pastel, los temas cientificistas, tecnocráticos, el planismo, la futurología, la convergencia del capitalismo y del socialismo hacia un mismo "modelo". Por su parte, los países socialistas tienen un crecimiento regular y no conocen la inflación ni el desempleo.

Evidentemente, después del derrumbe del así llamado "socialismo real" en 1991, las últimas afirmaciones resultan hoy risibles y demuestran el límite no sólo político sino teórico general de los autores. Por lo demás, estas mismas afirmaciones captan el tema de las necesidades y el consumo como mero tema ideológico, de ahí que preponderantemente hablen de la "constitución ideológica de las necesidades" de la que derivan luchas de clases e intervención estatal y sólo analizan la forma del consumo (por ejemplo socializada o individual, etcétera). En general, al tratar de las necesidades y el consumo se mueven en la órbita psicosocial, ideológica y política. Además, aunque logran hablar en términos materialistas del urbanismo y tratan de relacionar la producción con el consumo y con la producción de necesidades, sólo captan la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital (maquinismo y computadoras), a la que añaden ideología y política para referirse al sometimiento del consumo pero sólo como subsunción formal del consumo bajo el capital. Jamás logran arribar a la subsunción real del consumo bajo el capital, pues la cuestión de las necesidades les parece sólo ideológica, no una determinación material humana.




El sugerente libro de Jacques Attali, *La historia de la propiedad* (y de los bienes) (1988), aunque busca rebasar estas limitaciones inherentes a la teoría del capitalismo monopolista de Estado, permanece preso en ellas, anclado en la óptica jurídica formal de las formas de propiedad. El concepto, también muy sugerente, de Henri Lefebvre de "sociedad burocrática de consumo manipulado" (*Crítica de la vida cotidiana,* de 1961, y *Hacia el cibernantropo,* de 1967) tampoco rebasa la idea de la manipulación ideológica de las necesidades. Pero éste es en verdad el error general de la izquierda después del 68. Pues si durante los sesenta se insistió en la calidad de la vida y en las necesidades verdaderamente humanas deformadas artificialmente por el capital, en los setenta, y después de la de-





rrota política del movimiento de 1968 y de la detención de las tendencias teóricas que lo alimentaban, la izquierda creyó que debía insistir más bien en la riqueza de las necesidades y en su universalización y exceso. Así, eso de las "necesidades verdaderamente humanas" pareció remitir a una metafísica esencia humana en la que se creyó ver preso al Marx de los *Manuscritos de 1844* y en la que supuestamente siguieron recluidos los derrotados estudiantes del 68. Aún más, ¿qué no por ello fueron derrotados, por buscar un imposible y no saber qué proponer en positivo ante el artificio capitalista? En el prólogo de *Necesidades y consumo en la sociedad capitalista actual* se resume así la situación polémica:

> La famosa "sociedad de consumo" está cuestionada. En el fondo, la crisis misma [de 1971-1973] es la que constituye la base material sobre la que se desarrollan los nuevos temas ideológicos: "nosotros" (los explotados y los explotadores al mismo tiempo) dilapidamos demasiado, es necesario frenar el crecimiento que destruye el medio ambiente [—como insiste el Club de Roma—], eliminar las necesidades "superfluas", reducir la investigación dado que la ciencia tiene tantos efectos negativos [—como dice Heidegger—]... El peor de los oscurantismos es abiertamente fomentado.




Y añade:

> Todos esos temas reaccionarios tienen sus versiones de izquierda. Esto es válido desde la versión espontánea de la dieta: 'vivir de amor y de agua fresca', hasta la negación más elaborada del progreso científico y técnico en nombre del humanismo: "es necesario luchar contra las ideologías productivistas [(de paso un puntapié a los países "socialistas")]; ciencia y producción no satisfacen las necesidades [(y las que sí satisfacen ¿no serán las del gran capital?)] [(Agnes Heller)]; ciencia y producción oprimen el deseo, excluyen que "eso" [Jacques Lacan] habla; hay que volver a la convivencialidad [(Ivan Ilich)] y al intercambio simbólico [(Jean Baudrillard)] de los tiempos inmemoriales"
>
> Este desencadenamiento ideológico es la segunda razón para intervenir, tan científicamente como sea posible, sobre la cuestión de las necesidades. (p.11)

Pero la conclusión de los autores del referido libro es vigente también contra ellos mismos, especialmente contra la acientífica desmaterialización o ideologización de las necesidades y de su constitución. Este despro-



pósito opera un retroceso evidente respecto de los alcances prácticos de ese gran movimiento de rechazo a la subsunción real del consumo bajo el capital que fue el movimiento estudiantil de 1968.

Además de este problema central, vale la pena entender cómo se articuló con otros hasta configurar la limitación general de la idea de sociedad de consumo, desde la que es imposible construir el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital. Para ello abordaremos el ya mencionado libro de Edgar Faure, escrito entre el 68 y la crisis de 1971-73. Aunque ya retrasado respecto de los alcances de aquel movimiento, aún no enmascara sus deficiencias teóricas siguiendo el camino de asumir sólo formalmente la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia de Marx —como lo hicieran los teóricos del capitalismo monopolista de Estado— para dar cuenta de la crisis. Pues ciertamente uno de los motivos que está en la base del concepto de "sociedad de consumo" es sugerir que el capitalismo no sufrirá más crisis, con lo cual revoca la ley propuesta por Marx.



Excurso 2



Al asumir de un modo meramente formal la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, en los teóricos marxistas contemporáneos —formalismo muy resaltante en los teóricos del capitalismo monopolista de Estado— ocurre un curioso fenómeno en conexión con la problemática de las teorías del imperialismo. En efecto, según la versión leninista de teoría del imperialismo la nueva fase se caracteriza por el hecho de que el capital financiero se constituye en la relación de producción dominante que sustituye al capital industrial, el cual habría desempeñado tal función en la fase anterior, de libre competencia. Pero los teóricos del capitalismo monopolista de Estado, que dicen continuar a Lenin, intentan apoyarse en Marx —ese teórico del siglo xix— para explicar al capitalismo contemporáneo, y en particular la grave crisis que surgió a partir de 1971, y entonces tratan de recuperar la ley de la caída tendencial de la cuota de ganancia. Sin embargo, su intento incurre en un formalismo indiferente a los contenidos específicos de la teoría, este formalismo que es el correlato de la indiferencia que muestran hacia los contenidos materiales específicos de los valores de uso sometidos realmente por el capital cuando analizan las necesidades y el consumo, también lo encontramos en la mayoría





de los autores que se ocupan del consumo capitalista actual les permite ser eclécticos y al mismo tiempo irresponsables e incoherentes. Ciertamente las crisis del capitalismo sólo se explican a cabalidad mediante la ley de la caída de la tasa de ganancia pero ésta es ni más ni menos que la ley del valor propia del dominio del capital industrial sobre el conjunto de la vida social. La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no podría existir si otra relación social fuera la dominante —por ejemplo, el capital financiero—, es decir, si viviéramos otra presunta fase del capitalismo que la del capitalismo industrial, hoy mundializado; pero tampoco existiría si —como dicen tantos autores— el predominio del capital monopolista suspendiera la ley del valor y mucho menos si lo que predominara fuera la fusión de monopolios y Estado mediante el capital financiero, como creen los teóricos del capitalismo monopolista de Estado. La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no es, insisto, sino la expresión desarrollada de la ley del valor. Es más, por supuesto que la mundialización del capitalismo y la forma imperialista de esta mundialización sólo pueden explicarse mediante la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y la correlativa sobreacumulación de capital que conduce a que el exceso de capital en una nación deba colocarse de modo imperialista fuera, en otras naciones. Ya Bujarin (*op. cit.*) siguió exitosamente esta veta explicativa, inspirándose en la tercera sección del tomo III de *El capital*. Pero precisamente esta explicación del imperialismo hace que caiga por su propio peso —contra la intención de Bujarin— la noción de que hubiera una nueva fase y no la misma en que es vigente el predominio del capital industrial con todas sus consecuencias.




Pues bien, al momento de hacer su crítica de las necesidades y del consumo actuales, los teóricos del capitalismo monopolista de Estado tuvieron la buena idea de retomar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia de Marx y su explicación de la crisis, pero otra vez de modo formalista porque no asumieron consecuentemente el contenido material de los valores de uso y de las necesidades, así que no la asociaron a la subsunción real del consumo bajo el capital. Ésta les pasó completamente desapercibida y más bien creyeron llegar a la cumbre de la criticidad al sugerir la constitución ideológica de las necesidades importada de Vance Packard, Jean Baudrillard y otros del mismo modo que los teóricos del imperialismo importaron acríticamente las teorías del demócrata liberal Hobson para comprender al capitalismo contemporáneo.





Pero así como la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no opera sino en condiciones en que el capital industrial es la relación de producción dominante —es decir, en condiciones de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital—, ella es simultáneamente la ley del valor del capitalismo, y por lo tanto no opera sin valor de uso, el otro componente esencial de la mercancía. En consecuencia, los teóricos del capitalismo monopolista de Estado en verdad sólo saquean las torpezas de Baudrillard, a quien pretenden criticar con esa "ley" cuando la aplican sin reconocer el carácter decisivo del contenido de los valores de uso y de las necesidades, a las que consideran solamente ideológicas.

Obsérvese cómo para sacar adelante la idea de un capitalismo sin crisis y revocar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia propuesta por Marx, en estos autores debe ocurrir simultáneamente una desmaterialización de la economía, de las necesidades, es decir, deben poner fuera de la perspectiva al valor de uso y en particular al valor de uso específico, las necesidades concretas de la población. De este modo queda configurada la utopía del capital consistente en que todo es valor porque todo es a imagen y semejanza del mismo capital, utopía que es por demás imposible pues el capital se reproduce y se valoriza a partir del valor de uso de la fuerza de trabajo.





B. La subsunción real del consumo bajo el capital no es una "sociedad de consumo" con tecnología innovada, en la que ya no habría crisis, un capitalismo sin contradicciones capitalistas.

Edgar Faure (*La sociedad tecnológica de consumo*), por ejemplo, piensa que a la sociedad actual le corresponde efectivamente el nombre de "sociedad de consumo" no porque sea de abundancia ni porque en todos los casos el consumo sea suficiente (su óptica se mantiene en los límites meramente cuantitativos del consumo), sino sobre todo porque el capitalismo actual ha logrado un equilibrio dinámico entre el consumo y la producción de modo que ambos crecen al mismo ritmo, así que es una "sociedad de expansión".

"La sociedad de consumo es otro nombre de la sociedad sin crisis, la sociedad liberada de las crisis de sobreproducción que rompían y hasta





invertían el ritmo del crecimiento. La desfatalización de las crisis se obtiene liberando el consumo."[11]

Es evidente que Faure escribe estas palabras antes de la más grande crisis que sufriera el capitalismo entre 1971 y 1982. Como su perspectiva formalista —ciega a las cualidades materiales de los valores de uso involucrados en el consumo— redobla su cuantitativismo, piensa al capitalismo según unas funciones económicas en las que está ausente la caída de la tasa de ganancia y, por ende, la crisis. Así, Faure dice que la dialéctica de riqueza y miseria propia del capitalismo —según la cual conforme más se incrementa la riqueza del lado del capital más se incrementa la miseria del lado de la población, en particular de los obreros—[12] puede ser superada si se incrementa el "consumo de las masas laboriosas" (p. 181)[13] mediante la gestión estatal —según la propuesta de Malthus, retomada por Rodbertus y perfeccionada por Keynes—.

Ahora bien, de no haber crisis la idea de revolución habría resultado caduca, por lo que Ernest Mandel,[14] en su interpretación del 68 francés —y luego del 68 internacional—, insistiera un poco forzadamente en que el levantamiento había ocurrido no obstante que el capitalismo no se encontraba en crisis. Mandel hablaba contra argumentos falaces del tipo de los de Faure, pero después de la crisis de 1971-1973 no modificó su postura.





Faure matiza su proposición cuando afirma que el crecimiento del consumo implica el de la producción, que el crecimiento de ésta "va implícito en el del consumo, mientras que la fórmula inversa no es cierta" (p. 188) y por ello la "sociedad actual en su completa topología" —porque hay que contar con la innovación científico-tecnológica— debe ser caracterizada como "sociedad tecnológica de consumo". Por supuesto es falaz la idea de Faure de ora unir ora desunir a capricho la producción y el

[11] Edgar Faure, *La sociedad tecnológica de consumo*, p. 179.

[12] *Cfr*. Marx, *El capital*, tomo I, capítulo XXIII, "La ley general de la acumulación de capital".

[13] "¿Es posible llegar a una extensión permanente o, mejor dicho, duradera, no cíclica del poder de consumo de la población? La respuesta positiva a esa pregunta es lo que justamente se ha llamado *sociedad de consumo*" (subrayado de Edgar Faure), en la que no hay ley de la caída de la tasa de ganancia. E. Faure dice lo anterior comentando al economista soviético Eugene Varga quien en 1952 ya no estaba tan seguro de hablar de crisis ni de miseria absoluta de las masas, sino, a lo más, de miseria relativa y de "estancamiento".

[14] *Cfr*. Ernest Mandel, "Proletarización del trabajo intelectual", ciclo de conferencias impartidas en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, México, 1974.





consumo. No lo es tanto la de que el consumo se incrementa mediante la innovación tecnológica, aunque allí olvida las relaciones capitalistas de producción cuyas contradicciones pretende no obstante neutralizar mediante la intervención estatal. Es decir, pretende anular los efectos de la explotación del trabajo por los capitales individuales mediante la intervención del Estado como representante del capital social en el plano de la circulación y en el consumo sin ver que esta intervención más bien regula y redobla esos efectos. En todo caso, dice, el capitalismo actual es una sociedad de consumo porque no hay caída de la tasa de ganancia —este es el sentido de la noción "sociedad de consumo"— pues supone que el consumo puede seguir *pari pasu* a la producción capitalista. Es decir que todo ocurre como si no hubiera incremento de la composición orgánica de capital (disminución del capital variable en relación al capital constante) que haga caer la tasa de ganancia y, por tanto, de rechazo, el consumo que los capitalistas, tanto el personal como el productivo, llevan a cabo para echar a andar sus empresas. Así, pues, aunque hay innovación tecnológica no hay, en general, elevación de la composición orgánica de capital. Faure también basa esta nueva falacia en que olvida la materialidad de la tecnología y sólo observa su efecto que eleva la productividad y por ende el consumo.




Este conjunto de falacias se amarra, finalmente, en la curiosa sugerencia —por supuesto casi nunca explicitada— de que los salarios que recibe la clase obrera son mayores que el capital variable que desembolsa el capitalista para pagarlos, es decir, que compran una masa de productos cuyo valor es más grande que el capital variable de toda la producción social. En efecto, la noción de "sociedad de consumo" supone que la población accede a consumos lujosos de los que antes estaba excluida porque los salarios son más grandes que el mero capital variable —es decir mayores que los salarios—, lo cual los analoga cada vez más con el plusvalor y con el capital constante, todo por la magia que hace el Estado para evitar la crisis. Pero después de que reventó la de 1971-1973 ya no fue suficiente ni siquiera añadir formalistamente la idea de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia para explicar las cosas —como hicieron los teóricos del capitalismo monopolista de Estado que abordaron el tema de la necesidad y el consumo—, sino que se volvió imprescindible observar que dicha ley opera precisamente porque no sólo se trata de valores, sino también de valores de uso, y que tanto





la suspensión coyuntural de las crisis que lograra el capitalismo en expansión como la sorpresiva irrupción de las mismas en los años setenta se debió a lo que estaba aconteciendo con las necesidades, el consumo y, por ende, con la cualidad específica de los valores de uso en el curso de la acumulación capitalista, comenzando por el específico valor de uso de la fuerza de trabajo.

C. La utopía de una sociedad sin crisis y sin materia o valor de uso se potencia con la subsunción real del consumo bajo el capital.

El espejismo de una sociedad desmaterializada (aunque produce y consume materia ésta algo sucio e impuro *per se*), en fin, de una sociedad de puro valor y pura valorización se ve, sin embargo, obligado a recurrir a sucias trampas hasta en las más elementales cuentas aritméticas para hacer que los salarios dejen de ser idénticos a los salarios —como capital variable— y así se pueda sugerir que las masas disfrutan del plusvalor y aun de los desembolsos en capital constante.




La evasión respecto del contenido material específico del valor de uso es el correlato de la negación que hace el capital de las necesidades sociales e individuales para mejor aplastarlas sin remordimientos. Este truco ideológico y psicológico ha sido utilizado por todos los amos que ha habido en la historia.[15] El resumen de este desconocimiento e irreciprocidad fundamental que rige en la sociedad capitalista en tanto sociedad antagónica y opresiva es, justamente, el fenómeno de la cosificación: “te trato como cosa, no como persona; sólo veo relaciones de cosas, no entre personas”. Este fenómeno se encuentra objetivamente codificado en la forma mercancía, de suerte que la evasión respecto del contenido material específico del valor de uso hunde profundamente sus raíces en la estructura capitalista y en toda la historia de Occidente en la medida en que se encuentra determinada por la producción de mercancías. Vale la pena detenernos momentáneamente en los hitos ideológicos de este no reconocimiento de las necesidades en su contenido material específico.

Ya puede constatarse en la oposición que establece Aristóteles entre *physis* y *polis* para justificar lo específicamente humano —el *zoon poli-*

[15] G.W.F. Hegel expone de este modo, y lúcidamente, la dialéctica del señorío y la servidumbre en la *Fenomenología del espíritu* (1807), sección IV, “La autoconciencia”. Analizo críticamente su argumentación en mi libro *Para pensar la opresión y la emancipación desde la posmodernidad.*



tikón— pero desmaterializándolo porque lo confunde con lo específicamente esclavista de la polis griega, ni qué decir de la evasión cristiana respecto del cuerpo y más aún su mistificación por motivos presuntamente espirituales. La misma evasión respecto del contenido de las necesidades y los valores de uso se reconoce luego no sólo en la economía política burguesa, sino también —para acercarnos a autores muy influyentes en la discusión sobre las necesidades, la sociedad de consumo, etcétera— en todas las ciencias sociales, por ejemplo en la idea de Freud acerca del tabú del incesto (1913), basado en el complejo de Edipo como originador de lo propiamente humano, de modo que el hombre se hace hombre a partir de una idea, particularmente de una idea moral y como por casualidad sexualmente represiva; las necesidades humanas comienzan después. En otros términos, la constitución de las necesidades es ideológica, según nos dicen, siguiendo a Jean Baudrillard —mal que les pese— los teóricos del capitalismo monopolista de Estado. Este culturalismo lo hereda Claude Lévi-Strauss para hablarnos de las relaciones de parentesco, además influido por el "relativismo culturalista" de Franz Boas, quien por el rodeo de relativizar la preeminencia de una cultura sobre otra y la evolución progresiva de las mismas redunda en construir un culturalismo absoluto que evade funcional y sistemáticamente la determinación material y económica de las sociedades que analiza, incluso cuando habla de su economía. Heidegger alimenta esta misma vertiente con su idea acerca del hombre —expuesta en su "Carta sobre el humanismo"— como hombre supraanimal.[16]




A partir de esta básica desmaterialización, desnaturalización y desanimalización del hombre —supuestamente para enaltecerlo pero más bien para justificar la opresión y el no reconocimiento de las necesidades del otro— ya pueden aparecer otros modos adicionales de desconocer la necesidad. Puede llegar por ejemplo Lacan —influido por Hegel, quien distingue entre deseo animal y deseo humano— y oponer el "deseo", algo propiamente humano, a la mera necesidad como algo —según él— no específicamente humano. Siguiéndolo, llegan Gilles Deleuze y Felix Guattari (*Antiedipo*, 1972) y escogen hablar de deseo porque eso de nece-

[16] Dice Martin Heidegger: "Incluso aquello que, en comparación con el 'animal', adjudicamos al Hombre como *animalitas*, se funda en la esencia de la Ek-sistencia" (citado por Bolívar Echeverría aquiescentemente en su ensayo "La 'forma natural' de la reproducción social").





sidad es algo meramente ideológico, ¿pues qué no el ideólogo J. P. Sartre teorizó a la praxis a partir de una reflexión acerca de la necesidades? ¿Y qué no la necesidad es algo meramente metafísico porque simplemente habla de una falta, de una carencia? La necesidad no es para ellos algo positivamente concreto sino mera carencia, un vacío. Ni qué decir que Deleuze y Guattari no se fijaron en el argumento específico de Sartre.[17] Pero tanto ellos como Lacan y Lévi-Strauss se apoyan en Georges Bataille quien llega con algo sabido solamente por la nobleza y la aristocracia: eso de las necesidades es importante desde el punto de vista de las mezquindad burguesa; lo humanamente importante son el lujo y el exceso, nada de la parsimoniosa restricción del burgués protestante, y el exceso es también lo que la revolución proletaria debe hacer valer contra el capitalismo. Así el no reconocimiento de las necesidades presenta ahora una cara rebelde, subversiva, que oculta —en este cierre de círculo— su origen en la ideología dominante. El amo se vive como superhombre u hombre sobrenatural, y el filósofo nazi Martin Heidegger no puede sino proclamar esta ideología de un modo tan eficaz que fue difícil quitársela de encima hasta para el último Sartre, cuando escinde al hombre respecto de la naturaleza al atribuir una dialéctica a la historia pero no a la naturaleza. En verdad de este modo Sartre sólo proyecta su propia indiferencia por la naturaleza (y la ecología), culpándola de indiferencia ante la historia.[18]




Como estas ideas y otras análogas fueron construidas antes de los sesenta ya estaban listas para impregnar a la izquierda después de la derrota del 68.[19]

[17] *Cfr*. el capítulo xviii de mi *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*.

[18] En *ibid.* abundo en esta crítica a Sartre confrontándolo con la dialéctica de la naturaleza engelsiana.

[19] Hasta aquí he intentado un seguimiento de los autores que influyen en el ya referido texto “La ‘forma natural’ de la reproducción social”, en el que Bolívar Echeverría trata de desarrollar desde una perspectiva marxista el concepto de valor de uso o forma natural de los bienes en contra del valor y del capital. Sin embargo Bolívar Echeverría reconoce al valor de uso sólo en general pero no en su especificidad cualitativa, se autolimita precisamente por basarse en el no reconocimiento del contenido específico de las necesidades. Esta actitud ha sido estructurada por los discursos en que se apoya, los cuales militan en contra de Marx, en quien sobre todo Bolívar Echeverría quiere apoyarse. *Cfr*. mi “Comentario a ‘La forma material de la reproducción social’ de Bolívar Echeverría”.



D. La subsunción real del consumo bajo el capital no es un mero "capitalismo del desperdicio".

Todavía dentro de una perspectiva que no observa críticamente el contenido de los valores de uso, las necesidades y el consumo para caracterizar al capitalismo contemporáneo —y que por ello no puede llegar a construir el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital—, sino que se mantiene en un acercamiento formal y cuantitativista al problema del consumo, una perspectiva arraigada en la economía política burguesa, se puede, no obstante, hacer la crítica de la "sociedad de consumo" concibiéndola como "capitalismo del desperdicio". Así lo hace Adolf Kozlik (*El capitalismo del desperdicio*, de 1966)[20] al explicar la génesis de este capitalismo a partir de una saturación de capital, una sobreproducción en los países capitalistas desarrollados a la que el capitalismo habría encontrado manera de disolver antes de entrar en crisis: "Las experiencias con el régimen hitleriano y la segunda guerra mundial señalaron una solución: el excedente de capital que no se podía invertir en el interior ni exportar es compartido por el gobierno y desperdiciado o destruido." (p. 14)




Adolf Kozlik critica al capitalismo por explotar a la clase obrera y por desperdiciar lo que le explota. La moraleja parece evidente: ¿no sería mejor, en lugar de explotar a la clase obrera y desperdiciar —pues sólo con desperdicio se está posibilitando explotar a la clase obrera—, construir una sociedad libre? La crítica es, de un lado, científica por lo que respecta a la explotación, pero más bien moral por lo que respecta al desperdicio, y no logra explicar cómo es que las cosas, aunque tan inmorales, siguen como están y bien firmes.

1. La historia del capitalismo del desperdicio contiene a la subsunción real del consumo bajo el capital pero la oculta

En otro pasaje de su libro, Koslik logra establecer "a grandes rasgos la historia del capitalismo del desperdicio en Estados Unidos". Vale la pena

[20] Cabe señalar que la traducción al español de esta obra que se publica en México en 1968 es de Bolívar Echeverría.



situarnos dentro de esa historia que hasta 1962 había recorrido cinco grandes etapas que Kozlik formula en sucesión:

> La "nueva política" (*New Deal*) de Roosevelt [(1933)] elevó los gastos estatales mediante la creación de fuentes de trabajo, los trabajos de beneficencia pública y la destrucción de productos agrícolas. La guerra [(1939 a 1945)] lo hizo mediante el aumento de los gastos en armamentos; la "política justa" (*Fair Deal*) de Trumann [(1945 a 1951)] mediante la ayuda al exterior; Eisenhower [(1952 a 1960)] los elevó al pasar de los gastos militares a los gastos de beneficencia pública. La política de "nuevas fronteras" (*New Frontier*) de Kennedy [(1961 a 1962)] introdujo la carrera espacial como innovación del sistema del desperdicio.[21]

Según vemos, Kozlik analiza la economía capitalista desde la perspectiva del Estado, es decir, desde la política de los presidentes en turno y en particular desde la política económica que instauran. Bien puede criticarse desde aquí el que el desperdicio se dirija a la guerra mejor que a gastos sociales, diferencia por supuesto significativa y que atiende a la calidad de la vida y al tipo peculiar de valores de uso que se ponen en juego. No obstante, bajo el concepto unitario de desperdicio Kozlik homogeneiza los valores de uso destructivos guerreros con los valores de uso de la paz sólo porque en ambos casos hay gastos estatales. De tal manera, en el mismo momento en que Kozlik establece una crítica fundamental con base en el contenido del valor de uso pierde pie por fijarse preferentemente en el valor que se gasta y en que es gastado sin expectativas de acrecentar las ganancias, es decir, desperdiciado. Kozlik ve al valor desde la perspectiva del capital individual y del "trabajo productivo" o creador de plusvalor; además, siguiendo este camino, confunde la construcción de la economía política con la tarea de la política económica. De tal manera, el develamiento de la esencia del problema queda en suspenso en gracia al procedimiento mismo que se utiliza.



La lógica del argumento de Kozlik es como sigue: el exceso de capital que se desperdicia deriva de un incremento de la composición orgánica del capital que a la vez suscita desempleo, de manera que una parte de la producción no es vendible porque no hay quien la compre. Para no re-

[21] *Ibid.,* p. 272.





galar estos productos —y así mantener el nivel de precios— deberán ser destruidos precisamente porque los salarios son bajos y porque debido a los despidos habrá menos salarios que compren esos bienes. Por cierto, Kozlik no cae en el error de pensar que el salario compre más que el salario. Así, en lugar de que simple y llanamente se destruyan los bienes ante los ojos de la población depauperada, propone un incremento del gasto estatal que los compre y los distribuya, o bien genere empleos para que la gente compre aquellos bienes. Esta solución es la mejor porque resuelve simultáneamente el problema del capital y el de la población desempleada. Otro camino es el del gasto armamentista y guerrero, que no resuelve el problema del poder del capitalismo pero no el de la población desempleada.

2. Estado y subsunción formal del consumo bajo el capital




No es casual que, al hallarse en proceso de constitución mundial la subsunción real del consumo bajo el capital, la mirada de Kozlik se haya fijado en la labor del Estado, pues precisamente el desarrollo del mercado mundial capitalista industrial sitúa a los Estados como nudos del entramado mundial y gestores de ese desarrollo. Al desarrollo del mercado mundial le es inherente el desarrollo del Estado capitalista. El resultado de este proceso, proyectado en la estructura material de la economía, es la diversificación de la subsunción formal del consumo bajo el capital, a la que corresponden todas las formas de desperdicio. Esta diversificación es una función precisamente de la regulación estatal, es decir, del capital social que domina a la nación o, en otros términos, del valor total (el capital social como Estado) que domina al valor de uso total (la nación), pero sólo formalmente. Este dominio formal sobre el valor de uso nacional debió, pues, perfeccionarse a través de los Estados en el curso del desarrollo del mercado mundial, es decir, del dominio del capital mundial. Se trata de la regulación de las economías nacionales en referencia a la economía internacional, la cual promueve la diversificación de los desperdicios en vista del crecimiento internacional del capital. El desarrollo del mercado mundial capitalista —mediante esta la regulación estatal que diversifica la subsunción formal del consumo— preparó el arribo de la subsunción real del consumo bajo el capital efectuada, en primer lugar, por la fuerza del capital mundial así como también del capital nacional estatal y,





finalmente —y para que las cosas ya se volvieran manifiestas—, del capital individual que produce los bienes. Efectivamente, Kozlik confunde el proceso histórico mediador al servicio de la consolidación definitiva del capitalismo con esta consolidación misma.

Así las cosas, Kozlik no capta la subsunción real del consumo bajo el capital porque se encuentra limitado por el concepto de "desperdicio" según el cual un valor de uso positivo y benéfico no debería ser destruido inútilmente. Kozlik capta la utilidad posible bien sea en referencia a la población —es decir al valor de uso—, bien sea en referencia a la posibilidad de realizar inversiones rentables, es decir, de obtener "utilidades" desde la perspectiva del valor y el plusvalor. Como se ve, debajo de la homogeneización de todos los valores de uso en el concepto de desperdicio, así como de la confusión de valores de uso y valores en el hecho práctico del desperdicio, se encuentra la confusión propia del concepto de utilidad de la economía neoclásica, en el que entran tanto valores como valores de uso.

Insisto en que esta confusión de Kozlik no es simplemente de ideas, sino que ha sido promovida por el desarrollo real del mercado mundial, cuya mediación han sido las políticas económicas estatales.





Ahora bien, si —como hemos visto— Kozlik homogeneiza el desperdicio de valor sin ver el valor de uso específico ni los diversos tipos de valores de uso que están puestos en juego, también se encuentra limitado por el concepto de desperdicio porque no capta los valores de uso subordinados al capital y por ende nocivos pero que no son desperdiciados sino usados y con ganancias; ante éstos permanece acrítico (aunque llega a criticar a las fuerzas destructivas armamentistas). Valores de uso como el automóvil, los electrodomésticos, la televisión, las bombas atómicas, las prendas de vestir hechas de plástico y de nylon, los alimentos enlatados, etcétera no merecen su crítica, menos aún ser integrados orgánicamente en la explicación de la construcción del capitalismo contemporáneo. Parecen ser tan indiferentes al sistema como lo habrían sido el algodón o la papa en el siglo XIX.

Acabamos de ver cómo la historia del capitalismo del desperdicio se detenía con la innovación del presidente estadounidense John F. Kennedy, la carrera espacial. También Kozlik se detiene en este umbral a inicios de los sesenta, en el momento en que se iba a hacer manifiesta de modo virulento la subsunción real del consumo bajo el capital que estaba emergiendo de entre todas las formas de desperdicio, es decir, de





la subsunción formal del consumo bajo el capital, también para llevarlas adelante. Vale la pena, pues, detenernos en el significado material de la carrera espacial.

3. La carrera espacial y la subsunción real del consumo bajo el capital

La carrera espacial es el exponente de una nueva situación del mercado mundial cualitativamente distinta de las anteriores. A través de la competencia entre Estados Unidos y la URSS y con las otras naciones capitalistas desarrolladas, bajo la apariencia incluso de una competencia entre sistemas sociales heterogéneos, durante décadas se impuso la carrera espacial como parte de la empresa hegemónica mundial de Estados Unidos sobre el orbe capitalista.

Ahora bien, hablamos de un mercado mundial específicamente industrial capitalista —o en el que en todas las naciones que lo componen predomina el capital industrial—, no simplemente de un mercado mundial en el que circulan mercancías, o aun capitales. Se trata de un arraigamiento industrial generalizado de ese mercado.




Esta estructura mundial se encuentra completamente realizada desde la década de los noventa pero ya se esbozaba desde fines de los treinta cuando el creciente intervencionismo estatal en los países desarrollados puso en primer plano el fenómeno que Bruno Rizzi estudia en su célebre libro *La burocratización del mundo*. Este proceso fue retrasado por la destrucción de Europa durante la segunda guerra mundial pero luego es relanzado a la par de la reconstrucción.

Además de la referida burocratización del mundo —y en correlato con ésta—, otro de los síntomas de este esbozo de mercado mundial específicamente capitalista industrial fue, a principios de los cuarenta, la bomba atómica en tanto instrumento directo de la hegemonía mundial, como se vio en Hiroshima y Nagasaki. En el curso de la misma década Rusia y después Inglaterra y Francia llegan a poseer y a estallar bombas atómicas. Y China a inicios de los cincuenta. Adolf Kozlik no nota la centralidad de la bomba atómica en tanto objeto peculiar, fuerza productiva destructiva *sui generis*. Este valor de uso sometido al capital en tanto objeto que domina a todos los objetos es el exponente de la subsunción real del consumo bajo el capital a la vez que del dominio de una





nación sobre las demás, y también, por cierto, de un dominio burocrático totalitario.

Pero la carrera espacial que se desencadena a partir de los sesenta también refleja una situación de dominio o hegemonía mundial diferente, es decir un mercado mundial capitalista industrial más desarrollado que el que corresponde al surgimiento y acumulación de bombas atómicas, pues anuncia el surgimiento de una empresa hegemónica auténticamente mundial y, más aún, directamente mundial. En la década de los sesenta también se generaliza la televisión como forma de cohesión comunicativa y de coerción ideológica y perceptual de toda la población.

Efectivamente, el dominio mundial a través de la bomba atómica requiere de la multiplicación de éstas y del terror, mientras que el domino desde el espacio expresa la capacidad de un control no sólo cuantitativo y formal, sino cualitativo y de todo el mundo industrial; por eso hablo de hegemonía *directa,* es decir, un dominio de toda la tierra desde su exterior, que la engloba cualitativamente. Este es el exponente, entonces, de un modo de producción capitalista específico igualmente englobante y por tanto no sólo aterrador sino también manipulador, es decir, en el que el dominio del capital se impone no sólo terror sino mediante el deseo de los dominados.





Tal es el acontecimiento decisivo de los años sesenta: la carrera espacial es el valor de uso sometido al capital que mejor lo representa como poder geopolítico y lo apuntala con un sinnúmero de otros tantos valores de uso sometidos al capital. Este hecho nos habla de un mercado mundial desarrollado y de una hegemonía mundial global y directa, así como de una subsunción real del consumo bajo el capital igualmente mundial y diversificada en un universo de valores de uso sometidos realmente al capital. Este capitalismo muestra en verdad muchísimo más que simple desperdicio. No obstante Kozlik tiene el mérito de haber captado el desperdicio no como un simple fenómeno particular sino como un hecho que totaliza el funcionamiento del capital, o, en otros términos, de haber logrado reconocer el “desperdicio” como contrarresto a la caída tendencial de la tasa de ganancia. Esto significa que alcanza a conceptuar la subsunción formal del consumo bajo el capital —no aún la subsunción real— en tanto contrarresto de la caída de la tasa de ganancia. Sin embargo, en su breve historia del capitalismo del desperdicio de los treinta a los sesenta, no obstante que llega a hablar de objetos como el automóvil



o los electrodomésticos, no es sensible a la novedad económica funcional que expresan estos valores de uso.

La subsunción real del consumo bajo el capital ya viene de tiempo atrás, aunque en la superficie resalte —entre los treinta y el fin de los cincuenta—, bajo la forma del desperdicio, sobre todo la subsunción formal del consumo. Pero en los sesenta la perspectiva del desperdicio —vale decir, de la subsunción formal del consumo bajo el capital— ya es de todo punto insuficiente para captar las funciones centrales del capitalismo contemporáneo. Muestra de ello es no sólo la bomba atómica, la carrera armamentista y espacial, así como la televisión —no sólo generalizada, sino transmitida mundialmente a través, precisamente, de satélites—, sino también la píldora anticonceptiva y la psicodelia, tan influyentes en la configuración de los movimientos sociales de los sesenta. Incidentalmente —o como quien no quiere la cosa pero...—, el asesinato de J.F. Kennedy fue transmitido simultáneamente por la televisión, y la guerra de Vietnam ha sido la primera guerra televisada de la historia, muy especiamente la ofensiva norvietnamita del Tet (1968), a partir de la que Estados Unidos inició la escalada de bombardeos sobre Vietnam del Norte. El sometimiento de todos los medios de comunicación bajo la televisión, y de todas las conciencias bajo los medios de comunicación, se consolida a partir de los sesenta, al mismo tiempo que surge la psicodelia. La hegemonía mundial de Estados Unidos impone en correlato la hegemonía de la televisión sobre la cultura y la de la psicodelia sobre la contracultura. Estas inquietantes analogías materiales de valores de uso nocivos son exponentes de la subordinación real del consumo al capital.




La psicodelia ilustra de modo concreto cómo la teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital fue condicionada y aun urgida en la época de los sesenta, en particular el 68 mundial y singularmente en México. Podríamos imaginar a este peculiar valor de uso sometido al capital y a la teoría de la subsunción real del trabajo al capital aún inconsciente de sí misma como dos *cowboys* frente a frente, que se retan a duelo en medio de la polvorienta calle del pueblo. Y como la psicodelia sobrevivió a los sesenta cada vez más debilitada, para disolverse en todas las tonalidades del posmodernismo de los ochenta, podemos entender que la crítica a la psicodelia desde la perspectiva de la subsunción real del consumo bajo el capital pudo triunfar sobre su adversario y volverse autoconsciente y precisa.



El 68 tuvo como consecuencia fundamental una modernización política y cultural entre ciertos sectores de la sociedad civil. Mientras tanto la modernización económica y tecnológica que se hallaba en curso ha proseguido, y tuvo por consecuencia —para autoencubrir su carácter capitalista— la promoción de la ideología posmodernista, más aún —con sus rasgos retro y reaccionarios— por cuanto estaba de por medio el 68, cuyo vanguardismo moderno debía contrarrestar, casi tanto como las dimensiones culturales trascendentes respecto del capitalismo que logró configurar ese movimiento insurreccional; la psicodelia en tanto valor de uso estaba preparada para ello.

III. Subsunción real del consumo bajo el capital y psicodelia: caracterización y función histórica del *fetichismo cósico*





La contracultura psicodélica surgió como alternativa crítica a una serie de valores de uso materiales y espirituales, tanto culturales como morales, cuya estructura satisfaciente es alienada. Más allá de las apariencias y más allá de la pequeña parte positiva y libertaria que contenía, era un digno exponente de la subsunción real del consumo bajo el capital, útil para someter realmente la dimensión revolucionaria del sujeto social. Su carácter nocivo se hace evidente de entrada en el consumo masivo de drogas, que es la dimensión básica y material de la psicodelia. La nocividad de la psicodelia es menos evidente en su desdoblamiento cultural, es decir, en sus expresiones plásticas, poéticas, musicales, etcétera, en las cuales —y no precisamente debido a las drogas— espigan dimensiones libertarias positivas pero también de represión y nocividad; este es el germen del actual posmodernismo. Cerquémosla.

La trascendencia del sujeto humano necesita de la diferencia temporal entre el presente y el futuro y de la tensión entre lo dado y lo posible. Pero la cultura psicodélica condensa los extremos en un inmediatismo craso en el que exige satisfacción a sus deseos (caprichos) “aquí y ahora” al mismo tiempo en que sugiere que las ideas son corpóreas y que la materialidad es ideal. Todo es sueño. La materialización de las ideas y la desmaterialización de las cosas es un correlato condensado e inmediatista —por supuesto anticartesiano, pero en la medida en que se basa



en la diferencia entre la *res cogitans* y la *res extensa*, es incapaz de salir del horizonte de Descartes— de los fenómenos de la personificación de las relaciones y de la cosificación de las relaciones sociales entre las cosas que tienen lugar en el intercambio mercantil.[22] Pero el valor de uso psicodélico contiene este despropósito no en tanto mercancía, sino ya en tanto valor de uso.

En verdad la psicodelia no le enfrenta al cartesianismo otro principio presuntamente superior, sino que lo defiende al hacer valer de manera encubierta el principio de realidad capitalista, lo vuelve flexible frente a los ataques de una auténtica crítica y de un auténtico intento de subvertirlo. Además sugiere que la crítica ya está hecha, que la psicodelia ya superó el principio de realidad capitalista, así que manda a descansar a la crítica. Del mismo modo, luego el posmodernismo pretende ya haber hecho la crítica de la modernidad capitalista. No es casual que el desarrollo capitalista posterior a 1960 haya seguido la veta del incremento del consumo masivo de drogas, y que desde el segundo lustro de los setenta incluso haya expurgado completamente de cultura psicodélica —todavía parcialmente crítica del capitalismo— a dicho consumo.




Si el fetichismo de la mercancía troquela en la conciencia de los individuos sociales la cosificación de las personas y la personificación de las cosas —en tanto que se basa en auténticas relaciones sociales entre las cosas mercancías y en relaciones cósicas o mediadas por cosas entre las personas y así releva a las personas de gestionar su metabolismo social—, en la psicodelia se nos muestra de modo evidente la existencia de un fetichismo más desarrollado, el fetichismo propiamente cósico —según pienso que debe ser nombrado— característico de los valores de uso subsumidos realmente bajo el capital.

El fetichismo cósico consiste, en general, en erotizar las cosas y cosificar las relaciones eróticas. De tal manera, puede manipular el principio de realidad y el principio del placer para confundir amor y hambre, sexualidad y trabajo, e incluso manipular a Eros y a Tánatos para confundir represión y dolor con satisfacción, placer y libertad.

La psicodelia, en tanto valor de uso propio de la subsunción real del consumo bajo el capital, al mismo tiempo que oculta su conexión con el

[22] *Cfr*., Karl Marx, *El capital,* capítulo I, “La mercancía”, §4 “El fetichismo de la mercancía y su secreto”.





erotismo constantemente la suscita. Con su desmaterialización de las cosas y su cosificación de las ideas, parece no tener nada que ver con la sexualidad, pero en verdad es el complemento sublime de la cosificación de la sexualidad suscitada en la revolución sexual de los sesenta y en la propaganda comercial erotizada de los *mass media*. Pero es en su trastocamiento del dolor en placer y del placer en dolor, en su dimensión de deleite (delia), y no en la dimensión de idealidad (psique), que se conecta esencialmente con el trastocamiento de la sensualidad y de la sexualidad. Pero al ocultar la manipulación sexual que promueve —no mediante mensajes discursivos sino mediante efectos materiales fisiológicos— encubre bien las características del nuevo fetichismo al mismo tiempo que es uno de sus principales exponentes.

El fetichismo cósico de los valores de uso subsumidos realmente bajo el capital, y en particular de la psicodelia —con su cosificación de la relación entre amantes—, constituye un gozne funcional que provoca la transformación de la familia patriarcal monogámica —junto con su romanticismo— hacia una forma de comunidad doméstica capitalista más compleja y adecuada al maquinismo y el consumismo del capitalismo mundial actual.




Otro aspecto notable de la psicodelia de los sesenta que también invita a descubrir y formular conceptualmente el fetichismo que entraña es su carácter acuciante, urgentista e impositivo frente al individuo. Ante la psicodelia, éste parece tener la obligación-de-liberarse de sus restricciones racionalistas, de "hacer la experiencia" so pena de ser tildado de represivo, reprimido, *out*, fresa, etcétera, es decir, ser estigmatizado socialmente. —"*Are you experienced?*" (Hendrix)—. Ahora bien, la defensa contra tal imposición va más allá de la mera negativa y toma con firmeza y determinación el camino de revelar lo que hay debajo de esa imposición que aparenta ser liberación. Acucia —ya no sólo invita— a descubrir la subsunción real del consumo bajo el capital.

En su análisis de la producción maquinizada y gran industrial (*El capital,* tomo I, capítulo XIII) en donde se presenta la culminación de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, Marx insiste en que el objeto de la revolución comunista no es la destrucción de las máquinas, y critica así la experiencia de los luddistas, quienes atosigados por la opresión capitalista dentro de la fábrica destruían en revancha las máquinas, pero sin atentar contra el capital en tanto relación social que los explota. El objeto de transformación de la revolución





comunista son las relaciones sociales, no las meras cosas. El concepto de fetichismo de la mercancía, y más específicamente el de fetichismo del capital, apoya la tesis de Marx y explica la equivocación de los luddistas, que toman a la relación capitalismo por cosa y en particular por las máquinas. Sin embargo, especialmente durante el siglo xx, y singularmente hacia los años sesenta, conforme los valores de uso quedaron subordinados no sólo formal sino realmente o desde su estructura material al capital, el fetichismo de la mercancía se desarrolló hasta constituir lo que he llamado el fetichismo cósico. Si bien el argumento de Marx es coherente y era visible que no podía estar equivocado, pareció insuficiente e impotente frente al fetichismo cósico. Este es un efecto de la nocividad intrínseca de los valores de uso realmente subsumidos al capital, tanto los del consumo individual como los del consumo productivo, o sea, los del proceso de producción. La psicodelia presionaba para que la gente se le sometiera acríticamente, o bien para que se la criticara, pero parcialmente —y también sometiéndose en tanto que supuestamente era necesario revocar a Marx para poder criticar radicalmente a la psicodelia, es decir que también presionaba para radicalizar la propuesta coherente de Marx. La psicodelia es un síntoma estructurante del horizonte cultural general vigente en toda su virulencia en los sesenta y hasta la mitad de los setenta, pero difuminado en toda la cultura capitalista posterior, o sea en el horizonte cultural tanático del capitalismo centrado por la bomba atómica, ese magno valor de uso capitalista intrínsecamente nocivo.




Lo que hay que transformar son, pues, las relaciones sociales. No se trata de destruir las cosas, las máquinas, la riqueza en general o de prescindir de ellas. Pero en el capitalismo desarrollado las relaciones sociales se impregnan, se proyectan o cosifican en la estructura material de las cosas. Precisamente la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital propia de la maquinaria y la gran industria imprime en la máquina la relación de producción capitalismo. Este hecho no vuelve completamente inservible la máquina para usos de una sociedad comunista pero señala la necesidad de limitar sus efectos nocivos no sólo sociales sino también fisiológicos. Pero cuando la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital se desarrolla hasta la subsunción real del consumo bajo el capital no sólo los valores de uso para el consumo inmediato se vuelven intrínsecamente nocivos, sino que la tecnología





productiva exacerba —por supuesto no sin contratendencias— su nocividad intrínseca, por ejemplo su antiecologismo.[23]

Ante tales fenómenos, el programa de la revolución comunista se amplía, se vuelve más complejo y se concreta en la misma medida en que el capitalismo desarrolla su dominio real desde la producción hasta el consumo. Este programa ampliado puede ser fundamentado en Marx —y es lo que, en el plano de la teoría, el 68 no pudo hacer, se quedó apenas en el umbral— en la medida en que se descubre la existencia del fetichismo cósico y su conexión con el fetichismo del capital y de la mercancía, así como la existencia de la subsunción real del consumo bajo el capital en tanto desarrollo del modo de producción capitalista específico, como consecuencia lógica del maquinismo de la gran industria y, en fin, como figura desarrollada de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital mundializada.





El movimiento contestatario de los sesenta propició tal descubrimiento y fundamentación no sólo en lo que corresponde a la vertiente libertaria radical de dicho movimiento, sino también a sus dimensiones represivas encubiertas, puesto que la específica represión de que se trata contiene el mecanismo del fetichismo cósico, como lo muestra de modo destacado el caso de la psicodelia y de la cultura psicodélica.

Apéndice
Cultura psicodélica: encubrimiento, exacerbación y develamiento de la subordinación real del consumo bajo el capital
(Psicodelia y bomba atómica: valores de uso nocivos contra el sujeto revolucionario y a favor del capital)

Cuando Timothy Leary dijo, a mediados de los sesenta, que "el LSD era el antídoto exacto de la bomba atómica", pensaba en los efectos pacificadores del LSD frente a los efectos destructores de la bomba atómica, pero no se percató de que la correspondencia real que existe entre ambos objetos —y que él intuye con lucidez— es de orden inverso al que él piensa.

[23] Con otros conceptos, Armando Bartra tematiza con lucidez la dialéctica histórica aquí sintetizada en su libro *El hombre de hierro*.



El contenido material de ambos objetos útiles se encuentra subordinado realmente a las necesidades y funciones de la acumulación de capital pues contienen una alta nocividad para la salud, y en particular en una dimensión que a partir de los años sesenta fue de suma importancia para garantizar la sobrevivencia del sistema capitalista: son nocivos para la politicidad del sujeto social.

La bomba atómica funciona como un valor de uso estructural o materialmente nocivo para toda la realidad pero sobre todo en la clave de las fuerzas productivas técnicas, en la clave tecnológica del sistema, es decir que amenaza al despliegue vital revolucionario del sujeto humano desde el aparato técnico capitalista. Su "propuesta" no puede ser más abstracta, mecánica y exterior al ámbito propio del sujeto: simplemente amenaza de muerte. En cambio el LSD es un valor de uso subordinado al capital que opera singularmente en el ámbito de los sujetos. Desestructura y somete al sujeto social en la perspectiva de las fuerzas productivas procreativas.





Hacia los años sesenta dejó de ser suficiente la amenaza de las bombas atómicas para impedir que los individuos se convirtieran de fuerza de trabajo al servicio del sistema en fuerzas revolucionarias contrarias al mismo. Había que intervenir directamente en la conciencia de los sujetos. Y la presunta "expansión de la conciencia" con la que se propagandizó el LSD —aunque entaña fenómenos no del todo falsos— redunda siempre, de una u otra manera, en la suspensión del desarrollo de esta conciencia, especialmente en sus dimensiones clasistas revolucionarias.

Timothy Leary presentaba al LSD y a la mariguana, etcétera como medios para construir un hombre nuevo, más pacífico y más consciente y pretendía basar esta propagan en recientes resultados científicos según los cuales los individuos no usan cotidianamente toda su capacidad cerebral.

Esta ideología, quiéralo o no, se encuentra sometida al capital pues no hace valer otra cosa sino la utopía productivista del pleno empleo a través de la culpa moral de no estar-utilizando-toda-su-mente. El eficientismo de la razón instrumental —el mismo que apremia a obtener buenas calificaciones en los exámenes escolares— es la premisa de esta ideología. De hecho muchos estudiantes consumen habitualmente drogas (anfetaminas, mariguana, cocaína, etcétera) como complemento de sus actividades escolares. Se trata de valores de uso para someter al sujeto, y cuya estructura material se encuentra sometida funcionalmente a los requerimientos globales del capital.



Irracionalismo psicodélico a favor del capital

Esta función sometiente de la psicodelia le permitió al capital derrotar desde dentro —o si se quiere a sus espaldas— a la disidencia surgida en su seno.

La contracultura como un todo —pero en particular la alimentada por la psicodelia— intentó criticar al sistema al denunciar el carácter inhumano y antivital de la "razón", pero entonces pasó a criticar a la razón para criticar al sistema; confundió la forma burguesa y capitalista de la razón con las otras formas posibles de razón. La contracultura decía simplemente "razón" como quien denigra a un dictador. Por supuesto que la lucidez y el ingenio de algunas críticas y argumentos contraculturales implican que se critica a un tipo de razón, a la "razón instrumental formal cuantificante" propia del capitalismo, y que hay otra razón, distinta, no mecánica sino integral, vital y orgánica, que era la que la contracultura hacía valer. Esta premisa implícita redunda, no obstante, en un despropósito a favor del sistema, pues no sólo no especifica el tipo de razón que trata de criticar, la razón instrumental, manipulatoria, sino porque el presunto antídoto que propone debe ser un irracionalismo psicodélico —según la propuesta de Timothy Leary o de la revuelta de Berkeley—, o bien un irracionalismo lúdico o que enfrenta a la seriedad de la realidad del capital la capacidad de juego de los sujetos —como planteaba el situacionismo desde mediados de los cincuenta—. O, también, que la salida es la locura, la esquizofrenia, según algunos vulgarizadores de los antipsiquiatras Ronald Laing y David Cooper. Para otra vertiente, más en tono lacaniano —pero sin dejar de contener el ingrediente irracional—, la salida era el deseo. Las premisas nihilistas de todos estos irracionalismos se encubrieron tras la fachada de cierta vitalidad a través del objetivo psicodélico lúdico, esquizo, etcétera. Pero una vez pasado el momento en que este adjetivo tuvo reconocimiento quedó como patrimonio de todos los sujetos simplemente un irracionalismo nihilista sin atributos como el que los posmodernistas han hecho valer desde los ochenta.





Para que los seres humanos puedan sobrevivir al capitalismo y desarrollar su conciencia histórica y trascendente deben tener muy en cuenta que la racionalidad del sistema capitalista debe ser doble —racionalista e irracionalista a la vez— para tener eficacia en términos instrumentales. En efecto, el argumento de la ideología capitalista —o, si se quiere,



del sistema— es doble: por un lado, a favor del objeto (del objeto capital, del objeto ganancia, del objeto dinero, etcétera), y, por otro lado, contra el sujeto. Para favorecer al objeto (a costa del sujeto) insiste en la razón instrumental, y eso le es suficiente en general para dominar la conciencia y la conducta de la gente. Esta es su figura básica —tal como Horkheimer lo reconoció en su *Crítica de la razón instrumental* y, junto con Adorno, en la *Dialéctica del Iluminismo*—. Pero existen coyunturas en las que esta modalidad instrumentalista de la ideología no es suficiente para dominar a los sujetos; en primer lugar son las crisis, especialmente las crisis políticas y culturales, cuando los individuos se insubordinan con toda razón, pero, además, se abren épocas completas del capitalismo en las que es insuficiente el mero engrandecimiento productivista del objeto para someter al sujeto. Entonces necesita que se haga explícita la idea de que el objeto crece a costa del sujeto y de que éste debe permitirlo; que se argumente explícitamente contra el sujeto y que éste acepte tal argumentación. Tal es la función del irracionalismo la cual se oculta al decir que no argumenta a favor del objeto sino contra éste pero que esta negación sólo tiene eficacia si la dirige contra el sujeto y que esta autodestructividad es además motivo de goce para este sujeto.





La razón instrumental corre a favor del objeto, el irracionalismo corre contra el sujeto; pero debe ser el sujeto mismo quien lo sustente. Este es el secreto de fondo de la psicodelia en lo que se refiere a la derrota interior del sujeto. Cuando creemos que atentar contra la razón es *ipso facto* ir en contra del sistema porque a éste no le interesa la irracionalidad, no nos percatamos de que la irracionalidad le es funcional porque desestructura, desorganiza o suspende a la praxis o manipula la conciencia de los sujetos.

La civilización actual sólo puede sostener la vida y el placer sobre la base de acrecentar el odio y la destructividad, es decir, permite que exista Eros sólo si éste es la condición para mantener la permanencia de Tánatos mediante bombas atómicas y guerras en Vietnam y Medio Oriente, intervención en Cuba, dictaduras militares en América del sur y África, opresión de las minorías en Estados Unidos, etcétera, y, por su parte, la contracultura hizo valer con toda firmeza a Eros contra Tánatos. Incluso supo disolver prácticamente el fantasma de Tánatos. No argumentaba contra el sistema y sus costumbres de modo caprichoso, simplemente por ir en contra de la autoridad como el adolescente que se insubordina, si





bien el antiautoritarismo también alimentó a la contracultura. En todo caso si la contracultura no sabe qué proponer en positivo intuye que hay algo negativo en aquello que no quiere aceptar de ninguna manera y hace valer el valor positivo de la vida, de Eros, frente a Tánatos. Este principio histórico se descubrió práctica, cotidianamente, en los sesenta, por supuesto en medio de errores y descalabros y debe ser rescatado por las generaciones futuras, superando matizadamente los equívocos y formas caprichosas que lo marcaron en su origen.

Tánatos existe, pero no es inherente al alma humana. Es un producto histórico que tiene una forma doble: por un lado, es amenaza general, externa, heterónoma, argüida desde la razón instrumental productivista; de otro lado, es determinación interna particularizada, operada desde el sujeto contra sí mismo por efecto de la ideología y de las situaciones prácticas en que lo coloca el sistema.



Psicodelia y meditación oriental o los límites de la contracultura y de los sesenta



Al hablar de la psicodelia como parte de la contracultura de los años sesenta del siglo xx, generalmente se menciona a la meditación oriental como forma de desarrollo espiritual que se asimila con "la expansión de la mente" prometida por las drogas psicodélicas.

Así la meditación queda reducida a una de las alternativas del deleite de la mente, de la "psicodelia"; pierde especificidad e importancia desde el momento en que se la mira como otra forma más de salirse de los paradigmas de la conciencia occidental (léase razón instrumental),[24] otra manera —diría John Lennon— de "darse por vencido al vacío", entendido éste como nirvana y como crítica al "lleno de cosas" de la ideología del confort del hombre moderno integrado al sistema. Este humanismo nihilista no deja de tener ingenio y criticidad, pero fácilmente pierde pie y humanismo y recae con facilidad en mero nihilismo. Además parece sintonizarse, si no con la experiencia misma de la meditación oriental, sí con las formulaciones de las propias "filosofías orientales" (budismo, taoísmo o diversos gurús) que hablan de una "experiencia de vacío", de

[24] Incurre en esta identificación falaz Luis Racionaro, autor de *Filosofías del underground.*





"mente en blanco", de "ilusión en la nada", etcétera. Así, de nuevo parece confirmarse que la meditación oriental es una variante de la psicodelia lo mismo el LSD.

Se equipara el valor de uso positivo de la meditación oriental con el valor de uso nocivo de las drogas, el valor de uso específicamente capitalista y sometido al capital con el precapitalista, y la posibilidad de efectiva trascendencia del sujeto es asimilada con el estar fuera de sí de la enajenación químicamente producida, y, en fin, de regreso, Eros es identificado con Tánatos. Toda la contracultura —no sólo la meditación oriental— queda sometida a la psicodelia como valor de uso subordinado al capital.

En estos deslices se muestra la estrategia manipulatoria del sistema. Si al hablar de la psicodelia se menciona a la meditación oriental es sólo para ponerla como factor secundario y formalmente idéntico con el LSD y, de otro lado, no se menciona para nada la función que tuvieron las drogas, especialmente el LSD y la mariguana, en la guerra de Vietnam —desde donde se extendió su uso masivo entre la población civil—. Se trataba de deprimir el umbral de conciencia moral culpable y angustiada de los jóvenes estadounidenses —urgentemente convertidos en *marines*— para que pudieran servir de instrumento eficaz, es decir, asesino, en la guerra. Las drogas sirvieron al sistema capitalista desde Vietnam hasta la Costa Oeste de Estados Unidos y en todo el país, aunque con diversas funciones singulares.




Ciertamente, el motivo de la psicodelia —ingestión de drogas, etcétera— no era en los sesenta simplemente la huida, el escapismo frente a una realidad desagradable o la desesperanza, factores que junto con la soledad y el aislamiento efectivamente jugaron un papel. La experiencia psicodélica también se constituía en una crítica práctica a la racionalidad y la percepción instrumentalistas no obstante que se tratara de una crítica deficiente y derrotada de antemano. El LSD es un instrumento específico de la cultura política del capitalismo como hasta la fecha lo serán otras drogas —como las anfetaminas, la cocaína, el "crack", la heroína, el éxtasis, además de los alucinógenos y la mariguana, etcétera— en la actualidad posmoderna.

Ya hemos visto cómo el productivismo procapitalista se esconde en la invitación al LSD que hace Timothy Leary en un tono pseudosubversivo. Sin embargo, debemos entender al resto de las drogas sobre todo como factor





del consumismo desencadenado durante la segunda posguerra mundial y ya desaforado desde mediados de los sesenta: el consumismo psicodélico.

El LSD es un evidente factor del consumo por cuanto que propone el deleite de la mente, pero su dimensión consumista específica resalta en primer lugar en el carácter avasallador totalitario de la experiencia que ofrece, y, en segundo lugar, en el poder adictivo que encadena a la droga la fisiología del sujeto y al vincularlo unilateralmente a un circuito de necesidades rígido y preestablecido que abarca su cotidianidad en términos alimentarios, sociales y sexuales, y que a su vez está conectado con la ingestión de esa u otras drogas. Esta manipulación de las necesidades del sujeto no es un hecho meramente ideológico o propagandístico sino un efecto material destructivo y sometiente frente al cual la manipulación en cuanto tal es secundaria. El caso de las drogas es ejemplar respecto de la subsunción real del consumo bajo el capital más allá del carácter meramente manipulatorio del consumismo contemporáneo.




La ideología contracultural ha querido presentar el carácter avasallador de la experiencia psicodélica como factor de “experiencia total de participación” con resonancias místicas, etnológicas y precapitalistas. Ciertamente esta mística precapitalista tiene dimensiones sometientes y aunque la experiencia de lo sagrado de suyo no es sometiente generalmente ha servido para justificar el dominio político y extenderlo a otros órdenes no sagrados. Pero lo más importante es que el capitalismo requiere no solamente un sujeto analítico sino un sujeto sintético completamente involucrado, pero ojo: no involucrado con otros sujetos en términos solidarios o amatorios sino de modo completamente dependiente de la cosa.

La independencia recíproca entre los individuos que es generada por la mercancía y el dinero se complementa —como denunciara Marx— con su dependencia respecto de la cosa, en particular la cosa dinero. Y las campañas publicitarias desencadenadas desde la década de los cincuenta (véase Vance Packard) supieron bien que no se trataba simplemente de propagandizar racionalmente éste o aquel producto, sino de asociarlo a factores inconscientes del consumidor para que éste no solamente lo comprara una vez o cuando lo necesitara sino que se identificara con el producto y con la empresa que lo producía o lo vendía —es decir, para generar apego o “fidelidad a la firma”—. Esta “experiencia integral” debía avasallarlo conductualmente para volverlo Palmolive, Ford, Gillbey’s, Seagrams o Marlboro, etcétera. Es aquí donde inciden el LSD y otras drogas.



El efecto que la propaganda comercial y política logró de manera mediada y a través de trucos ideológicos y plásticos (fotos, mensajes subliminales, etcétera) lo logran el LSD y otras drogas de manera potenciada, directa y sin truco no a favor de ninguna marca en particular sino del capital social en su conjunto, aunque para ello simule algunas críticas particulares al sistema. Frente al posmodernismo —masivamente adicto a las drogas—, es muy importante resaltar las dimensiones subordinantes y manipulatorias de la drogadicción, también la psicodélica, en vista de cerrarle el paso a su pretensión de utilizar la gesta libertaria de los sesenta para justificarse.

El uso del LSD como parte de la cultura política se basa en la civilización material del capitalismo y la función política del consumo de drogas se basa en un desarrollo más general del consumo. El *american way of life,* con su comida chatarra y sus aditivos artificiales, provoca graves efectos nocivos en el cuerpo humano. El sistema alimentario capitalista tiene como función principal —en referencia a la dominación— el sometimiento real del individuo humano en tanto fuerza de trabajo, y su sometimiento político es una función secundaria que es cumplida sobre todo por las drogas. Gracias a este recurso material esta función ya no opera al azar sino de un modo que puede ser calculado con previsión.




La civilización material capitalista, que básicamente prepara a la fuerza de trabajo para funcionar en términos productivistas en el proceso laboral y explotarle más plusvalor, se acompaña de una moral productivista de ahorro y de abstinencia que hace rígido al sujeto. Así, por ejemplo, la ingestión de comida animal también lo hace rígido y lo prepara para las acciones agresivas requeridas en la vida urbana, especialmente laboral, pero los carbohidratos refinados (azúcar) proporcionan grandes cantidades de energía que puede ser inmediatamente utilizada en el trabajo, pero que a la vez lo debilita emocionalmente y lo vuelve apto para ser dominado. Ahora bien, tanto la moral constrictiva como el endurecimiento psicológico provocados por los excesos de sal y comida animal deben ser compensados mediante otro exceso opuesto que apacigüe al sujeto y contrarreste aquellos excesos.[25]

[25] En Jorge Veraza, *Los peligros de comer en el capialismo*, se ofrece una investigación cobre el sistema alimentario capitalista y sus efectos en la salud desde la perspectiva teórica sustentada en el presente libro.





Asimismo, si la represión sexual ejercida por la moral se acompaña de un cuerpo inapto para el placer y para la apertura emocional, el deleite de la mente que proporcionan las drogas sustituye al placer sexual y emocional que la sociedad no proporciona y del que la mayor parte de los sujetos fabricados por el sistema tampoco estarían en disposición de gozar si tuvieran la oportunidad.

Después de someter el cuerpo, el consumismo capitalista pasa a someter la mente. Después de que la civilización material moderna somete a la fuerza de trabajo, debe pasar a someter a la fuerza revolucionaria. Este doble paso es posible gracias a que un sometimiento compensa relativa y sustitutivamente —es decir manipulatoriamente— los excesos provocados por el anterior.

Además, en condiciones de depresión social —sea por crisis económica y cultural, o por reglamentaciones demasiado rígidas y autoritarias, etcétera— el deleite provocado por las drogas, además de tener un efecto como deleite depresivo, asienta implícitamente en la realidad depresiva cotidiana —por más que se la critique de palabra o se la ironice— la sensación de que se trata de una depresión placentera. El deleite depresivo que proporciona la droga provoca, de rechazo, la figuración de la enajenación como enajenación buena, placentera, y de que la cotidianidad puede ser depresión deleitosa, la cual permite, además, el deleite adicional de poder denegarlo. Así el sujeto infatuado en su ego se toma por sujeto soberano no obstante estar sometido; es soberano simplemente porque puede vociferar y despotricar de todo lo que no le gusta y no le deleita.





Pues bien, cuando aumenta la depresión social, las drogas ofrecen una posibilidad placentera del "efecto de imitación", es decir, de imitar a la realidad depresiva incrementando en uno mismo la depresión; pero esto se hace obteniendo cierta cuota de deleite personal. Este efecto de imitación es simultáneamente un *acting out* de las emociones contenidas del sujeto que sin embargo no cumple una catarsis completa y consciente y se encuentra rigurosamente precondicionado para que no se salga de los límites políticos manejables por el sistema. En este *acting out* el sujeto diría "soy héroe por todo lo que sufro", y así engordo mi ego al mismo tiempo que al sistema que critico.

Ahora podemos entender que la meditación oriental, no obstante su analogía formal con la psicodelia, tiene un contenido radicalmente opuesto. En efecto, el endurecimiento corporal y mental que la civiliza-



ción material capitalista genera para preparar productivistamente a la fuerza de trabajo y arraigar en ella una racionalidad instrumentalista y una moral represiva y autoritaria obliga al sujeto a buscar una alternativa a tal condicionamiento.

Ciertamente no debiera existir la represión sexual ni la miseria sexual que la acompaña —que incluye la necesidad sexual exacerbada violentamente por la represión y por la angustia— sino la posibilidad de la satisfacción sexual en lugar de la droga que la sustituye; una fisiología corporal equilibrada y no más bien la búsqueda de la droga que oculta este desequilibrio al provocar otro más profundo pero pasajeramente placentero y de signo opuesto; la posibilidad del desarrollo espiritual en lugar de la cosificación y la mezquindad a que nos restringe la modernidad para hacer que nuestro espíritu se desarrolle de modo egoísta y agresivo. Pero la alternativa auténtica no es la de un espíritu flotante huidizo —en lugar de agresivo y mezquino—, que oculta su mezquindad con mala fe (escepticismo filosófico o del sentido común). El desarrollo espiritual corre por el camino de la armonía energética del espíritu, y la meditación oriental posee un valor estratégico para llevar a cabo esta armonización en primer lugar del espíritu, pero que también —por ser de orden energético— apunta a la reorganización de la fisiología, la sexualidad y las emociones.




Cuando la contracultura descubrió la experiencia mística oriental se topó con un instrumento de gran eficacia liberadora. Sin embargo, la ideología burguesa se apresuró a someterlo bajo la psicodelia para darle un sentido consumista y asimilarlo dentro de la moral sexual represiva que se sintonizaba con algunas filosofías orientales de abstinencia. La ideología cortó a su medida el nuevo instrumento libertario mediante el consumismo permisivo nihilista y la moral productivista restrictiva.

En esencia, la contracultura se debe a una reacción vital de los sujetos humanos ante la civilización material y la cultura que el capitalismo moderno usa para oprimir. Pero nada garantiza que esta reacción vital consume su carácter positivo, sin alienarse. El capitalismo, al ser el sistema de la total enajenación, puede reintegrar todas las reacciones que surgen contra él y usarlas para potenciar la enajenación prevaleciente.

Aquí se habla de dos de estas reacciones: por un lado, la psicodelia —que responde a la necesidad de establecer el equilibrio fisiológico y emocional mediante la sustitución de objetos de placer, creando así un círculo vicioso de enajenación tanto mental como fisiológica, política y





cultural más amplio y profundo—, por otro lado, la meditación oriental, cuyo efecto corporal y mental es positivo en todos los sentidos.

En el marco definido por estos extremos debe entenderse el rescate de formas de experiencias precapitalistas sean místicas o no, por parte de la contracultura. Por ejemplo, el que México se constituyera en la Meca de la psicodelia en los sesenta debido a la presencia aquí de la mariguana, el peyote y los hongos alucinógenos, permitió que los nacionales revalorizaran el folklore precapitalista, y con ello costumbres de vida no místicas con grados de enajenación estructural menores que los del capitalismo en general, y especialmente que los de la época de la subsunción real del consumo bajo el capital.

Por supuesto que estas formas de consumo precapitalistas pueden ser reintegradas por el sistema pero ello no anula su positividad intrínseca —en los casos en que ésta exista realmente—. Además, pudo prevalecer al carácter sagrado de la experiencia del peyote y los hongos alucinógenos —no así la de la mariguana— que provocaba la ingestión contra el uso consumista cosificado y masificado de LSD, por más analogías psicológicas y fisiológicas que se puedan encontrar entre ambas experiencias.




El carácter sagrado de la experiencia significó, además de un uso de la droga de orden comunitario revinculante —no individualista ni atomizante—, un uso excepcional, quizá de una sola ocasión en la vida, y sólo para quien en verdad lo necesite, no el uso democratista masificado y cohersionado por la sutil obligación moral que se impone mediante el prejuicio de lo que es ser joven y estar *in* en lugar de *out*. Este moralismo del sometimiento por drogas se añade a la moral sexual restrictiva característica del capitalismo.

Finalmente, también prevalece el uso del peyote o de los hongos con objetivos precisos, sea individuales o comunitarios, siempre asociado a una dimensión medicinal, por eso siempre acompañado del chamán que guía la experiencia y protege al “viajante”, etcétera. En la psicodelia este sentido comunitario y tradicional queda integrado como uno más de los colores del abigarrado póster y, así, este valor de uso precapitalista quedó sometido formalmente a los requerimientos del capital como uno más de los valores de uso realmente sometidos al capital como el LSD y la ideología de la psicodelia.

Concibiendo la contracultura como una mezcla compleja de aspectos positivos y negativos de valores de uso precapitalistas, de valores de uso



formalmente subordinados al capital y de valores de uso subordinados en toda su realidad al capital, podemos entender mejor los límites no sólo de la contracultura sino, en general, de las nuevas perspectivas que se abrieron, en la década de los sesenta, respecto a lo que es rescatable para la realización de esas perspectivas y lo que debe ser francamente desechado.

Psicodelia y epistemología

En una conferencia sobre el 68 el conductor radiofónico Jaime Pontones formuló una tesis interesante acerca de la psicodelia de los sesenta. Jaime señaló que la psicodelia cambió la forma de la participación política porque modificó los paradigmas epistemológicos. En lugar del método científico experimental —en donde para conocer el objeto se lo altera y luego (al sintetizarlo) se lo recompone—, la psicodelia habría postulado un nuevo principio según el cual "conocemos para alterar" y "conocemos alterados" que habría superado la perspectiva de análisis y síntesis y la distinción entre idea y realidad pues el nuevo "conocimiento" involucraría una experiencia autocognoscitiva en el curso de la cual el sujeto queda transformado; éste es alterado por la experiencia y, luego, en tanto factor de la realidad, la transforma, la altera, él mismo.




En realidad las cosas son diferentes. Por supuesto que si nos situamos no en el plano del conocimiento del objeto sino en el de la autoconciencia, como es el caso de la experiencia psicodélica, es posible entender el proceso desde la perspectiva de la lógica dialéctica y no sólo desde de la lógica formal analiticista. Hasta aquí no habría ninguna modificación del paradigma epistemológico sino solamente un cambio de objeto de análisis: en lugar de la realidad externa, la realidad de la autoconciencia en la cual la dimensión dialéctica ocupa el primer plano —como se sabe desde el "pienso, dudo [hasta de mi existencia], luego existo", de Descartes (*El discurso del método*)—.

Además, el horizonte teórico de la burguesía —y para decirlo más claramente, del capital social mundial en su conjunto— no es simplemente el del método científico experimental analiticista calculístico, etcétera. Éste es sólo un aspecto de la *episteme* capitalista, o si se quiere de la *episteme* de la modernidad. Ya vimos cómo incluye también al irracionalismo si no se trata simplemente —con la razón instrumental— de obtener más





ganancias sino de desestructurar al sujeto humano para garantizar que éste no ponga en riesgo la explotación de plusvalor. Pero más allá del racionalismo y del irracionalismo como factores antinómicos, el horizonte epistémico burgués queda redondeado en el idealismo de Hegel,[26] con la dialéctica —puesta de cabeza si se quiere— en su centro.

Ahora bien, en la psicodelia ocurre realmente una alteración del sujeto, pues éste es tomado como objeto del experimento, pero no en la realidad externa al sujeto. El intento de transformación de la realidad se absorbe en su propia impotencia. En lugar de alterar y transformar la realidad objetiva, el sujeto —forzado a renunciar a este empeño— se refugia en su propia alteración, debe conformarse con ella, lo cual de suyo no es enajenado sino una salida vital ante condiciones de suma adversidad. Lo enajenado consiste en que —viciosamente— el sujeto no puede autotransformarse sino autodegradarse a través de alteraciones fisiológicas —y por lo tanto mentales— permanentes provocadas por el consumo de drogas y que ni siquiera sirven para prepararlo para intentar transformar la realidad cuando las condiciones lo posibiliten.




La ideología de la psicodelia quiere justificar y glorificar la situación de arrinconamiento en que el sistema puso a muchos jóvenes como si fuera una situación mágica y de estado de gracia que supera al sujeto y al objeto, al análisis y a la síntesis y a la idea y a la materia. El espejismo ideológico de que la psicodelia modifica el paradigma epistemológico occidental toma por la realidad lo que la autopropaganda de la psicodelia dice de sí misma.

La propia psicodelia se propone descaradamente a sí misma como espejismo, incluso se podría decir que sinceramente y como queriendo hacernos creer que ella es la pura verdad y nada de ideología. Las inversiones del fetichismo de la mercancía que dimanan de la cosificación de las relaciones sociales en la mente de los agentes sociales son provocadas directamente por los efectos químicos del LSD y otras drogas en el organismo humano.

El fetichismo social se convierte en un fetichismo cósico. Como si fuera un espejo el que hablara, afirma: “lo que está ahí no es y lo que no está sí es”. Se trata de una eficaz puesta en cuestión del principio de realidad

[26] *Cfr*. Georg Lukács, “Las antinomias del pensamiento burgués”, segunda parte del ensayo “La cosificación y la conciencia del proletariado”, en *Historia y conciencia de clase*.



con el que el sujeto debe manejar su conducta. Esta vacilación del principio de realidad sirve para

a) someter a las fuerzas productivas procreativas insubordinadas (al hacerlas vacilar),
b) precisamente por el camino de hacer creer en la imposibilidad de transformar la realidad (sugerida de suyo inaprehensible), y
c) remachando esta presunta imposibilidad mediante la idea de que el proyecto de transformación es ilusorio porque la propia realidad parece no ser lo que es, por lo que, finalmente, cualquier proyecto al respecto sería risible.

Con este principio de realidad vacilante está en juego una empresa capitalista de transformación más o menos espontánea que requiere el aparato de acumulación de capital y que tiene por centro al sujeto individual, en particular sus nociones acerca de la realidad, de la moral y de la sexualidad. Por ello el punto nodal que hay que manipular es el principio de realidad, pues se trata —para el capital— de alterar la realidad de lo que hasta ese momento había sido la comunidad doméstica capitalista, principalmente la forma familia en su versión monogámica autoritaria, que ya ha devenido insuficiente para los requerimientos de la acumulación de capital mundializado. De ello hablaremos más abajo.





En la tesis psicodélica de "lo que es no está y lo que no está sí es" se renuncia a transformar la realidad sugiriendo que ya ha sido transformada. Transformar mi imagen de ella pero porque tal imagen se basaba simplemente en una percepción analiticista, así que no veía yo que la realidad en realidad era *otra* cosa. Puedo vivir a la realidad en su dimensión auténtica si quito de en medio mi prejuicio, mi imagen del mundo, y la sustituyo por la imagen que me entrega el LSD, así dejo de captar unidimensionalmente la realidad simplista y paso a captarla de modo pleno; ahora capto niveles en la realidad y me sitúo en un nivel que supera el de la ilusión.

Finalmente, queda la sugerencia de que toda la realidad podría ser otra cosa que lo que parece. Por aquí se apersona una tercera tesis relativa a la relación entre la psicodelia y la política, ahora para relacionar a la psicodelia con el marxismo en tanto que éste se propone la transformación de la realidad.





La psicodelia, con su presunta modificación del paradigma epistemológico, parecía "poner a Hegel sobre su cabeza", podríamos decir parodiando la idea de Marx de que con su dialéctica intentó poner a Hegel sobre sus pies. Pero este parecido de la psicodelia con el marxismo no es auténtico sino sólo un remedo artificial.

En efecto, se trata de la mimesis de la ideología dominante y de las percepciones dominantes: esta ideología quiere parecer otra cosa. Preparada por la Segunda Internacional, la primera fase de este proceso tuvo lugar entre 1917 y 1923 al quedar formalizada la identidad entre el marxismo soviético y el marxismo de Marx.[27] La mimesis de la ideología capitalista encubierta con la máscara del marxismo quedó más tarde consolidada en el estalinismo.[28] Esta mimesis no sólo desvirtúa la ideología explícitamente revolucionaria del proletariado, el marxismo, sino todos los discursos críticos surgidos en el capitalismo del siglo xx. Casos resaltantes son el estructuralismo en los setenta y el posmodernismo en los ochenta y los noventa. Incluso el fascismo y el nazismo pretendieron ser ideologías proletarias. Pero lo nuevo de la psicodelia es que unió la mimesis de la ideología dominante —al presentar rasgos pseudocríticos— con la mimesis de las percepciones dominantes, porque en las percepciones de la gente realmente ocurrió un cambio basado en alteraciones materiales fisiológicas. La psicodelia pretendió ser la nueva conciencia de clase revolucionaria precisamente en un momento en que el enfrentamiento del movimiento juvenil y del proletariado y el pueblo en general contra el capital y el gobierno encontraba barreras difíciles de remover, es decir, en el momento en que la conciencia de clase revolucionaria, al verse frustrada, debilitaba su identidad consigo misma. Entonces dijo la psicodelia: "yo soy la alternativa, yo soy la verdadera conciencia de clase revolucionaria".




[27] He aquí un simulacro epocal. *Cfr*. al respecto la primera parte de mi *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad,* así como *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos* (parte cuarta), y la cuarta parte del presente libro.

[28] Lo que prepara el revisionismo de la Segunda Internacional lo culmina en el marxismo soviético al capitalizar el prestigio de la primera revolución socialista triunfante. Así pudo someter la conciencia de clase proletaria y reprimir a las corrientes anarquistas y a los otros socialistas, incluso marxistas, hasta eliminar a los testigos que podrían denunciar la incongruencia entre el discurso bolchevique y la práctica estalinista. Además, Bernstein, el principal ideólogo socialdemócrata, lanza su propuesta revisionista reformista (1895) criticando a Marx, mientras que el marxismo soviético —sobre todo Lenin— se autonombra el auténtico continuador y realizador del socialismo marxista revolucionario.





Ya que no puede haber una expropiación de la mente, se trataba de informarla de un modo que sea funcional con el capital. Este darle forma a la mente que opera toda ideología dominante sobre los dominados es, en el capitalismo, un efecto de la subsunción formal del consumo bajo el capital pero que, por ocurrir en las ideas, el cambio de forma implica el cambio de realidad, así que se trata de un caso de identidad inmediata entre la subsunción formal y la subsunción real del consumo bajo el capital. Pues bien, la psicodelia, al deformar también las percepciones, establece con toda nitidez —es decir, más allá de la ambigüedad que puede caber en la identidad inmediata entre subsunción formal y subsunción real del consumo bajo el capital— una subsunción real del consumo bajo el capital en la que la mente queda refuncionalizada a favor del sistema, y ello sin aparente salida porque no tiene posibilidad de contraste perceptivo. El parangón histórico cultural en realidad no es entre la psicodelia y el pensamiento de Marx sino sobre todo entre la psicodelia y el stalinismo en tanto que éste constituyó —como vimos— una mimesis sistemática de la conciencia de clase para mejor someter al proletariado al capital. El trabajo de la psicodelia es sin embargo más profundo porque arraiga a nivel fisiológico y perceptual.





Ahora bien, no se crea que la función histórica del *quid pro quo* constitutivo de la psicodelia se restringe a obnubilar la conciencia de los individuos de la década de los sesenta del siglo XX. Para ello no era necesario analogarse con el marxismo; pero sí desde el momento en que los jóvenes se convirtieron en el sujeto de la transformación social y la psicodelia comenzó a influir fuertemente en la forma en que se leyera a Marx. También puede pensarse que la psicodelia promovió un redescubrimiento de Marx, pues la juventud comenzó a ver cosas en su discurso que antes no se veían o parecían no estar en él. Esta idea es sugerente y no deja de ser cierta, pero hay que delimitar sus alcances. Recordemos que antes del surgimiento de la psicodelia en los sesenta, en el XX Congreso del PCUS en 1956 Jrushov criticó el "culto de la personalidad" de Stalin y al stalinismo en su conjunto y así desencadenó un movimiento de renovación cultural de la izquierda que, bajo el lema de "retorno a las fuentes", invitaba a una relectura de Marx con nuevos ojos. Gran parte de los militantes y de los intelectuales de izquierda, entre ellos muchos jóvenes, releyeron y encontraron nuevas realidades en Marx, especialmente en el joven Marx



de los *Manuscritos de 1844*. La psicodelia llegó después y ambos procesos corrieron uno al lado del otro y se influyeron mutuamente.

Una vez establecida la secuencia XX Congreso del PCUS-psicodelia podemos entender mejor que la influencia de la psicodelia en la relectura de Marx consiste en redoblar el efecto de la ideología dominante en aquella función suya de mimetizar una ideología revolucionaria. La función de la psicodelia no fue simplemente coyuntural sino que es histórica y mundial y consiste en poner al revés toda la conciencia de clase y, por tanto, toda nuestra conciencia histórica en un punto nodal, pues gracias a ella lo que tenemos a mano en lugar de marxismo es pseudomarxismo. Otra función suya fue la de presentar la coyuntura de los sesenta, si no como la "epopeya de la psicodelia", sí como la "gran ruptura" de la historia del siglo XX o como un "gran triunfo del sujeto revolucionario" cuyos efectos —como la explosión de una supernova— todavía duran después de millones de años (bueno, después de treinta o cuarenta años). La función histórico-mundial de la psicodelia en esta mimesis, en este trastocamiento desde el interior operado sobre la conciencia revolucionaria, especialmente la marxista, consiste en que los que leyeron a Marx creyeron haberlo entendido ahora sí radicalmente, pero fácilmente renegaron luego de él una vez que la realidad histórica —desde mediados de los setenta— los enfrentó con un capitalismo cada vez más fuerte y en recuperación después de la crisis de 1971-1982.




La ideología posmodernista de la actual vuelta de siglo es heredera directa de una interpretación superficial y de mala fe —"psicodélica"— de ideas vanguardistas crítico-revolucionarias y también del marxismo; es un gran aparato construido para sustituir y enterrar al marxismo. El "pensamiento débil" de los posmodernistas comenzó con "el deleite de la mente" y sus mágicos efectos en las ideas que la psicodelia propugnaba ingenuamente en los sesenta.

La psicodelia redondeaba una función histórica de largo aliento que comenzó hacia la vuelta del siglo XIX al XX y, como digo, tuvo su primera estación en la figuración mundial de un espejismo mundial o simulacro epocal consistente en que Rusia se había transformado en país socialista en 1917. Si de esta imagen puede decirse sólo metafóricamente que se trata de pura psicodelia histórica, la metáfora se hace realidad una vez que surge la psicodelia en los años sesenta. El simulacro epocal logra tener arraigo químico y fisiológico.





Sobre el papel de la psicodelia en la remodelación de la comunidad doméstica capitalista

La psicodelia alude a las drogas y su ambiente —y de las drogas en especial el LSD, la mariguana, el peyote y los hongos alucinógenos, a los que en años posteriores se añadieron otras como la heroína, la cocaína, la morfina y el éxtasis— de rock psicodélico, posters, battiks, luces estrobodélicas, artesanías, etcétera.

Por su parte, el uso de drogas refuerza la atomización social constitutiva de la sociedad mercantil capitalista y simultáneamente, previa igualación de los individuos frente a la experiencia —tal y como la muerte iguala a todos—, establece nuevas formas de prestigio, presuntuosidad y jerarquía entre los participantes: entre los más y los menos experimentados, entre aquellos que consiguen fácilmente la droga y la regalan y los que no, etcétera. Por cierto, algo novedoso en el consumo de drogas en los sesenta fue su doble carácter al mismo tiempo alegre y colectivo. Por ejemplo, los tradicionales fumadores de opio en los barrios chinos de todo el mundo suelen ser deprimidos y sólo coinciden en un lugar —además oscuro— sin establecer lazos comunes entre ellos. En efecto, la paradoja del uso de drogas en el ambiente psicodélico consiste en que, de un lado, aisla al individuo rechazándolo con fuerza hacia el interior de sí mismo, y, por otro lado, y a partir de aquí, intenta establecer formas de participación colectivas. Y así Bob Dylan dice en *Rainy Day Women*: "*Everybody must get stoned"*. La experiencia psicodélica es, pues, interiormente desgarrada e imposible por principio; se trata justamente de la puesta en escena de esta imposibilidad.




La función que cumple esta curiosa manera de comportamiento social es la de romper los lazos sociales en su figura dada para restablecerlos en otra figura. No se trata de revolucionar los lazos sociales sino de replicar y complementar la función de la mercancía que consiste en destruir los lazos comunitarios para restablecer de modo emergente las relaciones mercantiles.[29] Pues bien, hacia los años sesenta la sociedad mercantil capitalista todavía conserva residuos de lazos comunitarios que habían acompañado al capital funcionalmente durante los últimos dos siglos,

[29] Karl Marx, *El capital,* t. I, capítulo 2, "El proceso de intercambio".





en especial los lazos familiares tradicionales. La psicodelia incidió precisamente en estos lazos. Se trataba de restablecer nuevas formas de asociación menos limitadas que las familiares, la cuales desde mediados de los cincuenta ya constituían una rémora para el capital. Esta remodelación de la comunidad doméstica capitalista puede tener visos de una verdadera revolución que supera a las formas capitalistas, y en parte —aunque mínima— realmente lo fue. Pero, como digo, se trata fundamentalmente de la remodelación soterrada —y como de carambola—, a través de un medio cósico como las drogas, de la comunidad doméstica capitalista.

Claude Meillassoux (en *Mujeres, graneros y capitales)* piensa que la "familia patriarcal monogámica" vino a sustituir en el capitalismo a la "comunidad doméstica" que garantizaba la reproducción de las sociedades precapitalistas. Pero esto no es completamente cierto pues si bien en el capitalismo del siglo XIX la parte nuclear sexual procreativa de la comunidad doméstica se redujo unilateralmente a la forma de la familia patriarcal monogámica, pervivieron fuera de la familia otras dimensiones de la comunidad doméstica necesarias para la reproducción social.   Así podemos hablar no solamente de comunidades domésticas precapitalistas sino de "comunidades domésticas capitalistas" y notar que, sobre todo, durante el siglo XIX, la comunidad doméstica capitalista tendió a reducirse a la familia capitalista sin lograrlo del todo. Durante el siglo XX, y especialmente hacia los años sesenta, se expresó la necesidad de expandir la comunidad doméstica capitalista a partir de la desestructuración de la familia y de la remodelación completa de cada uno de los factores sexuales procreativos y culturales que la integran.

En este proceso las drogas se convirtieron en un doble medio de comunicación: por un lado, debían mediar nuevas relaciones microsociales en curso de constitución; por otro lado, debían tener una función cultural global a través de la cual se sintonizaran todas las relaciones sociales de la comunidad doméstica en curso de remodelación. En esta cultura, además, se debió incluir el consumo de drogas en las nuevas relaciones interpersonales. Las drogas psicodélicas vinieron a potenciar y en muchos casos a sustituir, pero en un nuevo nivel, el efecto de la radio y de la televisión en la cultura de masas capitalista; especialmente vino a reforzar el efecto de la televisión en tanto medio de comunicación frío (Mc Luhan) o que afecta al conjunto de los sentidos —y no a uno solo como la



radio— pero con poca información, de manera que su imagen débilmente definida promueve la participación sensorial de la audiencia "para llenar las lagunas de la información que recibe",[30] lo cual les permitió forzar la participación de los individuos en la constitución de la nueva comunidad doméstica capitalista.

Ciertamente el capitalismo se perfecciona a veces a través de sinuosos caminos y siempre a espaldas de los participantes ya que la así llamada "mano invisible del mercado" siempre está trabajando para "armonizar" sus necesidades y capacidades a favor de la potencia impersonal del capital. Hacia los años sesenta, en el curso de la mundialización del capital, éste requería una nueva forma de comunidad doméstica y esta necesidad comienza a suscitar grandes movimientos globales, tanto internacionales como en cada país. Son movimientos "globales" en el sentido de que eran al mismo tiempo económicos, sociales, políticos y culturales e involucraron la sexualidad y otras dimensiones íntimas de los individuos. Pero es evidente que estos grandes movimientos globales sólo eran posibles gracias a la existencia de poderosos medios de comunicación que únicamente pudieron surgir en el capitalismo desarrollado del siglo XX. De tal manera, el predominio de la televisión se vio reforzado por las drogas psicodélicas constituidas en medios de comunicación puntuales selectivos. Y como ha sido evidente —y patente en innumerables recopilaciones estadísticas— durante el último tercio del siglo XX, el capitalismo ha requerido cada vez más de las drogas para intercomunicar a la nueva forma de comunidad doméstica y garantizar la reproducción de los individuos, además de redimensionar la televisión con el video, los hologramas, el teléfono celular, el fax, etcétera.




Una paradójica prueba de lo anterior: cuando Abbie Hoffmann encabezó el intento de provocar, usando los medios de comunicación masivos, un incremento de la conciencia social en un sentido libertario —por ejemplo al "exorcisar al Pentágono y hacerlo levitar en octubre de 1966, en una acción francamente psicodélica"— y al mismo tiempo, mediante la transformación de la conciencia —utilizando el pacifismo como el consumo de drogas y las filosofías espirituales orientales—, también transformar la realidad al crear una oposición interna en Estados Unidos contra la guerra de Vietnam, tal oposición puede transformar la realidad —y no

[30] Pedro Sempere, *La galaxia Mc Luhan,* p. 201.





sólo la conciencia— porque esa transformación de la conciencia involucra cambios de conducta reales en los individuos y por ende en las fuerzas productivas procreativas. El intento de Abbie Hoffman, digo, de unificar psicodelia y televisión para dirigirlas contra el capitalismo no puede dejar de estar, a su vez, sintonizado con la analogía estructural existente entre psicodelia y televisión promovida básicamente por el capital y funcional con el mismo. Así, si inmediatamente este acto tiene una intención anticapitalista, por un rodeo se convierte en procapitalista. Debemos ver la gesta de Hoffman no como flotando en el aire y —como muchos creen— en total originalidad, sino alzándose esforzadamente en una situación en la que el capitalismo y sus medios de comunicación, incluidas las drogas, copan a todos los individuos en un sentido preciso y en donde éstos —sin más medios que los que el capital proporciona— intentan dirigir dichos medios en su contra y parcialmente lo logran.

El capitalismo se encontraba —y todavía se encuentra— ocupado en la empresa de constituir un valor de uso capitalista global diferente del valor de uso capitalista global anterior a la segunda guerra mundial. Pues bien, este valor de uso global incluye la remodelación de la comunidad doméstica capitalista en tanto totalidad de usos y costumbres sexual-procreativos; en otras palabras, incluye la remodelación de las fuerzas productivas procreativas para que sirvan de modo más adecuado a la "nueva configuración tecnológica" mundial del capital.




Pero debemos reconocer asimismo que, en estas adecuaciones a las transformaciones de la tecnología, los individuos son títeres de los cambios institucionales en tanto se comportan como agentes de la transformación de una figura 1 en una figura 2 de valor de uso y de comunidad doméstica. En el curso de esta transformación integral se da la posibilidad de constitución de un otro sujeto, y precisamente ahora sí sujeto, no simple agente de relaciones de sometimiento. En el interior de esta bisagra de los tiempos se mueve la empresa de Abbie Hoffman y lo mejor de los sesenta, y sólo un rescate profundamente crítico de su empresa estará a la altura de su gesta.



Píldora anticonceptiva, lsd y comunidad doméstica capitalista

No obstante los múltiples análisis de la riqueza objetiva de la sociedad que existen, es la observación de la riqueza subjetiva la que nos entrega las claves más originales de la experiencia de los sesenta y en particular del movimiento del 68.

La riqueza subjetiva de una sociedad abarca desde la procreación y reproducción de los individuos hasta la organización política y la cultura mediante las cuales se los forma como seres humanos. Al igual que la riqueza objetiva, pueden ser caracterizados sus instrumentos, medios, objetos de transformación, su estructura y relaciones constitutivas, y también las fuerzas con las que se produce.

En el caso de la riqueza subjetiva, hablaremos, más que de fuerzas productivas técnicas, de fuerzas productivas procreativas, porque la procreación es la función fundamental constitutiva de la riqueza subjetiva. Así en la base de esta riqueza distinguiremos fuerzas productivas procreativas y de orden sexual, corporal o procreativo directo; pero también encontraremos fuerzas productivas procreativas en el ámbito de la cultura, en donde la función fundamental no es la procreación sino la educación y la formación de los sujetos (*Bildung*).




Pues bien, en los sesenta, entre otras muchas transformaciones sociales —tanto de la riqueza objetiva como de la subjetiva—, surgen dos instrumentos esenciales de la tecnología interna de las fuerzas productivas procreativas: de un lado, desde 1956, la píldora anticonceptiva (de feliz memoria) vino a modificar las formas hasta entonces prevalecientes en las relaciones sexuales entre los individuos. La píldora en tanto cosa se convirtió en el "argumento" más contundente en contra de la moral represiva cristiana que identificaba falazmente sexualidad con procreación. Al separar lo que naturalmente difiere, libera a la sexualidad y el placer respecto del vínculo moral que las ataba artificialmente a la procreación.

Por otro lado, en 1963, otro fármaco, el lsd, generó toda una cultura psicodélica. La incidencia histórica del lsd —independientemente de sus efectos fisiológicos— ocurre en el borde en que lo psicológico se articula con lo cultural, siendo éstos dos niveles de las fuerzas productivas procreativas. Esta articulación queda modificada en la medida en que los





individuos —aunque en la sociedad burguesa existen como propietarios privados— pertenecen a ésta o aquella comunidad doméstica; por lo cual el LSD transforma la articulación de la comunidad doméstica con la cultura (como bien muestran las imágenes de la cultura psicodélica: sexualidad, hijos, campo, arco iris, alimentos, la pareja, animales dóciles como venados, conejos, etcétera).

La experiencia psicodélica revela que la realidad es transformable a partir de que lo es el sujeto y de que toda transformación interior del sujeto involucra una modificación de su percepción de la realidad. Pero esta verdad también tiene el significado inverso de que un cambio en el objeto, especialmente en el objeto tecnológico y en el conjunto de la riqueza objetiva, debe corresponder necesariamente una transformación de los sujetos, en sus perspectivas morales, en su cultura y en su organización doméstica de base. Y precisamente el LSD fue la palanca que permitió concretar ambas transformaciones precisamente a favor del capital, pero paradójicamente en el caso de sujetos que se hallaban más bien dispuestos a contestar al sistema que a cooperar con él; además, en un momento en que la "administración" y la moral familiar no sabían realmente no sabían lo que querían ni hacia dónde debía transformarse la comunidad doméstica capitalista y más bien insistían en seguir apuntalando a la familia nuclear monogámica no obstante su probada insuficiencia para servir de pivote en la reproducción de la fuerza de trabajo.




El LSD pudo ser esta palanca precisamente porque operaba una transformación en el sujeto sin modificar la realidad y dejándole la transformación de la realidad buenamente al capital. Transformaba al sujeto en un sentido alienante pero precisamente psicodélico; es decir, con la aquiescencia del sujeto, como quien comulga con ruedas de molino pero se las pasa con sorbitos de agua endulzada.

La píldora anticonceptiva y el LSD muestran a las claras en qué ámbito de la sociedad se estaba jugando en los sesenta la labor de molienda de la historia: la transformación de la comunidad doméstica capitalista y por supuesto de su moral y de la concepción del mundo que la justifica y apuntala. Como todos los procesos esenciales del desarrollo capitalista, éste fue altamente contradictorio; incluso como para hacer difícil que el propio sistema lo digiriera.



El rock psicodélico de los sesenta, un valor de uso que somete integralmente al sujeto social

El desarrollo del r*ock and roll* entre 1950 y 1970 es un síntoma nítido del sometimiento real de las fuerzas productivas procreativas al capital que se profundizó en ese periodo.

En la década de los cincuenta, especialmente con Elvis Presley ("Elvis, la pelvis"), el *rock and roll* introduce de manera subrayada el ingrediente erótico en las letras, la interpretación y los movimientos del cantante. En este momento el *rock and roll* es una música estadounidense con cierta influencia internacional, y durante la década de los sesenta ya es francamente mundial. Entre otras cosas, los principales grupos del momento dejan de ser estadounidenses y pasan a primer plano los de la así llamada "ola inglesa". Pero lo más importante es que los grupos de Estados Unidos, como los de otras naciones, no se conforman con profundizar y hacer más complejo el ingrediente erótico, sino que producen una música que debe estimular sobre todo al cerebro, una música de deleite mental, psicodélica. Esta música pudo ser bailada pero se la usó sobre todo para ser escuchada, a diferencia del carácter unilateralmente bailable de la de los cincuenta. Se trata ahora del goce inmediato no tanto en la danza sino en la imaginación y en la percepción de sonidos extraños, distorsionados. Esto indica que, en la cultura de masas, el sometimiento capitalista del valor de uso musical progresó hacia una más integral subordinación de los individuos tanto en su psique como en su conducta y organización interpersonal para llevar a cabo, en fin, un sometimiento real de las fuerzas productivas procreativas.




En efecto, la influencia sometiente de la manipulación del erotismo en la conducta y la psique de la persona es indirecta, y desde el núcleo erótico debe remodelar el resto de las percepciones. Pero el sometimiento psicodélico de los sesenta —sin dejar de usar la palanca erótica— somete directamente al resto de percepciones y a partir de la imaginación avasalla al conjunto de formas de conciencia: la conducta y la psique quedan sometidas directamente.

El secreto que permite entender que el *rock and roll* haya podido perdurar en el gusto de la gente, renovándose y recuperando sus posturas clásicas previas durante más de seis décadas, es precisamente la empresa histórica de remodelación de la comunidad doméstica capitalista.





Pues el *rock and roll* sirve precisamente a esta remodelación (¡es su tonada y su ritmo!) todavía en curso y que cada vez recibe un nuevo relevo al desarrollarse la globalización del capitalismo conforme avasalla a cada nuevo país o a nuevas ciudades dentro de los países ya ocupados. Los individuos que integran esas relaciones personales en descomposición y recomposición hacia una nueva figura de comunidad doméstica capitalista, deben ser sintonizados entre sí sincopadamente. Más aún, deben sintonizarse con otras personas en situaciones análogas pero de igual desarrollo y maduración en otros países dada la empresa mundial industrial capitalista que las basamenta y requiere.

El *rock and roll* es, por su erotismo y psicodelia, por su cadencia y eclecticismo poético y musical, la música de esa remodelación y la del gusto propio de situaciones de pulverización y desgarramiento —así como de utópica reunificación sublimada— como las que supone la nueva comunidad doméstica capitalista.

JIM MORRISON Y LA CRISIS DE LA FAMILIA Y DEL VALOR DE USO

La biografía, la experiencia vital, la obra y la ideología de Jim Morrison, integrante de *The Doors,* banda de *rock and roll* descollante hacia fines de los sesenta, son altamente emblemáticos de la época.

La clara percepción que tiene Jim Morrison de la "situación anfibia"[31] en que se encontraba en esos años la política y la cultura se manifiesta cuando dice, por ejemplo, que hoy en Estados Unidos se necesita "ser político o asesino para ser superestrella"; así reconoce la politización de la cultura de masas y, al mismo tiempo, su carácter nihilista y destructivo. En efecto, si la cultura de masas se hacía cultura del espectáculo, el espectáculo por antonomasia era el de la sangre, el asesinato. Ya sólo algo así podía conmover en medio de la cosificación y la indiferencia generalizadas. Tal destructividad y nihilismo son, pues, expresión, ni más ni menos, que del aparentemente pacífico intercambio mercantil para entonces mundializado.

La experiencia de Morrison es emblemática sobre todo porque *The Doors* expresan una sociedad cuyos valores se encuentran cuestionados

[31] Él mismo se autodefine como reptil sensual (*Lizard* o *Kingshake*).





y alterados en el doble sentido de transformados y o exacerbados, en el sentido, entonces, de que su transformación ocurre bajo el método del desbordamiento. Y sobre todo es emblemática la experiencia de Morrison pero no del conjunto de los miembros de su grupo musical, pues, incluso a ojos de éstos, Morrison se caracterizó por su constante elección de "estar en el borde", de "llegar al límite" (como dice Ray Manzarek en una entrevista).

Los amigos de Morrison decían no querer enaltecer su borrachera sino su valentía para estar al borde y daban gracias de que fuera él quien lo hiciera por todos nosotros, grey de cobardes. En la ideología de estos biógrafos —como también en la de Morrison— se revela el sentido de muchas ideas de Friedrich Nietzsche (*El nacimiento de la tragedia*) y de Georges Bataille (*La parte maldita*), ideólogo del límite, el desbordamiento y el exceso. La filosofía de exceso y transgresión que Georges Bataille construyera entre 1929 y 1949 —tanto para élites nihilistas como para un anarquismo radical militante pero minoritario— parece reeditarse como elemento del sentido común en la experiencia de Morrison e impregnar la cultura de masas toda, de la que es ídolo, todavía con visos de profundidad no obstante la superficialidad y comercialización vulgarizada del momento.




El límite de la experiencia del que aquí se trata es el límite del placer, en el que lindan la conciencia y la inconciencia, se confunden la muerte y la vida, el placer y el dolor; el límite, en fin, de la experiencia psicodélica y de la experiencia sexual así como el de lo soportable.[32]

El fondo problemático que tocó Morrison, y al que una y otra vez quiere dar solución, sin lograrlo, es el de la capacidad o fuerza del sujeto para transformar el mundo, es decir, para experimentarlo en tanto sujeto. Pero Morrison se vive como sujeto de un modo pasivo, consumista, como la experiencia del límite soportable del sujeto para vivir el mundo; esto es, como el límite de sus capacidades de goce, de la capacidad o fuerza que tiene el sujeto para transformar el mundo en goce; límite de la conversión del mundo en útil, en valor de uso placentero. Morrison, en todo caso, hace la experiencia del límite del sujeto... frente al mundo, pero se ve obligado a hacer esta experiencia del límite del sujeto debido a la desmesurada manera en que el mundo pone en cuestión al sujeto, intenta

[32] Al respecto, véase también Georges Bataille, *La experiencia interior*.





dar una respuesta a esta desmesura que viene de fuera. Sólo alcanza a responder con la propia desmesura como un espejo que se mira en otro espejo para exorcisar la imagen que recibe. Ciertamente el capitalismo mundial en los años sesenta del siglo XX puso radicalmente en cuestión al conjunto de los sujetos sociales, en particular a la juventud. Los lleva por cierto hasta el límite de sus posibilidades histórico-concretas, que no de sus posibilidades antropológicas en general.

Pero la experiencia de Jim Morrison también es ejemplar porque esta puesta en cuestión del individuo por parte de ese capitalismo conecta con una dificultad que es tanto más actual en los días que corren por cuanto que se han cerrado las alternativas falsas —pero consoladoras— de refugiarse contra el capitalismo en unos países presuntamente socialistas, los cuales han demostrado no sólo su fracaso sino que en verdad nunca fueron socialistas. Después del derrumbe del "socialismo real" es más patente que la capacidad del sujeto humano para "cambiar la vida" —como decía Rimbaud— pasa por el autocuestionamiento del sujeto para superar sus límites y sólo así ponerse a la altura de los tiempos, es decir, a la altura de la tarea histórica de transformar el capitalismo en condiciones en que éste eleva el muro que hay que saltar de nuevo cada día.




Pero la experiencia de Morrison es sobre todo emblemática para entender la época en que vivió, cuestionado y permanentemente en el borde. En efecto, "llegar al límite" tiene la intención evidente de trascender y, correlativamente, de transformar el mundo por el camino de uno mismo transformarse. Jim Morrison personificaba en su tragedia personal las contradicciones que vivía en los años sesenta la comunidad doméstica capitalista puesta en cuestión y en curso de ser transformada radicalmente por la presión tanto del desarrollo tecnológico como del autoritarismo estatal, "llevada al límite" de sus fuerzas y posibilidades por el aparato productivo tecnológico capitalista, esto es, viviendo la crisis de la familia.

Así como los individuos tradicionales portan en la cartera las fotografías de su familia, Morrison portaba en su corazón la crisis de la familia. Por eso podía fungir como la personificación y el síntoma de las transformaciones, de las tensiones a las que se veía sometida la comunidad doméstica capitalista en curso de ser refuncionalizada por un proceso de acumulación tecnológicamente modernizado.

Aún más, Morrison experimenta la presión que ejerce la tecnología capitalista sobre el cuerpo del obrero mundial total no sólo —como cual-



quier hijo de vecino— de modo general y mediado, sino inmediatamente, como la presión del aparato comercial mediático que lo exprime para incrementar sus ganancias; y, a la vez, en la presión del público —reconfigurado monstruosamente por ese mismo aparato comercial— con el que Jim Morrison se solidariza a un tiempo confundiéndolo y distinguiéndolo, contraponiéndolo con el aparato comercial mediático. Compartieron con él esta trágica condición, en diapasones diversos, Jimmy Hendrix y Janis Joplin, muertos a la misma edad y también por exceso de drogas, así como en los noventa Kurt Cobain (cantante, compositor y guitarrista del grupo Nirvana), ese otro también "suicidado por la sociedad", según reza el título del poema que le dedicara Antonin Artaud a Vincent Van Gogh.

En síntesis, la tragedia de Morrison concentra implícitamente el cuestionamiento del sujeto en curso de ser sometido y rebelarse de modo falso, luego; concentra de modo manifiesto y evidente la crisis del sujeto en medio de la crisis de la familia y en curso de convertirse en agente de la remodelación de la comunidad doméstica capitalista. Este es el tema dominante de su experiencia y de sus canciones, en las que se integra mediadamente no sólo el goce sexual/emocional imbricado en la comunidad doméstica capitalista sino todo goce, todo consumo. Así, en tercer lugar, la tragedia de Morrison concentra mediadamente la presión de la subordinación real del consumo al capital sobre el individuo, sobre su fisiología y su psique. Esta presión lleva al límite de las posibilidades de lo que puede ser útil, es decir, qué tanto y hasta dónde puede el capital deformar nocivamente un valor de uso de modo que éste aún siga siendo consumible y parcialmente satisfactorio en términos positivos, además de precipitar la degradación y enfermedad del sujeto que lo experimenta.




La ideología del desbordamiento soberano (Bataille) es, en efecto, apenas el reverso de la presión que el capital ejerce sobre el individuo, y precisamente en el curso de desbordarlo más allá de las posibilidades de autoafirmación del mismo individuo y en su intento de consolidar la soberanía no del individuo sino del capital en tanto pseudosujeto totalitario.

En la experiencia psicodélica y trágica de Morrison espiga la conformación del fetichismo cósico que es propio de la subsunción real del consumo bajo el capital bajo la forma de fusión psicodelia/placer sexual, es decir, placer de cosa y placer de sujeto, donde la cosa psicodelia conmueve eróticamente al sujeto sustituyendo la conmoción erótica auténtica provocada por otro sujeto.





Además, el fetichismo cósico se constituye aquí con crueldad y dolor pues las sensaciones armónicas se han evaporado con el trastocamiento cósico de las mismas. El sujeto se insensibiliza y sólo el dolor lo conmueve, pero el fetichismo transfigura este dolor en placer masoquista. El desequilibrio y la desarmonía como el supremo placer soberano, como la soberanía por antonomasia, es el máximo grado de alienación vivido como si fuera el máximo deseo, y el deseo alienado máximo vivido como lo más propio y gratificador; es el Tánatos del trabajo muerto, el capital, que se autoexperimenta afirmativamente —gozosamente— a través o mediante el individuo vivo que es usado y destruido en esta experiencia maquinal. "Véanme cómo sufro y resisto soberanamente el sufrimiento hasta morir". El yo se infla al tamaño de la Bestia enemiga, la señala y la denuncia al tiempo que la relega al fondo de la esecana pasando a primer plano al yo en su soberana resistencia autodestructiva espectacular. El calvario narcicista de Morrison lo postula como nuevo crucificado en el que todos nos reconocemos no con simpatía sino apasionadamente, y aun con fanatismo. Así se presenta este suplicio.[33] En realidad el abrazo de Jim Morrison al placer para transmutar al dolor no es meramente masoquista sino un desesperado último intento, ante la embestida brutal de la Bestia de aferrarse a algo positivo de este lado de la vida.





En este fetichismo cósico se refleja la época sangrienta de la guerra fría y su psicología de masas una vez que inicia, de modo caótico y generalizado, el levantamiento de prohibiciones particulares que entran en contradicción con los nuevos ordenamientos del modo de producción. En esa época la represión sexual generalizada ofrece como una alternativa normal de excitación sexual aquella sustitutiva consistente en el espectáculo de la violencia que dice incrementar el placer e hincha el ego en el curso de matar a la persona que testifica heroicamente en su propio sacrificio.

[33] Una década antes del deceso de Jim Morrison, Jack Kerouac hizo una experiencia análoga, la teorizó y noveló en *On the Road* e influyó a millones, entre ellos a Morrison, pero sin aderezarlo con su intenso consumo de drogas y sin ser estrella del rock (*cfr.*, mi *Para la historia emocional del siglo XX*, capítulos 4 y 5.).









SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO AL CAPITAL Y ECONOMIZACIÓN DE LA SOCIEDAD (EL *GESTELL* TOTALITARIO)

I. La subordinación real del consumo al capital y la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia

1. La subordinación real del consumo al capital

El capital industrial alcanza a construirse un modo de producción específico cuando somete realmente el proceso de trabajo inmediato al capital al grado de conformarlo como sistema automático de máquinas técnicamente interconectadas tanto dentro de la fábrica como más allá de cada fábrica individual. Marx titula el capítulo XIII del tomo I de *El capital* "Maquinaria y gran industria" precisamente porque el sistema automático de máquinas dentro de la fábrica se continúa fuera de ésta interconectando múltiples máquinas en una área gran industrial. Este es un cuerpo productivo subordinado al capital, es decir, adecuado en términos técnico-materiales a las funciones capitalistas, o sea, por un lado, a la creciente producción de plusvalor absoluto y relativo, y, por otro lado, le confiere autonomía respecto del territorio pues la maquinaria —al contener dentro de sí un motor— puede ser ubicada en cualquier territorio, lo que no sucedía con los molinos de agua o de viento, por ejemplo, cuyas fuentes de energía estaban localizadas geográficamente.[1] Con este cuerpo productivo el capital rompe, pues, los límites sociales y los de la naturaleza.[2]




Pero con ello el capital industrial no posee todavía un modo de reproducción específico.[3] Sólo lo alcanza mediante la conformación de un

[1] *Cfr.* Karl Marx, *El Capital*, capítulo XIII, "Maquinaria y gran industria", § 1.
[2] *Cfr.* Karl Marx, "Formen", *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (1857-1858)*.
[3] El objeto teórico de la sección séptima del tomo I de *El capital* es el modo de reproducción inmediato observado formalmente o en general, y el de la sección tercera del tomo II, "Re-





cuerpo consuntivo subordinado realmente al capital porque éste le permite adecuar las necesidades materiales a las funciones del capital y, por ende, garantizar la reproducción del sistema de explotación de plusvalor en su máxima medida posible.

La subordinación real del consumo al capital es idéntica con la constitución del modo de reproducción capitalista específico, el cual incluye su modo de producción específico. En estas condiciones, los valores de uso que constituyen la riqueza social son producidos de acuerdo a determinaciones que posibilitan el sometimiento real del consumidor desde su fisiología y su psicología, es decir, coordinar sus necesidades con la producción y realización de la mayor cantidad posible del plusvalor contenido en las mercancías.

La subordinación real del consumo al capital involucra entonces un diseño peculiar de los valores de uso para adecuarlos a las determinaciones productivas y circulatorias que requiere la reproducción ampliada del capital y por ende la relación social capitalismo como un todo.




El diseño del cuerpo consuntivo adecuado a la reproducción del capital funciona como un sistema automático de máquinas que somete el sistema de necesidades humanas y el proceso de producción del cuerpo humano a los patrones de consumo que permiten producir y realizar la mayor cantidad posible de plusvalor. El sistema de valores de uso sometidos realmente al capital es el correlato del sistema automático de máquinas de la gran industria, lo apuntala y complementa, y por tanto es necesariamente nocivo.

2. El valor de uso como problema en la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia

La ley general de la acumulación capitalista[4] involucra una magna contradicción pues hace que la riqueza sólo pueda crecer en un polo de la sociedad si al mismo tiempo crece en el otro la miseria. Pero como la sociedad de todos modos es una, la acción de esta ley conduce inexorablemente a una situación asfixiante que la pone radicalmente en cuestión.

producción y circulación del capital social global", es la reproducción de capital en general considerada en términos mediatos o circulatorios.

[4] *Cfr.* Karl Marx, *El capital,* tomo I, sección séptima, capítulo XXIII.





En efecto, el capital constante crece con más celeridad que el capital variable y por ello se va agotando la fuente del plusvalor (el capital variable). Así, la creciente miseria relativa en el polo del capital variable y de la clase obrera en general —incluidos los desocupados, el ejército industrial de reserva— dificulta crecientemente que el plusvalor sea producido y acumulado en la medida en que lo requiere la expansión del capital constante.

La ley general de la acumulación capitalista se expresa de modo concreto, en el curso del desarrollo capitalista, como ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia —que Marx expone en la sección tercera del tomo III—, pues la tasa de ganancia —g´ = p / (c + v)— decrece conforme se incrementa la suma c + v, pues el crecimiento del capital constante (c) es mayor que el del capital variable (v), y únicamente este último produce plusvalor.

Tanto en la ley general de la acumulación capitalista como en la ley del desarrollo capitalista —que es la de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia— se plantea como problema la alteración cualitativa o técnicamente determinada del tipo de valor de uso que requiere la renovación del capital constante. Por lo tanto, como consecuencia del aumento del capital constante, también se plantea como problema para el capital la creciente restricción del consumo obrero. Por ambos caminos el valor de uso se vuelve un problema para el cometido del valor que se valoriza, es decir, del capital.





El valor de uso del capital constante, acrecido y cada vez más productivo, le causa problemas al capital porque permite producir cada vez menos plusvalor en proporción a la magnitud del capital invertido. Por su parte, el valor de uso del consumo obrero le causa problemas al capital porque restringe el plusvalor que realiza la clase obrera en la circulación para acceder al valor de uso necesario para reproducirse. El subconsumo, es decir, el consumo social restringido —debido a la reducción del consumo obrero, basado en el capital variable—, se vuelve un problema para el capital porque hace que disminuya la cantidad de plusvalor que puede ser realizado debido a que al crecer el capital constante disminuye proporcionalmente el capital variable y por ende la tasa de ganancia. En síntesis, el valor de uso le causa problemas al capital tanto desde la perspectiva de la producción de plusvalor como desde la de la realización del mismo en la circulación.



Por esta razón Marx construye sus esquemas de reproducción simple y ampliada de capital en la sección tercera del tomo II de *El capital* suponiendo que la composición orgánica del capital es constante, pues su objetivo es mostrar las condiciones de reproducción del capital en su repetición sucesiva y por tanto sin tomar en cuenta las contradicciones que obstaculizan esta repetición, es decir, en equilibrio. De ahí que en estos esquemas quede fuera el crecimiento del capital constante y las consiguientes alteraciones cualitativas que implica en el curso del desarrollo. Marx considera estos cambios en la sección tercera del tomo III.[5]

Pero dado que el desarrollo capitalista involucra necesariamente esa alteración cualitativa (de valor de uso), la tendencia decreciente de la tasa de ganancia se constituye como ley del desarrollo capitalista cuyo efecto problemático para el capital deber ser constantemente contrarrestado tal como expone Marx en aquella misma sección de su obra.

Para resolver el problema de la caída tendencial de la tasa de ganancia —por ejemplo para salir de una crisis—, el capital debe explotar a la clase obrera más plusvalor absoluto y relativo, y evidentemente realizarlo. El obstáculo para ello parece ser de entrada sólo la magnitud reducida del salario (del capital variable), el alto costo de la maquinaria y los edificios y en general las condiciones objetivas de la producción (capital constante), además del gasto en impuestos y lujos, etcétera, que deprimen la cuantía del plusvalor que puede reinvertirse. Y ciertamente éstos —entre otros— son obstáculos particulares para la maximización de la ganancia, pero en el fondo el problema es el contenido cualitativo del valor de uso, primero, del capital constante y, luego, de la clase obrera que el capital tiene enfrente (el valor de uso tanto de sus medios de consumo como de su existencia viva).




De tal suerte, en la búsqueda de medios cada vez más radicales y globales para contrarrestar la caída tendencial de la tasa de ganancia, el capital debe alterar el valor de uso de los medios de producción, es decir, de elementos que constituyen al capital constante así como el del consumo obrero y social en general; esto es, la corporeidad, la psique y la socialidad de la clase obrera y de la sociedad. Sí, alterar el valor de

[5] Véase Jorge Veraza, *Leer* El capital *hoy. Pasajes selectos y problemas decisivos*, parte final.





uso hasta que éste deje de causar problemas al desarrollo del valor que se valoriza.

Así, pues, la conformación de un cuerpo de valor de uso o un cuerpo material consuntivo adecuado a la reproducción del capital o, en otros términos, la subordinación real del consumo al capital, tiene lugar como respuesta a la necesidad de contrarrestar globalmente la caída tendencial de la tasa de ganancia. Pero, por otra parte, un valor de uso que no sea problemático sino adecuado al capital es necesariamente nocivo para el sujeto humano.

3. Valor de uso y plusvalor en la subordinación real del consumo al capital

Para obtener más plusvalor relativo es esencial incrementar la productividad del trabajo mediante mejoras técnicas que permitan aumentar la eficiencia de los factores productivos con menos gasto en capital variable. El efecto general de una mejora de los medios de producción que constituyen el capital constante es el incremento de la masa de productos en proporción al tiempo de trabajo socialmente necesario para producirlos.




El incremento del plusvalor se expresa en un aumento de la tasa de ganancia —recordemos la fórmula: $g' = p / (c + v)$— pero la modificación técnica del capital constante puede provocar este efecto sólo si el incremento de la suma del capital constante y el capital variable (c + v) debido a la mejora técnica —aunque mayor que la previa— es proporcionalmente menor que el incremento del plusvalor. De lo contrario aumentará el plusvalor pero no la tasa de ganancia. El aumento simultáneo de la tasa de plusvalor y de la tasa de ganancia es poco probable aunque no imposible. Y debido a que el capitalista percibe la ganancia pero no el plusvalor, y la tasa de ganancia pero no la tasa de plusvalor, él promueve modificaciones que aumentan la tasa y la masa de ganancia incluso si no afectan a la tasa y a la masa de plusvalor.

Por ejemplo, si se abarata el capital constante sin que aumente la productividad crece la tasa de ganancia aunque no la tasa de plusvalor. Es decir, si se abarata el terreno o los edificios o las materias primas o las auxiliares, incluso los instrumentos o las máquinas propiamente dichas no debido a la introducción de innovaciones técnicas o mejoras en las condiciones de producción de las mismas, sino porque se descubran



nuevos valores de uso que puedan sustituir con ventaja a los previos, por ejemplo si se encuentran regiones geográficas en las que las materias primas sean más abundantes o de más fácil acceso.

Un incremento de la tasa de ganancia se logra al abaratar el capital variable. Por ejemplo, si se importan cereales más baratos el salario puede bajar sustancialmente.

Tanto el abaratamiento del capital variable como el del capital constante por medio de la sustitución de los valores de uso que los constituyen modifica el cuerpo de valor de uso del capital e incide en el sistema de necesidades de la sociedad. Este procedimiento forma parte, entonces, del proceso de subordinación real del consumo al capital.

Además, los nuevos emplazamientos geográficos descubiertos y conquistados en los que se encuentran los valores de uso más baratos también contienen otros valores de uso que son puestos a disposición del capital o bien habitantes nativos que son potenciales consumidores de los productos capitalistas, todo lo cual modifica el cuerpo útil del capital y forma parte, por tanto, de la subordinación real del consumo al capital. El colonialismo y el imperialismo son, por tanto, interiores a la misma.




En todos estos casos la modificación del valor de uso es el soporte de una mayor apropiación de plusvalor por un determinado capitalista o por el conjunto de ellos. En los casos en que la alteración del valor de uso se debe a un cambio técnico tiene lugar una mayor producción de plusvalor, la cual puede combinarse con mayor apropiación del mismo.

En fin, existe una relación de necesidad entre el plusvalor y el valor de uso con base en *ese* peculiar valor de uso y no otro; el plusvalor se encuentra relativamente amarrado a un cuerpo útil determinado. Se revela entonces que el pivote esencial del funcionamiento de la subordinación real del consumo al capital es la conexión de necesidad entre el valor de uso y el plusvalor. Para el plusvalor no es indiferente el tipo de valor de uso en el que se plasme o mediante el cual se lo produzca. La más desarrollada subordinación real del consumo al capital tiene lugar como consecuencia de las innovaciones tecnológicas en donde resalta la relación de necesidad entre el plusvalor y el tipo de valor de uso en el que se encuentra objetivado. Como esta posibilidad corre por el lado del desarrollo técnico se relaciona con la extracción de plusvalor relativo y el aumento de la tasa de plusvalor y no sólo de la tasa de ganancia. la conformación de un tipo de valor de uso específicamente capitalista





es entonces un factor en el desarrollo histórico capitalista, no sólo del mero crecimiento del capital, como el abaratamiento del capital constante o del capital variable sin que medie desarrollo técnico. Se trata de un factor propio del desarrollo histórico capitalista porque tiene lugar mediante el desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas según un derrotero en el curso del cual éstas son rediseñadas al alterarse su cuerpo en dirección de acrecentar el plusvalor y sin tomar en cuenta si se mejora o no el consumo humano, o si responde siquiera a las necesidades del mismo.

La subordinación real del consumo al capital es entonces la forma en que se expresa la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. Esta subordinación real del consumo es la que propiamente merece este nombre y surge sólo cando el dominio del capital industrial sobre la sociedad se encuentra muy desarrollado. Una vez establecida la subordinación real del consumo al capital propiamente dicha —ésta originada en el desarrollo técnico—, la componen los dos caminos aludidos y no sólo uno; es decir, el plusvalor queda anudado a determinados valores de uso necesarios para producirlo (primer camino) y, además, queda amarrado a determinados valores de uso en los que necesariamente debe ser plasmado para que pueda ser efectivamente realizado.




El segundo camino, evidentemente más desarrollado, es la subordinación real del consumo al capital propiamente dicha porque es un camino reproductivo, una forma en la cual se establece el modo de reproducción específicamente capitalista. En cambio el primer camino apenas forma parte del proceso de establecimiento del modo de producción específicamente capitalista pues sólo amarra el plusvalor a valores de uso necesarios para producirlo; el otro camino, en cambio, lo ata a valores de uso en los que debe plasmarse el plusvalor para ser realizado efectivamente después de haber sido producido. Es evidente la diferencia conceptual y de desarrollo histórico que media entre una figura y otra.

4. El capital como límite del capital y el valor de uso nocivo

La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia evidencia la contradicción entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas que es constitutiva de la relación capitalismo.

En efecto, para explotar más plusvalor relativo, el capital debe desarrollar las fuerzas productivas, pero al hacerlo socava las bases de la explotación de plusvalor, sangre y sabia de la relación capitalismo. Por ello Marx señala que "el capital es el límite del capital". Pues bien, la subordinación real del consumo al capital, que resulta del desarrollo capitalista regido por la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, reaviva de modo más concreto la contradictoriedad estructural del capitalismo

4.1. La subsunción real del consumo bajo el capital contradice a la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital y a la ecología

En primer lugar, la subordinación real del consumo no sólo expresa la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital sino que la contradice, es su forma de expresión contradictoria pues los valores de uso nocivos que son propios de la subordinación real del consumo al capital —condición de la realización del plusvalor social— obstaculizan el desarrollo de las fuerzas productivas que implica la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital y anclan las posibilidades de explotación y realización de plusvalor en límites cada vez más estrechos al atar el plusvalor a los valores de uso que corresponden a su metabolismo perverso.




Por otro lado, el desarrollo de la subordinación real del consumo al capital se contradice crecientemente con la ecología regional y planetaria, base material de la producción y de la reproducción social.

En efecto, como la subordinación real del consumo al capital propicia, por ejemplo, que la comida chatarra genere enfermedades cada vez más graves en una población que debería estar apta para trabajar y ser explotada, contradice, a la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. No obstante suscita la necesidad de producir medicamentos *ad hoc,* con lo cual fomenta el desarrollo de otra rama industrial y por ende un nuevo desarrollo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. Pero esos medicamentos palian el problema metabólico sólo para agravarlo y hacerlo estallar después, y aun son iatrogénicos.

Si en un primer momento la contradicción entre la subordinación real del consumo al capital y la subordinación real del proceso de trabajo in-



mediato al capital fue lesiva para la sociedad y para el capital, en un segundo momento aupó su desarrollo, pero para —en tercer lugar— lesionar aún más al mismo desarrollo social. Primero se amplió la base de valores de uso en que se plasma el plusvalor pero sólo para especializarse aún más en un sistema de necesidades aberrante que destruye la ecología planetaria tanto como resultado como desde las primeras fases del proceso. Se acumulan así inversiones e intereses económicos que le quitan a la economía la flexibilidad que necesitaría para dejar de invertir y lucrar precisamente en las áreas de valor de uso nocivo que crecen cada vez más.

4.2. Imperialismo y subsunción real de la nación a la acumulación de capital

El que el capital es el límite del capital mismo se expresa como contradicciones entre las naciones capitalistas que redundan en expansión imperialista. Pero esta contradicción se profundiza en la incomodidad que una nación tiene consigo misma en tanto valor de uso concreto que debe ser remodelado para mejor servir a los requerimientos de la acumulación de capital. Desde luego esa nación capitalista cuyo valor de uso remodelado se contradice aún más flagrantemente con esta otra nación capitalista que también remodela su valor de uso precisamente en el curso en el que ambas se van remodelando. La red carretera y ferroviaria y expansión de la urbanización, la explotación petrolera salvaje, la depredación de los bosques, la construcción de presas y canales de riego, la descampesinización, etcétera son otros tantos momentos de la remodelación del valor de uso nacional al servicio de la acumulación de capital pero con efectos nocivos en el metabolismo ecológico y humano. Los megaproyectos de corredores industriales que remodelan territorios nacionales enteros ilustran esta tendencia.[6]




El sistema capitalista es necesariamente contradictorio. En él se contradicen el modo de reproducción capitalista (subordinación real del consumo al capital) con su modo de producción (subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital); asimismo el cuerpo de valor de uso dado se contradice con la ley de la tendencia decreciente de la tasa de

[6] *Cfr.* Alejandro Álvarez *et al.*, *Economía política del Plan Puebla-Panamá*.



ganancia, la que a su vez lo remodela constantemente. El cuerpo concreto del capital se contradice con su alma. Y esta contradicción del capital consigo mismo se realiza en el vaciamiento creciente del valor de uso y, por ende, en el socavamiento del contenido material en el que se debe objetivar necesariamente el plusvalor.

En la coyuntura actual la subordinación real del consumo al capital está rediseñando valor de uso con un sentido nocivo, y esto entraña graves consecuencias.

4.3. Vaciamiento del mundo y contradicción de la subordinación real del consumo al capital consigo misma

El mundo configurado como valor de uso total en tanto objeto de sometimiento del capital social mundial se contradice consigo mismo y debe transformarse en una figura segunda, un mundo 1 pasa a ser un mundo 2. El paso de la política económica keynesiana (vigente desde 1929) a una política económica neoliberal que se volvió mundial desde 1982 involucró no sólo privatizaciones, nuevos derroteros financieros, destrucción de la planta industrial de países enteros y la revolución técnica de las comunicaciones y los transportes, sino la remodelación completa del "paisaje" del mundo. (¡Hasta que éste en el del calentamiento global!)




La subordinación real del consumo al capital se contradice consigo misma, así que periódicamente pasa de una figura a otra. La remodelación del patrón tecnológico y civilizatorio que se desencadenó con la crisis de 1971-82 intentó ser el traspaso de una subordinación real del consumo al capital que es insustentable por su nocividad a otra figura de valor de uso menos nociva, pero sólo logró incluir algunos hábitos y valores de uso saludables en un sistema de necesidades que profundizó su nocividad ecológica y para la humanidad.

4.4. La subordinación real del consumo al capital o el tiempo de trabajo socialmente nocivo como necesidad estructural

El que "el capital es el límite del capital mismo" se concreta de modo general como subordinación real del consumo al capital en el hecho de que la producción creciente y generalizada de valores de uso nocivos, como soporte normal y especializado para la objetivación de plusvalor, contra-



dice y altera efectivamente la premisa de la producción de plusvalor: la sustancia del valor.

El capital o valor que se valoriza está constituido por plusvalor y se alimenta de plusvalor, cuya sustancia es el trabajo excedente, con arreglo al tiempo de trabajo socialmente necesario, y la subordinación real del consumo al capital obliga el paso de una figura cualitativa de tiempo de trabajo socialmente necesario 1 a otra figura cualitativa de tiempo de trabajo socialmente necesario 2 cada vez más nociva. La generalización de los valores de uso nocivos altera lo que se entiende y aun lo que se experimenta como socialmente necesario. La sustancia misma del valor queda puesta en cuestión no en el sentido de que el plusvalor ya no esté formado por valor, sino porque esta formación tiene lugar a costa de la vida del sujeto social, el factor subjetivo del proceso de trabajo en el que se explota plusvalor, así como de la naturaleza, factor objetivo del mismo proceso. Por lo tanto, los límites objetivos del capital se tocan no en un sentido progresivo o por el desarrollo de las fuerzas productivas, sino en un sentido perverso que pone en cuestión en primer lugar la supervivencia de la humanidad y de toda la biosfera.





La automatización del proceso de trabajo —resultado tendencial del desarrollo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital—[7] conduce al límite objetivo progresista del capitalismo y así hace que este modo de producción se vuelva históricamente superfluo, mientras que el límite objetivo retrógrado aquí descrito —resultado del desarrollo de la subordinación real del consumo al capital mediante el trastocamiento negativo del contenido cualitativo de las necesidades y por ende de lo que se entiende por tiempo de trabajo socialmente necesario— terminaría por volver imposible al capitalismo, pero comienza por poner en cuestión la supervivencia de la humanidad y de la biosfera. Por eso, aunque los dos límites objetivos apuntan coincidentemente a que el capitalismo desaparezca, la relación dialéctica que media entre ellos para conducirlos a ese resultado produce momentáneamente una situación invertida favorable al capitalismo. El trastocamiento nocivo del contenido del carácter necesario del tiempo de trabajo social —el límite objetivo perverso del capitalismo— contrarresta globalmente la tendencia progresiva del sistema hacia la automatización, y por ende hacia el lími-

[7] *Cfr.* Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, p [592].

te objetivo progresivo del capitalismo. Y ello es así ya desde el momento en que el trastocamiento nocivo del tiempo de trabajo socialmente necesario involucra valores de uso nocivos que deterioran la vida humana y la ecología obligando así a que surjan nuevas ramas industriales no automatizadas encaminadas a sanear lo que las ya existentes han policionado, deteriorado, degradado o destruido. La crisis económica mundial que comenzó en 2007 coincide con una crisis alimentaria y con una crisis energética (o del petróleo) así como con una crisis ecológica múltiple que culmina con el calentamiento del planeta. Estos colapsos han podido coincidir sobre la base de lo expuesto en los párrafos precedentes acerca del impacto de la subordinación del consumo al capital en el tiempo de trabajo socialmente necesario y en la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.[8]

Así es como en la hora actual se ha vuelto vigente para toda la humanidad el mitológico castigo de Sísifo, ese permanente esfuerzo y su siempre recomenzar que sólo en apariencia tiene un sentido pero que en verdad carece de sentido, a no ser el de la infernal eternización del castigo.




II. *GESTELL*[9] TOTALITARIO DE VALOR DE USO NOCIVO

1. Coyuntura total o la economización de la sociedad

Desde la perspectiva de la subordinación real del consumo al capital, la coyuntura actual no se reduce a su dimensión económica sino que es política, social, cultural, psicológica, sexual-procreativa, tecnológica y bélico-armamentista. Es una coyuntura total ya que involucra a la sociedad en el consumo, la hebilla de la reproducción de la sociedad. Pero es una coyuntura total bajo mor economizante o, en otros términos, como síntoma

[8] Abordé este punto en la ponencia que presenté en el *Seminario internacional colapsos ecológicos sociales y económicos*, coordinado por John Saxe Fernández y Andrés Barreda Marín, en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, el 31 de octubre de 2008.

[9] Literalmente propuesta o artefacto puesto por el trabajo ante su usuario o testigo, una estructuración propuesta y que se nos antepone.





cotidiano de economización creciente de la sociedad, porque el consumo social sufre una subordinación real al capital.

El economicismo de la sociedad que premonizó la irrupción histórica del capital industrial (hacia 1750) y que se configurara como tétrica promesa —a la vez utópica y de pesadilla— en la premisa ideológica incuestionada del *homo económicus* del discurso de la economía política encuentra su realización bajo el modo de una colorida y abigarrada subordinación real del consumo al capital mejor que bajo el chato productivismo ahorrativo protestante del que habla Max Weber.

2. Cohesión/coerción, efecto endémico del mercado mundial

En la coyuntura actual, la cuestión tecnológica (biotecnología, nanotecnología, informática, división del trabajo y maquiladoras, etcétera) se imbrica con la de los medios de comunicación de masas, y éstos —como la televisión, con su instantaneidad electrónica y táctil— a su vez remiten a dimensiones psicológicas alienantes que son expresiones materiales de las necesidades del mercado mundial. La computadora con Internet refleja palpablemente este hecho.




La misma televisión desnuda su rasgo de tecnología no neutral sino subordinada realmente al capital al funcionar como medio de difusión de las situaciones de guerras locales y globales (Vietnam y el Golfo Pérsico, por ejemplo). Aquí la cohesión como coerción que implica en el extremo la estructura del modo de producción capitalista se experimenta de modo evidente y a la mano y como función del mercado mundial, o sea como cohesión/coerción global en extensión, pero necesariamente también en intensidad y potencia si de veras debe lograrse en extensión. Todas las formas de cohesión social pierden su apariencia de neutralidad y de beneficio colectivo y revelan su caracter de interés monopólico del capital nacional más poderoso. Esto vale tanto para formas como el TLC o la Unión Europea como para las formas partido y sindicato, etcétera. Por lo tanto debemos estar advertidos también respecto de la nueva estructura y funciones que deberán tener —en primer lugar las que no deberán tener— las formas de organización alternativas y contestatarias para asumir críticamente el impacto de la cohesión/coerción como premisa técnica



del mercado mundial aplicada a valores de uso tanto tecnológicos como geopolíticos y organizativos.

2.1. Patrón único de consumo y abigarramiento consuntivo

De acuerdo con lo anterior, los procesos económicos involucrados en los fenómenos del mercado mundial como la apertura de la Cuenca del Pacífico, la expansión de la deuda externa y la acción de la ley del valor a escala mundial no sólo adquieren un sentido político internacional desde la perspectiva de la acumulación del capital mundial —como proceso que siempre incluyó a los países pseudosocialistas hasta su desintegración como bloque geopolítico en 1991— y de la hegemonía mundial de Estados Unidos, sino que toman cuerpo en la tecnología y los medios de comunicación —ni qué decir que también en la tecnología de guerra— así como en las instituciones sociales y políticas. La corporación gigante multinacional se revela así como corazón tecnológico-productivo de este tejido económico, psicológico, político y cultural.




La totalidad de los valores de uso del consumo humano y el consumismo —y sobre todo su regla implícita de establecer un patrón único de consumo mundial o estándar bajo una apariencia no obstante abigarrada— se revelan como articulación estratégica del capital industrial como sujeto histórico maquinal embozado, esto es, como pseudosujeto tecnológico consuntivo[10] y no como factor neutral o sólo coyuntural e ideológico.

3. Psicocultura o fetichismo total

Bajo la economización de la sociedad inherente a la subordinanción real del consumo al capital, la sobreestructura cultural y la psicología adquieren configuraciones inéditas que se imbrican hasta volverse casi indistinguibles, pues toda idea (o percepción) es actitud y toda actitud es idea (y percepción), sin que quepa neutralidad más que por pedantería, ceguera o disfunción. La cultura se vuelve participativa sólo porque es sometien-

[10] Lo cual, insisto, quiere decir que el capital industrial constituye una potencia histórica totalitaria que no sólo es económica sino también social, política, cultural y psicológica precisamente porque no es sólo técnico productiva sino también consuntiva.





te en grado extremo, así que no en sentido democratizador —que es como se presenta— sino en sentido mágico religioso alienante —es decir, no mágico afirmativo, re-ligante y energéticamente plenificante.

3.1. El descerebramiento de la sociedad

En efecto, con base en el fetichismo mercantil y en el del capital, y sobre todo del fetichismo cósico de los valores de uso nocivos subordinados realmente al capital, surgen grandes fetichismos culturales múltiples y de moda y en constante recambio, pues su función es el descabezamiento o descerebramiento de la sociedad, es decir, quitarle su capacidad de comprender qué es el capitalismo, esto es, lo que es el modo de producción burgués y la explotación de plusvalor a la clase obrera. Las teorías del imperialismo iniciaron y continúan esta senda; son el modelo clásico por su carácter pseuocrítico y su complejidad, y por tanto más inclusivo y encubridor y no meramente apologético y simplista, como la ideología del moderno capitalismo como sociedad de consumo sin contradicciones en todas sus variantes. Esta ideología está confeccionada pseudocientíficamente y su eficacia aumenta conforme se deprime el umbral intelectual de la sociedad, y como sólo hay variantes de teorías del imperialismo y de formaciones políticas y sociales para contrarrestarlo,[11] éstas más bien complementan a las apologías irracionales.




3.2. El incosciente colectivo auténtico es cósico tanático

La formación psicosocial y cultural más sorprendente tanto a nivel del sentido común como en las neociencias sociales fetichistas —y aun en las naturales— es la constitución de un auténtico *inconsciente colectivo cósico tanático*. En él, en su carácter cósico, se ha refugiado Eros —antes de disolverse definitivamente—. Carl Gustav Jung, en sus intuiciones sobre el inconsciente colectivo referidas sobre todo a sociedades precapitalistas, lo describe como una especie de fluido mental que flota a través de las eras, quizá grabado en algún recóndito núcleo cerebral neuronal. En realidad Jung en parte premonizó y en parte simplemente traspuso

[11] Con la URSS —y los partidos comunistas cuando aquélla todavía existía—, por ejemplo, como presunta “salida” a la explotación imperialista armamentista.





en un tiempo pretérito y en una sustancia imposible —muy a la manera de las robinsonadas de la ideología burguesa— esa figura modelar del inconsciente colectivo actual. El célebre inconsciente colectivo del que tanto se hablaba en los años veinte y treinta del siglo XX sólo viene a darle prosapia y misterio a un fenómeno vulgar de la entonces emergente sociedad de consumo.

3.3. Nocividad fisiológica y amalgama psicocultural cósica

En el cuerpo de valor de uso cotidiano se articula un fetichismo cósico, cargado de un erotismo a la vez exacerbado y famélico y que finalmente resulta tanático, con fetichismos comunicacionales y culturales que expresan tanto la fase tecnológico-productivista como la procreativo-sexual antiorgásmica. Este es el medio en el que chapotea el átomo social masificado que es el hombre/mujer contemporáneo, ese andrógino pseudomístico y pseudolibertario que es el correlato, en el sujeto humano —en cuanto a sexo y género—, de la degradación de los valores de uso y de la ecología; he aquí el inconsciente colectivo cósico sistemático incrustado en el cuerpo de valor de uso de la sociedad.




En efecto, la percepción y la idea se hacen actitud sólo porque las emociones han quedado trastocadas por un objeto de consumo que es nocivo tanto para la fisiología como para las percepciones y las ideas. De nada de esto nos damos cuenta cotidianamente.

4. Gestell totalitario: el lenguaje de la subordinación real del consumo al capital

De ahí que la figura cultural de la modernidad como economización creciente de la sociedad, esto es, como franca emergencia de la subordinación real del consumo al capital, pudiera troquelarse idealmente desde la década de los treinta en la noción de *Gestell* que Carl Schmitt ("Hacia el Estado total") y Martin Heidegger ("La pregunta por la técnica") utilizaron para referirse a la tecnología moderna como estructura total de la sociedad que es propuesta ante el sujeto como una utilidad independiente y golémica. Y bien, la coyuntura actual, como *Gestell* totalitario logrado mediante economización de la sociedad, evapora la noción de coyuntura





porque eterniza su configuración dada pues la presenta como un aspecto no superable —por ejemplo económico o político— dentro del todo, o más aún, como el todo mismo firmemente encementado y que en cada parte se repite a sí mismo metonímicamente. Sólo por la presencia virtual de tal estructuración es que, ya a inicios del siglo XX, Ferdinand de Sassuure pudo establecer la captación de la lingüística estructural al mismo tiempo que Freud descubría la estructura del inconsciente como un lenguaje articulado.[12]

Así como la economización de la sociedad es un *Gestell*, la coyuntura actual es eternización de lo (aparentemente) siempre-ya-dado y que debe perdurar también por siempre, por donde resalta de modo inquietante, y aun aterrador, la unidad del todo.

5. La unidad del todo: valor de uso nocivo igual a plusvalor

La unidad del todo —el *Gestell* de la época de la subordinación real del consumo al capital— es el valor de uso nocivo. Es nocivo precisamente porque debe contener la mayor cantidad posible de plusvalor, y como las condiciones de realización del mismo son contradictorias desde la circulación de valores —que tiene a la demanda y al consumo como espectro dual que la preside— pasa a determinar, de rechazo, las condiciones de producción en las que se plasma el plusvalor.




De tal manera, el ahorro en los costes de producción, transporte, embalaje y almacenamiento influye en la calidad del valor de uso generalmente de modo negativo. Luego, las condiciones de competencia y publicidad tienden a estandarizar el producto (descualificándolo) o a exacerbar unilateralmente —en detrimento de otras— algunas de sus cualidades que marcaron la preferencia del público. Finalmente, es fuente de nocividad del valor de uso la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, cuya base es una restricción estructural del consumo social que se contrapone con la creciente escala de la producción en la que se plasma el plusvalor. Expliquemos este último punto.

[12] La lógica matemática y otras intuiciones estructuralistas pertenecen a la misma constelación sobreestructural de la subordinación real del consumo al capital.





5.1. Pleno empleo del consumo social y ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia

El ámbito limitado del consumo social debe ser utilizado al máximo por los distintos capitales en competencia porque sólo de él obtienen la demanda para los productos que ofertan. El "pleno empleo del consumo social" por parte del capital —más que el pleno empleo productivo keynesiano— es el efecto reiterado de los esfuerzos de los múltiples capitales y sus publicistas. Pero, entiéndase, logran ese pleno empleo a través de la competencia y todos y cada uno con afanes monopólicos que excluyen a los otros competidores.[13] En la medida en que esos afanes logran hacerse efectivos en mayor o menor medida, el pleno empleo del consumo social es alcanzado de modo irracional excedentario. ¿Cómo es eso?

No sólo es que los bancos financian crecientemente el consumo y por ese camino se llegó a la crisis económica mundial actual. La cosa es como sigue.



5.2. La utopía estadística del consumo máximo



Cada consumidor posee capacidades limitadas de consumo, pero los capitales deben lograr el pleno empleo del consumo social para realizar su plusvalor, así que exacerban las capacidades de consumo de cada consumidor a fin de garantizar el máximo de consumo de acuerdo a los ingresos que se congreguen en cada punto del consumo social. La suma de todos los puntos así tratados deberá dar por resultado el máximo consumo posible en un momento dado. El esfuerzo por cumplir esta utopía estadística y el fracaso reiterado del mismo dan paso, no obstante, a la realización del pleno empleo efectivo del consumo social.

5.3. La tendencia decreciente del consumo social y la regla del truco

En realidad no se puede gastar más de lo que se tiene: capital variable —la clase obrera— o plusvalor destinado a rédito —los diversos capi-

[13] Exacerban unos aspectos del producto a costa de excluir otros, mismos que representan —en el objeto— diversos capitales. No sólo es que los bancos financien crecientemente el consumo, y por ese camino se llegó a la crisis económica mundial actual. La cura es como sigue.





talistas—. Pero se podría gastar menos, y entonces no se ejercitarían plenamente las capacidades de consumo de una determinada coyuntura. Pero el pleno consumo pasa por la elección y el apetito individuales. Es allí donde incide la publicidad de los múltiples capitales y donde se hace efectivo el efecto fisiológico de los distintos productos ofertados por ellos. Este efecto debe ser tal que si satisface el apetito debe abrir la sed, y si la satisface desencadena la necesidad de diversión, y si satisface ésta es para reabrir el apetito según la regla del truco de la botana salada gratis en los establecimientos de venta de bebidas alcohólicas. Sólo así cada consumidor extremará —a favor del capital— sus capacidades de consumo individuales. Y todos los capitales lograrán el pleno empleo del consumo social

Ahora bien, la tendencia del consumo social es a decrecer en el tiempo siguiendo la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, pues la base de esta caída es que el capital constante crece más rápidamente que el capital variable, del cual la gente paga su "canasta de bienes" cotidiana. Y ese mismo capital variable es la fuente del plusvalor, el cual el capitalista divide en una parte que acumula y otra como rédito para su consumo individual.[14]




5.4. Competencia por ganancias, plusganancia y plusvalor extra y degradación del valor de uso

La lucha virulenta y ciega de los capitalistas por el pleno empleo del consumo social se exacerba con su competencia entre sí. Y bien, no compiten simplemente por realizar el plusvalor contenido en sus productos —cual es el cuadro que acabamos de delinear—, sino que además pugnan por obtener plusganancias en las que se contiene una transferencia de plusvalor desde los capitales menos exitosos —generalmente menos tecnificados— hacia los que logran vender sus productos del mercado a los otros desplazando capitales. Así la competencia en torno a las plusganancias sobredetermina, extremándola, a la mera competencia por las ganan-

[14] Para contrarrestar esta baja tendencial del consumo los bancos excacerban el financiamiento y así crean una burbuja financiera —por ejemplo,hipotecaria— como la que provocó el estallido de la crisis actual.





cias. Las tendencias degradantes del valor de uso se extreman también por este motivo.

Aún más: las plusganancias no sólo contienen plusvalor transferido que producen otros capitales y que el capitalista exitoso se embolsa, sino plusvalor extra producido por el capital exitoso que triunfó debido a que introdujo alguna mejora excepcional en las condiciones técnicas de producción de sus mercancías.[15]

5.5. Innovaciones tecnológicas necesariamente productivistas y nocivas

La orientación de esas mejoras técnicas apunta, por un lado, a incrementar la productividad, y, por otro, a cumplir con los requerimientos de la demanda, a su vez configurada de acuerdo con los esfuerzos de los múltiples capitales para lograr el pleno empleo consuntivo de la sociedad. Así las innovaciones técnicas —base del pluvalor extra y, por allí, del progreso tecnológico de la sociedad como un todo— no son innovaciones neutrales meramente productivo-útiles, sino productivistas-lucrativistas —por referidas al plusvalor— y consuntivistas nocivas por estar referidas a la necesidad de estandarizar y a la vez expandir al máximo las posibilidades del consumo social.[16]




El progreso social tecnológicamente arreglado por el capitalismo está estructuralmente condenado a degradar el valor de uso producido para el consumo y a la naturaleza a partir de la cual se produce ese valor de uso. La revolución verde fue seguida de la agricultura transgénica y luego por la nanotecnología y otras tecnologías cada vez más nocivas.

6. Lo superfluo vuelto nocivo o el excedente social como plusvalor generalizado

La unidad del todo social capitalista contemporáneo es el valor de uso que se ha vuelto nocivo para así poder contener plusvalor. La nocividad del valor de uso es función estructural del plusvalor contenido en la mercancía. De tal manera, las necesidades sociales se ven contradichas por

[15] Investigo en detalle este tema en Jorge Veraza, *Leer* El capital *hoy*, capítulos IX y X.
[16] Véase *idem*, especialmente el inciso 3 del capítulo X.





la necesidad exacerbada de acumular plusvalor, es decir, el excedente de la sociedad que se apropian los capitalistas. Lo necesario —en términos de valor de uso cualitativo— se ve contravenido por lo excedentairo —en términos de cantidad de valor—. Estas son las condiciones de posibilidad del modo de producción capitalista específico.

Pero el mayor desarrollo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, que especifica a ese modo de producción y lo vuelve capaz de producir no sólo plusvalor absoluto sino también plusvalor relativo —en particular plusvalor extra—, realiza —como subordinación real del consumo al capital— la contradicción entre lo útil necesario cualitativo y lo superfluo a favor de este último también en términos de técnicas de valor de uso.

El plusvalor por realizar se objetiva en valores de uso superfluos que se sobreponen a los necesarios. Pero la negatividad de lo superfluo no se limita al ámbito de lo superfluo y lujoso pues el plusvalor se plasma no sólo en el producto excedente sino en todas las mercancías. La negatividad del excedente de valor erosiona el valor de uso de toda la sociedad. Lo superfluo muta en nocivo en su confrontación triunfante con lo necesario y el valor de uso necesario muta en nocivo porque está sobredeterminado para que realice lo superfluo y, sólo así, realice el excedente de valor que los capitales se apropian privadamente




6.1. La tendencia histórica de la perversión estructural de las necesidades sociales

La hasta aquí descrita perversión estructural de las necesidades sociales instaurada por el proceso de producción/consumo capitalista cumple una función histórica peculiar en el marco de la escasez en que las sociedades humanas han vivido hasta hoy (en especial de escasez de fuerzas productivas). En efecto, las sociedades limitadas (Marx, "Formen", 1857) alteran su figura social técnica para trascender el marco de escasez (Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, 1961) en el que viven; hasta hoy no la han abolido pero la acotan y reducen o alteran cualitativamente su incidencia.

Fijémonos, pues, en que los momentos de trascendencia tecnológica y social que apuntan a superar la escasez tienen como supuesto la percepción y delimitación de las necesidades sociales y el establecimiento de un



programa de solución que se amplía parcial o globalmente. Si el capitalismo —última figura de sociedad limitada (Marx, 1859)— enajena las necesidades sociales, aliena simultáneamente la percepción que se tiene de ellas y de la necesidad de trascender la escasez e inadecuación con que son satisfechas; en lugar de promover el movimiento para trascender la escasez y la limitación de las fuerzas productivas sociales, lo neutraliza y lo pone en suspenso; en vez de transcender la figura limitada de sociedad y de escasez determinada, la eterniza.

6.2. La subordinación real del consumo al capital como modo de eternizar la escasez capitalista

El capitalismo, en efecto, en vez de trascender su figura limitada de producción, consumo, capacidades, necesidades y libertades hacia una forma ilimitada de sociedad —esto es, el socialismo en progreso hacia el comunismo—, ha encontrado el modo de desviar y retrasar (neutralizar/suspender) las tendencias hacia la trascendencia histórica precisamente a través de degradar sistemáticamente los valores de uso y, con ellos, las necesidades sociales.




Así eterniza su particular figura limitada, la reproduce en mil variantes perversas y detiene el reloj de la historia. La máxima sociedad histórica habida hasta hoy —la sociedad burguesa— se enrosca sobre sí misma año con año y de moda en moda, alterándose al máximo para no cambiar, a la inversa de lo que hacían las sociedades precapitalistas (“Formen”, 1857), que sufrían mutaciones sorpresivas por haber intentado por todos los medios preservar su figura idéntica elegida comunitariamente.

La modernidad en su cumbre se ofrece como paradójica “sociedad sin historia”, no propiamente de tiempo cíclico —como el eterno retorno nietzscheano— sino de *tiempo abismal* pues desvirtúa tanto el sentido cíclico como el lineal y espiral del devenir. Y la burguesía muta de clase histórica en un sujeto clasista antihistórico.[17]

[17] Desarrollo este tema en un ensayo inédito intitulado “Cómo la burguesía devino sujeto antihistórico”.





6.3. Sociedad de tiempo abismal por no reconocimiento de las necesidades

En lugar de que la figura limitada del capitalismo sea trascendida es eternizada. En efecto, la trascendencia histórica se sustenta en el reconocimiento de las necesidades, pues la libertad es reconocimiento de las necesidades y la trascendencia histórica no es sino la realización concreta de la libertad en el tiempo. Pero el capitalismo, al encadenar a los consumidores "libres" a un sistema de necesidades en vertiginosa mutación —sistema de necesidades de diseño forzado por el sistema de necesidades de la acumulación de capital—, sustituye el libre reconocimiento de las necesidades por su ocultamiento. La escasez queda así eternizada en sus figuras limitadas, en especial las capitalistas, en vez de ser trascendida libremente de acuerdo con el reconocimiento de las necesidades humanas, las cuales son ocultadas con soberbia por la promoción del exceso y lo superfluo como factores de primera necesidad para el capital, impuestos a la gente con una forma nociva y viciosa de satisfacción de las necesidades que permite realizar el excedente social o plusvalor que debe ser embolsado privadamente.




¿Cómo puede actuar el sujeto social para cuestionar estas condiciones objetivas?, ¿para resistir y defenderse de ellas y, más aún, para revolucionarlas? En el siguiente ensayo se indaga este punto.





SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL Y LUCHAS EMANCIPATORIAS DEL FIN DEL SIGLO XX (INTERNÁNDOSE EN EL XXI)

I. Para una nueva teoría del capitalismo, del campo de batalla

1. Necesidad de otra teoría del capitalismo




En lo que sigue describiré las nuevas tendencias y formas políticas emancipatorias que surgen del actual condicionamiento histórico que ofrece el capitalismo mundial. No tematizaré el cómo de la articulación entre las nuevas tendencias y las formas existentes de política partidaria, sindical, popular,[1] etcétera. La previsión de tal forma de conexión es aún prematura y de todos modos ocurrirá en la práctica. Así pues, describiré formas de lucha que en su figura acabada deberán aparecer necesariamente en un futuro próximo independientemente de nuestra voluntad presente, pero cuyo nacimiento es posible auspiciar y facilitar si somos conscientes de su pertinencia a partir de las figuras espontáneas y más o menos imperfectas de las mismas que ya existen por ejemplo en Europa y Estados Unidos. Por eso me interesa aclarar el tema.[2] Es imposible cualquier propuesta teórica viable que fortalezca nuestra práctica si no altera y aun subvierte esta práctica con base en revolucionar la comprensión teórica que tenemos del capitalismo, es decir, del campo de batalla, y de nuestra práctica. Es urgente entonces una nueva teoría del capitalismo, del campo de batalla. En verdad no se trata de poner a la teoría al servicio de la práctica actual de modo que la convalide y fortalezca acríticamente, pues esa práctica se encuentra sometida y en crisis. Es desde el germen ya

[1] Expuse las bases generales de esta articulación en la conferencia "Democracia y política radical en Karl Korsch", impartida en la UAM-Iztapalapa en 1985.

[2] Para mayor abundamiento sobre el modo como la revolución comunista incluiría por ejemplo la meditación oriental u otras formas alternativas de vida, *cfr*., Jorge Veraza, "Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida".





existente de otra práctica realmente emancipadora desde donde la nueva teorización se demuestra como prioridad práctica si lo que interesa es la autonomía del sujeto revolucionario.

2. Crítica de las teorías del imperialismo

La concepción prevaleciente sobre el capitalismo es el resultado sincrético[3] de las varias versiones de las así llamadas teorías del imperialismo en tanto presunta "fase superior del capitalismo". En todas ellas se presupone una *discontinuidad histórica* entre dos o más supuestas fases de desarrollo del capitalismo que traduce, en verdad, una real *discontinuidad* entre cada autor presuntamente marxista y la teoría de Karl Marx, y aun la revocación más o menos soterrada de dicha teoría. No por casualidad las más clásicas de dichas teorías (Hilferding, Kautsky, Luxemburgo, Bujarin, Lenin, etcétera) nacieron en el crisol de la primera "crisis del marxismo". Así caracterizó el demócrata Masaryk en 1899 la situación que se abría a partir de la exposición que hizo Bernstein de las nuevas "tareas" de la socialdemocracia debidas a unas modificaciones del capitalismo que según él revocaban *El capital* de Marx. Otra característica resaltante de las teorías del imperialismo consiste en que analizan el desarrollo capitalista sin observar conceptual y consecuentemente —y a veces simplemente sin observar— el desarrollo del proceso de trabajo capitalista, es decir, la subsunción formal y la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital en tanto métodos de explotación de plusvalor absoluto y de plusvalor relativo, respectivamente.[4]




Así, desde la perspectiva de su fundamento, la "teoría del imperialismo" es una ideología que expresa radicalmente la crisis de los marxistas frente a la teoría de Marx de cara a la realidad fetichista que viven.

[3] *Cfr.* mi "Crítica a Elmar Alvater y Carlos Maya, a las teorías sobre el imperialismo y del capitalismo monopolista de Estado (desde la crítica de la economía política de Marx)".
[4] *Cfr.* Jorge Veraza U., *Para la crítica de las teorías del imperialismo*.





II. Subsunción real del consumo bajo el capital: condición actual de la emancipación

1. Subsunción real del consumo bajo el capital: la posmodernidad

La crítica positiva a las teorías del imperialismo comienza por analizar el desarrollo histórico del capital con base en el desarrollo de la subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, y observar que ésta se perfecciona al extenderse a escala mundial y, simultáneamente, redondea según su racionalidad la reproducción social cuyo extremo es el consumo. De este modo podemos conceptuar al capitalismo contemporáneo —en continuidad con el del siglo xix— como *continuidad* del desarrollo de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital hasta lograr la figura de subsunción real del consumo bajo el capital.[5] Esta figura es el correlato estructural interno de la constitución del mercado mundial capitalista. El concepto de subsunción real del consumo bajo el capital permite superar la "crisis del marxismo" porque recupera la coherencia de la peculiar forma discursiva que corresponde a la crítica de la economía política y la desarrolla hasta conformarse como crítica global de la sociedad, como era el proyecto original de Marx. Este proyecto es completamente vigente hoy y más que nunca por ser el único discurso que no se quiebra en las paradojas del desarrollo capitalista contemporáneo, por ejemplo ante la caída de la máscara pseudosocialista de los países de Europa del Este y de la ex urss —acontecimiento que revela que la realidad del capitalismo es auténticamente mundial—. Esta máscara supo someter a la conciencia de clase revolucionaria, primero, al sugerir que casi la mitad del orbe no era capitalista sino socialista —y por ello, por ejemplo, sin derecho a huelga— y, luego, al pregonar que al caer el socialismo realmente existente en tanto artificio del capitalismo, cayó no sólo el marxismo —en especial el discurso de Marx— sino todo el proyecto socialista. "Fin de las ideologías", dice la fórmula neoliberal de Daniel Bell (*Las contradicciones culturales del*





[5] *Cfr*., mi *Subvirtiendo a Bataille* y mi "Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida", así como también mi "Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo bajo el capital", incluido en el presente libro.



capitalismo) ante estos sucesos. Para hablar de sí frente a socialistas y comunistas, la ideología burguesa recupera el uso maniqueo de los cristianos contra los gentiles y sus —según los cristianos— "falsas religiones". Además, en la fórmula "crisis del marxismo" todavía se incluye el término —y entonces la existencia— marxismo mientras que la jerga de la ideología neoliberal lo entierra en la fórmula que lo excluye —"fin de las ideologías"—. Por cierto, fue Eduard Bernstein —el demócrata liberal encapuchado de social-demócrata— quien designó primero al aspecto revolucionario del discurso de Marx como ideología utópica y reputó a su propio discurso (el de Bernstein) como, ese sí, científico. Louis Althusser (*La revolución teórica de Marx,* de 1966 y *Para leer* El capital, de 1968)) aprendió de Bernstein este tipo de operación quirúrgica y de Althusser los neoliberales, herederos también de Karl Manheim (*Ideología*), Karl Popper (*Miseria del historicismo*) y Daniel Bell (*op. cit.*). De lo que se trata es del fin de la ideología burguesa, pues la germinación de la revolución comunista nacional y mundial es más actual que nunca en la época de la subsunción real del consumo bajo el capital y del mercado mundial capitalista desenmascarado.[6]

Al nombrarse posmoderna,[7] hamletiana o edípica, esta ideología juega a ser o no ser frente a su padre, la modernidad. Del mismo modo, en el consumismo encubre al productivismo, su padre, y a ambos en el neoliberal incremento de productividad, pieza maestra de la ideología del progreso. Según Freud, el destino es el padre en su figura general. No es casual que en la actualidad hasta el marxismo reniegue de su padre. La moda es un drama edípico.

En efecto, en la subsunción real del consumo bajo el capital los valores de uso son parasitados en un nuevo nivel por el capital. Ahora la moda se vuelve premisa objetiva y sistemática de la acumulación de capital, pero además, con su euforia y depresión constantes y alternadas, se convierte en la categoría general de la psicología social del capitalismo.

Todos los valores de uso se constituyen en agentes de la subsunción real del consumo bajo el capital, tanto los del consumo humano como los de la tecnología y del consumo productivo en general. La figura más desarrollada de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo

[6] *Cfr*. Jorge Veraza, *Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo*.
[7] *Cfr*. Jorge Veraza, "Lyotard en el mueso de Bataille".





el capital son los modelos tecnológicos y de organización del trabajo y de administración necesarios para incrementar la explotación de plusvalor relativo en tanto producen necesariamente un cuerpo material o de valor de uso adecuado al capital.[8] Este cuerpo material está sistemáticamente arreglado en su estructura útil en acuerdo a las necesidades de explotar, acumular y garantizar dicha acumulación y explotación de plusvalor. Se trata de un cuerpo útil en el que, por ende, las necesidades humanas cotidianas quedan negadas, sometidas, deformadas, unilateralizadas, exacerbadas, degradadas, así que ya desde el efecto fisiológico y práctico del uso y consumo de los valores de uso conlleva el sometimiento integral del sujeto social a las necesidades de producción y reproducción del capital.

Sea lo anterior una definición formal y suscinta del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital. Como se ve, no se trata simplemente de una "manipulación ideológica o psíquica —así sea subliminal— del consumidor, sino de un hecho material que somete psicológica, química, eléctrica y físicamente, y que es la base del resto de sometimientos conductuales, sociales, políticos y culturales los cuales entonces ya ocurren nucleados y sobredeterminados por ella, como una dimensión ulterior complementaria suya. El sometimiento de la conciencia de clase revolucionaria comienza por el de toda conciencia, tal y como la denegación del marxismo es correlato de la decadencia o idiotización cultural inherente al modo de producción capitalista específico. Pero en la subsunción real del consumo bajo el capital el sometimiento de la conciencia comienza por el de la percepción, y el de ésta por el sometimiento de la fisiología mediante su distorsión.




2. Crisis de los discursos de oposición, no del discurso de Marx

"La crisis de los discursos de oposición" comienza desde el momento en que preside sus tácticas la problemática de las teorías del imperialismo; por ello dichos discursos piensan al capital actual como débil y creen —presos del empirismo burgués— que la URSS —Perestroika incluida— era

[8] *Cfr*. Jorge Veraza, "Coyuntura actual y subsunción real del consumo bajo el capital", en el presente libro.



la realización de la teoría de Marx. Según ellos, la crisis general del capitalismo —pieza ideológica correlativa a las teorías del imperialismo— se manifestó en que gran parte del territorio mundial le fue arrebatado al capital por los socialistas ya que el capitalismo se encontraba débil por decadente. Estos discursos están en crisis no por derivar de Marx sino por ser incoherentes, y también el de Marx estaría en crisis —que jamás lo ha estado— si fuera incoherente.[9] La coherencia interna de un discurso expresa en términos semánticos su relación de adecuación con las realidades o significados que refigura el plano de la teoría, es decir, con su verdad. La incoherencia de los discursos de oposición se formaliza en su ruptura con Marx, misma que institucionalizaron al proyectarla en la supuesta ruptura de la continuidad económica del capital. En efecto, dichos discursos sustentan la especificidad de la presunta fase imperialista en la idea de que en la nueva fase existiría una relación de producción dominante distinta de la fase previa, pero esta "renovación" original —forzada ideológicamente por las teorías del imperialismo— es el mecanismo a través del cual la realidad de lo económico del siglo XX es pensada, en sustancia, de modo similar a lo económico en el siglo XIX. Lo económico en el capitalismo contemporáneo sólo se reconoce como diferente en cuanto a la forma; por ejemplo, monopolio en lugar de competencia. Así el discurso oficial de la oposición se mantiene preso en el economicismo y el politicismo en tanto piensa lo económico hoy como si fuera el del siglo XIX. Discurso utilitarista, cree que todo lo cultural y lo cotidiano es secundario y si crece deberá servir a lo propiamente político e importante que es lo que el partido juega en el mercado de electores. No ve que la continuidad del desarrollo económico capitalista con base en el perfeccionamiento de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital hizo mutar cualitativamente la realidad de lo económico pues produjo la economización creciente[10] de todo el ser social —en términos sexuales, domésticos, públicos, políticos, culturales y de la conciencia ecológica— conforme se desarrollaba la subsunción real del



[9] *Cfr.* Jorge Veraza, "La crítica de la tecnología y la polémica contemporánea sobre la actualidad de Marx", conferencia impartida el 15 de julio de 1983, en el foro sobre la vida y obra de Karl Marx, realizado en la entonces Escuela Nacional de Estudios Profesionales Aragón (inédita).
[10] *Cfr.*, mi "Crisis y desarrollo de la hegemonía capitalista. La tarea histórica actual del capitalismo".





proceso de trabajo inmediato bajo el capital hasta llegar al extremo: el consumo. Esta economización creciente causada por la subsunción real del consumo bajo el capital obliga a enriquecer la lucha emancipatoria, que se vuelva más compleja al integrar en ella orgánicamente la lucha cultural, la crítica de la vida cotidiana, el ecologismo y el pacifismo.

3. Bloques geopolíticos, Golfo Pérsico, Tratado de Libre Comercio: ejemplos de la subsunción real del consumo bajo el capital

La salida viable a la enajenación y el confusionismo crecientes de hoy es la reelaboración del programa socialista con base en una nueva teorización global del capitalismo que lo entienda como el *Gestell* o dispositivo totalitario de la subsunción real del consumo bajo el capital. Veamos algunos síntomas de este dispositivo y de su fortaleza.



En la guerra del Golfo Pérsico (1991) se utilizaron nuevos instrumentos bélicos destructivos que son indicadores del grado de nocividad de los múltiples valores de uso y de la tecnología destructiva de paz. La fortaleza del capitalismo se manifiesta también en que se atreve a reconocer su cuerpo útil total: el mundo como mundo del capital en el que el Pacífico se torna mar interior del imperio —como lo predijera Marx desde 1847—. Y en el capital social puede disolver/arreglar los límites nacionales en vista de apropiarse un valor de uso territorial más adecuado a sus requerimientos acumulativo/explotadores —por ejemplo al establecer bloques geopolíticos al modo del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, Canadá y México, o el de la Unión Europea—.[11]



Además, la ofensiva neoliberal en el "mundo" y contra todo el ser social expresa no la debilidad, sino la fortaleza del capitalismo actual y no sólo la decadente[12] racionalidad contrafinalista que se objetiva en valores de uso nocivos y en las incoherencias neoliberales y de casi todo discurso actual. Valores de uso nocivos y discursos incoherentes: subsunción real del consumo bajo el capital.

[11] *Cfr*. Jorge Veraza, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos.*
[12] *Cfr., ibid.*



Estas y otras realidades martilleantes golpean al sujeto social que o bien simplemente se somete o bien queda entretanto confundido sin poder responder al avance sometiente.

4. Discurso dominante y discurso libertario: incoherencia y coherencia

Al discurso neoliberal, en tanto discurso decadente de la clase dominante, no le viene mal la incoherencia, pues la opresión jamás puede ser justificada coherentemente sino más bien recortando realidades esenciales en lo que se dice. La fuerza le viene de fuente externa a la verdad y se afianza al embaucar. Mientras que al discurso revolucionario ser incoherente le causa el mayor mal, incluso cuando lo es por frescura y juventud; pues los sometidos deben cohesionarse entre sí, es decir, operar con coherencia entre ellos —por convencimiento— en referencia a la transformación de la realidad. Su perspectiva de totalidad[13] es una con su coherencia y necesita ambas para liberarse, pues es la realidad que les es sustraída con la que se los somete, y la finalidad de la transformación del presente sometido es la recuperación de la totalidad de la realidad.




El discurso dominante y el revolucionario son dos valores de uso radicalmente distintos. Pero bajo la subsunción real del consumo bajo el capital se tiende a darle al discurso revolucionario la forma del dominante. Las teorías del imperialismo —sin ser el único caso— son ejemplares al respecto.

5. ¿Nuevos sujetos o proletarización compleja de la población?

El clamor por los "nuevos sujetos" en oposición a la así llamada misión histórico-universal del proletariado es por demás incoherente frente a la proletarización absoluta de la sociedad en proceso de economización cre-

[13] *Cfr*. Georg Lukács, "Rosa Luxemburgo como marxista" y "Qué es marxismo ortodoxo", en *Historia y conciencia de clase*.





ciente por subsunción real del consumo bajo el capital.[14] Así por ejemplo, la incipiente proletarización de la mujer suscitó al feminismo contemporáneo, el cual se toma a sí mismo como exterior, paralelo y aun opuesto y de alcance menos limitado que la lucha del proletariado. Pero la subordinación real del consumo al capital generalizó la conversión de la fuerza doméstica femenina en fuerza de trabajo funcional para la fábrica y la oficina para estandarizar y expropiar mejor el consumo de las masas. La convergencia feminista y proletaria requiere asumir las especificidades de cada sector como particularidades de una lucha proletaria unitaria en la que —como más abajo explicaré— la gestión sexual-procreativa —mucho más que la domesticidad— es central para la reproducción de la fuerza de trabajo. La forma tradicional de la lucha proletaria debe necesariamente mutar porque el cuerpo proletario es otro: recién fue polarizado sexualmente por orden del capital. Así como las mujeres —esas proletarias— recientemente se atreven a conocer su propio cuerpo, la lucha proletaria comunista es vigente en la medida en que se atreve a autoexplorarse y actuar en consecuencia de modo más rico y complejo que encasillada en el corsé del sindicato economicista y el partido politicista, sea parlamentarista o ilegal.




III. Poder y subversión de la vida cotidiana

1. Subsunción real del consumo bajo el capital y crítica de la vida cotidiana

El poder subversivo de la vida cotidiana presupone la coerción sobre ésta, su subordinación al capital. La subversión de la vida cotidiana para humanizarla parte de su propio poder afirmativo jamás anulado en el sometimiento.

A diferencia del sometimiento de la capacidad o fuerza de trabajo para explotarla en el proceso de producción capitalista, el sometimiento de la vida cotidiana por el capital se aplica a diversas capacidades de consumo que los seres humanos ejercen al re-producir su vida directa-

[14] *Cfr.*, en el presente libro, mi ensayo “Proletarización de la humanidad y subordinación real del consumo al capital”.



mente, y sólo puede tener lugar en el despliegue de estas capacidades en el consumo, es decir sólo si el dominio capitalista se opera sobre el objeto de la actividad de consumo. La subsunción formal y real del consumo bajo el capital constituye, pues, un ámbito privilegiado, y sólo desde el concepto que lo describe es explicable la estructura y tendencias últimas de la vida cotidiana capitalista y de su subversión.[15] Sin embargo, desde Henri Lefebvre (*La crítica de la vida cotidiana* y *La vida cotidiana en el mundo moderno*) a Karel Kosík (*Dialéctica de lo concreto*), desde Agnes Heller (*Teoría de las necesidades en Marx*) a Herbert Marcuse (*Contrarrevolución y revuelta*) o desde Raoul Vannegeim (*Tratado del buen vivir para las nuevas generaciones*) a Guy Debord (*La sociedad del espectáculo*), ninguno de los marxistas que han intentado la crítica de la vida cotidiana ha elaborado el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital;[16] han sido ciegos a dimensiones esenciales del sometimiento que ésta implica y, por lo tanto, al modo de enfrentarlas.




2. Sometimiento de la vida cotidiana. Factores políticos y económicos (subsunción formal del proceso de trabajo inmediato y subsunción real del consumo bajo el capital)

Son dimensiones de la vida cotidiana el consumo de valores de uso y el consumo sexual (procreación incluida) de unos sujetos por otros,[17] las relaciones familiares y, en general, domésticas en las que se enmarcan ambos consumos —así como relaciones interpersonales más amplias que constituyen la sociedad civil—. Ahora bien, el sometimiento de la vida cotidiana puede ocurrir por dos vertientes: una política, o que se refiere a las relaciones sociales en referencia a la restricción o a la ampliación de la libertad, y otra económica, que se refiere a la gestión de las necesidades de los sujetos ya los objetos materiales que las satisfacen. Así, la

[15] Al respecto, *cfr*. mi, *Subvirtiendo a Bataille*.
[16] Ni el de subsunción formal del consumo bajo el capital, aunque es sobre todo de su contenido de lo que versan sus discursos. (*Cfr*., en el presente libro, mi "Génesis y estructura del concepto de subordinación real del consumo al capital".)
[17] En su versión amplia el consumo sexual incluye al todo social entendido en términos económicos, sociales, políticos y culturales, así como la dimensión histórico-transformadora de estas esferas, el día con día del todo social visto en referencia a la reproducción inmediata del sujeto individual y sus relaciones con otros.





coerción de la vida cotidiana operada por el capital puede provenir de dos factores: por un lado, de la extensión de la subsunción formal del proceso de trabajo inmediato bajo el capital (incluso la subsunción formal del proceso de trabajo inmediato bajo el capital presente en la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital) fuera del proceso de trabajo, correlato de la cual es la formación del Estado, desde donde se ejerce presión hacia abajo hasta las relaciones sexuales familiares y civiles.[18] Desde esta perspectiva, el sometimiento del consumo sólo se captará como subsunción formal del consumo bajo el capital. Pero la vida cotidiana puede ser sometida también desde el contenido material de los objetos de uso que la median y sólo el concepto de la subsunción real del consumo bajo el capital permite captar este fenómeno. Generalmente sólo se ven como problemáticas las relaciones interpersonales de la vida cotidiana, no la relación con los objetos, y menos a éstos en tanto generadores de determinadas relaciones entre los sujetos que son independientes de la voluntad de éstos pero imprescindibles para su duración como entes vivientes. [19]




3. Dinámica del sometimiento de la vida cotidiana (y el lugar de la sexualidad en su estructura)

En la vida cotidiana tiene lugar un acto productivo peculiar: la procreación de sujetos y la producción de placer sexual y afectivo inmediatamente consumido,[20] y también el consumo de los bienes necesarios para la reposición celular del sujeto o que inmediatamente re-produce su cuerpo. Ahora bien, si el acto productivo sexual finca la autonomía de la vida cotidiana —y ésta es la razón de la centralidad política de la sexualidad en la vida cotidiana, tema que a partir de aquí nos ocupará—, el acto de consumo objetivo sutura su dependencia —de la vida cotidiana— respecto del ámbito de la producción técnica y, en fin, del capital.

[18] *Cfr.* Wilhelm Reich, *Psicología de masas del fascismo.*
[19] Así procede, por ejemplo, Karel Kosík al enfocar la crítica de la vida cotidiana como preocupación o “cura”.
[20] *Cfr.* mi “Trabajo, amor y consumo”, como apéndice al artículo de María de la Concepción Tonda, “El amor en Karl Marx como relación social-natural elemental”; así como mi *Para la historia emocional del siglo xx.*

En efecto, al nuclear el desarrollo de la vida cotidiana en la familia monogámica, el capital prioriza las funciones económico-tecnológicas[21] por sobre la relación entre los sexos y somete formalmente esta relación a las prioridades de la acumulación de capital y a la apropiación privada de riqueza; luego, cuando el desarrollo capitalista destruyó a la familia, manteniéndola degradada y relativizada por otras formas de relación, aunque aún como factor central de la reproducción social, exacerbó de modo manipulatorio la función de las relaciones entre los sexos y dispersó la gestión doméstica económica de la familia fuera de ésta, en el mercado de bienes de consumo.

En el primer caso —básico y general para todo el capitalismo— el capital prioriza en las relaciones sexuales a la función procreativa sobre la producción de placer[22] y en el segundo prioriza la producción de placer por sobre la procreación. Pero en ambos casos el sujeto social no gestiona ni la producción de placer[23] ni la procreación; el control de estas funciones le es expropiado a partir de los objetos de consumo tanto ideológico-comunicativos (por ejemplo moral represiva) como material-prácticos que el capital produce y distribuye y el sujeto usa.




4. De la subsunción formal a la subsunción real de la vida cotidiana bajo el capital (resumen de los factores que la someten)

Vale la pena resumir los factores del dominio capitalista sobre la vida cotidiana para en lo que sigue matizar su crítica.

El primero es la expropiación tecnológica o monopolización de los medios de producción por parte del capital, pues expropia a la comunidad doméstica capitalista,[24] en especial a la familia, de su capacidad de auto-

[21] *Cfr*. F. Engels, “Prólogo” de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, así como mi *Para la historia emocional del siglo xx*.

[22] *Cfr*. Wilhelm Reich, *La revolución sexual*, así como mi ensayo “Sometimiento del consumo sexual”.

[23] El *boom* de las *sex shops* en México (2003-2004) ilustra de modo grotesco esta afirmación.

[24] En mi *Para la historia emocional del siglo xx* abundo sobre el concepto de “comunidad doméstica capitalista”.





suficiencia reproductiva y la hace depender de la producción capitalista de masas.

En segundo lugar está el sometimiento ideológico-organizativo con base en la irrupción de la moral sexual represiva y de la religión, además de la refuncionalización de ambas por el fetichismo de la nación y del progreso (del capital) como pilares de la cultura.

Ambos factores —el tecnológico y el ideológico-organizativo— son de aplicación general para el capitalismo, pero el que es específico de la época presente es la subsunción real del consumo bajo el capital, desglosada en sus vertientes comunicativa y fisiológica que, como pinzas, remodelan por presión los dos factores antedichos.

En tercer lugar tenemos el dominio de los medios de comunicación de masas sobre las relaciones y la ideología cotidianas. Su objeto de sometimiento directo son la psique social y la reciprocidad entre los individuos, los cuales por ello se degradan en variantes diversas de reciprocidad negativa unilateral y jerárquica.[25]




El cuarto factor es la subsunción real de los valores de uso para el consumo reproductivo humano, cuyo objeto directo de sometimiento no es la relación social sino el cuerpo y la psique individual de las masas y, por su mediación, también las relaciones sociales, la reciprocidad.

Con la subsunción real del consumo bajo el capital, el sometimiento tecnológico de la vida cotidiana —meramente negativo y que la vuelve dependiente del capital y le niega autosuficiencia— se vuelve activo y concreto pues la técnica capitalista influye activamente en la dinámica de la familia al determinar su sustancia material consuntiva. El automóvil[26] es agente estratégico de este proceso. El grillete del capital sobre la vida cotidiana se ha cerrado y completado. El capitalismo pasa del sometimiento formal de la vida cotidiana (y del consumo) a la subsunción real de la misma.

[25] *Cfr.*, en el presente libro, "Subordinación real de los medios de comunicación al capital: de la televisión a la Internet".
[26] *Cfr.*, en el presente libro, mi ensayo "El automóvil", especialmente el apartado "La innovación Ford en el siglo XX".





5. Dialéctica de la subversión democrática y proletaria centrada por la crítica de la vida cotidiana (reproducción de la fuerza de trabajo)

En la subversión de la vida cotidiana sometida al capital es prioritaria la gestión de la producción de placer fuera de los modelos afectivos instituidos o puestos de moda por el capital. La gestión de la procreación es secundaria a este respecto, pero sólo unas formas más desarrolladas de lucha y de organización del sujeto social autónomo podrían permitir esta gestión de modo alternativo a las formas capitalistas. Ahora bien, en medio de ambas gestiones de las relaciones entre los sexos (las de placer y las de la procreación) se encuentra la gestión del consumo de valores de uso fuera de los patrones nocivos y manipulados del sistema.

La lucha por el control positivo de estos ámbitos contra el control enajenado que ejerce el capital ocurre cada vez que este último avanza en cada uno de aquéllos y lo cuestiona de modo evidente para los participantes, cuya contestación ha sido hasta entonces en general defensiva y *post festum*. Hasta 1970 la problematicidad de las relaciones sexual-afectivas era la más evidente; después lo ha sido el deterioro del ambiente y de la ecología en general. Otros ámbitos que resaltan recientemente son el peligro nuclear y militar en general, la necesidad de democratizar las decisiones civiles frente al autoritarismo creciente, el feminismo, la revuelta gay y las protestas contra el dominio de los medios de comunicación sobre la población. Estos ámbitos son importantísimos, pero al estar separados de la gestión sexual-procreativa y consuntiva no permiten una cohesión sólida del sujeto social para enfrentar al capital; además, así aislados, obnubilan terrenos en los que el capital ancla su dominio. Para que todas estas luchas —incluida la crítica de la vida cotidiana— abandonen su carácter de respuestas defensivas y se vuelvan propositivamente activas, la crítica de la vida cotidiana debe mostrar la unidad que hay entre ellas y además cohesionarlas a partir de la gestión de la sexualidad —cuya prioridad en la vida cotidiana es primero ocultada por el capital y luego exacerbada manipulatoriamente—. Esta unidad debe ser apoyada por la gestión del consumo doméstico y, mediante la procreación. Así, por ejemplo, el evidente deterioro ecológico difícilmente es captado como deterioro







del valor de uso y por tanto del consumo, pero menos aún como parte integrante de la gestión doméstico-económica de la familia. Pero en la medida en que el oxígeno —por ejemplo— es fundamental para la reproducción de la fuerza de trabajo y que la calidad del aire determina esencialmente la de la salud del organismo, la cuestión ecológica entra de lleno en los costos de reproducción de la fuerza de trabajo —como cosificadamente lo muestran los precios de los aparatos domésticos que sirven para purificar el ambiente—, es, pues, parte de la gestión salarial y de la economía doméstica.

De tal manera, si el carácter evidente y general del deterioro ecológico se vuelve un tópico público y en torno al cual puede girar una política de democratización de las decisiones, y por tanto de fortalecimiento de la sociedad civil, sólo su carácter metabólico esencial para la vida cotidiana del sujeto —en fin, para la reproducción de la fuerza de trabajo— lo convierte en un tema clasista y esencial para una gestión sindical de nuevo tipo no economicista. Sólo una política ecológica doble, a la vez público-democrática y proletaria socialista, podría tener la suficiente fuerza y coherencia como para revertir la tendencia al desastre ecológico que el capital —sobre todo en los países periféricos como México— se niega siquiera a intentar moderar. La conciencia de la gente empezó a cambiar lentamente desde fines de los años noventa del siglo XX, a partir del temor suscitado por la introducción de cultivos transgénicos nocivos para el ecosistema y para el metabolismo humano —hasta llegar a la desastrosa contaminación del maíz en México, centro de origen de la planta—. El calentamiento global y los estragos que produce agudizaron esta toma de conciencia.




6. Relación de interioridad entre pacifismo y ecologismo y crítica de la vida cotidiana (posibilidad de que ésta los centre desde la sexualidad)

Las fuerzas productivas procreativas (es decir, los sujetos y sus relaciones reproductivas sociales, políticas y culturales) y las fuerzas productivas técnicas (de paz y bélicas) son los pilares de todo modo de producción. El ecologismo, el pacifismo y la crítica de la vida cotidiana son las tres





grandes luchas emancipatorias del mundo en esta vuelta de siglo.[27] El *ecologismo* hace la crítica teórica y práctica de la tecnología destructiva de paz, el *pacifismo* la crítica de la tecnología destructiva de guerra, mientras que la crítica del sometimiento de las fuerzas productivas procreativas por el capital ocurre en la *crítica de la vida cotidiana*. Para la constitución revolucionaria del sujeto social es esencial cohesionar estos tres frentes. La interconexión de estas luchas debe ser operada desde el interior de cada una de ellas y en referencia a la conformación del sujeto revolucionario. Por ello el frente prioritario es la crítica de la vida cotidiana, desde donde puede ocurrir la unificación en sus vertientes sexual, consuntiva y procreativa. La vida cotidiana es el ámbito en el que las fuerzas productivas procreativas —es decir, el sujeto social— son autogestionadas directamente, es la base de la reproducción directa de los individuos.

IV. Nuevo sindicalismo, ecologismo y forma comuna




1. Lo económico hoy obliga a un nuevo sindicalismo no economicista

Con la subsunción real del consumo bajo el capital lo económico ha mutado sustancialmente hasta incluir todas las esferas de afirmación del ser humano, de suerte que se han vuelto más complejos los condicionamientos directos de la reproducción económica de la fuerza de trabajo. Se hace urgente un nuevo sindicalismo integral —sin confundir este concepto con las manipulaciones de los regulacionistas (Aglietta)— como base necesaria —ni siquiera suficiente— de la constitución del sujeto social en tanto partido revolucionario trascendente.

En el *Gestell* totalitario del capitalismo actual, la clase proletaria ocupa, aunque sometida, todos los puestos del proceso de producción social, desde la fábrica hasta la cultura, desde la industria bélica y la política hasta la procreación y el desarrollo científico. Hoy ésta es una clase social

[27] *Cfr*. F. Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* y mi artículo "El materialismo histórico en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* de Engels", y particularmente, sobre el concepto de fuerzas productivas procreativas, el prólogo de dicho artículo.



más compleja y debe pasar a constituirse en sujeto histórico de acuerdo a la medida de tal complejidad.

Actualmente es tarea prioritaria la defensa integral de las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo porque la economización de la sociedad convierte a ésta en máquina totalitaria que succiona plusvalor y a todos sus aspectos en bastiones del capital al servicio de su afán de ganancia.[28]

2. Relación entre ecologismo y política democrática frente al autoritarismo

Pacifismo y ecologismo coinciden en la cuestión antinuclear y en el ámbito de la sociedad civil, también en la crítica de la vida cotidiana —así como en la democratización y la gestión sindical—, pero sólo de modo formal, externo y mecánico, que es insuficiente si se tiene en cuenta el carácter totalitario del grillete capitalista actual y su *Gestell*. Veamos sólo el caso del ecologismo actual.





Dada la creciente socialización de la producción capitalista, que la establece como producción de masas y para satisfacer las necesidades de las masas, en la lucha ecologista de los últimos años ha estado en primer plano su dimensión política. Es decir, que la solución técnica al problema de la destrucción ecológica está mediada políticamente de modo esencial, pues sólo la democratización de la gestión ecológica permite resolver el problema, mientras que la centralización autoritaria estatalista capitalista no lo permite. Por otro lado, la política democratizadora actual requiere de la ecología para dinamizarse y fortalecerse porque el objeto de la lucha ambientalista es de interés general evidente. (Durante los noventa y lo que va del siglo XXI esta integración ha venido creciendo.)

En efecto, el autoritarismo insiste meramente en problemas particulares y así fragmenta el frente que le opone el sujeto social, lo pulveriza para dominarlo mejor, mientras que como la ecología es evidentemente de interés general ofrece elementos para combatir al autoritarismo. Cuando se plantea, por ejemplo, a la sobrepoblación como problema eco-

[28] El movimiento altermundista en Seattle, Génova, Nueva York, Cancún, etcétera ha seguido desde 1999 un derrotero como el que se presenciaba al escribir estas notas (1992).

lógico central no se está haciendo ecologismo sino neomalthusianismo reaccionario y autoritario. Muy otro es el modo como la izquierda puede asumir el ecologismo. Aunque las nuevas luchas (ecologismo) se articulan con las previas (política parlamentaria), se trata de síntesis insuficientes y relativamente impotentes. Indaguemos nuevas posibilidades de una síntesis más profunda.

Desde la perspectiva de las fuerzas productivas procreativas, el pacifismo hace referencia a una vida preservada, protegida y, por extensión, placentera como valor superior ante la destrucción bélica. Se conecta en primer lugar con la dimensión placentera de la sexualidad; en segundo lugar, estando contra la guerra —esa máquina de antiprocreación— afirma la dimensión procreativa de la sexualidad. Por su parte, el ecologismo hace referencia al cuerpo en su relación metabólica general con la naturaleza e incluye decisivamente la relación con los alimentos y el habitat, no sólo con el aire y el agua o con otras especies. La gestión de la vida cotidiana ciertamente puede dar coherencia a ambos ámbitos con la afirmación política del sujeto humano.




3. Del ecologismo a las comunas, pasando por el nuevo sindicalismo proletario

El problema ecológico nos remite al problema político y éste al de la democratización porque los tres deben jugarse en el ámbito de la sociedad civil debido a que el sometimiento de las condiciones de reproducción humanas o de consumo a las que el problema ecológico hace referencia son exteriores al ámbito de la fábrica, pues aunque los principales contaminantes son resultado de la producción fabril salen de la fábrica. Pero la democratización de las decisiones ecológicas carece de columna vertebral y de sentido si no hace valer las condiciones de reproducción del sujeto humano, así que por sí misma se urge a devenir en problema salarial obrero sindical. El pasivo ciudadano reencuentra su carácter de obrero productivo gestor de las fuerzas productivas técnicas que movilizan a la producción social.[29] Hoy cada vez más ciudadanos rompen su pasividad

[29] Fue ilustrativa al respecto la confluencia entre ciudadanía y sindicalismo en la lucha contra la OMC en Seattle (2000).





constitutiva forzados por la expropiación violenta de su medio ambiente (el agua, el aire, el clima, etcétera) y de su salud.

De suyo las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo conducen al problema de la calidad de la vida y, entonces, a la gestión de un sistema de necesidades alterno al que dicta el capital. El obrero productivo también se descubre activo como gestor del consumo. Subsumido realmente en el proceso de trabajo inmediato, descubre su sometimiento real también en el consumo y descubre la necesidad de una doble subversión al descubrir el doble nudo que lo aprisiona. Por su parte, la gestión de la calidad de la vida es el objeto de la comunidad doméstica cuyo secreto más allá de la gestión del consumo es la gestión del placer sexual y de la procreación. El ciudadano que se descubre obrero productivo y gestor activo de su sistema de necesidades también reencuentra ahora su dimensión humana básica, su comunitarismo y a la forma comuna como la adecuada para gestionar autónomamente las condiciones de reproducción de la fuerza de trabajo desde la sexualidad al pacifismo, desde la ecología a la producción fabril.[30]




Desde la forma comuna integradora del resto de luchas y como núcleo extrafabril del nuevo sindicalismo, el proletariado puede desarrollar una perspectiva comunista global y trascendente; descubrir su dimensión humana en plenitud, que incluye civilidad, producción, consumo, sexualidad y procreatividad como determinaciones básicas de la politicidad concreta.[31]

Evidentemente la reformulación clasista revolucionaria de la lucha ecologista democrática y de las luchas civiles actuales involucra la democratización y enriquecimiento de las nuevas formas sindicales y de autogestión de las condiciones materiales de la vida cotidiana, así como el

[30] La emergencia de los alimentos transgénicos (y el avasallamiento del mercado por los mismos desde mediados de los noventa) ha puesto al rojo vivo la necesidad de vincular la lucha ecologista y la del consumo saludable precisamente al involucrar de lleno a la agricultura sometida por las transnacionales del *agrobussines* (Monsanto, Novartis, Cargill). Otra vez, en Seattle se comprobó prácticamente el desarrollo de estos vínculos a escala masiva e internacional.

[31] Las investigaciones de Riane Eisler en su libro *El cáliz y la espada,* sobre las sociedades gilánicas (o de vinculación libertaria no jerárquica entre hombres y mujeres, por oposición a las androcráticas) ilustran la posibilidad de la cohesión comunitaria libertaria de la gestión de la vida social, así como de propugnar por un ideal unificador de las luchas.



desarrollo de las autonomías colectivas de todo tipo desde étnicas hasta municipios y de naciones enteras frente al imperio.

3.1 Un día sin industrias contaminantes

Cabe como ejemplo indicar que la campaña “un día sin auto” podría muy bien transformarse en “un día sin industria contaminante”, es decir, un día de huelga general y paralelamente —por favor, no un día de moralismo que culpa a todos, de manera inespecífica y democratista, de lo que es propiciado por el capital— “un día de conciencia de clase y de humanidad y naturalización” contra la cosificación capitalista y contra su ideología de desmaterialización. Se trata de toda una ontología y una antropología que tienden a desmaterilizar todo con vistas a sustentar la idea de la desmaterizalición del dominio capitalista y, así, encubrir los instrumentos materiales y la violencia con la que ocurre. Así se dice que ya no domina el capital industrial sino el financiero,[32] ya no la industria pesada capitalista sino la informática, que el poder ya no es material sino el del intelecto y la propiedad intelectual, y las empresas transnacionales dominan mediante la imagen de sus marcas, etcétera,[33] y, finalmente, que ya no sólo hay imperialismo sino imperio con presencia virtual, etcétera.[34] El capital inscribe en todos la desmaterialización como antideseo para, en la homogenización indiferentista, utilizar como extorsión los democratismos y el igualitarismo para mejor manipular las diferencias cualitativas del consumo de objetos y de sujetos.




4. La crítica de la vida cotidiana centrada en la gestión sexual como eje de la lucha emancipatoria

Aunque la lucha ecologista actual —reducida casi por completo a su dimensión democrático-formal y civilista— ha servido hasta ahora sobre todo para capitalizar votantes a favor de éste o aquel partido guarda la misión política pedagógica de sensibilizar a la población para que le sea

[32] Esta idea proviene de Rudolf Hilferding, *El capital financiero*.
[33] Como sostiene Naomi Klein en su libro *No logo*.
[34] Idea de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*.





más fácil asumir la radicalidad humano-comunitaria y proletario-clasista de la ecología: el vínculo orgánico vital de todos con la naturaleza y de todos con todos, la base antropológica del comunismo así como su base natural.

Dadas las tendencias generales de la subsunción real del consumo bajo el capital, que ponen en cuestión cada vez más radicalmente las realidades inmediatas e íntimas del sujeto social, es sólo cuestión de tiempo que la lucha emancipatoria integral encuentre su centro estructurante comunitario en la gestión de la relación entre los sexos. La campaña oficial contra el SIDA retrasó este proceso al ocultar el efecto depresivo que ejercen sobre el sistema inmunológico la comida chatarra, la iatrogénica medicina alopática, el estresante productivismo empresarial, la contaminación urbana y rural y la drogadicción, y al culpar —eso sí, no directamente, sino de modo subliminal— a las relaciones heterosexuales y sexuales en general.[35]



5. Fetichismo cósico: erotización de las cosas y cosificación de Eros



La subsunción real del consumo se caracteriza por la producción de un fetichismo cósico que no sólo implica la cosificación de las relaciones sociales y la figuración de relaciones sociales entre cosas —como en el fetichismo de la mercancía—, sino la más patente y obnubilante cosificación de las relaciones eróticas y la erotización de las relaciones cósicas.

En efecto, el valor de uso nocivo producido por la tecnología capitalista destructiva de paz —que responde a las necesidades de acumulación de capital antes que a las humanas, y cuyo contenido de plusvalor presiona para unilateralizar y deformar nocivamente el contenido útil de los objetos de consumo— queda subordinado realmente al capital sólo en la medida en que éste trastoca el sistema de necesidades del sujeto humano en torno a un principio estructurante que consiste en torcer el sentido del deseo sexual hacia el sentido del hambre (famelización) y el sentido del hambre hacia el del deseo sexual (erotización). El deseo sexual es deseo de deseo y tiene al sujeto y su ilimitación como modelo; mientras que el hambre es deseo de objeto y su límite es su satisfacción. Pues bien, la

[35] Desarrollo estas tesis en mi libro *Para la historia emocional del siglo XX*, parte II.



erotización de las cosas provoca un irrefrenable consumismo ilimitado y la postulación del objeto útil como equivalente general del sujeto y que lo domina sin satisfacerlo plenamente; mientras que la cosificación y la famelización de Eros reduce la satisfacción plena que éste debía conferir a una atomización y segmentación del sentido. Por eso es que —he aquí la sorpresa— Tánatos parece ser quien completa los puntos suspensivos de tal pérdida de sentido vital y humano. Así se opera la reproducción ampliada de insatisfacción y displacer. Ni más ni menos, el objeto y el trabajo muerto dominan al sujeto vivo a través de la cosificación de Eros.

La reciprocidad negativa que los medios de comunicación estructuran materialmente y que la ideología dominante esparce en cada mensaje es concretada en el fetiche cósico propio de los valores de uso sometidos al capital, en la erotización de las cosas y en la cosificación de Eros cuyo anclaje objetivo ataca violentamente a la fisiología humana. La función nociva es codificada en el valor de uso. La relación imperialista se ve concretada así en cada objeto en tanto productor de reciprocidad negativa en todos los planos. El individuo así trastocado —e independientemente de su voluntad— ve sintonizado su destino con el del mercado mundial capitalista.




6. Síntesis de represión y manipulación sexual (el condón y los grupos sexual-afinitarios)

De acuerdo con el fetichismo cósico actual, es decir, no sólo fetichismo mercantil sino directa y fisicalistamente cósico, se encuentra en curso la mayor represión y manipulación sexual jamás sufrida por la humanidad. El SIDA es el pretexto. El condón sintetiza la represión/manipulación sexual del lado de la cosa erotizada y los celos la sintetizan redobladamente del lado del sujeto cosificado (posesivo) y famelizado.[36]

La existencia y sobre todo la generalizada recomendación del uso del condón resumen plásticamente la cosificación de las relaciones eróticas. El condón concentra en sí mismo la represión sexual (como impotencia orgásmico-placentera) y la manipulación perversa de la sexualidad. Ni qué decir que oculta la responsabilidad del capital y su sistema alimen-

[36] *Cfr.*, *ibid.*





tario y medicinal en la depresión del sistema inmunológico humano para más bien culpar a cada individuo de ser el productor del contagio. La represión sexual así regulada y encubierta no resuelve el problema del SIDA pero sí prepara una catástrofe tanto más estruendosa por cuanto que, a diferencia de la campaña abiertamente reaccionaria y evidentemente ilusoria de abstinencia y monogamia forzosa, la del condón y el "sexo seguro" parece no ser ni represora ni ilusoria, sino que se autopropagandiza como sexualmente liberada y crudamente realista, es decir, cosificada (por ello unilateral y equívoca respecto a los usos y destinos verdaderamente humanos).[37]

7. Síntesis de represión y manipulación sexual (celos)

Los celos son el espejo emocional del condón. La producción ampliada de celos regula en términos emocionales la represión y la manipulación pseudolibertaria de la sexualidad. Por un lado, reprimen todo deseo y así favorecen la monogamia compulsiva. Por otro lado, en su despecho, justifican irracionalmente la serie abierta de relaciones sexuales superficiales y la virtual constitución de una poligamia en secuencia mediante la producción de falsedad, desconfianza y falta de solidaridad en los sujetos "monogámicos" y sus deslices. Y todo este despropósito en lugar de una gestión concertada, sea monogámica o poligámica según decisión del sujeto social. Los celos minan la política socialista y libertaria desde su base emocional y desde las evidencias inmediatas de la persona. El capital maduro, que ya ha subordinado realmente el consumo, se encarga de producir masivamente celos para especificar la síntesis represión/pseudoliberación de la sexualidad como objeto de consumo de masas.[38]





[37] *Cfr.*, *ibid.*
[38] *Ibid.*, parte III.





V. LAS COMUNAS, LA PREVISIÓN Y LA ÉPOCA DE LA GERMINACIÓN DE LA REVOLUCIÓN

La comuna es la forma concreta en que la crítica de la vida cotidiana se proyecta materialmente, se organiza y se desarrolla. Sólo desde y en la crítica de la vida cotidiana puede el sujeto social parapetarse y combatir el dominio y ataque múltiple que efectúa la subsunción real del consumo bajo el capital sobre toda la población.

La forma comuna —como grupo electivo y afinitario— emerge históricamente en el contexto de la subsunción real del consumo bajo el capital generalizada como el ámbito en donde es posible el SIDA y los celos mediante la gestión colectiva de la sexualidad y de la emotividad;[39] como el lugar de la reversión de la reciprocidad negativa en reciprocidad positiva cara a cara; como el "reservorio y laboratorio"[40] del desarrollo del sujeto revolucionario, su tierra nutricia, su valor de uso originario y formalmente anticapitalista en posibilidad de devenir realmente anticapitalista y de ser fortaleza y arma contra la subsunción real del consumo bajo el capital. Es el lugar donde puede detenerse la eficacia unívoca de los medios de comunicación masivos, donde la ideología encuentra una crítica práctica constante y la erotización de las cosas palidece ante el cuerpo pleno de los individuos concretos puestos en pie unos frente a otros y desafiando convivencialmente al Tánatos capitalista circundante. Pero la comuna también permite enfrentar la producción masiva de chovinismo que hoy —en la era de los tratados de libre comercio como forma imperialista— se amalgama con la más descarada y vulgar religiosidad mistificante, pues la comuna es el verdadero religamiento práctico de los individuos y su gestión de la sexualidad hace retroceder las sublimaciones represivas de la religión —en la misma medida en que disuelve la desublimación represiva denunciada por Herbert Marcuse (*Eros y civilización*).




En efecto, la forma comuna permite la gestión doméstica del sistema de necesidades frente al consumismo capitalista y su represión y manipulación sexual. Podremos considerar, en fin, como el ámbito natural del

[39] *Ibid.*, parte II.
[40] *Cfr.* Karl Marx, "*Formen*", en los *Grundrisse* o *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política.*



desarrollo ecologista y pacifista antimilitarista y antinuclear y, por tanto, el núcleo a partir del cual el nuevo sindicalismo podría estructurarse y desarrollarse.

El carácter totalitario y múltiple de la opresión contemporánea parece cerrar todo camino, y como involucra la completa expropiación de todas las instancias realmente afirmativas del sujeto, sea mediante la represión o mediante la manipulación, toda lucha parece conducir al desgaste y la desilusión porque hasta los órganos representativos de la clase obrera están alienados y trabados. Así la desesperanza crece por todos lados como enemigo adicional bien acorazado. A la dureza de la contestación del capital se une la debilidad de las organizaciones proletarias y la desilusión interior de sus intelectuales y dirigentes. La clase obrera necesita más que nunca y no sabe ni lo que necesita ni dónde conseguirlo. Sumida en una desesperación sin salida, se endurece y deprime sin siquiera percibir su desilusión porque, para no sufrir, reprime hasta el recuerdo de alguna ilusión. Tal ha sido la breve y triste historia desde mediados de los setenta.[41] A esto es a lo que el intelectual posmoderno al servicio de la ideología dominante llama el "fin de las ideologías".[42] No obstante, la formidable embestida del capital desde fuera y aun desde el interior del individuo —donde se coagula inefable el dolor— hace creer que ya nada se puede hacer. Pero claro que podemos hacer algo: la asociación comunitaria de las masas es algo que éstas tienen a la mano y para ello no requieren representantes sino que cada individuo puede gestionar el ámbito inmediato de la reproducción de la fuerza de trabajo. Todo ello ya se tiene de modo espontáneo, no digamos si se lo fomenta y coordina con entusiasmo y método. Se inicia en la expresión del dolor cara a cara, con su reconocimiento, su alivio y transformación.




La gestión capitalista de la reproducción de la fuerza de trabajo está en crisis porque su tendencia a desvalorizarla, agudizada con la internacionalización del mercado de fuerza de trabajo, se contradice con los altos costos de la acelerada degradación de la calidad de la vida. La virtual abolición del salario familiar, la incorporación masiva de las mujeres y los jóvenes al mercado laboral, el creciente desempleo y la inestabilidad

[41] *Cfr*. Jorge Veraza, *op. cit.,* parte III.
[42] *Cfr*. Jorge Veraza, *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, partes I y IV.

laboral en general minan las bases de la familia nuclear. La forma comuna como alternativa barata y eficaz para la reproducción de la fuerza de trabajo mediante la gestión comunitaria del consumo del valor de uso responde a una necesidad de la acumulación de capital. En esta coyuntura se hace posible y necesario no sólo que las comunas surjan sino también fundar su autonomización mediante el desarrollo de su capacidad para gestionar comunitariamente la producción de valores de uso en beneficio de sus integrantes.[43] La posibilidad y la necesidad económicas de la forma comuna de su desarrollo autónomo está presente en la coyuntura actual de la acumulación capitalista, y están siendo exacerbadas por la crisis mundial sin curso.

VI. La gestión sexual y la unidad del frente emancipatorio

1. La heterosexualidad en el centro de la lucha sexual (placer sexual y ecología o el sida)




El problema del sida conecta directamente la cuestión ecológica con la del placer sexual. Producto de la forma de vida antiecologista y por ende depresora del sistema inmunológico instaurada por el capital, el sida es un problema ecológico de contaminación doble: del sistema inmunológico y del ambiente procreativo sexual y de todas las formas de reciprocidad y confianza en el otro. El capital lo poluciona todo.

En la lucha por la gestión de la sexualidad en la vida cotidiana no sólo están el feminismo y el movimiento gay, sino que con el sida se pone a la orden del día —al contrario del sentido global dictado por las campañas contra el sida— la lucha por el desarrollo de la heterosexualidad. Sobre esta base se puede comprender el problema de la juventud y el del movimiento estudiantil como problemas simultáneamente sexuales y culturales.[44] El capital instaura represión sexual y decadencia cultural cada vez que "moderniza" la enseñanza a favor del incremento de la productividad.

[43] La exigencia de autonomía de las comunidades indígenas chiapanecas enarbolada desde mediados de los noventa es concordante con lo que aquí digo.

[44] *Cfr*. Jorge Veraza, "Proletarización de la humanidad y subordinación real del consumo bajo el capital", en el presente libro.





La educación infantil es un tópico de gestión de la sexualidad que debe interesar de lleno al sujeto revolucionario en proceso de constituirse.[45] Estos temas —que junto con el del parto sin dolor, la meditación oriental o la dietética naturista, etcétera han sido abandonados al consumismo comercialista más vulgar del capital— deben ser ocupados por el sujeto social como condición de su devenir en sujeto revolucionario trascendente. De hecho, ésta se desarrolla cada vez más en tales ámbitos.

La heterosexualidad, como problema político concreto por gestionar, constituye el centro estructurante de las relaciones sexuales y por tanto de la gestión comunitaria. Además, hoy hace crisis la unilateralización y manipulación capitalistas de este corazón palpitante y su dimensión trascendente ecológica pues el capital no puede sino manipularlo —en la ideología del "sexo seguro" por ejemplo—, y seríamos ciegos si tomáramos de la dimensión trascendente de la política de gestión heterosexual sólo lo que el capital figura de ella para nosotros.

La juventud, los sindicatos, los partidos, y todo aquel que quiera contestar con libertad a la represión sexual —y política en general— sólo podrán gestionar su sexualidad de modo racional, placentero y protegido si se organiza en grupos afinitarios de número de integrantes adecuado (10 o 20). La salida real contra el SIDA no es la dependencia de la cosa condón sino la comprensión mutua y la atención recíproca de nuestras necesidades y voluntades.[46]





Por lo demás, si la auténtica lucha contra el SIDA es a la vez ecologista y de gestión grupal y abierta de la sexualidad, entrega como resultado constante la mediación concreta para la gestión de la sexualidad y de un consumo alimentario que no deprima sino que fortalezca el sistema inmunológico. La sexualidad y la alimentación constituyen el núcleo dual de la vida cotidiana. Y si las necesidades históricas no son o no pueden ser asumidas con conciencia, simplemente se pasa poco a poco a satisfacerlas sin conciencia, hasta que en el curso de esa satisfacción inconsciente —que no deja de ser una lucha social interna— emerge la conciencia histórica y toma por su cuenta la dirección del proceso.

[45] *Cfr*. Wilhelm Reich, *El asesinato de cristo*, páginas finales.

[46] *Cfr*. Jorge Veraza, *Para la historia emocional del siglo XX*, parte II.



2. Utopía concreta y previsión de la lucha

Si hasta hoy la respuesta del sujeto social ante la embestida del capital, en particular contra la subsunción real del consumo bajo el capital, ha sido defensiva, espontánea, promovida por la fuerza de las cosas que urgen con necesidad y, entonces, de modo puntiforme[47] y carente de perspectivas, susceptible de ser formalizada burocrática o comercialmente, es obligado ya iniciar una contestación consciente, por propia voluntad —y antes de que nos llegue el agua a la nariz—, previsora y principista, que confronte la formalización burocrática o mercantil de la experiencia desde sus premisas convivenciales concretas. Y es que en el mundo actual —donde el capital se ha realizado completamente en la estructura de los valores de uso individuales— amanece el fin de las ilusiones del capital y consecuentemente amanece el fin de las ideologías pseudosocialistas. Pero, inversamente, del lado del sujeto social en tanto fuerza productiva sexual procreativa, amanece la realización de las utopías concretas plenas, no sólo de esperanza (Bloch) sino de vitalidad y espíritu comunista.




3. Carácter de la lucha: sobrevivencia y resistencia (germinación de la revolución)

El papel de la nueva forma de partido que surja de las experiencias antes mencionadas —e incluso el de los partidos actuales— en la coyuntura presente —cuya vigencia es más larga de lo que se cree— será meramente coordinar y apuntalar el de las comunas y el nuevo sindicalismo, es decir, que no podrá mostrar de modo prioritario su función trascendente pues el carácter de la lucha emancipatoria está determinado por la estructura de la coyuntura global mundial. Hoy es la época de la total enajenación[48] completamente realizada o subsunción real del consumo, en la que aún está fuerte el capital. La lucha emancipatoria actual es de sobrevivencia y de resistencia frente al avance del dominio totalitario del capital, no para rivalizar su dominio. Es actual la germinación

[47] *Cfr*. Friedrich Nietzsche, *Consideraciones intempestivas,* "De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida".
[48] *Cfr*., Karl Marx, *op. cit*., página final.





radical de la revolución comunista, no su culminación. Cabe la táctica de ataque —si se quiere constante— sólo en tanto la medida del sujeto lo permite y así se apuntala dialécticamente la estrategia de resistencia y sobrevivencia. Se trata de un trabajo acumulativo de constitución del sujeto revolucionario concreto hasta aquí abstraído prácticamente por el vaciamiento de los valores de uso y de su relación con los otros sujetos. Se trata, del lado del sujeto, de la época de la germinación de la revolución comunista.

La sobrevivencia y la resistencia sólo pueden consolidarse si se transforma realmente el modo de vida actual en ámbitos grupales localizados cada vez más extensos y se ataca, ora directa, ora indirectamente, los efectos nocivos de la tecnología y de las relaciones de explotación que constituyen el modo de producción capitalista.[49] Es simultáneamente, por ello, lucha emancipatoria democrática que se juega en medio de la autocontradictoriedad del capital consigo mismo, de la contradicción entre la simple subsunción real del proceso de trabajo inmediato y la subsunción real del consumo y de ésta consigo misma como la forma más desarrollada de subsunción real del proceso de trabajo inmediato y que, para profundizar aún más su veta pseudodemocrática, debe moderar democráticamente sus propios excesos, su *hybris* de soberbio dominio, porque así es como puede realizarlo.[50]





En el horizonte histórico actual, el sujeto social ya sólo puede constituirse en sujeto histórico trascendente si parte de sí, de su forma misma de asociación inmediata. Las grandes dosis de antihumanidad que ingiere por todos los hoyos de su cuerpo lo destotalizan hasta la médula y sólo la ingestión de grandes dosis de humanidad pueden detener su degradación y aun subvertirla.

Pues bien, el plato en el que se sirve humanidad es el valor de uso comunitario.

Contra el valor de uso subsumido realmente bajo el capital, es obligado el consumo de valor de uso comunitario como antídoto. Si el capitalismo se ha realizado hasta en la estructura material de las cosas, al discurso crítico comunista no le queda más remedio que realizarse en la materialidad sensible de las relaciones entre los seres humanos y promo-

[49] La lucha del EZLN desde 1994 a la fecha ilustra esta formulación que presenté en 1992.
[50] Véase Jorge Veraza, *Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo.*



ver formas alternativas de consumo de valores de uso no nocivos —que por supuesto es más fácil gestionar comunitariamente.

Desde agosto de 2007 vivimos la crisis económica mundial más grande del capitalismo. Ésta presiona evidentemente sobre las condiciones de vida de la humanidad, esto es, el capital en crisis presiona a morir pero, a la vez, durante la crisis se encuentra relativamente debilitado y decrece su fuerza impositiva y formadora de la vida humana. Así aunque el sujeto social no puede sino responder a esa presión, hoy —y no ayer— encuentra camino y hace crecer ámbitos de vida solidaria autónomos, cooperativos, comunes, entre los sujetos que destruyen múltiples formas de privatización que introdujo el neoliberalismo. Así, aunque difícilmente se abre el tiempo de las revoluciones —aunque no sean imposibles— hoy es el *tiempo del sujeto*, de su reconstrucción y desarrollo. Nuestro tiempo.[51]





[51] Propuse esta tesis en el ya citado *Seminario internacional colapsos ecológicos sociales y económicos.*

Segunda parte
ALGUNOS VALORES DE USO SUBORDINADOS REALMENTE AL CAPITAL





INTRODUCCIÓN

Después del panorama general que en la primera parte pudimos observar de la subsunción real del consumo bajo el capital, con sus luchas prácticas en contra de la misma (1.), con sus polémicas para tratar de determinarla conceptualmente (2.) y, luego, de que pudimos construir su concepto riguroso observando su génesis y premisas así como su estructura resultante (3.), observando cómo la consolidación del dominio del capital sobre los dos extremos de la base económica (la producción y el consumo) lo habilitan para llevar a cabo una economización brutal de la sociedad hasta que esta se le presenta al individuo y a toda la población como un artefacto o *Gestell* totalitario (4.), y de que, finalmente, después de haber iniciado la primera parte observando el movimiento internacional de 1968 desde la perspectiva de la subordinación real del consumo bajo el capital (1.) concluimos esa primera parte observando las luchas emancipatorias del siglo XX e inicios del XXI en tanto ocurren como reacción de los seres humanos —en especial del proletariado y las restantes clases sometidas de la sociedad burguesa— a los diversos aspectos que integran la subsunción real del consumo bajo el capital (5), ahora nos vamos a ocupar, en esta segunda parte, de analizar algunos valores de uso estratégicos en el metabolismo social y en el proceso de acumulación del capital.





Analizaremos algunos valores de uso nocivos producto de la subordinación real del consumo bajo el capital y que se presentan como benéficos logrando la aceptación de la población en mayor o menor medida y cuyo engranaje con una miríada de otros valores de uso nocivos integran el *Gestell* totalitario en que se ha convertido la sociedad burguesa.

Así que después de observar a la subsunción real del consumo bajo el capital como totalidad, (primera parte) pasaremos a analizar diversas partes ejemplares de la misma (segunda parte): el automóvil que data de fines del siglo XIX, la televisión que se comercializa a partir de la década de los 50 del siglo XX y la internet que se instaura en la década de los 90, para concluir analizando a los organismos genéticamente modificados producto de la biotecnología al servicio del capital, la cual lleva la subsunción real



del consumo bajo el capital hasta el núcleo genético de la vida y haciendo coincidir dicha subsunción con la destrucción de la ecología planetaria. De modo que la presencia del mundo actual como *Gestell* totalitario se vuelve patente y tanto más inquietante cuando nos enfrentamos a algunas de sus partes que quieren pasar como valores de uso benéficos siendo nocivos y aún letales.

Nuestro recorrido no será exhaustivo sino ejemplar en el entendido de que la bomba atómica preside la vida de la humanidad desde 1945 y que con este valor de uso nocivo se engarzan el resto de valores de uso nocivos propios de la subsunción real del consumo bajo el capital articulándose todos para funcionar al unísono desde la cumbre atómica que amenaza con destruir a la humanidad si no se comporta como lo requiere el capital hasta el sistema alimentario capitalista que con sus variados valores de uso nocivos altera el metabolismo fisiológico de los seres humanos, su percepción, sus emociones y su conciencia toda orientando, así, la conducta de estos en el sentido requerido por la acumulación de capital. Los peligros de comer en el capitalismo (2007) expone lo correspondiente al sistema alimentario capitalista y sus subsistemas complementarios, aquí nos ocuparemos de valores de uso nocivos que se encuentran en medio, entre la bomba atómica y los alimentos.








EL AUTOMÓVIL

I. Sobre el automóvil como valor de uso mundial. Del automóvil a la televisión (y la Internet)

> Todos los bienes seleccionados por el sistema [mercantil capitalista] espectacular son también las armas que le permiten reforzar de modo constante las condiciones de aislamiento de las "multitudes solitarias"
>
> Guy Debord, *La sociedad del espectáculo*

1. El auto y la continuidad de la opresión capitalista

El mundo moderno es sinónimo de salir a la calle y toparse con el tráfico citadino con su torrente de automóviles, espectáculo gratuito que tiene lugar en todas las ciudades del orbe. La vida citadina fluye conforme los automóviles avanzan. Alguna detención desusada puede significar disfunción política: si una manifestación detiene el tráfico interrumpe la acumulación de capital y consumir automóviles es fomentar la acumulación de capital.

Unos funcionan como medios de consumo, otros como medios de producción y otros a la vez como medios de consumo y medios de producción. Si sólo el ferrocarril cumpliera las funciones del automóvil lo veríamos entrar en la fábrica con materias primas, medios de trabajo y gente, cruzarla y luego salir de ella cargado de productos y gente. Veríamos, pues, con más claridad que la conexión entre el proceso fabril y la circulación de automoviles no es accidental y externa sino esencial, y que la banda de ensamblaje se continúa en el ir y venir de los automóviles.

El automóvil que se usa para ir o regresar del trabajo es medio de consumo individual, pero también medio de producción que posibilita acelerar el proceso de producción y por ende la explotación del trabajo



asalariado, así que aumenta indirectamente la tasa y la masa de plusvalor. Influye en la acumulación de capital porque acelera la rotación de capital no sólo cuando transporta medios de producción o mercancías sino también cuando sirve al consumo personal. Extiende fuera de la fábrica el dominio de la fábrica sobre la gente, y sin que le cueste al capitalista sino a quien compra el auto. El primer logro de la generalización del automóvil fue la *ciudad maquinizada*, transformada a imagen y semejanza de una fábrica.

2. El vicio por la velocidad y el capital mundializado

El mercado mundial realizado (mundialización del capital industrial) en el siglo XX es impensable sin el automóvil. En función de éste se ha urbanizado todo el orbe. Vivimos cotidianamente la dimensión mundial del capitalismo. Pero ¿qué es eso de *experimentar vívidamente* la dimensión mundial del capitalismo?



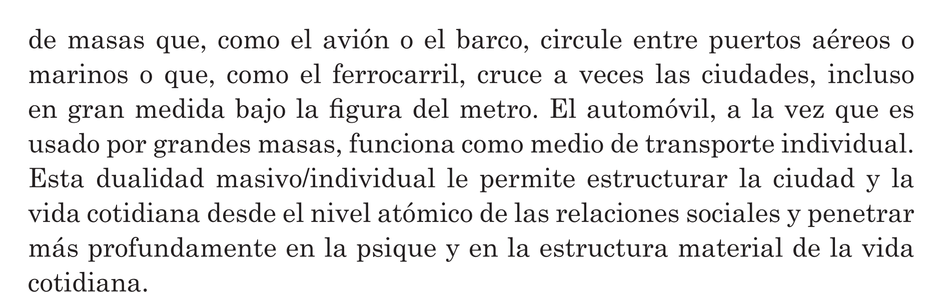

2.1. Rotación de capital y vicio por la velocidad

El vicio por la velocidad que es inherente al uso del automóvil revela las exigencias cada vez más apremiantes de la rotación del capital pues está en constante aumento la medida del capital que hay que valorizar y realizar en el mercado.

Conforme crece la composición orgánica del capital y el mundo se tecnifica se necesitan medios de comunicación y de transporte cada vez más veloces. El mercado mundial literalmente succiona, pide, clama, exige medios de comunicación y de transporte grandes y de cada vez mayor alcance, de escala mundial, pues el incremento de la composición orgánica del capital impone la necesidad de una rotación de capital cada vez más acelerada.

2.2. El peculiar sometimiento operado por el auto

En este universo funcional el requerimiento del automóvil tiene especial importancia. No es un medio de comunicación que lance mensajes al espacio para someter las mentes de la gente, ni medio de transporte



de masas que, como el avión o el barco, circule entre puertos aéreos o marinos o que, como el ferrocarril, cruce a veces las ciudades, incluso en gran medida bajo la figura del metro. El automóvil, a la vez que es usado por grandes masas, funciona como medio de transporte individual. Esta dualidad masivo/individual le permite estructurar la ciudad y la vida cotidiana desde el nivel atómico de las relaciones sociales y penetrar más profundamente en la psique y en la estructura material de la vida cotidiana.

Los medios de comunicación —desde el telégrafo y la radio hasta la Internet— hacen circular mensajes entre las mentes y las modelan. Pero el automóvil modela el espacio y la distribución material de la vida cotidiana, de la urbe y del tiempo de trabajo y del tiempo libre de la humanidad de acuerdo a la máquina, la fábrica y la acumulación de capital. Al remodelar las dimensiones espacial, material y temporal de la vida social —en ese orden— incide en la psique social y pasa a remodelar la mente humana con un *mensaje objetual omniabarcante*. Y como circula entre las ciudades y en ellas no se ve que tiene sitiado al sujeto social, pero así es.




2.3. Mercado mundial y automóvil

A través del automóvil, el mercado mundial penetra básicamente en la vida de todos y remodela su tiempo y su espacio (para Kant,[1] las dos categorías *a priori* del entendimiento según las cuales pensamos y se ordena toda percepción particular de los sentidos).

3. La angustia por llegar y el no proceso

Todos los sucesos internacionales se concretan localmente en el automóvil y, a través de él, en la vida cotidiana de las urbes. Todas las succiones y urgencias de la acumulación de capital mundial se "metaforizan" en mil urgencias que inciden mentonímicamente en todos los puntos del tráfico citadino y se concretan genéricamente en el "vicio de la velocidad" y en la

[1] Emmanuel Kant, *Crítica de la razón pura,* "Estética trascendental", secciones primera y segunda



"angustia por llegar a tiempo". El proceso no es nada, sólo el resultado es algo, eso sí, siempre efímero, que no satisface y sólo abre un abismo que inmediatamente debe ser llenado por la próxima llegada. El automóvil y desde él el consumismo generalizado y su psicología se concentran y se reestructuran materialmente, cíclicamente.

3.1. Antiorgasmo y tiempo en tensión

El paisaje no es nada, sólo importa llegar; el placer no es nada, sólo existe el orgasmo. El placer del orgasmo se vacía conforme los automóviles circulan y cincelan las cabezas y emociones de todo mundo según un espacio imposible de puras llegadas... al tiempo en que se consume. El tiempo se suprime o se falsea porque se lo urge y se lo tensa hasta que pierde identidad y se espacializa, toma el color, aspecto y configuración de las condiciones y espacios que recubre untado en ellos como las envolturas plastificadas de los regalos.

Cuántos orgasmos no ocurren hoy en autos, y sin embargo el auto es antiorgásmico en la misma medida en que sus brillos metálicos ocupan orgásmicamente las páginas de publicidad.




3.2. Antiproceso en la Internet y en el auto

La sobrevaloración del resultado y la llegada sobre el proceso determinada por el automóvil y su modo de tráfico urbano-comercial se refleja meridianamente en ese otro medio de transporte carretero, la Internet: "el solo hecho de buscar [(el proceso)], nos aproxima, mientras que el movimiento [(el resultado)], nos separa".[2] La carrera por conectarse, desde la Internet hasta el automóvil, es promovida y cargada de ansiedad por el momento de la compra-venta mercantil dineraria. Cada individuo aislado se enfrenta a la cosa/información y hace crecer al sistema mercantil-urbanístico o ciberespacial por sobre los cuerpos y las cabezas de todos. La democracia queda falseada por el aislamiento y el totalitarismo que cae sobre todos los átomos sociales.

[2] Daniel Boorstin, citado por Greg Van Alstyne en "El ciberespacio y la multitud solitaria", en *La Jornada semanal* del 27 de abril de 1997, p. 11.





4. El vicio de la velocidad es la introyección de la necesidad del capital

El vicio de la velocidad es emoción concentrada que emana del automóvil, adherida a su carrocería, a sus interiores, y es el cordón umbilical que lo vincula a nuestros corazones, a nuestros genitales, a nuestro cerebro. El vicio de la velocidad es la actitud básica ante el mundo y ante el automóvil; es decir, ante el consumo en general, pero en el consumo del automóvil encuentra su escenificación perfecta, como si de él naciera esa angustia del capital por valorizarse, y que mediante el vicio de la velocidad se trasplanta a nuestro pecho.

El vicio de la velocidad revela la urgencia de la acumulación de riqueza por acelerar la rotación del capital, pero también que la persona —el automovilista, ese propietario privado consumado— está emocionalmente sintonizada con las necesidades del capital industrial.





El productivismo ahorrador de costos y derrochador de gente propio del capital en la empresa y el consumismo derrochador de ahorros personales e idiotizador de la gente se sintetizan en el vicio de la velocidad como actitud propia de la peculiar máquina de consumo que es el automóvil en tanto medio para interconectar espacialmente los extremos de la vida social: la producción y el consumo.

Esta actitud emana directamente de la producción industrial para regular la emocionalidad del consumidor y tensar su alma aquí y ahora desde todos los puntos del mercado mundial.

5. Sensación de poder, ego y sometimiento político

Pero el vicio de la velocidad es también sensación de poder, pues no sólo determina nuestra actitud hacia las cosas —en tanto objetos de producción y de consumo—, sino también nuestra actitud hacia los sujetos, es decir, crea la sensación de competir con ellos y llegar primero, de hacer y transformar el mundo sólo por el hecho de cambiar de lugar lo más rápidamente posible.

Esta sensación de poder engorda el ego al engancharlo y volverlo dependiente de lo que el auto ofrece. Pero puede engordar el ego y engancharlo al vicio de la velocidad sólo porque, en el fondo, el automóvil y este vicio anclan en la sexualidad de la gente.

El automóvil regula nuestro erotismo urgentista y nuestra actitud cotidiana presuntamente racional, así como nuestra actitud política básica de ambición de poder, de engullirlo a toda velocidad; involucra la ilusión de que transformar realmente es lo mismo que gesticular y tomar el poder.

5.1. Autodenegación como secreto micropolítico del automóvil

El automóvil suscita la sensación de poder por su elevado precio, pues poseerlo valida lo que tengo y puedo, y porque me eleva sobre los que no lo tienen, como si los sometiera. Pero no sólo eso, sino que en el entramado racional cartesiano de la urbe circulo velozmente persiguiendo metas, aunque de modo irracional, pues en ello pierdo la vida, el proceso, y sin embargo el sujeto de tal destrucción soy yo, soberano de la negatividad que yo mismo conduzco. Es el masoquismo semoviente, lo mismo que la política y la sexualidad que le corresponden, frustrantes y fantásticos pseudorrealizadores. No es casual que los autos se publiciten con mujeres bellas semidesnudas y apuestos galanes y que virtualmente hoy todo tema sexual involucre en algún momento al automóvil. Asimismo la viciosa velocidad autodestructiva entraña la dilapidación irracional sólo ficticia y simbólica de todas las órdenes dictadas por el poder, incluida la transgresión de alguna señal de tránsito.




6. El automóvil como generador de la psicología social concreta del capitalismo

El automóvil conecta o comunica con mucho más eficiencia y con menos accidentes que los puntos del espacio que transita. Sexo, cotidianidad y política sintonizados en el mismo vicio y en la misma impotencia recubiertos de sensación de poder.

Este retorcimiento psicológico del individuo proviene de su relación con ese valor de uso peculiar que es el automóvil y los usos que lo contextualizan bajo el capitalismo. Este objeto concreta estos usos, los anuda técnicamente —esto es, desde su estructura material— en la medida en que el automóvil es medio de transporte que comunica a todos los individuos y genera un espacio concreto automovilístico —como la ciudad de México,





crucificada por ejes viales— en el que todos se comunican con todos en la medida en que todos son sus usuarios y los que no lo son anhelan serlo.

El automóvil genera una psicología social concreta dotada de un espacio y una distribución material sensible estructurada de acuerdo con la idea, la emoción y la actitud que corresponden a la forma capitalista.

El automóvil posibilita la interconección sensible entre la psicología individual y la psicología social al sintonizarlas con los requerimientos tecnológicos, económicos, financieros, políticos, culturales y consuntivos del capital.

En nuestro mundo de libertad —de libertad de circular en automóvil— todos se resisten a abandonar su sujeción y su vicio antiorgásmico. No dilapidar gasolina suena como represión sexual y opresión política.

7. Auto, familia, individuo y comunidad doméstica en el capitalismo




El auto familiar acoraza a la familia para defenderla de los embates de la vida diaria, la afianza. Pero también la desestabiliza porque la hace circular.

El automóvil es, de hecho, el vehículo que interconecta la red de relaciones sexuales procreativas propias de la comunidad doméstica capitalista, que vino a integrar en su seno a la familia nuclear al lado de la prostitución, la homosexualidad, las relaciones entre "*singles*" y "*swingers*", la "revolución sexual" entre secretarias y ejecutivos, las comunas, los niños de la calle, las bandas...

A una tecnología como la del capital, en red y con ansias de valorizarse, le corresponde un medio de transporte como el automóvil, que circula por la red de calles, y a ambos les corresponde un tipo de fuerzas productivas procreativas sexuales determinadas: una comunidad doméstica capitalista en red.

7.1. Transformación y afianzamiento de la familia (la otra máquina semoviente)

La irrupción del automóvil puso en cuestón la castidad de la familia al arrancar de sus casas a las señoritas que eran invitadas a pasear. El

miedo con el que las familias recibieron al automóvil a fines del siglo XIX pareció desvanecerse —con la generalización de su uso— ya en la primera década del siglo XX al constatar que afianzaba más férreamente los lazos familiares. El automóvil incorpora a la familia en el mismo espacio semoviente y nuclear e integra la economía familiar cuantitativamente, pero también en referencia a unos usos posibilitados por el auto y que se fueron volviendo imprescindibles. Así cohesiona adicionalmente a sus integrantes, los engoma.

Pero con el paso de los años mostró ser más bien un instrumento de transformación de la familia y el medio adecuado para la interconexión en red de la comunidad doméstica capitalista. Mediante el automóvil, el capital interviene directamente como poder tecnológico en la familia.

7.2. Rigidización técnica de las relaciones de parentesco y morales

La dualidad del automóvil como objeto individual privado y objeto familiar acoraza a la familia y al yo, pero además apuntala a éste con aquélla y a la familia con los yoes.




La familia y el yo son protegidos tecnológicamente por el sistema en la misma medida en que, por otro lado, la tecnología los somete junto con el conjunto de las fuerzas productivas procreativas, poniéndolos al servicio de la acumulación de capital.

La protección tecnológica de la familia y del yo redunda en una rigidización técnica de las relaciones de parentesco y de su moral correspondiente. Se trata de una remodelación tecnológica de la moral y del parentesco. Así el automóvil se convierte en factor vinculante de la red de la comunidad doméstica capitalista una vez que la revolución tecnológica en la industria y la vida cotidiana ha generado unas relaciones entre los sexos que trascienden a la familia y su ciclo. No obstante, el acorazamiento del parentesco y la moral a través del automóvil, si bien representa una intervención tecnológica renovadora y funciona como polo rector de la reorganización de las fuerzas productivas procreativas básicas, resta flexibilidad a las relaciones sociales y suscita contradicciones entre el parentesco, la moral dada y las formas emergentes. Esta rigidez se repite en las actitudes sociales respecto de la ecología.





8. La ciudad automovilística como red del yo

La red de la comunidad doméstica capitalista y la red de calles se copertencen y el auto las vincula y sintetiza. La ciudad urbanizada obligadamente en función del auto se muestra como la red del yo, su telaraña y, por ende, como la objetivación psicosocial de la psicología del individuo privatizado; como el habitat que se hace pasar por natural del pseudonatural ego privatizado que se renaturaliza mediante aquel habitat.

8.1. El yo acorazado narcisita y el superyó exteriorizado

El auto es el yo acorazado en la misma medida en que acoraza al yo, que retiene en sí la libido que el ego acumula narcisistamente. El auto deviene así objeto sexual simbólico, falo/vagina, aunque dotado de un poder que lo recarga hacia el falo. Yo, con auto, soy un falo erecto; sin él, flácido. Este objeto sexual me protege y me identifica con papá y mamá. Además, es un nuevo superyó exteriorizado, metálico, flamante, moderno permisivo; agente de una manipulación de los placeres codificada prácticamente. "Si traes carro, soy tu chica".

8.2 Auto igual a ego

Adornar nuestro aspecto y acicalar el automóvil (accesorios de lujo, estéreo, discos compactos, asientos de piel...), brillante por metálico, esto es, por acorazado, sexual/espacial galáctico: megalomanía permitida, callejera y que compite por marcas aunque todas son megalomaniacas: de la Volkswagen a la Rolls Roice.

II: La innovación Ford en el siglo xx[3]

1. La innovación Ford en la urbe

La producción del Ford Modelo T (1908) hace época, en el primer tercio del siglo xx, pues a partir de ella se generaliza la utilización del automó-

[3] Tomado de mi *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos*, pp. 83-87.





vil, primero en Estados Unidos y luego en el mundo.[4] Ford inaugura el consumo masivo. Otros modelos de autos económicos vinieron año con año a consolidar lo que el Ford T inició.[5] Otro momento culminante fue la producción del Volkswagen concebido en la Alemania nazi (desde 1933) y realizado al finalizar la guerra en 1946. Pronto esta generalización suscita y luego extiende las cintas asfálticas en el campo, y las urbes quedan asfaltadas integralmente —con los consecuentes efectos ecológicos nocivos—.[6] La producción de un auto para las masas —no para ricos, como era la idea prevaleciente— provocó el crecimiento inusitado de las ganancias.

2. En la fábrica y en la sociedad




Henry Ford (1863-1947)[7] introdujo el automóvil de masas y la banda de ensamblaje[8] para fabricarlo. Ésta se extendió a todas las ramas industriales. Las necesidades de la producción en serie obligaron a que la banda de ensamblaje provocara dentro de la fábrica un fenómeno similar a la generalización del automóvil; sus continuos perfeccionamientos hicieron que se desarrollara una automovilización de la fábrica que correspondiera a la automovilización de la sociedad.

A la inversa, el automóvil promovió la configuración de la ciudad como banda de ensamblaje. Este es el secreto de la automovilización de la sociedad: la generalización de este artefacto hizo de la ciudad un ámbito sometido hasta el detalle al productivismo capitalista, con su urgentismo, su mecanización y abstracción de las relaciones personales y del entorno.

[4] En 1908 el Modelo T era accesible al consumo masivo (su precio inicial de 825 dólares a 360 dólares cada año) y fue aclamado como "el auto de todos los hombres de América". En 1927 ya se habían vendido 15 millones de unidades.

[5] Aunque hubo predecesores baratos y populares como el Oldsmovile de 1906, el debut del Modelo T tuvo un éxito instantáneo.

[6] El incremento del calor y la impermeabilidad del suelo modifican el ciclo pluvial en las grandes áreas urbanizadas; por otro lado, se interrumpe el intercambio electromagnético y de iones de oxígeno de la tierra con la atmósfera y de distintos tipos de energía con el cosmos.

[7] Quien, como se sabe, pudo ver caer a Hitler y al tercer Reich, a los que apoyara con entusiasmo económica e ideológicamente.

[8] "En 1914 la primera cinta transportadora podía remover un auto cada 93 minutos." ("El personaje Henry Ford, el hombre del camino", http:htlm.rincondelvago.com/henry-ford.html).





La automovilización de la sociedad fue parte del proceso de industrialización salvaje que el capitalismo desencadenó en el siglo xx en acuerdo con la acrecentada medida de capital local, nacional y mundial. La banda de ensamblaje y la cinta asfáltica fueron correas de transmisión de la máquina mundial en formación.

¿Por qué el Ford Modelo T y no otro? A partir del Daimler (triciclo de 1886), el primer automóvil práctico que utilizaba gasolina como combustible, se perfeccionan los diseños en Estados Unidos y distintos países de Europa hasta que en 1901 se logra la forma adecuada del automóvil moderno: el Mercedes Benz. Después, el Ford Modelo T da el gran jalón, primer auto ya de forma adecuada construido en serie (motor delantero de gasolina, neumáticos, acelerador de pedal, vehículo cerrado, cilindros, parabrisas, radiador de panel de abeja, cuatro ruedas, tracción delantera, etcétera).

3. En la producción, la distribución y el consumo





El automóvil es medio de consumo pero también medio de producción. Y puede resumir ambas cualidades en tanto que es medio de transporte. Al objetivarse en esta máquina, el capital adquiere un cuerpo sintético integrador de la producción, la distribución y el consumo, lo cual no es posible en otras objetivaciones como la máquina textil o la locomotora, etcétera. El uso individual o familiar a escala masiva del automóvil, que no está allí sobre todo para conectar ciudades, como la locomotora, sino para interconectar los ámbitos de la ciudad, esto es, para posibilitar una interconexión intraurbana, puntualiza la eficacia del campo maquinístico del capital en toda la vida cotidiana.

4. En la política y la sociedad civil

La sociedad civil quedó transformada en términos maquinísticos. La democracia formal burguesa adquirió cuerpo en la máquina democrática automovilística. El consumo individual y de masas quedó subordinado realmente en forma maquinística generalizada por quedar subordinado realmente al capital el contenido —ahora maquinístico— del medio de transporte individual de masas (Ford inventó el sistema de franquicias





y autoservicio para comercializar su vehículo). Fue así como en el siglo XX la ciudad adquirió externamente —arquitectura, ritmo de vida, etcétera— la textura de máquina y gran industria que tenía la fábrica de mediados del siglo XIX.

5. En la cultura

El automóvil como medio de transporte, esto es, medio de comunicación en su modalidad de cambio de lugar de personas y bienes, codifica técnicamente —como todo medio de comunicación— en sí mismo unas relaciones sociales históricas determinadas.

El automóvil permitió mecanizar la entera relación social capitalista. Este es el pivote mecánico de las relaciones de producción, consumo, intercambio y distribución, así como de las relaciones sociales, civiles y políticas. Toda la cultura recibió un impacto masivo, mecanizante y sometiente.



Con el automóvil, la cuadrícula cartesiana penetró asfaltada en la urbe y en la vida cotidiana. La racionalización totalitaria de todo el metabolismo social es factura automovilística (cultura automovilizada, vale decir autonomizada, semoviente e independiente del individuo, y más bien contra éste).



6. La integración total bajo el capitalismo

Sólo a partir de la génesis del automóvil la subordinación real del consumo al capital corre sobre ruedas.

La integración de todas las ramas industriales de un país nucleada por la producción de la máquina compleja llamada automóvil tuvo su primera versión en el gran complejo industrial construido por Henry Ford para producir su modelo T. "Para 1920, la compañía había llegado a ser tan solvente y autosuficiente que controlaba plantaciones de caucho en Brasil, una flota de barcos, un ferrocarril, 16 minas de carbón, miles de acres de bosques madereros y minas de acero en Michigan y Minesota."[9] La integración de las ramas industriales lograda por el modelo T tam-

[9] *Ibid.*



bién da inicio a la destrucción ecológica como devastación de bosques y acuíferos.

El efecto del automóvil en la economía nacional también incluye la integración técnico-funcional de las principales ramas industriales lo cual potenció su impacto y generó un pujante mercado interno. Ciertamente todo esto ocurrió no por cuenta del mismo y único propietario privado Henry Ford.

6.1. Todo el sistema de vida comenzó a girar en torno al automóvil

Todo se maquinizó en torno a la máquina sintética de transporte, producción y consumo que corporeiza al capital. Desde entonces asistimos al espectáculo en perfeccionamiento, al *performance* creciente de la subordinación real de todos los valores de uso y los procesos sociales al capital dentro y fuera de la fábrica.










SUBORDINACIÓN REAL DE LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN POR EL CAPITAL: DE LA TELEVISIÓN A LA INTERNET

(Ludovico Silva, Daniel Boorstin, Alberto Plá y Otros)

Introducción

El auge de la Internet ha revaluado la figura —durante décadas olvidada— de Marshall McLuhan como el más importante pensador sobre los medios de comunicación en el siglo xx. Él premonizó la Internet a partir de su análisis de la televisión. La apología de la Internet efectuada por Derrick de Kerckhove en los años noventa del siglo pasado se basa en la apología de la televisión que hiciera Marshall McLuhan a mediados de los sesenta. Es necesario que la crítica científica se ocupe de ambas apologías. McLuhan fue criticado en su momento de manera aguda pero insuficiente. Vale la pena rebasar aquellos errores para afinar las armas frente a un nuevo medio de comunicación como la Internet.





Además de este aspecto discursivo autoral, la cuestión presenta una faz cósica más cínica, menos elegante, pues la defensa ideológica de la Internet intenta deslindarlo de las críticas que se han hecho a la televisión. ¿Cómo?: diciendo que ya no tiene caso criticar a la televisión, lo cual prohíbe implícitamente hacer dicha crítica. ¿Y por qué no tiene caso hacerla? Porque la televisión ya fue superada, y más aún, barrida prácticamente por algo mejor. ¿Por quién? Precisamente por la Internet.

Sin embargo, la Internet redimensiona a la televisión y, reubicándola, la potencia. En verdad, la crítica a la televisión debe radicalizarse para criticar al Internet y a la renovada televisión de la era de la Internet.

La cuestión de fondo —heredada de los años sesenta del siglo xx— sigue siendo si la televisión es nociva en cuanto tecnología. ¿Lo dañino es su forma capitalista —de la cual deriva su uso— o ya su contenido tecnológico?, ¿el mensaje ideologizado o los efectos materiales del aparato? Hoy la cuestión puede ser precisada y resuelta si retomamos la idea de Marx que dice que la forma social —por ejemplo la capitalista— debe





impregnar, para someter a fondo a la sociedad, la estructura material del tipo de fuerzas productivas —y, entonces, de la tecnología— que corresponde a dicha forma social. Marx llama a ese proceso subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. Esta subordinación no agota las posibilidades de la tecnología más allá de su uso capitalista pero sí determina, más allá de la voluntad, lo que podemos hacer con ella. Sólo neutralizando la subordinación real del medio pueden manifestarse sus posibilidades liberadoras no capitalistas.[1]

I. McLuhan, Marx y Heidegger frente a los medios de comunicación sometidos al capital

1. "La televisión completa el ciclo del sensorio humano"





Así decía Marshall McLuhan en su célebre libro *The Medium is the Massage* (1967) ["El medio es el masaje"]. Evidentemente McLuhan también quería referirise a que el medio es el mensaje —como a veces se traducía equívocamente—, pero al decir masaje (*massage*) buscaba perfeccionar su idea. "El medio es el mensaje" significa que más que el contenido de lo que dice un medio de comunicación determinado lo importante es la forma de este medio, pues esa forma —que implica un cierto tipo de relación social— se comunica en todo mensaje. La forma que imprime el medio a cualquier mensaje que emite es ella misma un mensaje, y precisamente el que le corresponde a este medio, la modificación del espacio social suscitada por él y la modificación de la percepción y la experiencia que desencadena. En el caso concreto de la televisión, el mensaje constante que emite, más allá del contenido ideológico específico de los mensajes particulares, es además un "masaje"; es decir que la emisión televisiva tiene un efecto material táctil sobre el cuerpo humano pues a diferencia del cinematógrafo, que proyecta una película sobre una pantalla, la televisión proyecta la emisión sobre nuestros cuerpos, los masajea y por lo tanto los determina.

[1] Jerry Mander (*Cuatro razones para eliminar la televisión*) es el autor de la crítica más radical y mejor fundada de la televisión y de las ideas de McLuhan sobre la misma.





Los medios de comunicación vinculan a la sociedad de acuerdo con la estructura técnica que poseen. De lo anterior se desprende que la forma del medio revela la existencia de una determinada forma social básica. Esta aguda idea —que se refleja metafóricamente en el modo de hablar de Marshall McLuhan— se refiere a una condición esencial de los medios de comunicación que Marx había descubierto cien años atrás, cuando los describe como "medios de producción generales", es decir que producen al género humano al producir su vínculo social, esto es, que por sí mismos generan relaciones sociales, y, por otro lado, que subyacen en la operación de cualquier medio tecnológico particular que no es medio de comunicación. Todo efecto tecnológico particular sucede dentro de la operación de los medios de comunicación. Así, estos últimos, al producir los valores de uso que corresponden a su funcionamiento, producen simultáneamente, como un valor de uso inherente adicional, un determinado tipo de relación social que puede ser correspondiente a las relaciones de dominio prevalecientes o que puede no serle funcional y estar de todas maneras dominada por ellas. Marx reconoce, por un lado, la forma social básica determinada por el funcionamiento del medio de comunicación y, por otro lado, la forma social dominante que establecen las relaciones interclasistas, las relaciones sociales de producción globales. Como esta tesis de Marx es poco conocida y pasó desapercibida para muchos marxistas, el que Marshall McLuhan la hubiera descubierto por su cuenta constituye un aporte científico crítico de suma importancia.





McLuhan deriva esta tesis de la idea central de su obra más importante *The Medium is the Massage*, pero somete esta idea —"el medio es el mensaje"— a una restricción equívoca fundamental, pues al reconocer la forma social generada por el medio deja de lado la forma social de dominio clasista prevaleciente y que también tiene efectos sobre el medio de comunicación. Infatuado, McLuhan se lanzó contra Marx creyendo que su hallazgo lo oponía a él. Sin embargo lo que él opone contra Marx es simplemente su incomprensión; no ve que a su hallazgo le falta un complemento que en Marx sí está presente. Marshall McLuhan conecta inmediatamente el efecto de la televisión sobre el ser humano en general mientras que la tesis correcta debería ser: "la televisión completa el ciclo del sensorio humano dentro del capitalismo". Es decir que en el capitalismo la televisión no completa todo sentido sino sólo el sentido capitalista de las relaciones sociales y determina psicosocialmente a los

seres humanos incluso en sus percepciones de la realidad toda. La televisión es un valor de uso producido por el capitalismo; es un valor de uso sometido al capital, que no es neutral, y los mensajes que emite la televisión —tanto por su aspecto técnico como por el contexto económico político-empresarial en el que ocurren— son valores de uso sometidos o subordinados al capital en los que los contenidos propiamente humanos están distorsionados, coartados, reprimidos. Y bien, la televisón es medio de comunicación y, por tanto, promueve y genera relaciones sociales de acuerdo a su estructura técnica, relaciones a las que sirve el hecho de que el desarrollo de los sentidos humanos esté coartado y alienado.

2. Ludovico Silva critica a McLuhan insuficientemente

Ludovico Silva, en su libro *Teoría y práctica de la ideología* (1971), supo criticar a Marshall McLuhan precisando que el efecto ideológico de los medios de comunicación está ya dado en su estructura misma, tal como son utilizados dentro de un determinado modo de producción. Esta aserción de Ludovico Silva retoma la idea de que "el medio es el mensaje", pero precisa que ello ocurre dentro de un modo de producción determinado y según la utilización clasista que le corresponde. Con ello retoma a Marshall McLuhan y a la vez lo critica de modo análogo a como se hace aquí.

En efecto, Ludovico Silva retoma a Marx cuando éste, en el capítulo XIII de *El capital* ("Maquinaria y gran industria"), dice que "es un hecho indudable que la maquinaria no es responsable en sí de que a los obreros se los 'libere' de los medios de subsistencia", pero también la crítica a los economistas burgueses que usan este hecho para hacer apología del capitalismo, pues para ellos "¡las contradicciones y antagonismos inseparables del empleo capitalista de la maquinaria no existen, ya que no provienen de la maquinaria misma, sino de su utilización capitalista!"[2]

Ludovico Silva critica bien a Marshall McLuhan el que éste considere como ideológico y sometiente de por sí al medio de comunicación al margen de las relaciones de producción capitalistas y del empleo capitalista del mismo. Esto es, Ludovico Silva —siguiendo a Marx— distingue entre

[2] Karl Marx, *El capital*, t. I. vol. 2, p. 537.





la forma social dominante producida por el medio y la forma social en la que el medio se encuentra inserto, cosas que Marshall McLuhan no diferencia o no quiere diferenciar porque rechaza, por principio metodológico, todo juicio de valor (y precisamente sobre las clases dominantes) cuando se abordan los efectos de los medios de comunicación, como queriendo analizar éstos en sí mismos, independientemente de su uso. No obstante, Ludovico Silva queda en un punto por detrás de Marshall McLuhan porque sólo alcanza a pensar que la perspectiva macluhiana ve al medio de comunicación como algo neutral. Lo cual no es así pues McLuhan podría captar —como se desprende de su eufemístico "masaje"— que el medio de comunicación, en su aparente neutralidad, es nocivo de por sí, pero no atribuiría tal nocividad al modo de producción dominante sino al medio de comunicación mismo.

3. Heidegger y la maldad tecnológica





Martin Heidegger, en "La pregunta por la técnica" (1953), ya había hecho una crítica a la tecnología pero no por ser capitalista sino porque presuntamente la estructura material de la misma es nociva *per se,* y en su ensayo "La época de la imagen del mundo" (1938), al criticar a la modernidad, incluye explícitamente a los medios de comunicación —ésos que lanzan imágenes a diestra y siniestra— pero no por el empleo capitalista del que son objeto sino más bien pensando que la modernidad depende del despliegue icónico de ese tipo de medios.

Críticas al capitalismo como la de Martin Heidegger (o McLuhan) son inespecíficas e involucran la manipulación del discurso y de la verdad; no obstante calan en un punto: en que el medio de comunicación —o tal o cual tecnología, aunque no sea comunicativa— parece implicar efectos nocivos de por sí independientemente de en qué sociedad se la use. Un análisis más detallado de la tecnología en cuestión permite concluir que ésta no sólo parece tener efectos nocivos sino que realmente los tiene, pero esos efectos nocivos dependen precisamente de que ha sido producida dentro de una sociedad en la que las relaciones sociales son de dominio. El medio de comunicación no sólo genera una forma social determinada, sino que refleja la forma social en la que ha sido producido. En su estructura misma el medio de comunicación, como la máquina,



involucra o codifica las relaciones de dominio que lo han suscitado en su seno. Esto es a lo que Marx llama subsunción real del proceso de trabajo —implícito el medio de producción y de comunicación— bajo el capital. La medida en que estas relaciones determinan a la máquina o al medio de comunicación es variable, sin embargo esta inferencia siempre está presente, y es un error de Ludovico Silva no captarla, y es un acierto de Marshall McLuhan resaltar el hecho aunque pierda de vista la forma social clasista que le da contexto al medio.[3]

En efecto, cuando Ludovico Silva señala que es el empleo capitalista el que determina los efectos nocivos de la maquinaria, pero no que la maquinaria misma tenga un efecto nocivo, confunde empleo capitalista y empleo en general, uso capitalista y uso en general. ¿Por qué? Porque aunque puede ser no todo uso de la televisión sea ideológico, siempre es nocivo para la salud pues se trata de un valor de uso realmente sometido al capital.

Ciertamente no sólo los mensajes televisivos están sometidos por su empleo capitalista sino que la televisión misma, en tanto técnica determinada, es un valor de uso nocivo, tiene efectos dañinos sobre la salud, aunque no los tuviera en la ideología de las personas, precisamente al momento de desarrollar las ideas y al desplegar la atención, la memoria y la percepción, pues este artefacto produce modificaciones fisiológicas depresivas.

De hecho Ludovico Silva convalida en otros aspectos la perspectiva de Marshall McLuhan cuando aquél cree hablar de la televisión en sí sin darse cuenta de que esa televisión en sí involucra más bien la presencia de un uso capitalista no tecnológico sino económico-clasista, uno que hace que la televisión funcione en un sentido determinado, según veremos más adelante.

Ludovico Silva nos dice acerca de la televisión en sí que ésta "es una presencia inevitable, una extensión de los sentidos humanos que se objetivan y se homogeneizan con las cosas, un ojo que siendo nuestro nos mira a nosotros mismos". Luego pregunta: "¿Pero quién gobierna ese ojo?" Es ahí donde quiere hacer intervenir las relaciones clasistas que McLuhan

[3] Para mayor abundamiento sobre este tema, *cfr*. mi "Carlos Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida", así como "Baudrillard discute a Enzegberger preso en él", en el diario *El Nacional*, México, 10 de diciembre de 1990.





pierde de vista, pero no se percata de que las relaciones de dominio ya se encuentran previamente objetivadas en la televisión, precisamente en ese "efecto homogeneizador" del sentido humano con las cosas y del tiempo y del espacio. Más abajo podremos discutir más esta tesis. Mientras tanto cabe resaltar que la crítica a la televisión debe abarcar tanto su empleo capitalista en relaciones económicas y políticas determinadas como su empleo tecnológico, él mismo estructuralmente predeterminado por el capitalismo.

La subordinación real capitalista del instrumento técnico —en este caso el medio de comunicación— determina que su estructura material sea intrínsecamente nociva y, en el caso de la televisión, productora de ideología por ser precisamente destructora del ser humano. Pero es la subordinación formal de este medio de comunicación a la empresa capitalista la que determina que sus mensajes promuevan un consumo ideológico en las mentes de los receptores del mensaje.[4] Leamos, pues, con cuidado a Marshall McLuhan e intentemos criticarlo más allá de donde ha podido Ludovico Silva.




4. *Dice Marshall McLuhan a propósito de la televisión:*

> Con el oído omnipresente y el moviente ojo hemos abolido la escritura, la metáfora especializada acústico-visual que las dinámicas de la civilización occidental establecieron. En el caso de la televisión ocurre una extensión del sentido del tacto activo y exploratorio que envuelve a todos los sentidos mucho más que a sólo la vista; usted es obligado a estar con ella.[5]

Estas ideas de Marshall McLuhan implicarían que con el surgimiento de la televisión comenzaría a modificarse radicalmente la civilización occidental; ésta habría quedado superada (¿amanecería una posmodernidad?). En su terminología, diría que la "Galaxia Gutemberg" —en donde él sitúa la escritura y la imprenta— habría quedado rebasada por

[4] Los marxistas generalmente han criticado —aunque sin llamarla así— la mera subsunción formal de los medios de comunicación al capital, mientras que Heidegger, McLuhan y Mander son sensibles a la subsunción real pero la desligan de la dimensión formal clasista y la discuten inespecificamente de diversos modos.
[5] Marshall McLuhan, *El medio es el mensaje*, citado por Ludovico Silva, en *op. cit.,* p. 174.



una nueva galaxia, es decir, por una nueva época, con distintas constelaciones de centros de funcionamiento. Pero al contrario, es de notarse una continuidad entre lo que ocurre con la escritura y lo que entrega la televisión. Marshall McLuhan parece identificar o adscribir unilateralmente la escritura a la civilización occidental. Pero Occidente no es la escritura; Occidente es la escritura y la enajenación e ideologización de la escritura. Pues bien, este aspecto —la enajenación y la ideologización involucradas en la escritura y como escritura— es lo que desarrolló la televisión, así que ésta no suprime los elementos negativos presentes en la civilización occidental pero tampoco sus elementos positivos, incluida la escritura. Lo que sí hace es enajenar en la imagen capitalistamente formada lo positivo que entrega la escritura. Si Heidegger exalta la imagen como elemento visual opresivo debe contestársele que no toda imagen es opresiva sino la imagen formada de manera capitalista, la que apunta a la espectacularidad.[6]

Sin embargo Marshall McLuhan contesta de modo aún más sofisticado diciendo que la televisión no envuelve y desarrolla sólo el sentido de la vista sino también el sentido del tacto, el cual involucra a todos los sentidos simultáneamente.

Hacia la época de su ensayo (1938), Heidegger llegó a conocer la radio, la fotografía y el cine, pero no la televisión. El nuevo artilugio combina la vista y el oído al mismo tiempo que proyecta su imagen sobre el cuerpo de las gentes y posibilita la transmisión simultánea; es, pues, un objeto técnico que —dice McLuhan— nos envuelve. Al proyectarse sobre nosotros, la televisión crea una nueva realidad puesto que la realidad que está siendo captada y emitida hasta nuestro hogar —en donde tenemos ante nosotros el aparato receptor— ya involucra un nuevo acto humano. Es decir, no solamente está ocurriendo el hecho sino que otros seres humanos lo ven, y esta testificación es un nuevo acontecimiento. Ahora la testificación forma parte del hecho en cuanto tal; el hecho queda testificado pero, a su vez, él nos testifica a nosotros como testigos. La televisión es testigo de nuestro devenir, nos envuelve.

Ludovico Silva es mucho más acertado cuando señala que el televisor no es un ente abstracto sino una "mercancía que nos hace ver otras mercancías —naturales o no— y nos habla de sus excelencias" para ensegui-

[6] Guy Debord reconoce esta distinción (*La sociedad del espectáculo*).





da citar las palabras de Marx en el primer capítulo de *El capital* que le resultan proféticas:

> No bien entra en escena *como mercancía*, [la mesa] se transmuta en cosa sensorialmente suprasensible. No sólo se mantiene tiesa apoyando sus patas en el suelo, sino que se pone de cabeza frente a todas las demás mercancías y de su testa de palo brotan quimeras mucho más caprichosas que si, por libre determinación, se lanzara a bailar.[7]

Pues bien, el caso de la televisión en tanto objeto útil es análogo al de la forma mercancía, pues no es un mero objeto sino un "objeto físicamente metafísico", un objeto que de por sí produce relaciones sociales y las confunde en su funcionamiento objetivo. La idea sería de Marx que la televisión *realiza tecnológicamente el fetichismo de la mercancía*, su funcionamiento técnico es el fetichismo de la mercancía en proceso de emanación. Se ha logrado producir al fetichismo como valor de uso, en este caso como medio de comunicación. El fetichismo mercantil ya no es un hecho sólo socialmente constituido. Este apoyo tecnológico le permite a la sociedad capitalista contemporánea mantener a la población mejor dominada que si el fetichismo sólo emanara de la circulación de dinero y mercancías o de la presencia dominante del capital y su maquinaria. Al fetichismo que surge de la circulación se añade un fetichismo que emana del medio tecnológico de comunicación. Hoy el fetichismo se introduce en nuestros hogares como valor de uso y a propósito de cualquier consumo.





II. Homogeneización del tiempo y del espacio (Daniel Boorstin) y explotación de plusvalor

En un ensayo titulado "Historia de la imagen: de los pseudosucesos a la realidad virtual", Daniel Boorstin intenta pensar a la televisión enfocándola bajo el tema general de las implicaciones de la "tecnología para la experiencia humana", en un talante que recuerda las ideas de Marshall McLuhan. El autor parece llegar a una conclusión lumino-

[7] Karl Marx, *El capital,* tomo I, vol 1, p. 87.



sa cuando dice que la tecnología de los medios tiende a homogeneizar tiempo y espacio: "Lo que está ahí está también aquí al mismo tiempo."

Así lo reseña el articulista Enrique Maza:

> Se trata de un efecto de la tecnología sobre la experiencia que borra las distinciones entre tiempo y espacio. Una consecuencia de la televisión es la doble imagen; es decir, no se sabe si es real o no, si está sucediendo o no. Cuando los astronautas bajaron en la luna nosotros estábamos allí, nos dio una sensación de descubrimiento.[8]

Observar a la televisión o a cualquier medio de comunicación o a cualquier tecnología actual sin tener en cuenta la forma capitalista dentro de la cual funciona, y que marca la estructura de su funcionamiento, aunque es unilateral e irresponsable —y a estas alturas francamente reaccionario—, produce un efecto mágico en el discurso por cuanto parecen brotar de ese medio tecnológico implicaciones que aparentemente no entregaría por sí mismo. Estas implicaciones provienen de que se trata de instrumentos *del* capital, pero en lugar de mostrarse el equívoco evidente del analista que no las remite a tal condicionamiento se presentan como si fueran consecuencias que el investigador obtiene gracias a su agudeza u originalidad de pensamiento.





En realidad los seres humanos tenemos una noción distinta y clara de lo que es el tiempo, por un lado, y el espacio, por otro. Cierto que situamos cualquier experiencia temporal en un espacio determinado, y que nuestra captación de cualquier espacio no ocurre sino dentro de una cierta cantidad de minutos, segundos, horas, etcétera, pero nuestra experiencia temporal siempre es diferente de nuestra experiencia del espacio. Así que no se sabe bien a bien cómo es posible homogeneizarlos, que la televisión pudiera por ejemplo "borrar la distinción de tiempo y espacio". Al parecer es un efecto de "doble imagen". Es decir que cuando algo está ocurriendo en la realidad y simultáneamente está siendo transmitido en imagen por la televisión todo ocurre al mismo tiempo y, sin embargo, en dos espacios distintos: uno en el lugar del suceso y otro en el lugar donde

[8] Enrique Maza, "Mediante 'Comercionet', Internet podría convertirse en un gigantesco centro comercial cibernético dominado por grandes corporaciones", *Proceso*, núm. 991, 29 de octubre, 1995.





es recibida la señal. Así la pregunta inicial se transforma en la siguiente: ¿cómo es posible que confundamos la imagen con lo real? Pues una vez confundida la imagen con lo real ya podemos confundir el tiempo con el espacio. ¿Será el entusiasmo lo que lo posibilita, por ejemplo cuando acompañamos a los astronautas que bajan sobre la Luna y nos dio una "sensación de descubrimiento" el hecho de que ellos estuvieran allí? Esta es la sugerencia de Boorstin y Enrique Maza. Sin embargo yo también recuerdo haber visto la transmisión, y ciertamente me entusiasmó el logro de la humanidad de la cual soy parte, y también tuve la sensación de que los astronautas realmente estaban allí, pero también a veces me asaltaba la duda de si no sería todo un montaje, si realmente estaban allí o no.

Sí, estaban allí, pero definitivamente yo no estaba allí. La diferencia entre ellos y yo —el espectador en general— sustenta la diferencia entre imagen y realidad y, por ahí, de nuevo, entre espacio y tiempo. Por ende la conclusión de Daniel Boorstin resulta apresurada o no se puede saber por qué la formula con tanta seguridad. No obstante él prosigue la secuencia de sus reflexiones acerca de la televisión encuadrándola como mero medio tecnológico en lugar de contextualizarla en su funcionamiento capitalista específico tanto clasista como subsumido realmente al capital.





Me permitiré no seguirlo en la secuencia de sus argumentos sino avanzar hasta su reflexión conclusiva, pues me parece que ésta es la clave de las anteriores, incluso del problema de fondo. En efecto, él señala que la televisión "dificulta nuestra capacidad de juicio al elevar lo periférico a categoría de prominente y al difundir la necesidad de lo innecesario". De hecho es así como ha titulado Enrique Maza su reseña del libro en el que se publica el ensayo de Boorstin: "La televisión hace prominente lo periférico y difunde la necesidad de lo innecesario". Dicho más sencillamente aún, significa que la televisión funciona no sólo como mero medio tecnológico, sino que además lanza al aire mensajes peculiares a los que Boorstin se refiere como si fueran inherentes a la televisión pero que en realidad provienen del tipo de programación, de la manera en que funciona la publicidad y del tipo de objetos publicitados, etcétera. Todos estos factores proceden de un contexto específicamente capitalista. La manera más simple de decirlo consiste en que la televisión vuelve principal lo secundario y secundario o superfluo lo principal. Insisto, no hablo de la

televisión en tanto aparato delimitado conectado a una central emisora, sino de la televisión así constituida tecnológicamente, funcionando dentro de una empresa y con una programación y una publicidad determinadas. Eso es lo que se llama “televisión”. Al observar el funcionamiento de la televisión tal y como concretamente ocurre, y no en la abstracción tecnologicista en la que lo hace Boorstin, resulta inquietante este volver principal lo secundario y superfluo lo necesario. Lo que es inquietante es la analogía entre el funcionamiento de la televisión y la manera en que el capital establece las prioridades en la jornada de trabajo. En efecto, el capital vuelve principal la producción de plusvalor, de cada vez mayor ganancia, es decir, la impone como necesidad primordial cuya importancia rebasa los gastos necesarios para la reproducción de la sociedad. De tal manera, hace que lo superfluo —la ganancia, el plusvalor, la producción de excedente— funcione como lo principal, una necesidad prioritaria que se impone sobre las necesidades básicas de la sociedad y del trabajador y las oprime. En vista de acrecer el tiempo de trabajo excedente, el capital comprime cada vez más la cantidad de tiempo necesario para reproducir el salario.




Pues bien, esto que ocurre dentro del proceso de trabajo inmediato sometido al capital tiene un reflejo o expresión en la circulación de las mercancías, puesto que hay que realizar el plusvalor que éstas contienenen a través de su venta a un número de consumidores cada vez más grande. Por ende, esta expresión en la circulación mercantil debe articularse con el modo en que circulan las mercancías y con la publicidad que lo acompaña, es decir, con el modo en que deberá funcionar un medio de comunicación —como la televisión— puesto al servicio de la realización de las mercancías.

Así, pues, la clave del efecto que produce el funcionamiento de la televisión —efecto no simplemente tecnológico, sino económico y psicosocial—, de que eleve lo periférico a la categoría de lo prominente y difunda la necesidad de lo innecesario, es el hecho de que el capital, al someter al proceso de trabajo, vuelve principal la producción de lo superfluo, de la ganancia, del plusvalor, y en que consecuentemente exalta la labor de la circulación consistente en promover la venta de la mercancía para realizar el valor que contiene. La televisión institucionaliza esta labor en la publicidad en tanto aparato parasitario de la sociedad en términos no sólo económicos sino políticos e ideológicos y culturales.





Es esa necesidad de funcionamiento económico del capital la que determina la forma del mensaje televisivo y el modo de funcionamiento de la misma en su carácter tanto de emisor como de receptor de mensajes. Y todo ello es lo que determina nuestra captación, nuestra percepción psicosocial del fenómeno tecnológico de la televisión, y es ello lo que determina la reflexión tecnologicista de Boorstin, McLuhan y Heidegger.

III. Efecto de eterna diversión y miopía cronológica

Ahora podemos entender otras consecuencias que tiene el uso de la televisión sobre la experiencia humana. Una de ellas —la tercera en la enumeración de Enrique Maza— es la "miopía cronológica", es decir, "la tendencia a enfocarse en lo más reciente y olvidar lo pasado". Más aún, otra —cuarta— tendencia es "extenderse para llenar todo tiempo disponible con la utopía extravagante de la diversión eterna". Tanto la miopía cronológica como el efecto de diversión eterna —esta "utopía extravagante"— se nos aclaran si los conectamos con la producción de plusvalor, es decir, de lo superfluo vuelto lo principal para toda la sociedad por ser esa la principal necesidad del capital.




Esa "diversión eterna" es justamente lo que se nos quiere vender; es eso lo que nos prometen las mercancías que contienen el plusvalor que debe ser realizado. La "miopía cronológica" consiste más bien en una exaltación permanente de lo más reciente para olvidar lo pasado; pero lo pasado y lo reciente no son meros aspectos temporales, sino que en realidad lo reciente es un conjunto de objetos recién producidos que contienen plusvalor, en los que el capital ha invertido y deben ser saldados monetariamente a tiempo. Si Boorstin habla de la homogeneización del tiempo y del espacio como efecto de la televisión es porque —ahora lo vemos— considera de manera completamente abstracta y unilateral al tiempo, lo más reciente y lo pasado, esto es, sin recordar que lo más reciente se objetiva en objetos espaciales determinados (por vender) y que lo pasado también se objetiva en otros objetos asimismo determinados (ya vendidos). Si Boorstin no se hubiera guiado por la presunta homogeneización del espacio y del tiempo habría descubierto inmediatamente que eso más reciente es un cúmulo de mercancías que deben ser vendidas, y en lugar del efecto mágico del discurso habría ocurrido la disolución de un enigma aparente.



En fin, la preponderancia de la novedad, el efecto de diversión eterna y la presunta homogeneización del tiempo y del espacio, así como la confusión entre imagen y realidad, no derivan tanto del efecto de "doble imagen" de la televisión, puesto que nunca dejamos de percibir la diferencia entre lo real y la imagen. Estas confusiones derivan fundamentalmente de la exacerbación de los mensajes televisivos en los que se exalta lo más reciente porque así se prioriza lo superfluo por sobre lo necesario y esto superfluo se conecta directamente no sólo con el lujo, con la diversión eterna, sino con el plusvalor necesario para que el capital se reproduzca. Responden, pues, a las dimensiones de la subsunción formal —hasta aquí vistas— de la televisión bajo el capital, no a las de la subsunción real.

IV. EL CAPITAL Y EL DIÁLOGO CON LOS MUERTOS



El capital, al mismo tiempo que es plusvalor, es acumulación de plusvalor, es decir, plusvalor que se debe acumular. Veamos el efecto que esto tiene en la función televisiva.



Enrique Maza reseña a Daniel Boorstin en los siguientes términos:

> Antes de la escritura era imposible recibir un mensaje de un muerto. El libro crea una nueva categoría de experiencias. Ahora viene la transformación de la tecnología que incluye la "realidad virtual", hay que conservar en mente que la tecnología amplía y cambia la experiencia al homogeneizar las dimensiones del tiempo y del espacio. Es el punto básico.

El "mensaje de un muerto" del que aquí se habla es en realidad una metáfora del hecho de que, por ejemplo, leemos un libro de Aristóteles dos mil quinientos años después de haber muerto el insigne filósofo. Ni Aristóteles redactó muerto su libro ni precisamente como mensaje para nosotros. Esto del mensaje, insisto, es una metáfora, pero indudablemente podemos leer ese libro.

Cualquier hecho del pasado, o simplemente un guión teatral o televisivo escrito un mes o dos meses antes y transmitido por la televisión también se constituye en mensaje que viene del pasado al presente aunque bien pueda estar ya muerto su autor. El libro, al igual que la televisión,





puede lograr ese efecto. Podría ser que olvidáramos que el libro fue escrito hace dos mil quinientos años o que hace dos meses fue escrito el guión televisivo, pero precisamente el diseño del mensaje televisivo tenderá a ocultar este pasado si eso es lo que conviene para que se venda el producto al que se adhiere. La exaltación del presente con vistas a realizar el plusvalor contenido en las mercancías es, paradójicamente, el reflejo del dominio del capitalista sobre el trabajo plasmado en la mercancía, de que el capitalista ha gastado su dinero y de que debemos comprar la mercancía presente para que se realice el plusvalor que contiene y de ese modo él pueda restituir el dinero que invirtió más una ganancia. Este dominio del trabajo pasado o "trabajo muerto" sobre el trabajo vivo y sobre el tiempo vivo del espectador no es efecto de cualquier tecnología sino solamente de una tecnología capitalista por cuanto que ésta está encaminada al incremento y a la realización del plusvalor.

La "realidad virtual" cibernética, en la que la imagen aparece como si fuera real, es simplemente una imagen que se presenta como si fuera algo real porque nos la quieren vender, y hasta se le nombra "realidad virtual" para exaltar el medio tecnológico —la Internet, por ejemplo— que la produce y que también nos quieren vender.




V. Capital y exaltación de la imagen

Ciertamente la tecnología amplía la experiencia humana y por ese motivo la cambia, pero no la cambia precisamente en el sentido de homogeneizar las dimensiones del tiempo y el espacio. Esta homogeneización no depende del hecho tecnológico sino de la forma capitalista en que este hecho funciona y cuya influencia psicosocial está encaminada al dominio de la psique social tanto por un motivo económico —la realización del plusvalor— como por un motivo político —que las mentes se mantengan sometidas a los requerimientos económicos del capital—.

El funcionamiento de la televisión está articulado sobre estos dos pilares: por un lado el plusvalor como la exaltación de lo novedoso y lo superfluo, de la "diversión eterna", y por otro el capital como el predominio del trabajo muerto sobre la experiencia viva; de ahí la exaltación de lo pasado y también del futuro: éste expresa a ese pasado por cuanto que la venta de la mercancía presente, de esa novedad publicitaria, restituye,





con una ganancia adicional, el gasto previo del capital. Y de ahí también la exaltación de la realidad virtual, de la imagen, por sobre la realidad.

Esta exaltación de la imagen por sobre la realidad es la del trabajo muerto por sobre el trabajo vivo y, entonces, por sobre la experiencia del espectador. Se exalta la imagen (objeto) que se ofrece en venta por sobre la experiencia vivida de quien la recibe.

De tal manera, dice Enrique Maza, "se llena el espacio con lo trivial", esto es, con las novedades de la "utopia extravagante" de la "diversión eterna", con lo fantasmagórico, lo raro, lo extremo; "la tecnología es un símbolo, un síntoma, una consecuencia de la búsqueda de lo nuevo como motivo de nuestra civilización y crea posibilidades sin término para la novedad". Aquí se atribuye a la civilización en general —a la nuestra en particular, pero tomada como "civilización en general"— y a la tecnología esta trivialización y fascinación de la vida. Se ocultan así los intereses del capital y, aun, lo nocivos que ellos puedan ser.





Además, el poder que adquirimos sobre la naturaleza y sobre nuestra propia historia mediante una nueva tecnología —un poder que debe ser liberador y afirmativo de la sociedad humana— pasa a ser identificado con el poder del capital sobre nuestra experiencia a través de lo fantástico, de la trivialización, en fin, a través de la fascinación que produce el medio tecnológico objetivo para que quede sometida nuestra experiencia. La exaltación de la novedad es la expresión de la exaltación de las ganancias, y la tecnología de la que hablamos, la televisión, se encuentra sometida realmente en su proceso de trabajo o de funcionamiento inmediato bajo el capital. No hablamos entonces de la televisión en general, sino de ésta que funciona como instrumento de trabajo en un proceso de producción de mensajes peculiares: el proceso de producción capitalista.

VI. Información por sobre significado y prepararnos para comprar

Otra tendencia de los medios y de la televisión —dice Enrique Maza comentando a Boorstin— es, en particular,

> sustituir el conocimiento por la información; no hay manera, tiempo ni oportunidad de organizar el torrente de informaciones que recibimos. El conoci-



> miento es organizado o estructurado, descarta lo que no se puede relacionar o es irrelevante, pero la inundación cada vez más acelerada de información no permite hacer eso, la información desplaza al significado. Lo vulgar y lo absurdo de la televisión son sólo otro síntoma de lo mismo.

La crítica es correcta, tanto por parte de Boorstin como de Maza, pero pretende dirigirse al medio tecnológico en cuanto tal y no a su funcionamiento capitalista.

La televisión en tanto medio tecnológico tiene aspectos nocivos —como el impacto de sus ondas electromagnéticas sobre nuestro cuerpo— que provienen del hecho de que su estructura material ha sido formada por el capital, y entonces sin el cuidado debido para quien recibe el mensaje sino sobre todo con la finalidad de que funcione lo más pronto y lo más barato posible para publicitar mercancías, vender diversión, etcétera. Pero los efectos nocivos a los que se refiere Boorstin no derivan de la dimensión tecnológica —ella misma marcada capitalistamente, como decía— de la televisión sino de su funcionamiento económico capitalista, mismo que determina la forma del mensaje emitido y de su recepción por un público igualmente preformado en la sociedad burguesa.




En todo caso, ¿por qué sustituye el conocimiento por la información? Pues porque la información constante, nueva, se vende, no es sino el mensaje de otras tantas mercancías que hay que comprar. La nueva información es nueva mercancía que contiene plusvalor y a su vez remite a otras tantas mercancías que están siendo producidas o vendidas o que pronto se nos venderán. Para el capital es menos importante que organicemos nuestros conocimientos que el hecho de que tengamos noticia de lo que él está vendiendo, de lo que venderá pronto. Sobre todo importa que ya nos preparemos, que reunamos el dinero para realizar la compra.

La información no desplaza al significado sino que está encaminada a soterrar el significado con vistas a que se logre llevar a cabo algo externo a él. Eso externo al significado no es significativo sino que es, precisamente, el hecho de que busquemos y rebusquemos en nuestros bolsillos —o lo consigamos si no lo tenemos— el dinero necesario para comprar aquello de lo que se nos informa.

La información que nos ofrece la televisión o las computadoras, esta exaltación de la información, reprime el significado sobre el cual se levanta para aludir a un significado, a un contenido que es externo al men-

saje y que tiene lugar con posterioridad al mismo pero que aparentemente no tiene nada que ver con el contenido de ese mensaje. Se trata de ese contenido vital consistente en echar mano del dinero que tenemos en la bolsa para comprar la mercancía. Todo significado queda suplantado por este otro significado. La información no es sino el significante de aquel significado básico, aunque tiene la apariencia de ser un significado en sí misma y no el mero soporte material, el pretexto del dinero por obtener. El significado no es desplazado por la información sino por otro significado promovido para que sea prioritario: la compra-venta, la realización del plusvalor por sobre cualquier significado vital, emocional, científico, filosófico, etcétera.

VII. El pseudorritual televisivo. Dominio y mercado

Ahora podemos resolver ya un último enigma que plantean las aparentemente mágicas reflexiones de David Boorstin, un misterio que él, sin embargo, pone en segundo o tercer lugar en la lista de consecuencias que cree ver en las implicaciones de la tecnología para la experiencia humana. Dice Enrique Maza reseñando a Boorstin:




> Otra consecuencia de la televisión es que nos ofrece nuevas avenidas hacia la comunidad. Las democracias son pobres en rituales y las iglesias los están perdiendo o no les prestan atención. El ritual es algo que une a la comunidad, es un símbolo que une a la comunidad, una experiencia común; la televisión tiende a llenar el vacío con sus miniseries y otras estupideces. El ritual papal de la televisión fue evidente en la muerte y en los funerales de John F. Kennedy, de Richard Nixon, [...] en la conmemoración del segundo centenario de la independencia y en el aniversario del "día D" [...] todos estábamos presentes allí, fueron momentos de comunidad.

Esta experiencia ritual de comunidad quiérese asentada en el hecho de qua la televisión produce una "doble imagen" según la cual no solamente todos estábamos con los astronautas en la luna y tuvimos la sensación de un descubrimiento, sino que todos estuvimos en el funeral de Kennedy, etcétera. Esta "doble imagen" confunde la realidad y ella misma remite a la presunta homogeneización del tiempo y del espacio. La reflexión de





Boorstin quiere ser consecuente y por ello arriba a la dimensión ritual que tiene la televisión al acercarnos hacia una experiencia común.

Tal parece que la experiencia común implicara necesariamente la supresión de la diferencia entre imagen y realidad así como la supresión del tiempo y del espacio; sólo así yo puedo ponerme en tu lugar y tú en el mío para tener una experiencia común. Lo cual sugiere que en verdad esta experiencia común no es sino un truco, y que si nos es valiosa debemos aceptar el truco televisivo porque sólo éste permite afirmar y restituir la socialidad para el mundo globalizado, para la humanidad globalizada. Idea similar se encontraba ya en Marshall McLuhan cuando aludía a la "aldea global intercomunicada por la televisión en simultaneidad".

Sin embargo permanece siempre la diferencia entre el tiempo y el espacio, entre tú y yo, entre imagen y realidad, y es sobre la base de esta diferencia, no suprimiéndola sino afianzándola, que puede ocurrir una auténtica experiencia común. La televisión, no por ser un instrumento tecnológico determinado, sino por funcionar dentro de unas relaciones capitalistas determinadas, que imprimen una forma determinada a sus mensajes, se convierte en una experiencia común falseada, que falsea tanto a la comunidad como al individuo en tanto integrante de la comunidad.





En efecto, la experiencia común no puede suprimir al individuo porque entonces deja de ser experiencia común. Sin embargo el mensaje televisivo reprime constantemente la experiencia vivida para exaltar la imagen; la imagen que, decíamos, representa a la mercancía por vender, al trabajo pretérito objetivado en ella, al plusvalor. Así podemos entender el ritual papal de la televisión en la creación de esta experiencia común falseada, que reprime a cada uno de los integrantes de la comunidad y por ende a la comunidad real para crear una pseudocomunidad imaginaria pero que es lo más real y necesario *para* el capital, para mantener su dominio, para vender sus mercancías y para dominar a la población. Podemos entender este papel ritual de la televisión si observamos la diferencia y la relación entre los medios de comunicación y los medios de circulación económica, por ejemplo el dinero o las mercancías.

El capital en el mercado, moviéndose en sus medios de circulación determinados —la mercancía y el dinero—, hace circular el valor y el plusvalor, mientras que los medios de comunicación no pueden sino hacer circular mensajes, valores de uso determinados, mensajes que van a ser consumidos, emisión que va a ser recibida. Pero estos mensajes, estos

valores de uso peculiares, son sometidos al capital; de ahí que exalten lo más reciente, de ahí su carácter divertido, extremo, raro, virtual, que oprime lo real, que exalta su carácter informativo por sobre su carácter sapiencial, etcétera. Estos mensajes o valores de uso deben exaltar el significante por sobre el significado, el brillo por sobre el sustrato del cual derivan para embelesarnos y convencernos sin discusión de que realicemos el acto de compra y de integración al sistema que, implícita o explícitamente, exige el mensaje.

La televisión cumple un papel pseudorritual más que ritual: el de crear una apariencia de comunidad entre todos los compradores, entre todos los que participamos del espectáculo. En el mercado deben circular valor y plusvalor; en la televisión —como medio de comunicación al servicio de la circulación de capital— los valores de uso sometidos al capital, es decir, los mensajes emitidos por ella, deben ser de forma tal que sean funcionales a la circulación de valor y plusvalor. El pseudorritual televisivo debe consistir, finalmente, en la creación de un nuevo valor de uso sometido al capital en medida masiva, incluso planetaria, es decir, en la construcción de una reciprocidad psicosocialmente sometida al capital y que sea garantía para la producción y realización de plusvalor.




La exaltación del espacio es simultánea con la exaltación de las cosas, mientras que el tiempo es idéntico con la experiencia que se tiene del mismo, con el sujeto. Homogeneizar tiempo y espacio quiere decir que el capital no reconoce a los sujetos como tales sino que quiere implantar las cosas por sobre los sujetos, poner al dinero por sobre ellos. Se trata de la necesidad de extensión espacial del capital, de su hambre de dominar territorios y sujetos, y de que todos los sujetos se adhieran y se identifiquen con esta necesidad de conquista y expansión, de apropiación privada creciente. La cosa capital pretende ser lo mismo que un sujeto, no quiere que el tiempo pase sino que todo el tiempo sea su tiempo, quiere volverlo tiempo del capital. Al homogeneizar el tiempo y el espacio pretende borrar las distinciones entre ambos. El capital, cosa pseudosujeto, se pretende sujeto; y a los individuos humanos, los sujetos auténticos, los pone como pseudosujetos advenedizos, meras cosas que deben ser administradas y dominadas.

En fin, estos principios del capital —en tanto relación social históricamente determinada— se ven reflejados en el funcionamiento de la televisión y en los mensajes que ella emite. Hablaríamos entonces de las



implicaciones que tiene para la experiencia humana la tecnología capitalista, no la tecnología en general; es decir, las implicaciones de un tipo de relaciones de producción, de dominio y explotación que se encuentran impresas —en parte— en la estructura técnica (subsunción real de esa estructura técnica bajo el capital) y —en parte— en el funcionamiento económico y público del instrumento (subsunción formal de esa estructura técnica bajo el capital) que así codificadas doblemente —en la estructura tecnológica y en el funcionamiento económico y público— realizan y afianzan al conjunto de las relaciones de explotación básicas.

Se suscitan así fenómenos paradójicos como el que nos ha ocupado aquí: la televisión, en tanto tecnología sólo *formalmente* subsumida a las relaciones sociales capitalistas, logra producir mensajes que son consumidos —esto es, valores de uso— y están *realmente* subsumidos en el capital, lo cual tiene implicaciones no sólo ideológicas sino también reales de orden psicológico conductual y organizativo. Es ésta una paradoja imperialista en la que fácilmente pudieron confundirse Boorstin, McLuhan, etcétera.




VIII. La Internet y la trivialización capitalista de la cultura

Las ideas recién comentadas acerca del crecimiento de la información que sin embargo desplaza al significado y lo vuelve trivial nos conectan, desde la televisión, con la informática y en particular con la Internet.

La clave para comprender el crecimiento monstruoso de la información por sobre el significado nos la daba la necesidad del capital de vender mercancías que contienen plusvalor, trabajo excedente explotado, y lo que cuenta en el capitalismo es este objeto; el plusvalor que se debe realizar. Deben quedar en segundo término la experiencia personal inmediata y por tanto la referencia a la experiencia personal como significado de la información. La experiencia del sujeto es importante sólo en tanto acto futuro y desligado del contenido informado, se trata de la experiencia en la cual el sujeto se decide a comprar y compra alguna mercancía relacionada con la información que recibe. En el mundo del mercado mundializado la publicidad domina y la información no es en general sino publicidad bajo otra forma. La cultura en su conjunto va



quedando cada vez más sometida a la férula de la publicidad; queda cada vez más puesta al servicio de la acumulación de capital y de la circulación de mercancías que contienen plusvalor. Todo otro contenido cultural va quedando marginado, suprimido, deformado a favor de los contenidos que promueven directamente o con más eficacia al plusvalor presente en las mercancías.

Pero este fenómeno puede ser observado también de otra manera, no solamente en la relación plusvalor/información y significado/experiencia vivida sino también cuando la información, en tanto memoria histórica codificada, se enfrenta a una capacidad limitada del individuo, del sujeto vivo que intenta comprenderla. Al considerar este peso muerto que cae sobre el individuo y lo aprisiona alcanzamos a comprender que el desarrollo general de la acumulación capitalista —en tanto que propicia una elevación de la composición orgánica del capital, es decir, un crecimiento del capital constante más rápido que el del capital variable— se corresponde con este crecimiento desmesurado de la información en el que decrece la calidad de lo informado —que a su vez está en conexión directa con la degradación de la vida personal del sujeto que recibe los mensajes—. Así como cada vez mayor cantidad de capital variable es sometida por aún mayor cantidad de capital constante, en la Internet una mayor cantidad de información cae encima de sujetos que poseen capacidades cada vez más disminuidas para integrarla. Fuera de la fábrica, quedas sometido por la información como si estuvieras dentro de la fábrica.




IX. Un marxista en la "aldea" de McLuhan

Si no se capta que el incremento desmesurado de la información promueve al plusvalor y al crecimiento del capital constante sobre el variable como regla de la acumulación de capital, el análisis histórico —incluso el que hacen los marxistas— puede equivocarse al tratar de la Internet.

Es el caso del artículo "Una reflexión histórico-metodológica sobre la crisis de fin de siglo en Latinoamérica", de Alberto Plá,[9] el cual, por otra parte, es una lúcida crítica del neoliberalismo, y que como es de inten-

[9] En *Viento del Sur*, núm. 6, primavera de 1996, pp. 52-66.





ción histórico-metodológica, parte de las fuerzas productivas, incluidos los medios de comunicación.

Si antes vimos a Marshall McLuhan hablar de la imprenta para exaltar los efectos de la televisión, vemos ahora a Alberto Plá aludir a la imprenta para establecer la especificidad de la Internet. Dice:

> Si el auge burgués desde el siglo XVI en adelante, constituyéndose ladrillo sobre ladrillo, estuvo básicamente asociado a la imprenta, o sea, a la edición de material escrito, de libros para un público en crecimiento; la telemática y la informática nos introducen y nos anticipan las condiciones de otro cambio social, particularmente a partir de 1990. Cualitativamente, el salto del libro a la telemática es igual al salto de un tipo de sociedad a otro. Si la burguesía se estructuró verdaderamente como clase, y a partir de ahí luchó por su hegemonía desde el siglo XVI y se consolidó como dominante desde la revolución industrial, en la actualidad, con los nuevos cambios tecnológicos, formas de organizar la producción, relaciones de trabajo, etcétera, aquella burguesía ha sido superada por la historia y la nueva burguesía dominante transnacional e   informatizada debe encontrar sus puntos de apoyo para construir una nueva estabilidad relativa. Aún no lo consigue y, peor aún, no lo busca conscientemente, asumiendo que puede repetir ciclos imposibles. Sólo por excepción se expresa esta preocupación a nivel intelectual, pero mucho menos aún a nivel empresarial.[10]

En otros términos, Alberto Plá correlaciona el funcionamiento de la imprenta con la constitución de la clase burguesa en tanto clase nacional, mientras que la informática y la telemática involucran una nueva burguesía transnacional. Es cierto que estas correlaciones históricas son verificables, pero lo es menos que se trate de una transformación tan decisiva como la que cree ver este autor.

En efecto, quizá no se trate de una "nueva fase". Y para poder hablar de la misma Alberto Plá debe suponer que el libro ya no existe más y, por tanto, que tampoco la burguesía nacional o bien que ésta se encuentra en decadencia. Ambos supuestos son falsos, aunque el señalamiento de que la burguesía meramente nacional se encuentra en decadencia parezca atinado.

[10] *Idem*.

X. Alberto Pla en la red del Estado nacional y transnacional

Creerlo así conduce a Alberto Plá a un nuevo despropósito —según veremos— pues, a punto de concluir su ensayo, cita a Nicolas Negroponte, y no obstante tratarse del ideólogo corporativo del "mundo digital",[11] cree en su discurso, aunque creyendo a la vez servir a sus propios intereses contra los de Negroponte.

Dice Alberto Plá:

> Nicolas Negroponte, del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) y uno de los protagonistas de los cambios en la computación, la red Internet y que dirige el Med Lab (Laboratorio de Medios del MIT), lo expresa en un lenguaje que hasta hace poco se habría calificado de ciencia ficción: "En Estados Unidos —dice Negroponte— hoy 75% de las computadoras se vende a los consumidores, a los hogares. Hace un año sólo 5% de las computadoras en las casas tenían módem, hoy el porcentaje es de 60%. Se ha llegado a una masa crítica de consumidores. Una sola megabase de datos —*American on Line*— ha pasado de tener 500 mil suscriptores en julio de 1994 a 2 millones en la actualidad" (junio de 1995).[12]




Tenemos aquí precisamente al individuo conectado inmediatamente con el mercado mundial y, simultáneamente, la construcción del consumidor computarizado. Se trata de un efecto sincronizado con la globalización y con la subordinación real del consumo al capital. El consumo es ahora cuantificado, calculado a través de la computadora, y se ha vuelto cada vez más rápida la conexión entre la oferta y la necesidad del consumidor. Pero esta es apenas la introducción de Nicolas Negroponte, quien en realidad busca asentar en esta premisa la idea de que la Internet se erige contra el Estado nacional. Es una buena idea para ser vendida y en ella cae preso el propio Alberto Pla. "¿Cómo repercute esto?" —pregunta, es decir, que 60% de los hogares tengan ya módem, y añade lo que dice Negroponte:

[11] No confundirlo con John Dimetri Negroponte, quien fue embajador de Estados Unidos en México entre 1989 y 1993, y ante la ONU durante la invasión militar del mismo país a Irak en 2003. *Cfr*. Nicolas Negroponte, *Ser digital*, y *El mundo digital*: *el futuro que ha llegado*.

[12] Alberto Plá, *op. cit*.





> La Internet está derribando las fronteras nacionales. No importa cuán pequeño o grande sea el país del que uno provenga, en la Internet se está en el mundo y al mismo tiempo también más inserto en la propia comunidad, preservando su cultura y su idioma. En el largo plazo la Internet va a hacer irrelevante el mismo concepto de Estado nacional.[13]

Resuenan aquí las palabras de Marshall McLuhan acerca de la "aldea global". Alberto Plá confirma las palabras de Negroponte cuando dice que "ya tienen acceso a Internet más de 30 millones de personas en el mundo, entre ellos el subcomandante Marcos del EZLN de Chiapas, México". Con esta alusión sugiere que *realmente* —y no sólo porque Negroponte lo diga y así lo quiera— la Internet va a volver irrelevante el mismo concepto de Estado nacional; es decir, que la Internet como fuerza productiva revoluciona las limitadas relaciones burguesas, así que bien puede servir a los revolucionarios que se enfrentan a los estados burgueses.



Alberto Plá quiere sacar de estas premisas una conclusión contraria a la de Negroponte. Dice: "Si es que las máquinas suplantan al hombre, se requerirá otro sistema social que no puede ser el capitalismo. Esa frontera no puede trasponerla el mero pensamiento tecnologicista". Y más abajo: "Es el sistema social actual el que no podrá aguantar el mundo social abstracto que nos quiere enfrentar."

XI. La subordinación real de las fuerzas productivas al capital y los despropósitos sobre la Internet

Así pues, las desarrolladas fuerzas productivas contemporáneas, en particular las comunicativas, con la Internet a la vanguardia, no sólo rebasarían al concepto mismo de Estado nacional —como sugiere Alberto Plá al escribir que la burguesía transnacional se correlaciona con la informática y la telemática, mientras que la imprenta se hundió en la noche de los tiempos junto con la burguesía nacional—, sino que, además, la Internet es una fuerza productiva cuyo carácter social vuelve imposible que el capitalismo la privatice, así que necesariamente hará que el sistema estalle por los aires, y si no lo hace ella lo harán los movimientos sociales

[13] *Idem*.





que su presencia suscita. Si el neoliberalismo desarrolló la computadora y la Internet para avivar la competencia internacional, estas tecnologías rebasan al capitalismo.

Ciertamente la telemática y la informática —Internet incluido— expresan una potencia mundial del capitalismo y la necesidad de que su poder se articule de modo transnacional, así como que la hegemonía desde el centro capitalista —Estados Unidos— se ejerza de manera más directa sobre el orbe. Pero eso no suprime ni "hace irrelevante al concepto mismo de Estado nacional", sino que convierte a los estados nacionales, en mayor medida que antes, en los goznes del entramado mundial, en los articuladores de la hegemonía. Ni el libro ni la imprenta ni las burguesías nacionales quedan suprimidos; solamente son sometidos en mayor grado a la burguesía transnacional. Y las burguesías nacionales y transnacionales quedan mayormente sometidas al dominio impersonal del capital mundial.





La Internet es una fuerza productiva tecnológica creada en el neoliberalismo, y es de suponerse que cualquier fuerza productiva pueda ir más allá de las relaciones dentro de las que nace, pero es peregrino pensar que precisamente la Internet es aquella tecnología que ya rebasa al capitalismo, en particular al neoliberal. Más bien el sometimiento real —y no sólo formal— de su estructura material al capital la habilita para la acumulación de capital y la inhabilita para el rebasamiento del capitalismo que quisieran los críticos del mismo.

Alberto Plá ha quedado preso de la idea de que sólo el empleo capitalista es el nocivo (subordinación formal) mientras que el medio es de suyo revolucionario; no es consciente del grado en que la subordinación capitalista del aparato tecnológico determina la estructura del medio tecnológico. Por ese motivo acepta acríticamente la idea de Negroponte, heredera de Marshall McLuhan, de que de suyo el medio tecnológico genera una forma social que supera a la limitada forma Estado-nación actual; es decir, acepta una idea que sería contraria a su premisa, que dice que sólo es nocivo el uso capitalista del medio, pero no el medio capitalista en cuanto tal, pero la acepta porque critica una de las dimensiones del capitalismo: el Estado nacional. Alberto Pla acepta la idea de Negroponte, que involucra la percepción de la subordinación real del medio de comunicación al capital, pero como si no fuera un sometimiento real sino un efecto de las fuerzas productivas en cuanto tales, en tanto revolucionadoras de las limitadas relaciones sociales burguesas.





XII. La Internet y la computadora como valores de uso que son nocivos por estar subsumidos realmente al capital

Algunas de las ventajas que la publicidad y las teorías que se apegan a ella le atribuyen a estos objetos son ciertas, pero tenemos que descubrir su nocividad y denunciarla. Exploramos antes el carácter material de los efectos nocivos de los mensajes televisivos, y en particular mencionamos la nocividad electromagnética de la televisión en cuanto tal, lo cual demuestra que estos valores de uso someten realmente a sus consumidores al capital. Ahora toca indicar cómo la computadora también es un factor directo de la subordinación real del consumo al capital.

En primer lugar, a la nocividad electromagnética de la televisión —proyectada además sobre el cuerpo del usuario—, añade la proximidad y el trabajo intensivo y prolongado que el usuario despliega frente a ella. Cáncer, afecciones del sistema nervioso, abortos y desarreglos genitales son gestados o desencadenados por el consumo de la computadora.




En segundo lugar, si la televisión privatiza las relaciones sociales al aislar a las familias, la computadora incrementa esa privatización al aislar a cada usuario individual como átomo privatizado solitario. El efecto emocional que resulta de este aislamiento individual es devastador para la persona y para su red de relaciones, ahora cosificadas al máximo; a esto se añade el efecto general de desorganizar sistemáticamente a los pequeños grupos y al *socius* en su conjunto.

En tercer lugar, estos efectos se multiplican por el número de usuarios, que además se interrelacionan. Así se construye una pseudosocialidad parasitaria que se monta sobre la socialidad real, esto es, un fantasma —pero real— del pseudosujeto que es el capital —entendido conceptualmente y en su comportamiento social tendencial—. Se genera, pues, un efecto de pseudoparticipación y el espejismo de que existe no sólo una realidad virtual sino su cumbre: una revolución virtual. La historia es sustituida por la pseudocreación de historia.

En cuarto lugar, al realizar las potencialidades técnicas de la computadora —en tanto servomecanismo— en la red de computadoras que se retroalimentan recíprocamente, la Internet también realiza, con su pseudosocialidad —pseudoparticipación, pseudorrealidad y pseudorre-

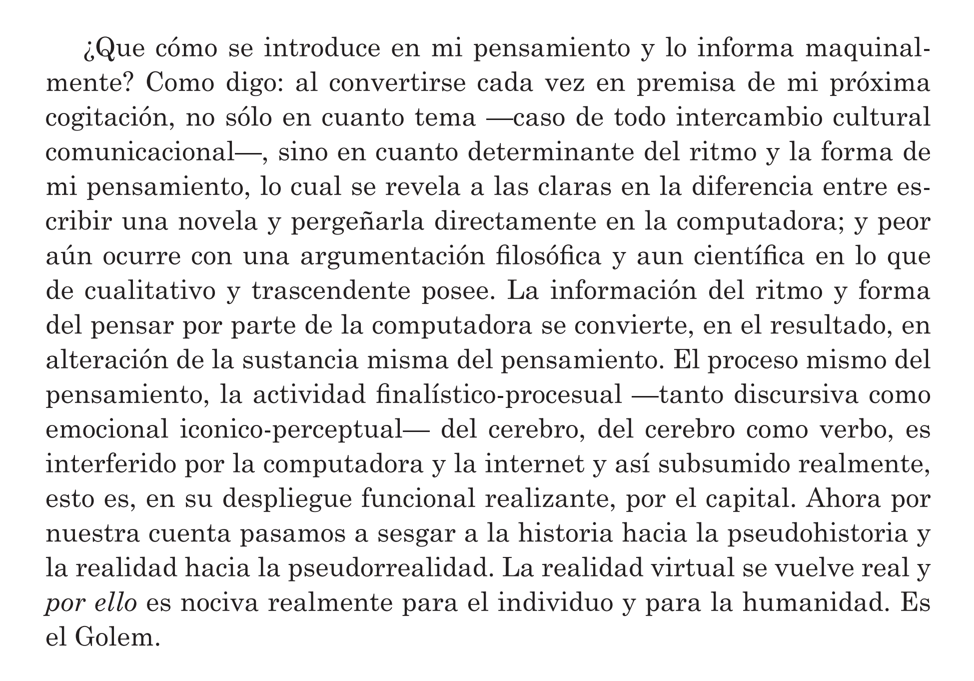
volución—, un nuevo metabolismo cosificado social y natural en el que la computadora desempeña el papel de mediación cosificada funcional maquinística. En efecto, la relación metabólica sociedad-individuo se vuelve más cosificada y enajenada en el nuevo metabolismo sociedad-máquina-yo. El momento mediador que ocupaba antes la praxis ahora lo ocupa la pseudopraxis de la computadora. Esta sustitución maquínal que ya la iniciaba la televisión en representación —en el nivel del valor de uso y del consumo comunicacional— del dinero —funcional con la circulación social—, la computadora lo perfecciona por ser activa. Por lo tanto ahora la función mediadora es auténticamente metabólica porque es interactiva —mientras que con la televisión era sólo contemplativa—: el pseudosujeto se realiza, pero también la pseudonaturaleza, la pseudototalidad, pues surge en paralelo con el neometabolismo sociedad-maquína-yo —e imbrica con él— el neometabolismo cosmos-máquina-yo. El resultado es la conformación de la pseudorrealidad y por ende de la pseudosexualidad/pseudopsicosocialidad. El sexo virtual y las novelas y películas de ciencia ficción sobre héroes del ciberespacio a lo Matrix muestran estas potencialidades antiorgásmicas/antisociales/antisujeto de la computadora/Internet con un leve dejo de horror y gran fascinación que las reportan, pseudocríticamente, bajo el aceptable aspecto de enajenación buena. El receptor de tales propuestas —esto es, nosotros— ya está parcialmente inmerso en ellas y posee el gusto masoquista adecuado para gozarlas y asumirlas alienadamente como si nada o, mejor, como si se tratara de una golosina satisfactoria.



En quinto lugar, llegamos al núcleo fundante de esta pseudototalidad. Pudimos haber comenzado por aquí, pero la referimos al final porque es sobre todo como claves del todo negativo en construcción que se patentizan las determinaciones de esta quinta caracteristica de la computadora como valor de uso subordinado realmente al capital, esto es, como agente de la subordinación real del consumo al capital y, entonces, de la subordinación del sujeto social al capital. El problema de fondo consiste en que la máquina-piensa-en-mí y por ende informa maquinalmente mi pensar. No sólo ocurre que como espectador recibo una propuesta ideológica televisiva que yo paso a pensar por mi cuenta, sino que cada paso de mi proceso cogitante se alterna, media y articula con el proceso computacional. La condición orgásmica del pensar queda troceada y remedada maquinalmente.







¿Que cómo se introduce en mi pensamiento y lo informa maquinalmente? Como digo: al convertirse cada vez en premisa de mi próxima cogitación, no sólo en cuanto tema —caso de todo intercambio cultural comunicacional—, sino en cuanto determinante del ritmo y la forma de mi pensamiento, lo cual se revela a las claras en la diferencia entre escribir una novela y pergeñarla directamente en la computadora; y peor aún ocurre con una argumentación filosófica y aun científica en lo que de cualitativo y trascendente posee. La información del ritmo y forma del pensar por parte de la computadora se convierte, en el resultado, en alteración de la sustancia misma del pensamiento. El proceso mismo del pensamiento, la actividad finalístico-procesual —tanto discursiva como emocional iconico-perceptual— del cerebro, del cerebro como verbo, es interferido por la computadora y la internet y así subsumido realmente, esto es, en su despliegue funcional realizante, por el capital. Ahora por nuestra cuenta pasamos a sesgar a la historia hacia la pseudohistoria y la realidad hacia la pseudorrealidad. La realidad virtual se vuelve real y *por ello* es nociva realmente para el individuo y para la humanidad. Es el Golem.






SUBSUNCIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL Y BIOTECNOLOGÍA

I. Confluencia tanática de los valores de uso

La riqueza de las sociedades contemporáneas, además de presentarse como un "inmenso arsenal de mercancías" (Marx, *El capital*, tomo I, capítulo I), cuyo precio y tonelaje es calculado por las estadísticas mundiales, aparece no sólo en una variedad abundante y fascinante, sino con una nocividad cada vez más acusada en casi cada miembro de esta avasalladora multiplicidad. Valores de uso nocivos nos circundan por todos lados, los ingerimos, los habitamos, nos interpelan, nos constituyen. De la coca-cola a la comida chatarra, del automóvil al jet, del concreto al asbesto, de las suelas de goma al poliéster de nuestros vestidos, de las drogas a los medicamentos (esas drogas legales), de la tele a la computadora... El metabolismo material de la sociedad se encuentra degradado en correlato con la destrucción del metabolismo ecológico natural operada por la industria y las urbes modernas. Y existe, guardada en gigantescos arsenales, una tecnología de destrucción bélica y policíaca como jamás se había visto en la historia de la humanidad, cuya piedra clave son las toneladas de ojivas atómicas con capacidad para destruir numerosas veces el planeta —si con una no bastara.




Las fuerzas productivas de paz, con sus efectos ecológicos devastadores, y los valores de uso nocivos para el metabolismo fisiológico y psicológico humano producidos por ellas resultan, en la vuelta del tercer milenio, tan destructivas como las fuerzas productivas de guerra o propiamente destructivas.

Este hecho contrafinalista, a todas luces irracional, ¿es un rasgo estructural de un modo de vida que antes de la década de los cincuenta del siglo XX no presentaba tal inquietante coincidencia tanática? ¿O es sólo un rasgo funcional relativo a las formas monopólicas en que algunas empresas han intentado arrebatarles a otras el mercado y las ganancias? Pero ¿no es consustancial con el modo de producción específicamente capitalista, esto es, con la maquinaria y la gran industria?

¿O bien es simplemente un rasgo coyuntural y aleatorio derivado de las bases sobre las cuales se reproduce la novísima modernidad, esto es, un error de cálculo que una vez registrado puede ser prontamente corregido sólo con señalarlo, así sea con el dedo índice de los medios de comunicación de masas?

Desafortunadamente se trata de un rasgo estructural del modo de producción capitalista específico, pero que se evidenció sólo en ocasión de su franca mundialización industrializada a partir de la década de los sesenta del siglo XX. En lo que sigue demuestro esta afirmación.

He aquí una inquietante confluencia tanática: la destructividad bélica del capitalismo del siglo XX sorprendió a la humanidad en la primera guerra mundial y la horrorizó en la segunda, coronada por las bombas atómicas arrojadas por el ejército de Estados Unidos sobre Hiroshima y Nagasaki. Pero "el siglo de las guerras" también empezó a ser a partir de los cincuenta el de la creciente destrucción de la ecología. Registramos las evidencias de este hecho no sólo cada vez que vamos al campo, sino en el aire que respiramos y en la creciente escasez del agua que bebemos. Pero las noticias de una nocividad inherente a los objetos de consumo cotidiano provienen sólo de mediados de los sesenta y se volvieron factores del sentido común —aunque siempre con cierto dejo de incredulidad— sólo en los noventa y en las restringidas capas poblacionales para las que el deterioro ambiental es evidencia. No obstante, la degradación del consumo humano que ocasiona el capitalismo es la clave para comprender el incremento de la destructividad no sólo de la tecnología bélica sino también de la de paz; es decir, en fin, la nocividad estructural de la riqueza moderna.




1.1. Subsunción real del consumo bajo el capital y enajenación de las necesidades

El capitalismo mundial "posmodernista"[1] —como ha dado en autonombrarse alienadamente— es la sociedad de la enajenación más desarro-

[1] Cuando nombro al capitalismo mundial "posmodernista", es porque así se autodenomina él mismo y no para que creamos en esa autodenominación; en realidad sigue siendo moderno, no ha modificado sustancialmente su estatus. Sin embargo esta denominación enajenada: "posmodernismo", sitúa de inmediato el tipo de objeto al que queremos aludir: el hoy con la Perestroika (hasta 1991), con el muro de Berlín caído (1989) y desmembrada



llada, es decir, la más extendida y profunda. En efecto, el capitalismo contemporáneo se ha extendido por todo el planeta y penetra en cada actitud y en cada gesto humano, conforma cada objeto de consumo y cada mensaje, el espacio arquitectónico y el urbanístico; regula catastróficamente los ciclos de sanía y enfermedad de toda la población mundial (el SIDA es sólo un ejemplo entre otros; los flujos de emigrantes e inmigrantes, el crecimiento y destrucción de la población mediante hambrunas, guerras o abortos masivos[2] que al mismo tiempo retuercen su sexualidad y su moral.[3]

Así, pues, tanto la producción como el consumo se encuentran hoy enajenados, es decir, la sociedad burguesa en su conjunto, puesto que toda sociedad existe entre estos dos extremos, recorriendo la distancia entre uno y otro. En el capitalismo posmoderno la extensión mundial de la enajenación capitalista no sólo coincide con la profundización de la enajenación desde la producción hasta el consumo sino que ambas son correlativas. Desde 1976 propuse el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital[4] para comprender al capitalismo contemporáneo en acuerdo a su concepto y según su realidad terminalmente enajenada puesto que el consumo es el ámbito en el que toda sociedad se extrema y donde debiera afirmarse finalmente, pero también en el que el capitalismo niega integralmente a la sociedad.





la URSS (1991), con el TLC (1994), fraudes electorales y cabezas rapadas, con Clinton y luego con Bush hijo, el ataque a las torres gemelas de Nueva York (2001), la guerra contra Afganistán y contra Irak (2003), y la crisis económica mundial más grande hasta hoy (2007...) a la par del calentamiento global, etcétera. Ese hoy que se denomina autoenajenadamente posmodernista y deprime a todo el mundo, en el que supuestamente la gente ya no quiere luchar, renuncia al marxismo porque renuncia a una serie de cuestiones vitales.

[2] *Cfr*. Jorge Veraza, “El aborto y la guerra o cuándo le conviene al capitalismo que se despenalice el aborto?”, “La paradoja temporal del aborto y la espacial de las guerras capitalistas”, “Aborto y sometimiento de la producción y la procreación”, “Opresión obrera y leyes sobre el aborto”.

[3] *Cfr*. Jorge Veraza, *Para la historia emocional del siglo XX.*

[4] *Cfr*. Jorge Veraza, “Presentación de las tesis principales de la crítica de la economía política: un ejercicio”. Véase el capítulo IV y en especial el capítulo V.



1.2. Subordinación real del proceso de trabajo inmediato y del consumo al capital y enajenación

La teoría del plusvalor, la teoría del sometimiento real del proceso de trabajo, etcétera, dependen de una teoría más general y englobante que es la teoría de la enajenación.

En *El capital* Marx concluye la teoría del plusvalor de manera redonda; la tiene ya bien perfilada en los *Grundrisse* de 1857, y puede verse ya su contenido preciso —aunque no terminológico— en "Trabajo asalariado y capital", de 1847. Pero la noción global del problema está ya en los *Manuscritos de 1844* como teoría de la enajenación del trabajo.

Pero si en los *Manuscritos de 1844* sólo encontramos la noción general de la teoría de la explotación, también están allí nociones precisas acerca de los lugares donde ocurre la enajenación y sus modalidades; por ejemplo, cómo se inserta en la producción (trabajo enajenado) o en el conjunto de las necesidades (enajenación de las necesidades y, por tanto, la enajenación del consumo) y qué función cumple para el sistema. Es evidente, pues, que en estos *Manuscritos* está esbozada una idea acerca de la enajenación o sometimiento del consumo.




Durante la década de los sesenta del siglo XX se habló mucho de la "sociedad de consumo" tanto para glorificarla —porque era sociedad de la abundancia, donde todos podríamos vivir contentos— como para criticarla —como diciendo: nos están cebando como marranos, nos controlan y nos inducen al consumismo mediante la manipulación comercial y la ilusión falsa de abundancia—. Pues bien, cuando se hablaba de "sociedad de consumo" en términos críticos se habló de enajenación. E, incluso, hubo quien llegó a referirse al sometimiento del consumo, por ejemplo a través de la manipulación de las necesidades mediante la propaganda.[5] Sin embargo esas críticas aludían sólo a una enajenación ideológica y por ende superficial. Por lo tanto ya desde los años cincuenta y sesenta del siglo XX era urgente precisar conceptualmente la enajenación o sometimiento del consumo.

Además, quienes hablaban de sometimiento del consumo generalmente lo oponían al sometimiento de la producción para sugerir que en el

[5] Para nosotros es resaltante que Georg Lukács y Herbert Marcuse lo hubieran hecho basados en Vance Packard (autor de *Los artífices de la propaganda).*





capitalismo contemporáneo la gente está sometida en el consumo pero ya no en la producción. De modo análogo se habló de capital financiero para dejar en segundo plano al capital industrial; ahora se hablaba de sometimiento del consumo para ya no ver el sometimiento de la producción. En todo caso, si había sometimiento de la producción éste ya no era problemático, contradictorio; la gente —el obrero estadounidense— estaba integrada. En cambio comenzaba a ser problemático el consumo como el lugar donde la gente estaba siendo integrada.[6] Este podía ser entonces el lugar donde se debía promover la agitación política.

Así, pues, por razones políticas, y también por ceguera teórica y por motivos ideológicos contrarios al marxismo, muchas veces se opuso el concepto de sometimiento del consumo —formulado de modo impreciso— al de sometimiento de la producción, es decir, de explotación de plusvalor. Ya era necesario entonces desarrollar el concepto de sometimiento del consumo conectándolo con el de explotación de plusvalor.




Este desarrollo es posible si se observa que la tecnología capitalista produce un tipo de consumo que garantiza la explotación de plusvalor. Así se puede hablar ya no sólo en general de “sometimiento del consumo”, sino que precisaremos, por ejemplo, si se trata de subsunción *formal* del consumo, es decir, de la forma del consumo, o bien del sometimiento de la *realidad* del consumo. Estas precisiones no son matices metafísicos, sino formas de dominio del capital, y que, por tanto, indican de qué modo hay que confrontarlo, cómo tiene que ocurrir la subversión para que sea eficaz,[7] así como por qué no han sido eficaces las subversiones hasta ahora, es decir, justamente mientras no se ha precisado cómo ocurre el dominio. Si no precisas cómo te dominan tampoco puedes precisar el camino por el cual te puedes insubordinar con éxito. Te rebelas con métodos obsoletos cuando la teoría de Marx habla de métodos de dominio que sólo ahora, al entrar al tercer milenio, se pueden ver allí fácticamente pues no es una teoría del siglo XIX sino una teoría del capitalismo en todo su desarrollo; aunque fue construida en el siglo XIX, su horizonte y su campo de aplicación no se reduce al capitalismo del siglo XIX sino que vas más allá.

[6] Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo.*

[7] *Cfr.*, en este mismo libro, “La subordinación real del consumo bajo el capital y luchas emancipatorias de fin de siglo”.

No era posible precisar el concepto de sometimiento del consumo sirviéndose del concepto unilateral y vago de enajenación que se empleaba entonces sino derivándolo del concepto de subsunción real del proceso de trabajo.

Desde este resultado metodológico, podemos dar un paso más en la recuperación de los *Manuscritos de 1844* y contestar a la pregunta siguiente: cuando Marx habla de sometimiento o enajenación de las necesidades, ¿lo hace tan vagamente como los teóricos de la sociedad de consumo y otros en los años sesenta y setenta del siglo xx? Esta pregunta es tanto más pertinente por cuanto que muchas veces aquellos autores se sirvieron de los *Manuscritos de 1844* para apoyar sus argumentos sobre la enajenación del consumo.

En otro lugar[8] he intentado demostrar que en los *Manuscritos de París* hay una gran precisión y matiz no sólo en el uso del concepto de "trabajo enajenado" sino también en el de "enajenación de las necesidades" y en su articulación con el de "fetichismo", además de otros relacionados con distintas dimensiones de manipulación psicosocial a través de la circulación mercantil de determinados objetos de consumo.




En los *Manuscritos de 1844* el pensamiento de Marx respecto de la subsunción real del consumo bajo el capital no es puntual pero la toca, la alude. Sobre todo cuando habla de enajenación de las necesidades, el horizonte que nos presenta —aunque no lo ejemplifique, porque tampoco existía la multiplicidad de ejemplos actuales sino sólo algunos— es de subordinación real del consumo, es decir, uno en el que el cuerpo material de la riqueza, todo él, repite al capital para afianzarlo, es "el ser-del-capital-de-otro-modo", para decirlo parafraseando la ironía que Marx hace del modo en que en Hegel se presenta la naturaleza respecto de la Idea (que es la forma en que en la cabeza de Hegel se representa el capital).

El capital se vale del valor de uso manipulado, doblegado, torcido, para apuntalar la explotación de plusvalor. Por eso aludí a la doble conexión del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital con el de enajenación —del trabajo y de las necesidades—, por un lado, como, por otro lado, con más precisión, con el concepto —que se encuentra en *El capital*— de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, esa otra forma de decir explotación de plusvalor relativo.

[8] Jorge Veraza U., "La subsunción real del consumo en la posmodernidad y los *Manuscritos de 1844* de Karl Marx".





En lo que sigue explico paso a paso los componentes y premisas del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital.

1. Nocividad estructural de los bienes

Nocividad estructural significa aquí la que es generada por el modo de producción capitalista específico, esto es, caracterizado por lo que Marx llama "sistema automático de máquinas". Este cuerpo tecnológico fue producido históricamente por el capital industrial a partir de someter la realidad del proceso de trabajo y configurarlo para optimizar su capacidad de producir plusvalor. Marx denominó este proceso en el que se genera el plusvalor relativo "subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital", el cual incluye una subordinación del proceso de trabajo más básica, la subsunción formal, mediante la cual se produce plusvalor absoluto.[9] Pero por sí misma la remodelación sometiente del contenido real o técnico del proceso de trabajo al capital no implica que en el capitalismo se produzcan necesariamente valores de uso nocivos para el consumo. Sin embargo, hoy verificamos que el contenido material de los valores de uso para el consumo humano es el soporte de una nocividad que se ha vuelto norma. Por ello hablo de subsunción real del consumo bajo el capital y establezco que ésta deriva de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Esto es, que el desarrollo histórico de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital se configura hoy como subsunción real del consumo bajo el capital precisamente porque la producción de plusvalor absoluto y relativo no está pudiendo ocurrir sino sobre la base de producir valores de uso necesariamente nocivos.




Para aludir a esta nocividad estructural o derivada del modo de producción en cuanto tal hablo no sólo de subsunción real del valor de uso al capital sino de subsunción real del consumo, precisamente porque el sujeto humano que consume esos valores de uso no simplemente enferma o los rechaza por nocivos sino que queda sometido a ellos fisiológicos y psicológicos de modo sistemáticamente vicioso: la subsunción real del consumo bajo el capital no sólo es subsunción real del proceso de trabajo

[9] *Cfr*. Karl Marx, *El capital,* t. I, capítulo X, "Concepto de plusvalor relativo".

inmediato bajo el capital desarrollada sino, simultáneamente, subsunción real del sujeto social por el capital.[10]

De tal manera, observada al margen de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato al capital, la subordinación real del consumo al capital no produce plusvalor, pero su función es garantizar la producción y la realización del plusvalor en términos tecnológicos consuntivos. Por lo tanto garantiza asimismo la continuidad de la reproducción del plusvalor. Se trata de una categoría tecnológica, económica y sociológica, pero también política y psicosocial, además de fisiológica y, según veremos, ecológica, esto es, radicalmente histórica.

2. Diez tesis sobre la subsunción real del consumo bajo el capital

1ª. La subsunción real del consumo bajo el capital es la forma actual de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. Esta forma muestra sus primeros indicios desde 1850, pero sólo se consolidó durante la segunda posguerra mundial, en particular en la década de los sesenta del siglo XX. A partir de 1850 el capitalismo desbordó su medida continental hacia la empresa histórica de alcanzar una medida mundial,[11] la cual fue vigente sólo una vez destruida Europa y promovido el capitalismo norteamericano como hegemonista económico y geopolítico mundial. La subordinación real del consumo al capital es la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital que corresponde a la medida mundial del capitalismo. Tan redondo como es el dominio del capital sobre el mundo lo es su dominio en toda la sociedad, desde la producción hasta el consumo. Tan redondo y real, no sólo formal. Sólo un sometimiento real del proceso de reproducción social como un todo puede corresponder a la subsunción real del mundo por el capital pues el mundo es el valor de uso total de la reproducción íntegra de la humanidad. Pues bien, la reproducción se completa o redondea en el consumo —esta es su hebilla, por así decirlo— en la misma medida en que éste es el extremo opuesto a la producción, luego del cual recomienza aquélla. Por lo




[10] *Cfr*. Jorge Veraza U., "Proletarización de la humanidad,...", en este volumen.
[11] *Cfr*. mi *Revolución mundial y medida geopolítica de capital.*





tanto lo específico de la subordinación real de la reproducción al capital se juega en la subordinación real del consumo. Por ello lo específico de la subordinación real del mundo al capital es la subordinación real del consumo al capital. Así como la pregunta sobre qué significa explotar plusvalor es explicada a través de la pregunta sobre qué significa producir en términos capitalistas, lo que obliga a exponer las determinaciones del modo de producción capitalista en su conjunto —y la respuesta son los tres tomos de *El capital*—, del mismo modo la pregunta por qué significa la extensión mundial del modo de producción capitalista o, en otros términos, qué significa la mundialización capitalista es explanada a través de la respuesta a la cuestión por qué significa dominar en términos capitalistas todo el planeta. Como la tierra es el "reservorio y el laboratorio original" (Marx, *Grundrisse*) de la humanidad, el valor de uso objetivo total, esta interrogante se responde hablando del sometimiento total del valor de uso, es decir, de la subsunción real del proceso de trabajo y del consumo bajo el capital.





2ª. La subsunción real del consumo bajo el capital ocurre en la realidad de este consumo, es decir, en los valores de uso: el consumo y sus valores de uso han sido sometidos a las necesidades de acumulación de capital. Aún más, esa realidad del consumo que son los valores de uso está sometida no sólo formalmente, el consumo humano está determinado por el capital no sólo en su cantidad y en la forma en que se efectúa sino que el valor de uso es sometido realmente al capital.

3ª. Así, pues, tal y como las características materiales del oro sirven a las funciones sociales del equivalente general dinerario o, más aún, así como las características materiales útiles de la máquina sirven a la necesidad de explotar a la clase obrera cada vez más plusvalor relativo, asimismo la estructura material del valor de uso ha sido determinada de tal manera que responde a las necesidades sociales del capital, a la explotación y acumulación de plusvalor. Así como la culminación de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital es la maquinaria y la gran industria, el desarrollo de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital es la subsunción real del consumo bajo el capital.

4ª. En efecto, sólo una vez existiendo las máquinas sometidas al capital es posible que éstas vomiten valores de uso sometidos al capital desde su estructura material; ahora el sometimiento de los seres humanos al capital ya no sólo es económico y político, ni solamente ideológico y cultural —incluido el sometimiento moral—. El sometimiento pasa a ser fisiológico pues dependemos vitalmente del capital, es decir, del modo de vida y no sólo del modo de producción instaurado por el capital, nuestro proceso de vida está adherido viciosamente a él, devenimos dependientes y codependientes de los valores de uso nocivos que produce, y no sólo a través de los cigarrillos, licores y drogas que vende sino de todo el sistema de necesidades que instaura, también las que parecen inocuas. A partir de aquí todos los restantes factores del sometimiento social se redimensionan cualitativamente; por ejemplo, cada vez más el sometimiento político se profundiza en un sometimiento psicosocial y, por tanto, sexual, al modo en que surgió la psicología de masas del fascismo o, después, la cultura de masas prefigurada en la propaganda nazi y consolidada en la segunda posguerra mundial para apoyar la hegemonía mundial de Estados Unidos.[12]

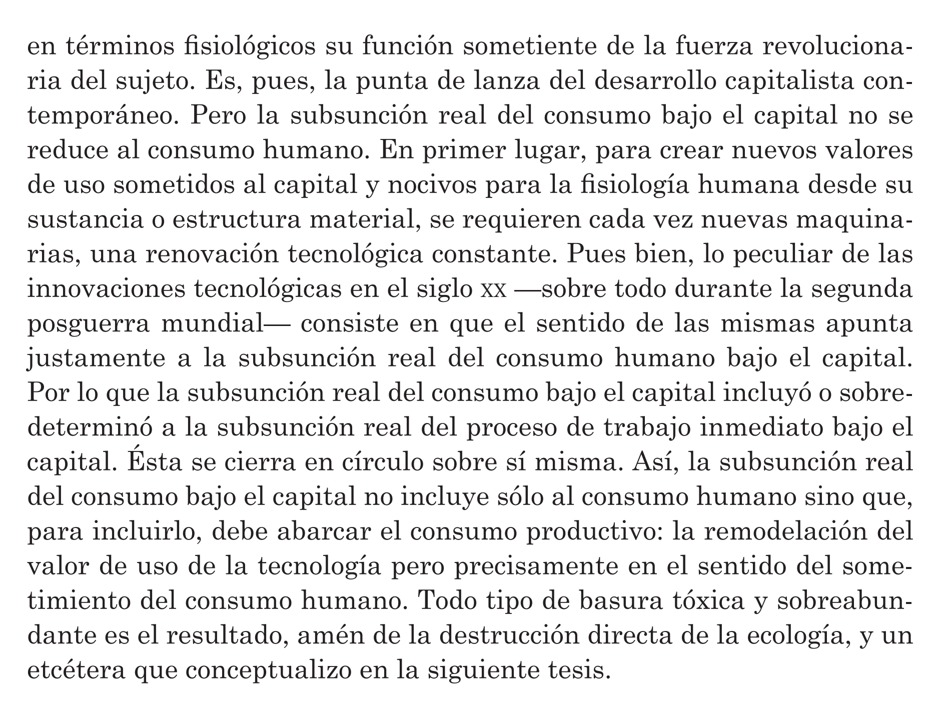



5ª. La dependencia vital fisiológica al modo de vida instaurado por el capital tiene la función de desarmar a la revolución ya antes de que se levante en armas contra el capital. La subsunción real del consumo bajo el capital es idéntica con el sometimiento capitalista del sujeto social revolucionario. O bien, como formulé el fenómeno para indicar el contenido específico de la historia del siglo XX a diferencia de la del XIX,[13] consiste en el sometimiento del sujeto social mundial en tanto fuerza revolucionaria —no sólo en tanto fuerza de trabajo—, o en tanto sujeto trascendente respecto del capitalismo.

6ª. El consumo humano es donde mejor resaltan las características específicas de la subsunción real del consumo bajo el capital, por eso comencé a exponer este concepto por allí. Y porque desde este punto se radicaliza

[12] *Cfr.* mi "Crisis y desarrollo de la hegemonía capitalista". Así como mi *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos.*
[13] En el contexto del ciclo de mesas redondas *Jornadas del 68*, realizado en diversas instituciones de educación superior de la ciudad de México durante 1993 con motivo del homenaje al veinticinco aniversario de las gestas acaecidas en 1968.





en términos fisiológicos su función sometiente de la fuerza revolucionaria del sujeto. Es, pues, la punta de lanza del desarrollo capitalista contemporáneo. Pero la subsunción real del consumo bajo el capital no se reduce al consumo humano. En primer lugar, para crear nuevos valores de uso sometidos al capital y nocivos para la fisiología humana desde su sustancia o estructura material, se requieren cada vez nuevas maquinarias, una renovación tecnológica constante. Pues bien, lo peculiar de las innovaciones tecnológicas en el siglo XX —sobre todo durante la segunda posguerra mundial— consiste en que el sentido de las mismas apunta justamente a la subsunción real del consumo humano bajo el capital. Por lo que la subsunción real del consumo bajo el capital incluyó o sobredeterminó a la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Ésta se cierra en círculo sobre sí misma. Así, la subsunción real del consumo bajo el capital no incluye sólo al consumo humano sino que, para incluirlo, debe abarcar el consumo productivo: la remodelación del valor de uso de la tecnología pero precisamente en el sentido del sometimiento del consumo humano. Todo tipo de basura tóxica y sobreabundante es el resultado, amén de la destrucción directa de la ecología, y un etcétera que conceptualizo en la siguiente tesis.




7ª. La inclusión del consumo productivo dentro de la subsunción real del consumo bajo el capital la valida como forma de la subsunción real del proceso de trabajo inmediato al capital y, a la vez, nos lleva a considerar como partes de ella no sólo los valores de uso que median la relación del capital con los consumidores, de la producción con el consumo humano (alimentos, drogas, automóviles, electrodomésticos, espectáculos, libros, etcétera) sino los valores de uso que son la premisa de ese consumo humano (las máquinas, las computadoras, etcétera) y aún más a los valores de uso que son premisas para el consumo productivo. Pues tales premisas lo son de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, forman parte de ella, no le son exteriores. Se trata del territorio, las materias primas, los energéticos, la ecología, y la biodiversidad, del dominio geopolítico del mundo, etcétera. En fin, todas las condiciones materiales de existencia de la sociedad humana van quedando subsumidas realmente al capital, eso es la subsunción real del consumo bajo el capital, y precisamente en tanto el sometimiento real de todas las condiciones materiales apunta





a lograr la subsunción real del consumo humano y por él es promovido el sometimiento del conjunto, es su motor y su guía, su horizonte y telos inmanente. A partir de aquí adquiere sentido todo el proceso y recibe función posicional cada factor del mismo.

He aquí la subsunción real de la reproducción social como un todo centrada en torno a la subsunción real del consumo humano.

8ª. La subsunción real del consumo bajo el capital incluye, así, el armamentismo y la estrategia militar —el complejo militar industrial como producción de valores de uso nocivos—, la lucha por el petróleo, el crecimiento del Estado y de su intervención en la economía y en la vida social en tanto garante de las condiciones de la reproducción de capital, no digamos la conformación de un valor de uso cultural sometiente —la cultura de masas y la manipulación psicológica del consumo a través de la propaganda, etcétera—. Muchos de estos fenómenos han sido analizados aisladamente por diversos autores desde fines de la década de los treinta del siglo XX pero sin dar razón unitaria del conjunto, y menos desde las necesidades de la producción material capitalista. El concepto de subordinación real del consumo al capital sí lo permite, sobre todo si se capta el hecho al que se refiere como causa contrarrestante global de la caída tendencial de la tasa de ganancia y por lo tanto como parte de la comprensión del desarrollo capitalista con base en esa ley formulada por Marx.




9ª. Como se sabe, la noción de sociedad de consumo tiende a negar la primacía de la producción en la economía y en la sociedad y la primacía de la explotación de plusvalor por sobre toda otra alienación y por sobre toda gratificación institucional desarrollada por el sistema para integrar a los explotados. Podemos ver esto en los más importantes intentos de explicación del capitalismo contemporáneo como los de Marcuse (*El hombre unidimensional, Eros y civilización*), Baran y Sweezy (*El capital monopolista*), Seymour Melman (*El capitalismo del pentágono*), Michael Kidron (autor de diversos ensayos relativos a la producción bélica como motor de la acumulación). O bien se cree que el sometimiento del consumo depende sólo de la manipulación subliminal de la propaganda pero sin tener en cuenta la nocividad fisiológica de los valores de uso como pivote de la enajenación material por sobre la cual y para la cual y, con





base en la cual tiene eficacia la manipulación ideológica y psicológica.[14] Así Lukács y Marcuse hablan del sometimiento del consumo influidos por Vance Packard (*Las formas ocultas de la propaganda,* 1959) y el neoconservador Daniel Bell habla de las "contradicciones culturales del capitalismo" como si ya sólo lo cultural fuera problemático.

En este mismo orden de ideas se mueve el análisis de Jean Baudrillard en sus libros *Sistema de los objetos* y *Crítica de la economía política del signo*, donde la alienación promovida por los bienes de consumo o bien es sólo ideológica y psíquica o bien está determinada por la distribución espacial del objeto —por ejemplo el *living room*, etcétera—. Evidentemente aquí Jean Baudrillard se halla influido positivamente por el urbanismo, en particular a través de Henri Lefebvre, así que lo que ofrece de materialismo en sus análisis críticos del consumo hay que retrotraerlo a *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Engels y a la ilustración de la ley de la acumulación de capital que presenta Marx en el capítulo XXIII del tomo I de *El capital,* ambos textos muy influyentes en Henri Lefebvre. Pero es evidente que la materialidad de los valores de uso no se agota en el espacio. Este es sólo su aspecto general y básico, es decir, en tanto "*res extensa"*, digamos. Pero la subordinación real del consumo al capital alude a la transformación cualitativa de la sustancia de los valores de uso.




Este concepto radicaliza el concepto de enajenación porque lo configura como enajenación material o, si se quiere, es la concreción de lo que Marx entiende por enajenación desde 1844 superando la concepción de la enajenación como hecho sólo religioso e ideológico que tienen Hegel y Feuerbach, o la enajenación sólo política que ve Arnold Ruge, siempre reductible a enajenación ideológica.

10ª. La subordinación real del consumo al capital es la subsunción real del consumo humano y del consumo productivo y de sus premisas materiales (el espacio geográfico y el ecosistema). Pero es también la subsunción real de esa otra premisa del proceso de trabajo que es el propio sujeto humano en tanto valor de uso peculiar, es decir, en tanto procreador de la fuerza de trabajo que debe ser explotada. Así, pues, la subsunción real de las fuerzas productivas procreativas es el tercer componente general

[14] *Cfr*. W. Abendroth *et al*., *Conversaciones con Lukács* (1974).

del fenómeno al que nos referimos, junto con la subsunción real de las fuerzas productivas técnicas y la del consumo humano. La subsunción real de las fuerzas productivas procreativas bajo el capital arranca desde el nivel familiar y doméstico y avanza hacia las formas de asociación personal, civil y políticas e incluye la refuncionalización de la cultura en tanto aparato formador de sujetos —que no procreador, por supuesto (aunque hoy las imágenes culturales logran "crear" sujetos funcionales al sistema según modelos troquelados)—. De tal manera, la base de la subsunción real de las fuerzas productivas procreativas bajo el capital es la remodelación de la comunidad doméstica capitalista (proceso que se desencadenó virulentamente en la década de los sesenta con la proletarización del trabajo femenino y del trabajo intelectual, la revolución sexual, la píldora anticonceptiva —curioso valor de uso sometido al capital—, la protesta feminista y gay,[15] etcétera).

3. Fetichismo cósico: erotización de las cosas y cosificación de Eros




La subsunción real del consumo se caracteriza por la producción de un fetichismo cósico en el que no sólo se cosifican las relaciones sociales y surge la figuración de relaciones sociales entre cosas —como en el fetichismo de la mercancía— sino que se trastorna la sustancialidad del valor de uso y ocurre la más patente y obnubilante cosificación de las relaciones eróticas y la erotización de las relaciones cósicas. El fetichismo se materializa, se energetiza y se vuelve deseo sexual que se trastoca a su vez en hambre compulsiva.

El valor de uso nocivo producido por la tecnología destructiva de paz del capital —que responde a las necesidades de acumulación de capital antes que a las humanas—, cuyo contenido de plusvalor presiona para unilateralizar y deformar nocivamente el contenido útil, logra este estatuto subordinado realmente al capital sólo en la medida en que el capital opera correlativamente un trastocamiento del sistema de necesidades del sujeto humano en torno a un principio estructurante que consiste

[15] Tuve oportunidad de hablar con cierto detalle respecto al posmodernismo y la comunidad doméstica capitalista en la conferencia que impartí en la UAM-I (en mayo de 1993) con el título irónico de que "Si el año 2000 es posmoderno, ¿el 68 fue el fin de la modernidad?"





en torcer el sentido del deseo sexual hacia el sentido del hambre y a su vez, el sentido del hambre hacia el del deseo sexual. Este último es deseo de deseo y tiene al sujeto y su ilimitación como modelo, mientras que el hambre es deseo de objeto y los límites del mismo son su satisfacción (Hegel). La alteración psicosexual y psicosocial así generada amarra vitalmente la enajenación de la socialidad en cada individuo.

Pues bien, la *erotización de las cosas* promueve un irrefrenable consumismo ilimitado y postula al objeto útil como equivalente general del sujeto y que lo domina sin satisfacerlo plenamente; mientras que la *cosificación de Eros* reduce a cosa al mismo sujeto y reduce satisfacción plena que debía conferirle a una atomización y segmentación del sentido. Cada objeto funciona como una droga heroica. Así se opera la reproducción ampliada de insatisfacción y displacer, de suerte que Tánatos parece ser quien completa los puntos suspensivos de tal pérdida de sentido vital y humano. El objeto y el trabajo muerto dominan al sujeto vivo a través de la cosificación de Eros, a la que se aúna la fabricación industrial creciente de Tánatos.[16]




Pues bien, la reciprocidad negativa[17] que los medios de comunicación estructuran materialmente y la ideología dominante esparce en cada mensaje es concretada en el fetiche cósico propio de los valores de uso sometidos al capital —en la erotización de las cosas y en la cosificación de Eros— cuyo anclaje objetivo ataca violentamente a la fisiología humana. Esta función nociva omnilateral es codificada en el valor de uso. La relación imperialista se ve concretada así en cada objeto en tanto productor de reciprocidad negativa. La reciprocidad negativa es producida a partir de dañar el metabolismo fisiológico humano. De este modo el destino del individuo así trastocado es sintonizado con el del mercado mundial capitalista.

Pero los seres humanos guardan relaciones omnilaterales con el cosmos, con el planeta Tierra, con la biosfera y su biodiversidad. La medida

[16] El término de Tánatos —acuñada por Ernest Jones, biográfo de Freud— designa al principio freudiano de muerte (*Más allá del principio del placer*, 1929). Asumo aquí la crítica que Wilhelm Reich hace de esta noción en “El carácter masoquista” (capítulo de *El análisis del carácter* (1934), como una formación no originaria ni autónoma sino reactiva, una deformación del principio de placer propia de una época histórica que deniega omnilateralmente al sujeto humano y no una característica natural del alma humana según creyó erróneamente Freud.
[17] *Cfr*. Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica* (1961), introducción.



actual de capital no alcanza para trastocar el cosmos pero sí para sintonizar el destino de la biodiversidad con las necesidades del mercado mundial y, por ende, con las necesidades artifíciales del individuo consumista cósicamente fetichizado agente de la subsunción real del consumo bajo el capital. La nueva empresa así perfilada pertenece al ámbito de la biotecnología, en particular al de la ingeniería genética; para ser más preciso, al capital biogenético.

II. BIOTECNOLOGÍA

1. Dos andanadas de la subsunción real del consumo en el capital en la agricultura en el siglo XX





La revolución verde de los años cincuenta fue impulsada por instituciones públicas cuando Estados Unidos era ya hegemonista mundial y la gran industria dominaba en todos los países del orbe, concurrentes a un mercado mundial maduro esbozado 100 años atrás.[18] En esta revolución tecnológica agrícola preponderaron formalmente los intereses nacionales, pues tuvo como sujeto del proceso a los Estados capitalistas de los distintos países. De ahí que la degradación del valor de uso ecológico y alimentario provocado por el uso masivo de pesticidas, fertilizantes y maquinaria fuera menor que la subordinación real del consumo al capital propia de la revolución tecnológica de los ochenta y los noventa, "promovida únicamente por las transnacionales de las semillas, de los agroquímicos y de la industria alimentaria".[19] Ahora la motivación del proceso es el más puro afán de lucro y control monopólico vertical y horizontal de toda la rama y la producción agrícola tiene como referente no al Estado nacional capitalista sino al mercado mundial globalizado bajo la hegemonía total de Estados Unidos y la generalización del capitalismo salvaje neoliberal. En este escenario es posible que "Monsanto venda el herbicida llamado *Round up* junto con las semillas tolerantes"[20] al mismo para esclavizar tecnológicamente a sus compradores. El tipo de coer-

[18] Karl Marx analiza al proceso de constitución de este esbozo de mercado mundial en "De mayo a octubre de 1850".
[19] Arnaud Apoteker, *Introducción a los organismos genéticamente modificados,* p. 52.
[20] *Ibid.,* p. 53.





ción social (subordinación formal) que esta tecnología involucra en tanto pieza de subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital es, pues, necesariamente nociva también para el consumo. Es así como la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital deviene subordinación real del consumo al capital.

2. Tipo de tecnología. De la revolución verde a la biotecnología

La tecnología que se utiliza en la agricultura capitalista no es neutral; no sólo lleva la impronta de ser un medio para acrecer la explotación de plusvalor relativo que habrá de reflejarse en las ganancias —lo mismo que la industria urbana— sino que apunta, además, a reducir la duración de los ciclos naturales para acortar los ciclos de rotación del capital.[21] Es evidente que el acortamiento del ciclo natural del desarrollo vegetal se traduce en alteraciones y deformaciones nocivas de la calidad biológica y alimentaria de los cultivos y que la historia de la agricultura capitalista ha sido la de la sistemática transgresión de esos ciclos naturales, desde los de los bosques hasta los de los cultivos forrajeros y para el consumo humano. El surgimiento de la ingeniería genética —en especial transgénica— es sólo la culminación de este proceso.




El carácter antiecológico de la agricultura capitalista es, pues, estructural y desde hace siglos la producción de valores de uso intrínsecamente nocivos para el consumo humano ha venido ocurriendo en primer lugar en esa rama.

3. Subordinación real del consumo al capital, proletarización campesina y transgénicos

[21] Marx estudia este problema en la sección segunda "(La rotación del capital" del tomo II de *El capital.* Los dos factores del capital —el capital *variable,* dedicado a salarios y del que debe generarse el plusvalor, y el capital *constante,* dedicado a la inversión tecnológica, en materias primas e instalaciones— presionan mediante la conformación de un tipo de tecnología que permita deformar los ciclos naturales en dirección a su acortamiento temporal. La distinción entre capital circulamte, que incluye al capital variable y una parte del capital constante, y capital fijo que incluye al resto del capital constante, evidencia esta desproporción de la rotación de capital respecto de los ciclos naturales.

Ya hemos visto que la subsunción real del consumo bajo el capital no sólo es correlativa a la mundialización del capitalismo industrial sino también a la proletarización de la humanidad.[22] Por supuesto, el sector social productivo que es más importante proletarizar es el campesinado, y precisamente como proletariado agrícola. Desde el nacimiento del capitalismo hasta la década de los ochenta del siglo XX la proletarización del campo no había podido ser completa, pero la producción y comercialización de semillas transgénicas parece ser el instrumento que la posibilita en la medida en que le expropia al campesino la capacidad de sembrar la semilla remanente de la primera cosecha porque la industria biotecnológica penaliza en términos económicos y judiciales, guardar, regalar o intercambiar la semilla que ha sido patentada. El campesino queda entonces atado y, de generalizarse los transgénicos, "se convertirá únicamente en un obrero especializado en la fabricación de productos que atienden sólo las necesidades del mercado".[23] El campesino estaba sólo formalmente proletarizado al quedar sometido al banco al que debía pagar préstamos e intereses mientras que el sometimiento que ahora nos ocupa arraiga en el proceso de producción mismo, de tal manera que los transgénicos promueven una proletarización técnica del campesinado aunque formalmente el proceso parezca funcionar aún bajo su propiedad y control.




Tal parece que la proletarización integral del campesinado sólo ha sido posible si el capitalismo a la vez degrada tóxicamente el producto de la cosecha y lleva la destrucción de la ecología hasta niveles genéticos.

Al viejo trauma de la acumulación originaria del capital que le expropia al campesinado su relación directa con la tierra (su naturaleza externa), el neoliberalismo de la vuelta de milenio le añade la expropiación completa de nuestra relación directa con todo lo vivo, desde la biosfera hasta nuestra propia naturaleza interna. La actual expropiación del código genético (los actuales derechos de patente sobre el genoma humano y el de los cereales que soportan a nuestra civilización) viene a rematar una expropiación del cuerpo humano que el capital ha venido realizando a lo largo del siglo XX por medio de la subordinación real del consumo al

[22] *Cfr*. Jorge Veraza, *Proletarización de la humanidad y subsunción real del consumo bajo el capital*.
[23] Arnaud Apoteker, *op. cit*, p.58.





capital (en tanto subordinación de la calidad de la vida mediante el desarrollo de las industrias farmacéutica y alimentaria así como el narcotráfico, la producción de enfermedades y el tráfico de niños y órganos).[24]

4. Los transgénicos son valores de uso subordinados realmente al capital

Los transgénicos son valores de uso nocivos en términos sociales, ecológicos y salutíferos (tanto alimentarios como medicinales). Veamos lo que nos dice Silvia Ribeiro.[25]

1) En el caso de la soya RR transgénica —usada por ejemplo en alimentos para bebé—, "la gente se alimentará con herbicida" al consumirla; es herbicida y sólo aparentemente alimento. Antes la soya no era alergénica, pero la transgénica lo es en alto grado. La gente no lo sabe y las compañías biotecnológicas son renuentes a advertirlo en la etiqueta. "En los procesados finales para el consumo humano" se encuentran residuos tóxicos de glifosfato hasta 200 veces mayores.




Veamos el caso de las TRUG —tecnologías de restricción de uso genético— "denominadas popularmente terminator y traitor".

2) "*Terminator* es una tecnología que produce semillas estériles en la segunda generación para obligar al productor a que vuelva a comprar semillas." Este valor de uso de diseño es nocivo para la economía popular pues somete y proletariza realmente al consumidor productivo de la semilla, el campesino.
3) También atentan contra el modo de vida agrícola tradicional porque someten y proletarizan realmente —o desde la tecnología— al campesino los transgénicos que "obligan a los productores a usar determinados productos químicos —propiedad de la misma compañía que vende la semilla— si quieren lograr que sus cultivos sean exitosos

[24] *Cfr.* Andrés Barreda, "Atlas geoeconómico y geopolítico de Chiapas", pp. 96-97.
[25] Silvia Ribeiro, "Transgénicos: un asalto a la salud y al medio ambiente", RAFI. (silvia@rafi.org, y http://www.rafi.org, pág. 3, julio 2000).



[...] e incluso que no se enfermen". Aquí el campesino sufre una dependencia doble: de la semilla y del herbicida que funciona también como estimulante químico-genético de la semilla.

4) La convención de armas tóxicas y biológicas de la ONU en Nairobi (mayo de 2000) adoptó la moratoria "para prevenir el uso comercial" de ciertas armas secretas transgénicas, tecnología destructiva y a la vez constructiva o de paz cuya nocividad puede ser activada "por inductores externos, por ejemplo fumigación, calor, etcétera".

5) Ninguno de los anteriores es un valor de uso atractivo para el consumidor, y ante las protestas y prohibiciones europeas a importarlos, las empresas biotecnológicas impulsaron los transgénicos vitaminados y nutricéuticos o que incluyen vacunas (por ejemplo en el plátano). Por supuesto sin eliminar las características previas (*terminator* y de doble dependencia semilla/herbicida): "las están sumando". Estos transgénicos en particular son valores de uso triplemente nocivos porque además de dañar al campesino y al consumidor final ocultan esa nocividad en presuntos enriquecimientos del producto. Los anteriores tipos de transgénicos (1-4) lesionaban el consumo humano al priorizar la prosecusión de ganancias y la garantía de éstas mediante el dominio del capital sobre la conducta del campesino, es decir que exaltando otro aspecto redundaban en pisotear/someter el consumo final, combinación materialmente nociva y sometiente a la que se añade ahora (5) el sometimiento ideológico del consumo que se hace al ocultar información. Este ocultamiento revela que el incremento de racionalidad en el capital se corresponde con la erosión[26] de la misma para los seres humanos, y que la degradación de la conciencia es correlativa a una nocividad material que se oculta mediante la promoción espectacularista —para usar una expresión de Guy Debord— de algún aspecto del valor de uso en cuestión. Cabe aclarar que la degradación de la conciencia y la promoción espectacularista de la imagen del valor de uso —junto con el fetichismo de la mercancía— se inscriben en la metabolización de la nocividad




[26] Sobre la noción de erosión cultural, *cfr*. Pat Roy Mooney, *The ETC Century Erosion, Technologycal Transformation and Corporate Concentration in the XXI century,* Dag Hammarskjöld Foundation Uppsala (Suecia), en cooperación con RAFI (Canadá) (Development dialogue, 1999, 1 y 2).





material producida por la subordinación real del consumo al capital.

6) Para el diseño de transgénicos se utilizan virus, bacterias y plásmidos, "todos los cuales tienen un alto potencial recombinatorio". Es decir, prosiguen "intercambiando material genético con otros microorganismos incluso dentro de nuestro propio organismo".[27] Estos objetos de consumo producen nuevas enfermedades víricas y bactéricas (ébola, hantavirus, etcétera) y vuelven resistentes "enfermedades antes controladas" como la tuberculosis y la malaria.
7) Este valor de uso es imprevisiblemente nocivo de modo estructural no es casual pues la operación transgénica es en general altamente imprevisible y "trabaja sobre la base de esa ignorancia" del científico acerca de genes que "pueden recombinarse aun estando fuera del núcleo". Su "efecto más drástico fue la utilización de un triptófano transgénico en Estados Unidos a principios de los noventa", el cual generó fuera de control una molécula tóxica, a lo que aún no ha podido darse una explicación pero por cuya causa "murieron 37 personas y 1500 quedaron con secuelas graves permanentes". "Existen informes de que algo así podría estar ocurriendo con el aspartame" de Nutrasweet, pero Monsanto —dueño de la empresa— "no ha querido aclarar si los ingredientes que utiliza para la sintetización de este endulzante son o no transgénicos".




8) La insulina humana transgénica —de muy barata producción pero enormes ganancias comerciales— es un valor de uso "médico" nocivo indeterminado. Es agresivamente patógeno y no curativo aunque eso sí, oculta los síntomas de la hipoglucemia. Además, las empresas que la producen ocultan información respecto de la misma.
9) Cultivos como el maíz BT176 de Novartis (es decir, con genes de la toxina Bacilus Thuringiensis, tóxica para orugas) "tienen un gen marcador que produce resistencia a antibióticos", y Patrice Courbain ha demostrado que "este y otros genes marcadores similares pueden transmitir la resistencia a antibióticos a quienes consuman estos productos", incluso animales alimentados con pienso transgé-

[27] La recombinación de la bacteria E-Colli —antes fácilmente controlable— "es común en cooperaciones de transgenia", pero ahora ha surgido "una cepa de E-colli resistente a 31 antibióticos".





nico. Este artilugio fortalece unas especies nocivas contra otras, incluso contra los seres humanos.

10) Estos valores de uso atentan contra el ecosistema humano pues transfieren la propiedad transgénica a cultivos nativos, criollos o plantas silvestres emparentadas creando por ejemplo malezas resistentes a los herbicidas, volviéndolas superinvasoras (caso de la colsa).
11) También son dañinos porque homogenizan la biodiversidad, como ocurre en el caso del maíz transgénico introducido en América Latina, lo que es "más grave en los centros de origen y diversidad del maíz como México". En 2003 se registró contaminación transgénica en los maizales de nueve estados del sur, norte y centro de la república.
12) La transferencia horizontal de información genética entre "especies no relacionadas directamente entre sí" es un método natural de enriquecimiento de la biodiversidad, pero operada por transgénicos se convierte en medio de contaminación genética de parientes. Este riesgo es aún mayor en el caso de bacterias y virus contaminadas por plantas transgénicas.




13) ¡Murieron, pero no eran el objetivo del ataque! Cultivos transgénicos BT tuvieron efecto tóxico sobre 46 por ciento de las orugas de mariposa monarca que comieron del polen del maíz BT esparcido por el viento, además de "afectar a otras especies no objetivo" de la protección del cultivo. La limitada racionalidad de esta tecnología deja un margen de irracionalidad desastroso aun mayor en la biosfera.
14) Entre los transgénicos existen también valores de uso que son nocivos y antiecológicos por contrafinalistas pues el uso masivo de glifosato toxina BT u otros herbicidas que involucran "genera resistencia en las plagas y malezas a las que se proponen combatir". Los cultivos BT no son cultivos sino plaguicidas —así se los registra en Estados Unidos— pero, por si fuera poco, contrafinalistas. Semejan una broma de humor negro que la finalidad lucrativa le juega a la biología para torcerla.
15) En tanto organismos vivos, los transgénicos "se reproducen en forma autónoma e independiente en el medio ambiente, inclusive en los seres humanos", así que se extienden sin control y provocan una contaminación genética del ecosistema que es generalizada (y hasta hoy indeterminada).



Como se ve, la nocividad estructural de los transgénicos es multimodal, agrede al consumo humano y a la biodiversidad cada vez que tal o cual empresa transnacional apunta a arruinar/proletarizar a los pequeños campesinos y su economía ligada al valor de uso o a posicionarse monopólicamente en el mercado agrícola mundial frente a otros gigantes del *agrobussines*. El patrón tecnológico que hizo crisis en 1971 debe ser sustituido con premura por esta monstruosidad según el Banco Mundial en su Informe Sobre el Desarrollo Mundial. Desarrollo y Medio Ambiente.[28]

De tal manera, los diseños científico-tecnológicos que hay detrás de la producción transgénica sufren del *síndrome de aplicación necesariamente urgentista* propio de una ciencia y una tecnología sometidas integralmente a los requerimientos de la maximación de la ganancia y el afán monopólico. Esta es la respuesta de las empresas transnacionales en el contexto de la globalización hegemónica de Estados Unidos, ante las barreras naturales que se oponen a la explotación de la tierra y las barreras socioeconómicas que se oponen a la proletarización de los campesinos.





Los transgénicos surgen en el curso de la empresa histórica de echar por tierra estas barreras. Son un arma anticampesina y antiecologica, y dada la situación de polarización mundial del capitalismo —y puesto que las regiones de mayor biodiversidad genética están en el Sur—, los transgénicos son un arma imperialista de sometimiento del Sur del planeta por el Norte.[29] Arma para el afianzamiento de la hegemonía del capitalismo norteamericano, cuya dialéctica interna vuelve a los transgénicos necesariamente nocivos también para el consumo humano, aunque esto no fuera parte de su diseño. Por lo demás, es posible demostrar —aunque no sea éste el lugar para ello— que las características de los transgénicos que son antiecologicas y anticampesinas son también inmediatamente nocivas para el consumo humano.[30]

[28] *Cfr*. Andrés Barreda, *op. cit.,* p. 73 y ss., donde comenta en extenso las vicisitudes de la sustitución del patrón tecnológico en relación con la biotecnología.
[29] *Ibid.,* p. 74 y ss.
[30] *Cfr*. Elizabeth Bravo, *El ABC de los transgénicos.*



5. Los transgénicos como realización de la subordinación real del consumo al capital

La manipulación genética de los vegetales intenta volverlos tolerantes a un herbicida (comercializado por la misma empresa), o inmunes a insectos y plagas, de suerte que la propia planta produzca la sustancia tóxica que ataca al insecto o bien, finalmente, que la planta se haga resistente a los virus.[31] De tal manera se busca un abastecimiento regular suficiente para garantizar las ganancias. El consumo final y el consumo de insumos intermedios —como en el caso de la dependencia exclusiva a un herbicida— rigen la estructura material del objeto producido en acuerdo a los factores productivos, comerciales y competitivo-monopólicos. La estructura material del valor de uso queda así necesariamente distorsionada al orientarse a otras finalidades —las de la acumulación de capital— que a las de la reproducción biológica óptima.





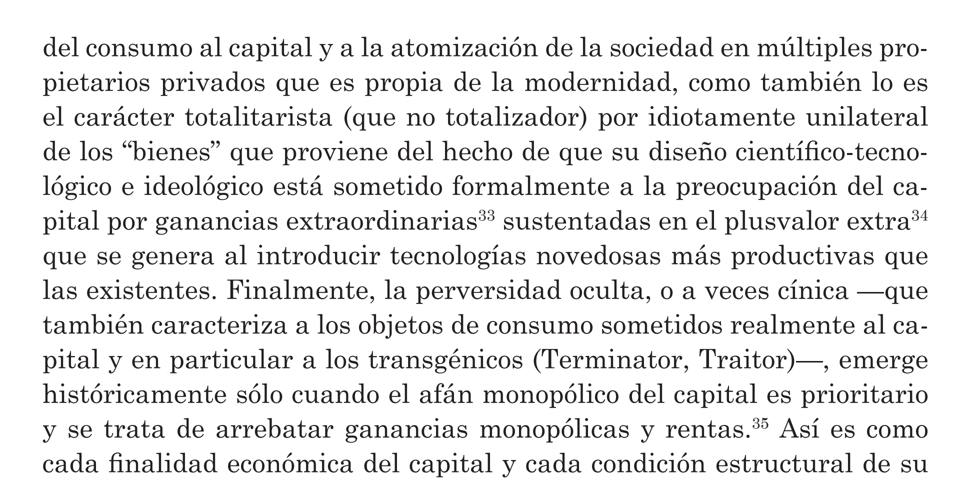
De tal modo la subordinación real del consumo al capital consiste en amarrar la producción de plusvalor —especialmente el plusvalor extra y las ganancias monopólicas— a las peculiares características materiales peculiares del objeto de consumo diseñadas según la orientación de las necesidades de la circulación y la competencia. Su efecto en la estructura económica capitalista es por ende total. De hecho, hoy es cada vez más necesario que el plusvalor quede atado a un tipo de valor de uso nocivo para ser realizado. Los transgénicos ilustran así las determinaciones generales de la subordinación real del consumo al capital.

En los 15 aspectos nocivos de los transgénicos arriba caracterizados se mostró el *quid pro quo* o equivocidad tanto ideológica como material de este objeto de consumo. Su diseño científico-tecnológico analiticista y la publicidad espectacularista ocultan la nocividad del "bien" en cuestión en un contexto de competencia feroz entre capitales. La imprevisibilidad estructural que caracteriza a estos productos deriva de su origen capitalista y el consiguiente urgentismo de ganancias[32] que no se detiene ante "minucias" como el desconocimiento de los efectos del producto en el ambiente y en la fisiología humana. La contrafinalidad determinada por una ciencia analiticista también caracteriza a la subordinación real

[31] Arnaud Apoteker, *op. cit.*, 42-46

[32] *Cfr.* Karl Marx, *El capital*, tomo III, secciones primera y segunda.





del consumo al capital y a la atomización de la sociedad en múltiples propietarios privados que es propia de la modernidad, como también lo es el carácter totalitarista (que no totalizador) por idiotamente unilateral de los “bienes” que proviene del hecho de que su diseño científico-tecnológico e ideológico está sometido formalmente a la preocupación del capital por ganancias extraordinarias[33] sustentadas en el plusvalor extra[34] que se genera al introducir tecnologías novedosas más productivas que las existentes. Finalmente, la perversidad oculta, o a veces cínica —que también caracteriza a los objetos de consumo sometidos realmente al capital y en particular a los transgénicos (Terminator, Traitor)—, emerge históricamente sólo cuando el afán monopólico del capital es prioritario y se trata de arrebatar ganancias monopólicas y rentas.[35] Así es como cada finalidad económica del capital y cada condición estructural de su existencia se reflejan en las características materiales de los valores de uso sometidos realmente al capital.




Los transgénicos reprsentan una subsunción real del consumo bajo el capital radical y absoluta, no sólo multimodal. Es radical porque distorsiona al organismo vivo desde su código genético y absoluta porque como ese organismo sigue reproduciéndose con características similares deja de aprender de su experiencia y suspende su capacidad evolutiva y adaptativa o bien pierde completamente la capacidad de reproducción, y en segundo lugar, porque su nocividad genética no se detiene en él, sino que se disemina en todos los organismos con los que ésta guarda relación alimentaria o de intercambio genético. Maticemos.

Los efectos nocivos elementales —o tomados uno a uno— de los transgénicos son similares (alergias proteínicas y tóxicos) a los de otros productos no transgénicos propios de la subsunción real del consumo bajo el capital, pero el fundamento genético-ecológico que los preside redimensiona y hace más complejo el efecto nocivo.[36] En ellos la ecología, por la

[33] *Cfr. ibid.*, sección segunda.
[34] *Cfr. ibid.,* tomo I, capítulo X.
[35] *Ibid.,* tomo III, sección sexta.
[36] “Algunos de los riesgos para la salud previsibles por el consumo de plantas transgénicas son el incremento de las alergias y la creación de nuevos componentes para las plantas que podrían resultar tóxicos para los seres humanos” (Arnaud Apoteker, *op. cit.*) Ante la subsunción real del consumo bajo el capital absoluta que es característica de los transgénicos, el peligro para la salud no sólo es abierto e indeterminado como sugiere Arnaud Apoteker.



vía de la genética, se vuelve un objeto de consumo nocivo inmediato para la humanidad.

Esta aseveración se basa en dos razones, a saber: en primer lugar este consumo nocivo se vuelve actualmente forzoso en la medida en que toda otra opción alimentaria es bloqueada por los intentos de afianzar el control monopólico en términos no sólo económicos y políticos sino tecnológicos. Los transgénicos constituyen la realización o corporeización tecnológica del monopolio. (Y si hay otra opción alimentaria no se informa si es transgénica o no.)

En segundo lugar, su efecto nocivo es históricamente irreversible, por lo que —en tercer lugar— se trata de una nocividad y un sometimiento que es forzoso hoy y mañana. La subsunción real del consumo bajo el capital se volvió sistemática al arraigar naturalmente pues, en efecto, se trata aquí del arraigo genético-natural —no meramente físico o químico fabril— de la subsunción real del consumo bajo el capital, y por ende de lo que Andrés Barreda denomina "subordinación material de la megadiversidad" en términos capitalistas.[37]



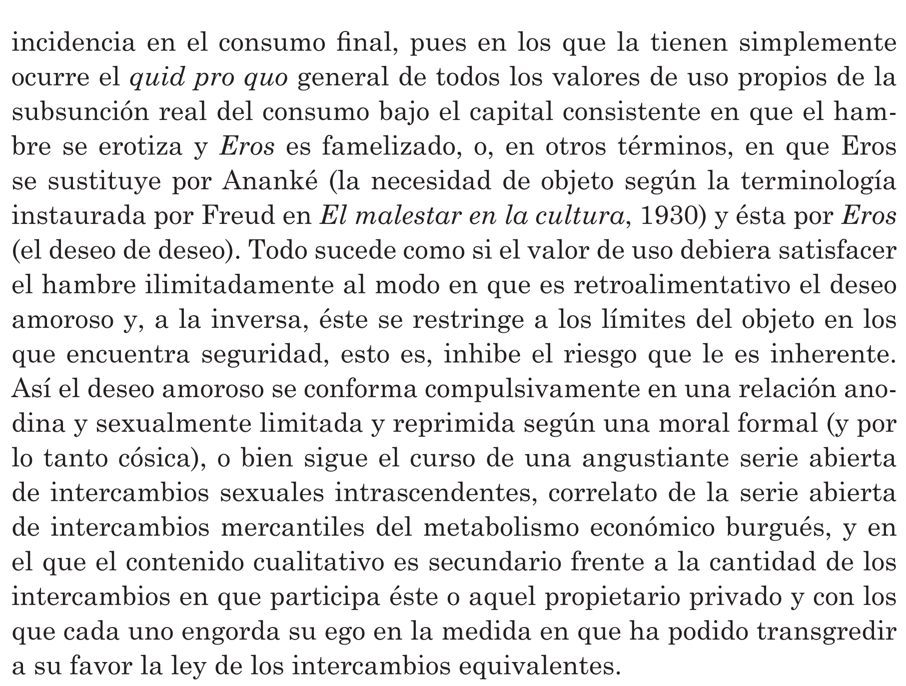

Ahora bien, del arraigo genético de la nocividad transgénica deriva el carácter multimodal de la misma, pues lo que tenemos es el diseño y la producción de unas formas de vida antagónicamente extrañas a la biosfera terrestre pero que interactúan en ella y entran inmediatamente en colisión con todas las figuras sociales, fisiológicas y ecológicas existentes. Los transgénicos son el capital viviente: el capital en tanto realización biológica, y la alienación total propia de lo que es capital constituye la sustancia del transgénico. Podría decirse que si el capital estuviera vivo sería un alien así, es un ser vivo y es eso.

6. El fetichismo cósico antiecológico

El fetichismo cósico propio de los valores de uso producidos en la situación de subordinación real del consumo al capital adquiere —según veremos— una presencia sorprendente en los transgénicos que no tienen

[37] Se trata de la subordinación real de este valor de uso —la biodiversidad— que nos incluye. *Cfr*. Andrés Barreda Marín, *op. cit.*, p. 68. En la página 72 Andrés Barreda la denomina también "subordinación real de la riqueza natural al capital".





incidencia en el consumo final, pues en los que la tienen simplemente ocurre el *quid pro quo* general de todos los valores de uso propios de la subsunción real del consumo bajo el capital consistente en que el hambre se erotiza y *Eros* es famelizado, o, en otros términos, en que Eros se sustituye por Ananké (la necesidad de objeto según la terminología instaurada por Freud en *El malestar en la cultura*, 1930) y ésta por *Eros* (el deseo de deseo). Todo sucede como si el valor de uso debiera satisfacer el hambre ilimitadamente al modo en que es retroalimentativo el deseo amoroso y, a la inversa, éste se restringe a los límites del objeto en los que encuentra seguridad, esto es, inhibe el riesgo que le es inherente. Así el deseo amoroso se conforma compulsivamente en una relación anodina y sexualmente limitada y reprimida según una moral formal (y por lo tanto cósica), o bien sigue el curso de una angustiante serie abierta de intercambios sexuales intrascendentes, correlato de la serie abierta de intercambios mercantiles del metabolismo económico burgués, y en el que el contenido cualitativo es secundario frente a la cantidad de los intercambios en que participa éste o aquel propietario privado y con los que cada uno engorda su ego en la medida en que ha podido transgredir a su favor la ley de los intercambios equivalentes.




Pero en los transgénicos nocivos para la ecología —en particular para la biodiversidad— que no llegan al consumo final, sino que, por decirlo así, son consumidos por la naturaleza, el fetichismo cósico de los valores de uso actuales cobra nueva y sorprendente complejidad o, si se quiere, simplicidad. Complejidad porque se trata de una formación que va más allá del equívoco entre Eros y Ananké, pero como la relación con la biodiversidad no es emocional sino ecológica natural la formación fetichista parasitaria constituye en este caso una simplificación.

En efecto, ya no se trata de que el hambre se erotice y Eros se famelice, sino de que Eros —en tanto principio de vida, más que de amor en este caso— se tanatiza directamente y Tánatos se erotiza. Pues también el equívoco entre Eros y Ananké arribaba a Tánatos, el principio de muerte, pero sólo mediadamente, pero en la relación destructiva de los transgénicos con la biodiversidad el impulso destructivo es inmediato y permanente.

Los transgénicos contienen el deseo de vida (Eros) inherente a todo organismo biológico pero perversamente transmutado en vida que vive deseando morir —de lo que las semillas suicidas "Terminator" son claro



ejemplo— y matar —como el maíz BT—. Por su parte, la capacidad de morir —pues esto es Tánatos entendido racionalmente—[38] se transmuta eróticamente en deseo de muerte. Veamos la cosa con más detenimiento.

Eros y Tánatos, el deseo de vida y la capacidad de morir, ven trastocados sus sentidos, de suerte que se muestran respectivamente como capacidad de vida y deseo de muerte, y la síntesis de este *quid pro quo* es la vida que vive deseando morir y matar.

7. La producción social de lo maldito

Ya podemos comprender que si la proyección de las relaciones sociales alienadas y fetichistas de la sociedad capitalista —que aparecen plasmadas en la forma mercancía como relaciones sociales entre cosas y como relaciones cósicas entre personas— en la estructura material de los valores de uso para el consumo humano genera el fetichismo cósico en el que Eros se confunde con Ananké, la proyección de las relaciones cósicas entre personas y de las relaciones sociales entre cosas genera, en la estructura material de los valores de uso transgénicos que interactúan con la biodiversidad natural, un fetichismo cósico a la segunda potencia, en el que Eros no se confunde con Ananké sino con Tánatos. La vida queda entonces invertida y falseada —aunque no anulada— al quedar sometida genéticamente a un diseño social alienado. Lo negativo pasa del ámbito social-moral al de la materia cósmica y se convierte en lo maldito. Metafísica diabólica pseudocientíficamente realizada.




8. El fetichismo social: de lo corpóreo a lo mineral muerto

Este resultado nos permite recapitular la consistencia respectiva de cada una de las formas de fetichismo social:

a) La cosificación propia del *fetichismo de la mercancía* se configura en referencia al carácter corpóreo de la cosa —no importa si orgánica o inorgánica— por oposición al carácter inmaterial, consciente, relacional

[38] Más allá del irracionalismo con el que Freud lo concibió.





y recíproco de lo social.

b) La cosificación de las relaciones sociales capitalistas en el *fetichismo cósico de los valores de uso nocivos* de la subordinación real del consumo al capital en general se configura en referencia al carácter negativo del objeto nocivo respecto del sujeto humano considerado en términos fisiológicos, psíquicos, intelectuales y sociales, por lo que se trata, como se ve, de una negatividad material integral,

c) Finalmente, el *fetichismo cósico antiecológico* cierra un círculo abierto por el fetichismo de la mercancía, cuyo punto de partida es la cualidad de cosa. Mientras que la cosificación propia del fetichismo cósico de los valores de uso que también son producto de la subordinación real del consumo al capital pero además son nocivos para la biodiversidad se configura en referencia a su carácter letal antiorgánico —sea de la cosa viva o de la inorgánica— en el sentido de que tiene el poder de regresarnos a nosotros y a la biosfera toda en dirección al estado cósico mineral, punto de llegada tendencial del fetichismo cósico antiecológico cuando que la cualidad de cosa era el punto de partida del fetichismo de la mercancía. Si en el fetichismo mercantil en general la corporeidad en general de la cosa —orgánica o inorgánica— sirve para oprimir a lo social, el fetichismo cósico —más radical— apunta a la específica cosicidad mineral en tanto anulación de lo viviente, al orientarse contra la ecología, este fetichismo. Y es todavía fetichismo aunque se encamine contra la ecología. Este proceso todavía es caracterizable como fetichismo porque muestra el modo de someter a lo social hasta el punto de llevarlo hacia su propia destrucción pero haciéndole creer en el progreso, en que puede abatir el hambre y a la vez amasar ganancias y en espectaculares intervenciones en el código genético casi como si Dios las realizara.




En realidad se trata de una dialéctica infernal producida por seres humanos alienados que para oprimir a la sociedad la amenazan de muerte y encubren la amenaza con ideología publicitaria de progreso y confort. Y tan alienados que la amenaza encubierta fácilmente se les va de las manos y llega a la simple anulación de lo viviente, incluso de ellos mismos.



9. Dialéctica infernal del fetichismo cósico

En los transgénicos el *fetichismo cósico general* que promueve el consumismo también obliga al campesino a comprar nueva semilla porque la Terminator se autodestruyó, o a comprar el herbicida fabricado por la misma empresa y genéticamente vuelto imprescindible para la planta transgénica, etcétera. Por su parte, el *fetichismo cósico antiecológico* encubre con las nuevas capacidades de la planta su carácter suicida —cuya expresión extrema es la semilla Terminator, pero que en general arraiga en la extrema especialización a la que es sometido el código genético de la planta— así como su carácter asesino respecto del medio ambiente en general o de alguna especie en particular.

Evidentemente esta erosión del medio ambiente codificada genéticamente en la planta crea la necesidad de contrarrestarla y de invertir capital en este contrarresto, es decir, aumenta los consumos que se requieren para satisfacer nuevas necesidades artificialmente producidas y que encadenan a la sociedad humana a un círculo vicioso cada vez más decadente hegemonizado por la acumulación de capital.




La acción particular del fetichismo cósico antiecológico nos reconduce así al fetichismo cósico en general (de los valores de uso nocivos). Por supuesto esta acción particular no anula la tendencia tanática de fondo propia del fetichismo cósico antiecológico.



Tercera Parte
BALANCE PRELIMINAR Y SEMBLANZA DE MIS LIBROS EN RELACIÓN CON LA SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO BAJO EL CAPITAL



INTRODUCCIÓN

La teoría de la subordinación real del consumo al capital aborda a la sociedad burguesa actual en su totalidad y permite reconocer la génesis de sus rasgos específicos a partir de 1850, año en que se inaugura —con la recuperación de Gran Bretaña de la crisis de 1847-49— la medida mundial de capital. Desde esta perspectiva se observa, pues, a la sociedad burguesa no sólo en su nivel económico, sino también social, político y cultural, y tanto en su aspecto nacional como en el entramado internacional que se ofrece bajo la forma de mercado mundial.

Investigar esta totalidad es, pues, una tarea omnilateral. Así lo entendí desde el momento en que forjé el referido concepto. Y puse manos a la obra a través de las más variadas investigaciones, subtendidas, no obstante, por la unidad de propósito de dar cuenta de un solo tema u objeto global: la subordinación real del consumo al capital. De este modo —entre 1987 y 2003— he publicado poco más de una decena de libros de variados títulos, pero en los que en realidad se plasma una investigación unitaria. En algunos libros esto es evidente, pero en otros no, por lo que he creído útil hacer una semblanza del conjunto indicando de qué manera se articula la investigación particular de cada uno con el tema unitario en que me he ocupado siempre.




Haré la semblanza en tres acercamientos: primero uno global de cada uno de los libros que permita tener rápidamente una noción de la imbricación interna constitutiva de la subsunción real del consumo bajo el capital (capítulo I). El siguiente acercamiento particulariza en la articulación interna de cada libro en su referencia a la imbricación de conjunto (capítulo II) (el lector puede leer completa la semblanza global y después la particular, o si prefiere puede leer la semblanza primera de un libro y luego la segunda del mismo libro para después pasar a la semblanza primera del siguiente libro y la segunda del mismo y así seguido, pues he tratado de que la segunda semblanza de todos los títulos no repita sino complete a la primera). El tercer acercamiento (capítulo III) cruza al conjunto de modo transversal, por decirlo así, pues aborda un asunto que en



diversas ocasiones me sirvió de hilo conductor en mi investigación y a veces pudo quedar plasmado en la temática de cada libro, a saber: que una época —aquí la de la subsunción real del consumo bajo el capital— no puede ser comprendida plenamente en las articulaciones objetivas que la constituyen e, incluso, descubierta (como sucede en el caso presente) si no es a través de entender la experiencia en la que los sujetos humanos han singularizado esa época.




SEMBLANZA GENERAL

1. Subvirtiendo a Bataille (1978-1986)[1]

Este fue el primer libro que publiqué. Mi amigo Andrés Barreda se encargó de editarlo, lo mismo que *Para la crítica a las teorías del imperialismo* (1987) y mi novela *Como aroma de orquídeas* (1987). *Subvirtiendo a Bataille* está basado en mi tesis de licenciatura (1978) "Presentación de las tesis principales de la crítica de la economía política. Un ejercicio: Georges Bataille", si bien el libro contiene algunos materiales que no entraron en esa tesis.

La lectura del ensayo de Georges Bataille "La noción de gasto" (1934), relativo al consumo suntuario —emblemático de toda la obra de este filósofo francés— me reveló que este autor es un gran síntoma epocal que no es comprensible desde la perspectiva de las teorías del imperialismo (por lo que debía pasar a criticarlas en forma) pero sí desde la crítica de la economía política de Marx. Procedí entonces a contrastar ese ensayo de Bataille con la "Introducción del 57" y con los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844,* de Marx y por otro lado, a examinar críticamente, desde la perspectiva de la *Sagrada familia*, de Marx y Engels, la crítica a Hegel que hace Bataille así como sus ideas sobre la dialéctica presente sen otras de sus obras.




La época en que escribe Georges Bataille —mi época— se expresaba en esta ideología del consumo excesivo como un discurso no sólo o simplemente emparentado con los de Nietzsche, Sade, Jaspers y los jóvenes hegelianos, etcétera. La época no era sólo de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, esto es, de establecimiento del modo de producción capitalista específico, sino que se mostraba contraria a las reglas de éste aunque se asentaba en él. Era una época en la que se verificaba exteriormente la contradicción entre producción y consumo inherente al modo de producción capitalista, contradicción que en el siglo XIX e inicios del XX se había mantenido latente. Ahora el consumo se

[1] Los años indican el periodo que abarca desde la gestación del texto hasta su publicación.



expresaba de modo irrefrenable, contrario a los límites que la producción y sus reglas le imponían. No se trataba de la subsunción formal del consumo bajo el capital inherente al modo de producción capitalista específico —esto es, a la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital—, la cual determina que haya un consumo clasista de riqueza dispendioso para la burguesía y miserable para el proletariado, y aun de ahorro e inversión para la clase burguesa, de los que ésta quita una parte para pagar sus lujos.

Cuando Georges Bataille habla del rebasamiento de medidas expresa —a mi modo de ver— una subsunción real del consumo bajo el capital. El discurso de Bataille y la emergente "sociedad de consumo" motivaron así el surgimiento del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital.

2. Guía para la historia del siglo XX (1982-2003)[2]




Tanto los autores de izquierda como los burgueses han visto la historia del siglo XX desde la perspectiva de las teorías del imperialismo. ¿Cómo se vería esta misma historia si prescindimos de esa perspectiva? Mi crítica a las teorías del imperialismo (que construí en 1981)[3] contiene la demostración teórica de la incapacidad de las teorías del imperialismo para pensar el desarrollo capitalista así como de la pertinencia de la teoría de la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital de Marx para cumplir este cometido. A continuación apliqué está teoría a la historia del siglo XX para elaborar esta guía, y así en 1982, añadí una crítica histórica a mi crítica teórica a las teorías del imperialismo. De este modo hacía una crítica de fondo sobre todo a la afirmación de Lenin de que el "imperialismo" —aspecto que para él tiene el capitalismo desde 1870— constituye la "fase superior del capitalismo". Comencé por la crítica de su premisa histórica (una ruptura entre el capitalismo del siglo XIX —supuestamente librecompetitivo— y el del XX —monopólico e imperialista— así como de la idea de que la guerra de

[2] Este texto permaneció inédito veintiún años durante los cuales fue ampliado hasta que en 2004 fue publicado con el título *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo XX (muy útil para el XXI).*
[3] En 1983 la amplié a modo de tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, y en 1987 la publiqué como libro con el título *Para la crítica a las teorías del imperialismo*.





1914-18 fue motivada por la repartición de territorios (y mercados) entre las potencias imperialistas. Debí periodizar de acuerdo al proceso continuo de subsunción formal y real del mundo bajo el capital, con base en la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, para así observar la emergencia histórica de la subordinación real del consumo al capital. Por este camino la revolución proletaria podía ver ante sí la tarea que tenía por delante.

3. Los escritos de Marx y Engels sobre México (1983-1998)[4]

El imperialismo no es la "fase superior del capitalismo" sino la expresión internacional genuina del modo de producción capitalista específico, de la tendencia a subordinar formal y realmente el mundo al capital como proceso contradictorio entre las naciones capitalistas del orbe. Marx y Engels lo tuvieron ante sus ojos. ¿Cómo lo teorizaron?




La relación México-Estados Unidos es un ámbito privilegiado para establecer "la verdadera teoría del imperialismo de Marx" (éste fue uno de los títulos que impuse originalmente al texto). Ámbito privilegiado porque 1) permite teorizar la relación de una nación capitalista imperialista (Estados Unidos) con otra aún no específicamente capitalista (México); 2) permite denunciar el comportamiento imperialista de Inglaterra en contradicción con su régimen de derecho nacional y la función del imperialismo para neutralizar los problemas económicos y políticos de Francia; 3) porque, con base en lo anterior, hace posible establecer un juicio dialéctico sobre el progreso histórico; 4) porque más que una teoría del cambio de formas (capitalismo de libre competencia y capitalismo monopólico; capitalismo industrial y capitalismo financiero, etcétera), la teoría de Marx es la del sometimiento de contenidos geopolíticos al capital, lo que hace que su teoría del imperialismo sea un desarrollo de los conceptos de subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital que explica cómo el capital valor de uso geográfico y poblacional. Aquí la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato al capital demuestra ser subordinación real del consumo al capital y la base para que haya podido descubrir Marx 5) el cambio de hegemonía mundial de

[4] Tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, UNAM, México, 1999.



manos de Inglaterra a las de Estados Unidos. Toda la historia se ve de otro modo que permite 6) revalorar los escritos de Marx sobre la periferia capitalista, no sólo sobre México, y subsana el despropósito de los intérpretes marxistas que ha propiciado el "desencuentro" del movimiento revolucionario latinoamericano con Marx.

4. Para la crítica a las teorías del imperialismo (1981-1987)

Después de que se me volvió patente la insuficiencia de las teorías del imperialismo para dar cuenta de una época en la que el conjunto de relaciones sociales se expresaban en una obra omniabarcante como la de Georges Bataille, y mirando de frente a la teoría del imperialismo de Lenin, me percaté de que su periodización histórica no estaba hecha con base en los conceptos de subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital ni, por lo tanto, con arreglo a las transformaciones del aparato productivo capitalista, sino con base en transformaciones circulatorias (de la libre competencia al monopolio) y en la idea de que habría habido una cesión del dominio desde el capital industrial a lo que Lenin —siguiendo a Rudolf Hilferding— llamó el capital financiero —fusión del capital bancario (circulatorio) con el industrial (productivo), y en la que quedaba indeciso cuál de los dos dominaba—. Posteriormente añadí otras críticas a las teorías del imperialismo, pero la decisiva fue que éstas abandonan el proceso de trabajo como criterio histórico materialista para el análisis del capitalismo. Y además de este *contenido* de la crítica de la economía política, olvida su *forma* discursiva inherente, cuya contraparte es la consideración de las relaciones capitalistas como relaciones fetichistas —comenzando por el fetichismo de la mercancía—. Así, los hechos no pueden ser tomados directamente sino asumidos como realidades fetichizantes y que por tanto requieren ser criticados, mientras que las teorías del imperialismo los tomaban acríticamente y añadían después la crítica pero por razones políticas externas. La periodización histórica adecuada debe retomar la teoría de la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital caracterizada como subsunción real del consumo bajo el capital y ésta, a su vez, no puede rebasar la subsunción del proceso de trabajo inmediato bajo el capital sino que es su expresión y forma actual. La crítica de la







economía política en su conjunto es, en fin, la guía arquitectónica para una nueva teoría del capitalismo contemporáneo.

5. Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo (1988-1998)

Nuestro tiempo es el del capitalismo mundial; es el que el *Manifiesto del partido comunista* explica y critica aunque fue escrito hace más de siglo y medio. ¡Sorprendente tino! Pero sobre todo sorprendente continuidad temporal concordante. La teoría del imperialismo de Lenin introduce en ese siglo y medio una ruptura que aboliría tal concordancia. Las críticas al *Manifiesto del partido comunista*, los balances sobre su actualidad e inactualidad,[5] se han basado casi todos en el error de perspectiva histórica de las teorías del imperialismo. Es forzoso repensar la historia del desarrollo capitalista. Y sin embargo hay novedades innegables. ¿Cómo pensarlas en conexión con la radical continuidad histórica verificada al final del siglo XX? Mi contestación es la teoría de la subsunción formal y la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital de Marx complementada por la mía, de la subsunción real del consumo bajo el capital. Por eso me permito releer el *Manifiesto del partido comunista* para demostrar ante el lector su, por decirlo así, absoluta actualidad.




[5] Como homenaje a los 150 años del *Manifiesto del partido comunista* y por el alto significado que ese texto tiene para la historia del movimiento obrero y para la historia mundial en cuanto tal, concluí tres volúmenes: uno que trata su relación con nuestra época (*Leer el manifiesto. Leer nuestro tiempo.*), otro dedicado a la época del *Manifiesto* —la revolución de 1848— en relación con nuestra época (*Revolución mundial y medida geopolítica de capital)*, y un tercero (*Crítica a las interpretaciones del Manifiesto del partido comunista*) —que ha permanecido inédito— en el que se discuten las interpretaciones más importantes del *Manifiesto,* sobre todo para demostrar su vigencia actual y cómo habría que leer el *Manifiesto* para entenderlo en conexión con nuestra época.

En el primero explico sobre todo el argumento del *Manifiesto del partido comunista,* o cómo pensar a Marx. En el segundo reflexiono el tema de la revolución y el de los 150 años de historia transcurridos desde entonces, o cómo pensar el desarrollo histórico capitalista y su revolucionamiento. En el tercero critico a los intérpretes (Antonio Labriola, León Trotsky, Marshall Berman, etcétera) presos en la perspectiva de la teoría del imperialismo, y confundidos en medio de dos momentos de iluminación histórica: 1848, momento de tupimiento de la medida geopolítica de capital continental —año de la primera revolución mundial— y 1991, año del desmembramiento de la URSS, que marcó el tupimiento de la medida geopolítica de capital mundial.



A la inversa, la URSS se desmembró junto con la ilusión que suscitó la revolución de 1917 que la hizo nacer. Revolución de intención socialista y marxista pero que no logró ser ni lo uno ni lo otro, aunque lo simuló. Hoy el pensamiento de Marx —en especial el del *Manifiesto del partido comunista*— está listo para vincularse con el socialismo de nuestra época. El *Manifiesto del partido comunista* anunció este mundo y lo señaló como su objeto de crítica privilegiado. Y este mundo demuestra el tino del *Manifiesto*. Entre ambos debían despertar para una nueva aurora al sujeto social revolucionario colectivo que quedó adormecido y confundido con la caída del Muro de Berlín y el desmembramiento de la URSS.

6. Como aroma de orquídeas (1987)




Escribí esta novela autobiográfica en la que rememoro la experiencia comunitaria que realicé con un grupo de amigos a partir de 1974. Hablo de los primeros seis meses de vida de nuestro intento comunitario que confrontó a la forma familia y a las relaciones sexuales de pareja prevalecientes, con su moral y su estética, sus pudores y sus fobias, de suerte que un otro mundo completo se esbozó entonces para nosotros. Escribí en retrospectiva, a poco más de diez años de aquellos sucesos y después de haber modificado la comuna todo su modo de vida y de asumir la dieta macrobiótica. El conjunto de los valores de uso capitalistas —especialmente los alimentarios— quedaron prácticamente cuestionados por nosotros, no sólo los valores de uso sexual-amatorios y familiares; no sólo valores de uso social-interactivos, sino material-fisiológicos. En 1979 cambiamos la dieta, y en 1977 elaboré el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital para criticar a Georges Bataille. Primero lo formulé y tiempo después, con el cambio de dieta que era consecuente con ese concepto —dieta equilibrada (macrobiótica) contra dieta consumista contrastada de excesos y carencias—, le dimos cada vez más contenido. Este contenido incluyó la comprensión crítica 1) del contraste extremo exceso/escasez,[6] 2) de la satisfacción ilusoria, y 3) de la nocividad esen-

[6] Este concepto de "escasez" o "rareza" es acuñado por Jean-Paul Sartre (*Crítica de la razón dialéctica*, 1960, capítulo C, apartado "Rareza y modo de producción") para especificar históricamente las condiciones básicas de existencia de la humanidad desde sus orígenes hasta nuestros días y más allá mientras exista el capitalismo. La presión de





cial del circulo vicioso que 4) drena la posibilidad de vida plena y máxima intensidad y duración del placer.

La elaboración de la novela me permite ahondar en las experiencias biográficas y epocales que me condujeron a confrontar a Georges Bataille y al capitalismo por él emblematizado y a mí mismo en mi psicología, mis represiones y mi tendencia a la liberación no sólo política sino vivencial hasta forjar el concepto de subordinación real del consumo al capital. La novela versa sobre la amistad y el amor, que son denegados por la moral monogámica, los celos y envidias inherentes a la misma. Se trata de escasez y excesos no sólo abstractos, sino verificados en nuestra experiencia. El ideal comunista se pone en juego en términos micropolíticos y se contrasta con las más menudas mezquindades, apariencias y confusiones. Llamé a esta expresión estética "novela del nosotros" o novela comunitaria.

Algunos años después (1981) elaboro el concepto de comunidad doméstica capitalista, correlativo al de subsunción real del consumo bajo




estas condiciones obliga a los seres humanos a desplegar conductas de salvación y egoísmo que Hobbes y otros filósofos políticos del siglo XVII y economistas políticos posteriores consideran no históricas sino naturales y eternas, ontológicas, mientras que Sartre las considera superables. Este concepto es premisa en toda la obra de Marx aunque sólo lo menciona en *La ideología alemana* (1845) (p. 36). En los *Grundrisse* (1857) se refiere a la configuración de las sociedades de escasez como "sociedades limitadas". En otros lugares —como el "Prólogo" a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) también habla de la potencia relativa de los medios de producción existentes en dichas sociedades como "fuerzas productivas débiles" o de "formas antagónicas del proceso de producción social", de las que la forma burguesa sería la última, y del carácter general o el tipo de historia en que existen como "prehistoria de la humanidad" o "historia inhumana de la humanidad". De lo anterior se desprende que en Marx el concepto de escasez se encuentra pensado a fondo y que esta reflexión ha generado un contexto conceptual consistente en el que se asume su historicidad y se precisan las condiciones que permiten superar dicha escasez. De acuerdo con este concepto, el exceso es relativo no sólo a lo suficiente y normal sino que aparece como compensación contradictoria de la escasez. Los lujos de las clases dominantes son posibles no sólo sobre la base de las condiciones de escasez y miseria de la población en general sino contra éstas y para subrayarlas y para humillar a los miembros de una clase social. Esos excesos que también se despliegan para huir de la penuria imperante sin embargo la complementan. Sin embargo el observador puede equivocarse y ver aisladamente esos excesos y como razón de sí mismos en vez de tomarlos en dependencia de la escasez de base que comparten, compensan o intentan exorcizar. Es el caso de Georges Bataille en "La noción de gasto" (1934) o en *La parte maldita* (1949) y en toda su obra. Para criticar a Bataille y el carácter presuntamente ontológico, natural y eterno de los excesos de los que habla, Sartre debió explicar cómo se suscitan las situaciones de escasez y de exceso siempre dentro de un horizonte general de escasez que, como decía, es superable.





el capital, para caracterizar el desarrollo de las relaciones interpersonales —forma familia y vida comunitaria incluidas— entre el siglo XIX y el XX. Este concepto me permitió pensar la relación contradictoria que nuestra comuna estableció con la forma de familia y de pareja prevalecientes, sin que por ello —aunque ofreciendo una alternativa— nos salgamos en ningún momento del modo de producción capitalista, y aunque experimentemos necesidades trascendentes respecto de él, las cuales intentamos satisfacer aún en su interior por la vía de transgredir sus formas cosificadas.

Pero no sólo hay relaciones sociales y su dialéctica dominante/dominado y prohibitivo/transgresivo, así como inmanente/trascendente, prevaleciente y revolucionario. También hay la relación hombre-naturaleza, en la que se juegan las fuerzas productivas y se satisfacen necesidades. La forma capitalista de satisfacerlas, el consumo capitalista, debe servir al capitalismo y no a los sujetos humanos.





Cabe dentro del capitalismo no satisfacer al capital, y cabe también satisfacer natural/materialmente a los seres humanos, así sea que no puedas no satisfacer al capital económica, social, política y culturalmente. Pero además, puedes intentar subvertir cada uno de estos ámbitos, o todos.[7]

En todo caso la experiencia de la dieta macrobiótica nos entregaba una forma de consumo y de satisfacción de necesidades no específicamente capitalista y aun contraria a la capitalista, si bien no excluyente de ésta; sólo la contradice parcialmente y revela otras contradicciones de la sociedad burguesa o permite espigar con más nitidez otras ya entrevistas previamente.

Independientemente del valor literario de mi novela, la noción de novela comunitaria podrá tener en otras plumas mejor ventura. En todo caso me benefició el que me hubiera corregido el estilo mi amiga Marcela Fuentes Beráin. Favor que por olvido no reconocí en los "Agradecimientos" de la novela, por lo que mi amiga se molestó gravemente y suscitó de su parte desconfianza hacia mí. Por eso no he podido dejar de hacer esta

[7] La revuelta estudiantil mundial del 68 esbozó la experiencia de una revolución integral y sacó a la idea de revolución de su encasillamiento político y económico, que —desde Kautzky— dejaba "para después de la toma del poder" las tareas que no son políticas y económicas —como las culturales y sexuales— y otras que sí lo son aunque no se las entiende como tales.





mención aquí, y repito por escrito lo que en aquel tiempo le dije: "Fue un olvido sin intención; ingenuamente no creí, entonces, que hubiera que agradecer públicamente algo así."

Seguramente me resultaba embarazoso hacerlo y me convencí de que era algo entre amigos, no un servicio externo que se debería reconocer públicamente. ¿Qué sucedió? ¿Una mala pasada del inconsciente? ¿El fenómeno sartreano de la mala fe? En todo caso yo me había condenado sin quererlo —y sin temerlo siquiera— por esa omisión ingenua hasta el arribo sorpresivo del castigo. Es una lástima.

7. La posmodernidad y los Manuscritos de 1844, *y la subsunción real del consumo bajo el capital (1994)*

Es un homenaje a Marx y una diferenciación teórica e histórica de su discurso y el mío. En ocasión de los 150 años de la redacción de los *Manuscritos económico filosóficos de 1844* quise medir su actualidad; de hecho, su aplicabilidad directa al mundo de hoy. Intento comprobar si en ellos Marx tiene conciencia —y en qué medida— de la subsunción real del consumo bajo el capital como suceso distintivo del mundo de hoy. Aunque este suceso es teorizable sólo desarrollando a Marx, quizá estaba fuera de su horizonte no digamos conceptual sino aun imaginario, ¿o lo concibió?




Para resolver la cuestión rastreo en cada uno de los tres manuscritos, renglón a renglón, qué se dice sobre algo así como la subsunción real del consumo bajo el capital y, por supuesto, de la subsunción formal del consumo bajo el capital, asunto más familiar a Marx. En especial analizo el pasaje del tercer manuscrito titulado "Necesidad, producción y división del trabajo", en el que la "enajenación de las necesidades" —no la del trabajo, como al final del primer manuscrito— juega el papel central.

¡Cuántas ideas brillantes para comprender críticamente a la posmodernidad globalizada se encuentran allí! Y a la vez es posible recuperar todo su sentido desde la perspectiva del concepto de subsunción real del consumo bajo el capital como desarrollo de las ideas de Marx.



8. Consumo y capitalismo en la sociedad contemporánea. Problemas actuales de la subsunción real del consumo (1996)

Cuando en 1977 forjé el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital, el fenómeno no era evidente, ni mucho menos, aunque "la sociedad de consumo" y la "manipulación del consumo" se evidenciaron desde mediados de los cincuenta. Pero desde fines de los ochenta se volvió evidente para mucha gente, incluso en México, aunque no lo llamara ni lo denominara así ni lo captara con precisión. En 1996 organicé un ciclo de mesas redondas en las que diversos investigadores abordábamos desde distintas vertientes y metodologías el fenómeno epocal. Elaboré diagramas para exponer el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital y redacté tres ponencias: una sobre la subordinación real del consumo sexual al capital, otra sobre la subordinación real del consumo comunicacional (televisión, Internet, etcétera) y otra sobre la relación entre el "capitalismo salvaje" neoliberal y el desarrollo mundial de la subsunción real del consumo bajo el capital que sirvió de balance general y cierre del ciclo de mesas redondas.




9. Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad (1997)

La existencia de la URSS (1917-1991) quedó asociada a la vigencia del Dia Mat staliniano, a su vez identificado con la dialéctica de la naturaleza de Engels. El derrumbe de la URSS en 1991 dio pie a la idea posmoderna de que el socialismo se había derrumbado y mostraba allí su inviabilidad fundamental, el carácter utópico-ideológico, esto es, falaz, de sus propuestas, en especial del socialismo científico. Con anterioridad Lukács (1923), Korsch (1923), Marcuse (1956) y Sartre (1956) ya habían criticado —precisamente para salvar al marxismo y al socialismo— al marxismo dogmatizado de los ideólogos de la Segunda Internacional —luego retomado y desarrollado por los soviéticos— y en particular al Dia Mat pero sin criticar la identificación de esta doctrina con la idea de Engels. La polémica marxista acerca de la existencia o inexistencia de la dialéctica de la naturaleza duró desde 1917 hasta 1991, pues el desmembramiento de





la URSS permitió que se diera por sentado lo que estaba en polémica ya sin requerir demostración y fundamentación. La inexistencia de la dialéctica de la naturaleza se coperteneció entonces con la falacia del marxismo y del socialismo en general. Era el momento de repensar este conjunto de factores, en primer lugar deslindar el problema de si existe o no dialéctica en la naturaleza respecto del destino de la URSS y del siglo XX, en el que esta cuestión se había confundido. La subsunción real del consumo bajo el capital parecía favorecer ideológicamente esta andanada posmoderna que cancelaba de un plumazo una larga polémica aparentemente a favor de quienes criticaron a Engels. Pero más de fondo, la subsunción real del consumo bajo el capital parecía actuar a nivel práctico y, de hecho, histórico-general, al haber propiciado la construcción no de unas cuantas ideas falsas (por ejemplo, el Dia Mat o la identificación de éste con la dialéctica de la naturaleza de Engels), sino la realidad toda de la URSS como presunto socialismo cuando era más bien otra forma de capitalismo.



Esta realidad histórica —la URSS— cumplió la función histórica de mantener sometida la conciencia y la práctica del movimiento obrero mundial. Fue un magno objeto de consumo de masas que sirvió a las necesidades de producción, acumulación, desarrollo y expansión mundial del capital. A este producto de la subordinación real del consumo al capital lo denominé "simulacro epocal". Esta fue la primera vez en la historia del capitalismo que se suscitó una posmodernidad pues la URSS se representó como una realidad que presuntamente rebasaba al capitalismo y su modernidad cuando que más bien era una nueva forma del moderno capitalismo.



10. Revolución mundial y medida geopolítica de capital (1999)[8]

Lo que se ha pensado de la revolución de 1848, la primera revolución "mundial" —en vísperas de la que se redactó y publicó el *Manifiesto del partido comunista*—, ha sido el modelo de lo que se ha dicho de las subsiguientes revoluciones, de la de 1917 a la china de 1949 y la cubana de 1958 en adelante, pero las múltiples interpretaciones que la izquierda ha

[8] Véase, más arriba la nota 4 de este capítulo.



hecho de aquélla —y por lo tanto de éstas— son deficientes, comenzando con Eduard Bernstein y culminando con Karl Korsch. Discuto estas interpretaciones de la revolución del 48 y la confronto con la del propio Marx con vistas a reconstruir el desarrollo histórico capitalista del siglo XIX para mejor pensar el del XX. Para puntualizar las condiciones generales de la revolución comunista mundial propongo el concepto de *medida geopolítica de capital*, que es correlativo con el de subsunción real del consumo bajo el capital y los de subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital, mediante los cuales reconstruyo el desarrollo histórico capitalista de los siglos XIX y XX. En este libro se discute a fondo el tema decisivo de la actualidad o de la inactualidad de la revolución —base de la obra de Lenin (Georg Lukács *dixit*), en especial de su *Imperialismo. Fase superior del capitalismo*— para sacarlo del terreno abstracto y metafísico dogmático en el que se mueve la teoría del imperialismo.




11. Perfil del traidor (I) (1995-2000) y Perfil del traidor (II) (...)

Estos dos títulos fueron resultado de la redacción original de un solo libro cuyo contenido hubo que repartir en dos tomos. Debían ser publicados uno seguido del otro, pero por razones económicas se atrasó la publicación del segundo. Para que cada tomo tuviera unidad hubo que trasladar partes del segundo y al primero y viceversa.

En estos libros el pasado de México se conecta con su presente y éste con aquél, así como el inicio del sometimiento a Estados Unidos con su culminación, misma que encuentra sus claves en lo que sucedió en su origen y, precisamente por ello, encuentra en aquel entonces también las claves para intentar un camino de soberanía independiente hoy. El sometimiento geopolítico y epocal inicial y el culminante (150 años después) son determinantes pero no destinales (aquí la subsunción real del consumo bajo el capital), sino que hacen posible la elección política libre hoy.

Antonio López de Santa Anna (el traidor) es expresión de su época, un sujeto, un “valor de uso sometido formal y realmente a su época”, pero que en lugar de agotarse en ella la determinó activamente en una de sus





direcciones posibles. No por cierto la única, ni la dominante. La relación geopolítica entre Estados Unidos y México determinó su acción, y él la sesgó a favor de Estados Unidos traicionando a México. Desde entonces, la influencia geopolítica del "Coloso del Norte" inclina a los gobernantes mexicanos a la traición, pero también a la rebeldía heroica. El papel del individuo en la historia es una condición material tan firme y determinante como el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, culturales y políticas de una nación. Santa Anna determinó la escena de la guerra de 1847-1848 entre México y Estados Unidos y favoreció a Estados Unidos sin recusación posible, como si se tratara de un destino.

Esa fue la escena que vio Marx desde Europa y que condicionó sus juicios sobre América Latina. La hegemonía mundial de Estados Unidos tiene como condición geopolítica el territorio que arrebató a México con la ayuda de la traición de Santa Anna. Hace siglo y medio toda la historia del capitalismo giraba en torno a este pivote: la subordinación real del mundo en tanto valor de uso, en particular la historia de México en tanto valor de uso, con el férreo sometimiento de la sociedad civil al Estado mexicano. Esta condición sirvió —después de la guerra de intervención— para enfrentar a Estados Unidos, pero a partir de los gobiernos de De la Madrid y de Salinas de Gortari es la correa de transmisión para entregar la soberanía y la riqueza nacionales al capital industrial de Estados Unidos. Este libro doble matiza la teoría del imperialismo de Marx explorada en mi ensayo "Los escritos de Marx y Engels sobre México", mismo que a su vez contestaba en positivo a la crítica, desde Marx, a las teorías del imperialismo (y tal fue su génesis).




12. Para la historia emocional del siglo xx *(2003)*

Las emociones no flotan en el aire, giran en torno de sujetos, que giran a su vez en torno de objetos y de otros sujetos. Son expresión, entonces, de la relación social (sujeto-sujeto) y de las fuerzas productivas y valores de uso (relaciones sujeto-objeto). La base de las emociones sociales es también la de la reproducción y formación de los sujetos: la familia y —con más precisión— la comunidad doméstica, en la que se gestiona el consumo de valores de uso, la producción de placer y la procreación de sujetos. En el capitalismo del siglo xx se construye la comunidad doméstica capi-



talista (relación sujeto-sujeto) —determinada por la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y por la subsunción real del consumo bajo el capital (relaciones sujeto-objeto)—, que vino a sustituir a la comunidad doméstica precapitalista que todavía prevalecía en el siglo XIX al lado de la familia monogámica burguesa, y que fuera barrida en el curso del siglo XX. Conforme avanza esta centuria las emociones son determinadas crecientemente por la relación sujeto-objeto, por la relación entre los sujetos y por los valores de uso subordinados realmente al capital: desde el automóvil a la televisión y la Internet hasta las drogas, pasando por los alimentos, ropa, casa y urbe. No hay emociones sin objeto, y el objeto de las emociones es crecientemente el valor de uso subordinado realmente al capital, cuya clave es la subsunción real del consumo, misma que determina la figura de la comunidad doméstica capitalista en la que esos valores de uso son consumidos por los sujetos. La fluidez evanescente de las emociones puede ser determinada históricamente —esto es, sólo se puede hacer la historia de las emociones— si se las arraiga en conexión con las determinaciones objetivas aludidas: valor de uso, tecnología y comunidad doméstica capitalista.

13. El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo XX (muy útil para el XXI) (2003)

En este libro decantó una "Guía para la historia del siglo XX" que escribí en 1982. Debí añadirle la recuperación de eventos que van de 1982 a 2000, y luego el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York (2001) y la guerra de Bush hijo contra Afganistán (2001) y contra Irak (2003), así como la confrontación de mi perspectiva de análisis frente a las de otros autores. Analizo el siglo XX como un vasto proceso de subsunción formal y real del mundo bajo el capital social mundial con fases de extensión geográfica y de adecuación funcional de los contenidos de valor de uso que van siendo sometidos al capital.

En particular, este proceso se verifica a través de la interacción imperialista entre naciones capitalistas y no capitalistas —si las hay—. Singularmente, las relaciones imperialistas inherentes al modo de producción capitalista específico —o de subsunción real del proceso de tra-





bajo inmediato bajo el capital— ocurren regidas por la emergencia de una nación hegemónica mundial. Entre 1871 y 1946 se verifica el proceso contradictorio de traspaso de la hegemonía mundial de manos de Gran Bretaña a las de Estados Unidos. Desde entonces el resto del siglo tiene a Estados Unidos como equivalente general que rige la subsunción real de los valores de uso mundiales y del mundo en tanto valor de uso geopolítico bajo el capital social mundial (no sólo el de Estados Unidos).

Notas apendiculares

Subvirtiendo a Bataille (1981)[9]

Incluiré en lo que sigue unas notas relativas a cada libro comentado para dar cuenta de si se publicó o no, cómo se recibía en la época en que apareció la idea de la subordinación real del consumo al capital y otros datos.




Cuando se publica este libro apenas si se conocía en México el nombre de Bataille y la subsunción real del consumo bajo el capital no era casi percibida, menos entre la izquierda. Publicar el libro tenía sentido para advertir de estos asuntos y sobre todo como una exposición marxista no dogmática, una prueba de la potencia del marxismo que contradecía la idea predominante de que se hallaba en crisis.

Para la crítica a las teorías del imperialismo (1987) (1981)

La teoría del imperialismo —sobre todo la de Lenin— era dominante en la izquierda. Desafortunadamente concentraba el núcleo teórico de la crisis del marxismo. Yo quería reponer la teoría de Marx sobre la subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital y la proyectaba hasta la subsunción real del consumo bajo el capital, pero el principal argumento del libro era la labor negativa, el desmontaje crítico de la teoría del imperialismo, que continué en un ensayo titulado “Crítica

[9] El primer año es el de la redacción del ensayo, el segundo el de su publicación como libro.



a las teorías del capitalismo monopolista de Estado y del imperialismo" publicado en la revista *Economía política.*

Guía para comprender la historia del siglo XX *(1982), (2004)*

Para revertir la crisis del marxismo había que demostrar en positivo la potencia de conceptos como subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital para iluminar la historia universal del siglo XX, esto es, allí donde se decía que la teoría de Marx ya no tenía vigencia y debía ser sustituida por la teoría del imperialismo. Esta historia demostraba más bien la incorrección de la teoría del imperialismo y nos conducía a la idea de subsunción real del consumo bajo el capital.

Los escritos de Marx y Engels sobre México (1999) (1983)

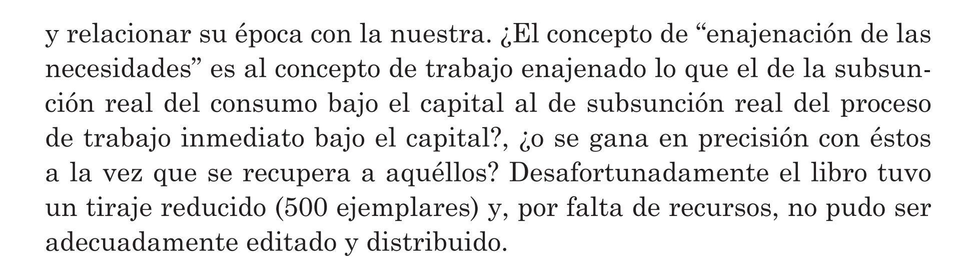



El capital de Marx no necesita que se lo complemente con la teoría del imperialismo de Lenin. He aquí la teoría del imperialismo de Marx correspondiente con su teoría de la subsunción formal y real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital. Esta demostración es tanto más necesaria para salir al paso de la idea del "desencuentro" de Marx con América Latina (José Aricó), muy arraigada en una peculiar interpretación de lo que Marx dijo sobre México, presuntamente a favor de las tendencias imperialistas de Estados Unidos. El marxismo latinoamericano no podrá salir de su crisis mientras no recupere al Marx auténtico. Esta afirmación va en contra —entre otros— de José Arico.

La posmodernidad y subsunción real del consumo bajo el capital en los Manuscritos de 1844 *(1994)*

Por estos años la subsunción real del consumo bajo el capital se hacía cada vez más patente y cabía entonces replantearla a propósito de la actualidad de los *Manuscritos de 1844* de Marx. También era una buena ocasión para afinar detalles de mi propia teoría así como de hacer un balance de lo teorizado por Marx y por mí, y por tanto también de distinguir





y relacionar su época con la nuestra. ¿El concepto de “enajenación de las necesidades” es al concepto de trabajo enajenado lo que el de la subsunción real del consumo bajo el capital al de subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital?, ¿o se gana en precisión con éstos a la vez que se recupera a aquéllos? Desafortunadamente el libro tuvo un tiraje reducido (500 ejemplares) y, por falta de recursos, no pudo ser adecuadamente editado y distribuido.

Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad (1997)

La crisis de la ecología y la de la salud estaban a la orden del día en sincronía con la crisis del marxismo luego del desmembramiento de la URSS. La subsunción real del consumo bajo el capital era un concepto que permitía dar una explicación unitaria de estos sucesos dispares y poner a la orden del día una pregunta filosófica fundamental del marxismo, así como la cuestión de la estrategia política del movimiento proletario mundial.




Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo (1988) (1998)

Por efecto de la subsunción real del consumo bajo el capital globalizada, la memoria histórica en general —y la del proletariado en particular— quedaba cada vez más obnubilada. De ahí el necesario replanteamiento de la relación entre nuestro presente y el del *Manifiesto* precisamente con base en la perspectiva del *Manifiesto*, escrito cuando estaban firmes la memoria, la esperanza y la mirada históricas —sobre todo las del proletariado—.

Revolución mundial y medida geopolítica de capital (1988) (1999)

Como mi libro sobre los *Manuscritos de 1844 y la subsunción real del consumo bajo el capital*, el de la dialéctica de la naturaleza y el del *Manifies-*



to, éste es también un ensayo conmemorativo de las obras de Marx a las que se refieren y comparte con ellos el intento de reconstruir la memoria histórica subsumida realmente bajo el capital.

Perfil del traidor (I y II) (1994) (2000)

La base de este libro es una investigación histórica sobre la invasión de Estados Unidos a México en 1847 que intenta criticar la distorsión del suceso que la historiografía mexicana llevó a cabo conforme la hegemonía de Estados Unidos sometía a México.

El libro debía publicarse antes de las elecciones presidenciales del año 2000 en vista de influir en la opinión pública en contra del entreguismo a Estados Unidos. Desafortunadamente sólo el tomo I se pudo publicar varios meses después de las elecciones que dieron el triunfo a Vicente Fox. El volumen II aún espera ser publicado.




Para la historia emocional del siglo XX (1999-2003)

Desde la emergencia del neoliberalismo (1981) —y sobre las espaldas de la ideología posmodernista de mediados de la década de los ochenta— la subsunción real del consumo bajo el capital se hacía cada vez más patente a la vez que quedaba trivializada en la preocupación de la gente por el ambiente, la alimentación y la salud.

Resultaba difícil publicar una teoría sobre la subsunción real del consumo bajo el capital cuando la gente no quería ni podía pensar en algo que ya vivía y le parecía evidente o ya sabido.

Así, le tomé la palabra a la época y me puse a escribir fluidamente sobre la subsunción real del consumo bajo el capital como si todos ya supiéramos de qué estábamos hablando. Y lo hice como al pasar precisamente porque el tema central no serían los valores de uso del consumo sino las emociones. Estos temas eran de mucho interés para la gente, como lo mostró el *boom* que tuvieron, desde mediados de los ochenta, los libros de "autoayuda", hecho "democrático" a partir del cual intentaba llevar al público, según su interés, a temas más profundos y seguramente también útiles, algunos aparentemente —y sólo aparentemente— obvios.





El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos (1982) (2004)

Hacia el fin de siglo la subsunción real del consumo bajo el capital devastaba el planeta, así que la necesidad de reconstruir —pues ya no pareció suficiente sólo recuperar— la memoria histórica se volvió más urgente ante la presión que la hegemonía de Estados Unidos ejercía sobre el mundo y la conciencia de la gente. Esta presión actuaba también a través de la distorsión sistemática de los acontecimientos mundiales conforme los *mass media* informaban sobre ellos. Los tres primeros años del tercer milenio erigieron el espejismo de la debilidad de la hegemonía de Estados Unidos al tiempo que Bush hijo arrasaba Afganistán con la anuencia mundial y, luego, Irak, sin ella.

ESQUEMA GENERAL

AQUÍ ENTRA EL ESQUEMA DE LOS LIBROS SOBRE LA SUBORDINACIÓN REAL DEL CONSUMO







SEMBLANZA MATIZADA
LIBROS EN MANO

1. Subvirtiendo a Bataille (1986)

En la introducción del libro discuto con Bataille la semblanza que él mismo hace de su filosofía en *La literatura y el mal.* En el primer capítulo, discuto la interpretación acrítica, por fascinada, que hace Mario Vargas Llosa de la obra de Bataille. Redondeo mi argumento introduciendo el concepto de subsunción real del consumo bajo el capital para dar cuenta tanto de los despropósitos batailleanos como de los de Vargas Llosa. Retomé de mi tesis de licenciatura lo que en el libro que nos ocupa aparece como segunda parte y que versa sobre la dialéctica. En 1996 desarrollaría esta idea en mi *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, pero en esta obra el ensayo anterior debió ser superado críticamente a favor de la dialéctica de la naturaleza de Engels, deslindada del Dia Mat estaliniano y de la dialéctica hegeliana con los que la confundieron Lukcás y luego Sartre. Otros materiales inéditos de este libro no contenidos en mi tesis de licenciatura son el capítulo 4, de crítica al *Sobre Nietszche* de Georges Bataille, los comentarios a sus conferencias antropológicas y políticas en el Colegio de Sociología y una reseña crítica de la *Historia del ojo* que aparece como apéndice.




Hago mención aparte del capítulo 6 “Bataille y la reproducción cultural contemporánea o la ideología y el valor de uso”, en el que a partir de la crítica a la noción batailleana de cultura, en especial de la belleza y su sacrificio, desarrollé mi teoría de la cultura en arreglo al materialismo histórico y en especial al concepto de valor de uso, base de toda obra. Así desarrollé mi concepto de subordinación real del consumo al capital más allá de la dimensión económica para captar a la cultura toda como valor de uso subsumido realmente bajo el capital, diferenciando la configuración alienada de cultura que imbuye a Bataille respecto de la estructura transhistórica y positiva de cultura con la que él la confunde.



Este concepto de cultura me fue de utilidad posteriormente, tanto para la comprensión de la cultura mexicana de la primera mitad del siglo xix, en la que se contextualiza la formación del carácter, las acciones y las obras de Antonio López de Santa Anna (*Perfil del traidor,* 2000), así como para la comprensión de la cultura mexicana del siglo xx, que lo evaluó. Además, mi *Para la historia emocional del siglo xx* (2003) también es deudora de este mismo concepto de cultura.

2. Para la crítica a las teorías del imperialismo (1987)

En este libro se concibe a la revolución comunista como valor de uso y como fuerza productiva (capítulo iii.2), y se pone en estrecha relación la revolución comunista con el desarrollo de las fuerzas productivas técnicas entendidas con base en el valor de uso positivo, diferenciado del valor de uso nocivo subsumido realmente bajo el capital (capítulo ii.5). La diferencia entre fuerzas productivas técnicas en general y las fuerzas productivas técnicas subordinadas realmente al capital, que son nocivas y decadentes y suspenden o falsean el carácter básicamente productivo que las debería caracterizar, permite comprender las paradojas del desarrollo capitalista desde 1850 a la fecha.




Estas paradojas inluyen los despropósitos del discurso revolucionario sobre la teoría del imperialismo y sobre la revolución (este argumento se desarrolla en mi *Revolución mundial y medida geopolítica de capital*). Esta articulación de valor de uso, revolución comunista y fuerzas productivas técnicas me permite consolidar la propuesta de Marx acerca de una historia crítica de la tecnología (capítulo ii.9).

El libro llama la atención sobre el modo en que asumen las teorías del imperialismo los autores latinoamericanos, a saber: mediante la confusión entre lo que es desarrollo y lo que es acumulación de capital —conceptos bien diferenciados en *El capital*, pues el de acumulación es objeto privilegiado de la séptima del tomo i y sección sección tercera del tomo ii, mientras que el de desarrollo lo es de la sección tercera del tomo iii—. Los autores marxistas latinoamericanos que investigan el desarrollo capitalista encuadran sus análisis en lo que nombran "acumulación de capital en América Latina" y en esquemas de reproducción simple *ad hoc* en los que una y otra vez contradicen a Marx a la vez que buscan —equívocamente— completarlo.





La crítica de esta confusión es el pivote en torno al cual gira la comprensión del capitalismo contemporáneo todo —no sólo en América Latina— y la demostración de la aplicabilidad directa de *El capital* a este propósito.[1]

3. *Como aroma de orquídeas (1987)*

Los personajes ficticios que analizo en *Para la historia emocional del siglo XX* como síntomas de las emociones de la vida cotidiana del siglo XX complementan o continúan los análisis de situaciones reales de la vida cotidiana en las que participaron personas reales que yo transfiguré en personajes de ficción en *Como aroma de orquídeas*. El capítulo IX, titulado "La tragedia", narra, discute, describe y recuerda a unos personajes/personas reales que preparan la discusión de los personajes de Vladimir Navokov (Lolita) y de Jack Kerouac (*On the Road*). El análisis de esos personajes permite tomarle el pulso a *la historia emocional del siglo XX* en el libro que se publica en 2003. En ese mismo capítulo IX se discute con un personaje ficticio, "El Oscuro", que premoniza la discusión con Kerouac, o con Clara (personaje de *El jardín de los suplicios* de Octave Mirbeau). En fin, el capítulo 6 (sobre la cultura) de mi *Subvirtiendo a Bataille* (1986) se continúa tanto en el capítulo IX como en el X, "La amistad", de *Como aroma de orquídeas*. Y todos son de algún modo recuperados en *Para la historia emocional del siglo XX* (2003).





En *El nacimiento de la tragedia* Nietzsche se fascinó con ésta y quiso criticar desde ella a la sociedad burguesa que, a mi modo de ver, es la más trágica de las sociedades porque la enajenación mercantil atomiza y cosifica a los seres humanos como propietarios privados. Celos, envidias, silencios sintomáticos, culpas, soberbia y arrogancia son las emociones y actitudes resultantes de la ruptura de la comunidad originaria y hacen girar en un círculo tanático a los seres humanos. Nietzsche confundió al propietario privado, sus actitudes y emociones, con el individuo humano en general. En la medida en que el "principio de individuación" preside

[1] En 2007 se publica *Leer* El capital *hoy. Pasajes selectos y problemas decisivos,* donde se exponen en positivo muchos temas tratados de modo polémico en la *Para la crítica a las teorías del imperialismo.*



el argumento de *El nacimiento de la tragedia*, la deleznable condición de los propietarios privados de la sociedad burguesa queda estatuida como destino cósmico. De ahí que la crítica de Kerouac a la sociedad burguesa —muy influida por Nietzsche— lo desbarranque a él mismo en un círculo vicioso análogo.[2] Mi *Para la historia emocional del siglo XX* (historia de emociones trágicas) rememora, sin yo buscarlo expresamente, el capítulo 4 de mi S*ubvirtiendo a Bataille,* y sobre todo, al capítulo IX, "La tragedia", de mi novela, encaminada a poner en escena una lucha trágica y la superación de la tragedia. Es lo que denominé "novela del nosotros".

4. Guía para la comprender la historia del siglo XX

Divido la historia del siglo XX en siete tramos —siguiendo a David Thomson (*Historia mundial de 1917 a 1968*)— que considero como momentos del sometimiento formal y real del mundo al capital. Este es el contenido general de esta historia.




Su contenido específico es la subordinación real del sujeto social revolucionario al capital. Ambas empresas se cumplen simultáneamente a través del traspaso de la hegemonía mundial de manos de Inglaterra a las de Estados Unidos, el nuevo hegemón que debe ser creado en este mismo proceso. Por eso distribuyo los siete tramos en tres grandes periodos que corresponden a la conformación de las premisas, el proceso y los resultados de esta vasta empresa histórica.

Después de presentar una semblanza general de los siete tramos y el contenido de los tres periodos, dedico un capítulo a cada uno de los tramos para observar con más detalle los momentos de subordinación formal y subordinación real del mundo al capital. Título el capítulo I "Totalización del capitalismo mejor que imperialismo" para subrayar la continuidad histórica del siglo XX con el XIX contra la idea opuesta de Lenin. Sólo así es posible pensar el sometimiento concreto y creciente del mundo al capital industrial.

El capítulo II que trata de la primera guerra mundial, muestra cómo el capital social mundial ha cobrado poder independientemente de los

[2] *Cfr. Nietzsche y el círculo vicioso,* de Pierre Klossowsky, su libro decisivo sobre la vida y la obra de Nietzsche.





múltiples capitales nacionales de modo negativo, como guerra mundial, como capital negro. En el capítulo iii (1918-1929) se observa, luego de la totalización del capitalismo europeo (1900-1914), un proceso de fragmentación creciente que sólo después mostraría su sentido: hegemonizar (mejor).

En esta primera posguerra sitúo un magno "cortocircuito cultural" que es funcional con el desarrollo sometiente del capital porque desarma y deforma la conciencia del sujeto revolucionario —aspecto decisivo de la subordinación real del consumo al capital—. En el capítulo iv (1929-1939) se avanza desde la hegemonía mundial formal que Estados Unidos aquiere en la crisis de 1929 hasta el umbral de la hegemonía mundial real —"El cinturón de hierro a punto de cerrar su hebilla"—. En el capítulo v se teoriza la función de la segunda guerra mundial (1939-1945) dentro de este proceso histórico que funciona como máquina de guerra y produce un patrón y un capataz que controla a la clase obrera y a la humanidad. El patrón es Estados Unidos y el capataz la bomba atómica, que a su vez anuda cósicamente el dominio mundial de Estados Unidos.




La bomba atómica es un valor de uso nocivo producto de la subordinación real del consumo al capital mundial. No es un simple valor de uso guerrero o fuerza productiva destructiva pues altera las reglas de la guerra y la distinción entre el sujeto y el objeto del ataque; la humanidad como un todo es objeto de destrucción y sometimiento. La proliferación de armas atómicas revelaría este hecho sólo posteriormente, a principios de los años sesenta. La disolución especulativa hegeliana del sujeto y el objeto —reflejo de la disolución de la mercancía y del dinero en el concepto general de capital— se realiza tecnológicamente, en una dialéctica infernal, en la potencia destructora atómica del sujeto y el objeto. A partir de entonces *todos* los valores de uso de la vida cotidiana tenderán a asumir la forma letal que revela la bomba atómica; ésta es así la clave de la pirámide sacrificial capitalista.

El dominio sobre la clase obrera mundial no sólo se correlaciona con la subsunción real del consumo bajo el capital, nucleada por la bomba atómica, sino también con la destrucción de Alemania como candidato a la hegemonía mundial y del lazo colonial previo a través de revoluciones nacionales anticolonialistas —que se entendieron como revoluciones socialistas—. El sometimiento de la conciencia del sujeto revolucionario avanzó consolidando así la subsunción real del consumo bajo el capital mundial.



El periodo que se estudia en el capítulo VI (1946-1970) es el de la era del dominio perfeccionado de Estados Unidos sobre el mundo (su dominio formal). El método para la construcción de esta máquina de dominio es —como demuestro— análogo al de la construcción de la máquina herramienta en el proceso industrial. Así como el proceso de producción artesanal se descompone en partes componentes que luego se sintetizan en un gran autómata mecánico, el mundo se fragmenta para luego pasar a sintetizarlo o recomponerlo pero con Estados Unidos en el trono. En este tramo histórico se logró la subordinación formal y real del capital variable o la población obrera mundial, y del capital constante o de la tecnología (recintos, materias primas y energéticos mundiales) al capital, así como la conformación de las relaciones sociales adecuadas a la hegemonía mundial de Estados Unidos. La forma Estado quedó entonces subordinada realmente al capital social mundial, en particular de modo funcional con la hegemonía norteamericana.

En el capítulo VII (1970-2003) se aborda el logro real del dominio del mundo por Estados Unidos o en tanto que el capitalismo industrial se desarrolla en la Cuenca del Pacífico y Estados Unidos la domina y amarra en este dominio el del mundo ya antes logrado. Va de por medio la crisis de 1971-82, la mundialización de la política económica neoliberal, la caída del muro de Berlín (1989), la guerra del golfo Pérsico (1990-91) y el desmembramiento de la URSS (1991), la conformación de los bloques geopolíticos de la Unión Europea (1993) y el NAFTA (1994), así como, a contrapunto, el levantamiento zapatista en Chiapas (1994). Considero unitariamente el largo séptimo tramo que va de 1970 a 2001 para insistir en la continuidad del desarrollo capitalista mundial, análogamente a como debí insistir contra la tendencia codificada —pero no exclusiva de ella— en la teoría del imperialismo de Lenin que establece una ruptura entre el siglo XIX y el XX. En este periodo surgieron de nuevo tendencias a desmembrar la conciencia histórica general, en particular la del proletariado, sobre todo en ocasión del desmembramiento de la URSS.




La clave paradójica de todo el tramo es el dominio de Estados Unidos sobre la Cuenca del Pacífico. Mediante este dominio geopolítico se logra la subsunción real del mundo al capital estadounidense, o con más precisión, la magna subsunción real del valor de uso mundo bajo el capital mundial hegemonizado por el capital de Estados Unidos.





5. Los escritos de Marx y Engels sobre México

Presentado originalmente como tesis de doctorado, su título inicial fue "Afirmaciones de Marx y Engels sobre México". Como se han creado innúmeros infundios sobre la relación de ambos autores con México, mi intención era dejar en claro cuáles eran sus tesis o afirmaciones auténticas sobre México. Posteriormente añadí otro trabajo titulado "La verdadera teoría del imperialismo de Karl Marx" porque en los escritos que contienen las afirmaciones sobre México tenemos precisamente la teoría del imperialismo de Marx no reconocida hasta hoy.

En 1983 redacté este último texto como capítulo final de mi tesis de maestría, aunque luego lo eliminé junto con cinco capítulos más hasta dejar sólo tres (introducción y capítulos) el libro que luego (1987) publiqué como *Para la crítica a las teorías del imperialismo*.

El parágrafo 3 del capítulo IX enriquece el contenido de la discusión porque muestra la relación y diferencia de la filosofía de la historia de Hegel con la de Marx acerca de la consideración sobre los españoles y los mexicanos y precisamente contra la idea —no sólo de José Aricó— según la cual Marx los desprecia porque los mira como Hegel.





El capítulo XIII "Discusión con el *Marx y América Latina* de José Aricó" (sus capítulos I y VIII) le pertenece al tema. Por mi parte había sido renuente a explicitar en forma esta discusión, porque el libro de Aricó —y sobre todo su argumento— es un todo orgánico sobre la recepción de Marx en América Latina, así que abrir fuego contra él directamente o como tema obligaba a hacer todo un libro al respecto —si se abordaba el contenido del asunto como éste lo requería— para discutir la interpretación de José Aricó sobre el Marx de *El capital*, o sobre Hegel, o su recepción de Korsch y de Gramsci, etcétera. No sólo habría que discutir su argumento sobre la previa recepción de Marx en América Latina, en la que ya hay tópicos no menos importantes como su desprecio por el marxismo de Anibal Ponce o su magnificación del de Mariátegui, etcétera. El tema de "Los escritos de Marx y Engels sobre México" tiene consistencia propia, con sus notas sobre Aricó y otros, pero formalmente es pertinente, por comodidad, exponer los argumentos de José Aricó y la crítica a los mismos sólo en referencia al tema México-Marx porque Aricó llevó hasta sus últimas consecuencias la interpretación de dicha relación sobre la base de una premisa equivocada: las teorías del imperialismo de Rosa Luxemburgo y Lenin, etcétera.



En efecto, cabe en el libro que comento pormenorizar en estos asuntos que se ponen en juego en la teoría del desarrollo capitalista de Marx nucleada por su teoría de la subsunción formal y real del proceso de trabajo bajo el capital, complemento de la cual es mi teoría de la subsunción real del consumo bajo el capital. Los teóricos del imperialismo no consideran dichas subsunciones pero sus ideas han servido de base al marxismo actual para pensar el desarrollo histórico de America Latina y por ende mal interpretan la relacion de Marx con América Latina y con México en particular

La cosa es todavía más grave porque la teoría capitalista de Marx se completa con la teoría del desarrollo histórico capitalista y con su teoría del imperialismo, cuyo *fundamento* son los escritos de Marx y Engels sobre la relación entre México y Estados Unidos, en los que se actuliza la teoría de la subsunción real del proceso de trabajo y del consumo en el capital bajo la forma de teoría del imperialismo en clave geopolítica pues el sometimiento del vaor de uso teritorial y poblacional preciso y concreto de cada caso configura el despliegue imperialista y la función de hegemón mundial dentro del mismo.




6. La posmodernidad y los Manuscritos de 1844 y la subordinación real del consumo al capital (1994)

En este libro se aborda la enajenación de las necesidades y del consumo desde la perspectiva de los conceptos de subsunción formal y subsunción real del consumo bajo el capital. Queda implicada en lo anterior la determinación de la necesidad que está siendo alienada o subordinada al capital, pero también la trato explícitamente en función del tema propio del libro. Critico las deficiencias del tratamiento de Heller (*El sistema de las necesidades en Marx*) y del horizonte general de la izquierda (marxista y no marxista) sobre las necesidades, tanto las necesidades radicales, cuyo concepto retoman Marcuse y Heller de Marx, sino sobre todo las necesidades cotidianas. Presa de la enajenación de las necesidades —y más específicamente de la subordinación real del consumo al capital durante los años sesenta y setenta del siglo XX—, la izquierda carece de un concepto positivo de necesidades objetivamente determinado. Pareciera como si en todo otro ámbito la izquierda pudiera hacer valer la teoría de la ver-





dad objetiva pero en el de las necesidades cayera prisionera de la razón subjetiva y la instrumentalización de la razón. Max Horkheimer (*Crítica de la razón instrumental*) critica estas modalidades de razón pero no puede proponer una necesidad objetivamente determinada. So pretexto de que el hombre es un ser de cultura y de que la fijeza de las necesidades frena el progreso y ataja el proceso de liberación de la humanidad, nadie parece poder encontrar parámetros objetivos para diferenciar las necesidades auténticas de las que son artificiales y nocivas. La izquierda no rebasa el horizonte de la idea metafísica o naturalista de las necesidades ¿No cabría una determinación material no culturalista ni metafísico-fijista de las necesidades y de su alineación, pero precisamente por ello no positivista ni relativista sino valorativa, ética, psicológica y fisiológica? Tal es mi propuesta.

7. Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad (1997)




El inciso 41.1. (capítulo xviii) del libro se titula "Dialéctica de la necesidad y dialéctica de la naturaleza" y en él se aborda el tema en su nivel más abstracto y general para establecer la "vertiente ontológica de la necesidad" (subtítulo del capítulo), pero el entronque histórico de ambas dialécticas se ve problematizado en el capitalismo contemporáneo precisamente por el proceso de subordinación real del consumo al capital. La degradación de los valores de uso y de las necesidades humanas es a la vez degradación de la ecología, tema tratado en los dos últimos capítulos (xxiii y xxiv). Ese problemático entronque histórico entre la dialéctica de las necesidades y la ecología —en tanto forma de manifestación de la dialéctica de la naturaleza— es el *núcleo experiencial* que ha promovido la redacción de este libro.

El *núcleo teórico* correspondiente puede formularse así: el crecimiento exponencial de la razón instrumental (Max Horkheimer) —razón formal y subjetiva—, en tanto correlato del desarrollo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, deslee no sólo la captación de algo así como una verdad objetiva, sustituyéndola por la utilidad o la eficacia, sino que distorsiona también lo que es útil y la necesidad objetivamente determinada pues la subordinación real del proceso de trabajo

inmediato al capital desarrollada involucra a la subordinación real del consumo. No se accede teóricamente a la dialéctica de la naturaleza porque no se experimenta la dialéctica objetiva de la necesidad debido a que ésta se encuentra distorsionada, subordinada realmente al capital.

La crítica de Luckács (*Historia y conciencia de clase*, de 1923) a la dialéctica de la naturaleza de Engels tuvo el efecto positivo de especificar el carcácter histórico y humano de la dialéctica, pero el negativo de malinterpretar la idea de Engels sobre las interacciones o acciones recíprocas de la naturaleza como *causa finalis* análoga a la dialéctica humana. De esta suerte, desde la segunda posguerra en adelante el marxismo abandonó la dialéctica de la naturaleza y cayó en el desconcierto ante el concepto de necesidad —no casualmente en el contexto de una subsunción real del cosumo bajo el capital cada vez más virulenta conforme el mundo se "americanizaba"—.

Con la recuperación de la dialéctica de la naturaleza como motivo teórico rescata la verdad objetiva y, por ahí —es mi intención—, la necesidad objetiva, o por lo menos la posibilidad de que nos sensibilicemos ante el problema. De esta recuperación depende la fortaleza del sujeto histórico en tanto sujeto de necesidades y sólo por necesidad libertario.




8. Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo (1998)

Este libro es de reflexión histórica sobre un siglo y medio (1848-1998) y toma lo que se ha pensado sobre el *Manifiesto del partido comunista* como síntoma del mundo equívoco en el que se ha reflexionado esa historia. Esta historia está desleída y distorsionada, y concomitantemente, el *Manifiesto del partido comunista,* escrito en 1848. La distorsión de la historia tiene la función de someter la conciencia histórica de la sociedad, su memoria, lo cual es la condición para que se constituya una conciencia revolucionaria sometida, que no se reconozca en el *Manifiesto del partido comunista* ni reconozca al presente a través del mismo. Conciencia histórica y conciencia revolucionaria sometidas son aspectos de una subsunción real del consumo bajo el capital de magnas dimensiones: el sometimiento real de la historia universal bajo el capital, esto es, del valor de uso historia universal. El perfeccionamiento del mercado mundial a fines del siglo XX involucra lo recién dicho. Ese es nuestro tiempo, y contiene





dentro de sí un peculiar valor de uso apendicular sometido realmente al capital: la crisis posmoderna del marxismo.

En la introducción del libro se discuten dos síntomas: a) terror a tomar el poder (subsunción formal de la conciencia comunista) y b) terror a la verdad y refugio en la opinión y el sentido común (subsunción real de la conciencia comunista). Así la conciencia revolucionaria comunista de la clase proletaria queda adecuada formal y realmente para servir al desarrollo capitalista. En consecuencia, la proletarización de la humanidad concomitante con el perfeccionamiento del mercado mundial capitalista es vista a la inversa, como surgimiento de "nuevos sujetos" no proletarios y como decadencia del proletariado o, incluso, como su abolición dentro del capitalismo, y si aún existe no es revolucionario, mientras que los nuevos sujetos sí lo son, además de anticapitalistas y, por ello, antiproletarios y contrarios al *Manifiesto del partido comunista* —ya que el proletariado es procapitalista y antirrevolucionario—. Por cierto, estas falacias aparenciales no son meras ideas peregrinas de la ideología dominante, pues a ellas corresponden unas experiencias históricas. El valor de uso subsumido realmente bajo el capital no es sólo la concien-





cia revolucionaria comunista, sino la práctica proletaria revolucionaria y proreformas.

Con vistas a liberar esa conciencia y esa práctica, en el texto que nos ocupa se reflexiona sobre otras dimensiones históricas de la subordinación real del consumo al capital, y lo hace con base en el concepto de *medida geopolítica de capital* el cual tiene por contenido la subordinación real del valor de uso geográfico y poblacional por el capital, premisa y resultado material de la reproducción histórica constante del modo de producción capitalista; esto es, de la producción de historia por una generación y del consumo de historia por las siguientes.

En otros términos, la subordinación real del consumo al capital, pensada en clave histórica, tiene en el concepto de medida geopolítica de capital su concepto básico, al que se añaden los dos siguientes para pensar la historia del siglo XX: el de *simulacro epocal* y el de *retroceso histórico artificial*.

La conformación económica, política y cultural de esa nación capitalista que fue la URSS y de la ideología mundial que la tiene por socialista constituye el simulacro epocal en virtud del cual un valor de uso positivo (la sociedad socialista) es identificado con un valor de uso subordinado

realmente al capital y, por tanto, negativo, y aun nocivo para el desarrollo del proletariado. Esta asimilación forzada presenta en términos geopolíticos la ecuación falaz socialismo = capitalismo; eso fue la URSS, un simulacro epocal, una tergiversación práctica, no sólo ideológica, de la historia. Esta tergiversación práctica escenificada por la URSS se complementó durante el siglo XX, primero, con la conformación de un "bloque socialista" unificado en el Pacto de Varsovia y, luego, con las luchas de liberación nacional (revoluciones burguesas) en el Tercer Mundo presentadas como si fueran revoluciones socialistas.

El desarrollo del mercado mundial o establecimiento de la medida mundial de capital o *subordinación real del valor de uso mundo al capital*, que transcurrió durante el siglo XX desde la primera y la segunda guerras mundiales y la guerra fría hasta el neoliberalismo —historia de la génesis de la hegemonía mundial de Estados Unidos—, se presentó del modo tergiversado antedicho. Y la función histórica global de ese simulacro epocal ha sido la tergiversación de las necesidades y de la conciencia proletaria revolucionaria por décadas (epocal).




La otra dimensión histórica de la subordinación real del consumo al capital, complementaria con el simulacro epocal, ha tenido como función global el forzamiento del trabajo de la fuerza revolucionaria de la sociedad, en particular del proletariado. Se trata esta vez no de un simulacro, aunque le es correlativo, sino de un *retroceso histórico artificial*. El simulacro epocal ofrece al presente capitalista como si fuera contemporáneo del socialismo, es decir, como si éste tuviera menos posibilidades futuras, esto es, hace retroceder el horizonte histórico de la época actual.

La embestida neoliberal posmoderna de los ochenta y los noventa del siglo XX consolidó esta empresa histórica del capitalismo que se había venido conformando desde alrededor de 1871 —Comuna de París/gran depresión del capitalismo (1871-1895)—, y que fue afianzada prácticamente por la primera guerra mundial, remachada por la segunda y perfeccionada por la guerra fría.

La nueva hebilla del mundo, la hegemonía mundial de Estados Unidos, fue el producto histórico positivo del que el retroceso del horizonte histórico epocal es el complemento defensivo del capitalismo.

El mecanismo paradójico de la lucha de clases que nos permite reconocer la existencia de tal retroceso consiste en que las metas ya alcanzadas por el movimiento obrero y por el movimiento revolucionario en general





deben ser conquistadas de nuevo. Hay que luchar de nuevo por conseguir el seguro social y el contrato colectivo de trabajo porque el capitalismo hizo retroceder el reloj de la historia, arrebatándole esos —y otros muchos— logros al movimiento revolucionario y democrático en general. Así que el tiempo presente —todo él un valor de uso subordinado realmente al capital, y por lo tanto nocivo, entrampado— se presenta como si fuera un valor de uso neutral. Caso resaltante es el de la destrucción ecológica planetaria pues hace retroceder las posibilidades históricas de la revolución comunista toda vez que ésta primero debe reconfigurar las fuerzas productivas técnicas y contrarrestar la erosión infligida a la naturaleza.

9. Revolución mundial y medida geopolítica de capital (1999)

Los conceptos de medidas geopolíticas de capital continental y mundial son, otra vez, como alternativa a las teorías del imperialismo, la piedra de toque de la reflexión histórica para pensar la articulación del siglo XIX con el XX y de la relación de la revolución del 48 y el *Manifiesto del partido comunista* con nuestro tiempo y de Marx con nosotros. Pero ahora se espigan otros conceptos correlativos, como una constelación, alrededor del de subsunción real del consumo bajo el capital.




En la introducción a *Leer nuestro tiempo. Leer El Manifiesto* la subordinación real de la conciencia revolucionaria al capital era visualizada en la forma de la crisis posmoderna del marxismo, en el devenir esta conciencia atemorizada de sentido común que no quiere saber de verdades sino sólo de opiniones, y para nada de la toma del poder ni de la "misión histórico-universal del proletariado". Este devenir de la conciencia de clase revolucionaria en mero sentido común pseudodemocrático, dóxico u opinionista es concretado en *Revolución mundial*... al especificar al sentido común de la izquierda como desarrollo bernsteiniano que primero irrumpe (1898) y pone en crisis al marxismo; después es vecino paralelo del leninismo y el estalinismo, bajo los que el marxismo a un tiempo es defendido y trastocado, y, finalmente, termina por ser el sentido común dominante en la izquierda mundial y oculta su naturaleza bernsteiniana incluso para sí mismo.

La subordinación real del consumo al capital se registra en este texto en el seno mismo de las fuerzas productivas en tanto deformación del va-



lor de uso propio de éstas, esto es, el de ser productivas. La subordinación real del valor de uso tecnológico al capital es el núcleo del retroceso del horizonte histórico, tanto en términos políticos o de las relaciones entre los seres humanos para gestionar sus libertades como en el plano ecológico o de las relaciones del hombre con la naturaleza para gestionar sus necesidades y su supervivencia, de suerte que la posibilidad de liberación socialista está puesta en cuestión mediante una amenaza material de catástrofe ecológica e imposibilidad técnica.

En *El hombre unidimensional* (1966) Herbert Marcuse afirmó que las fuerzas productivas habían dejado de ser condición de la revolución comunista como Marx creyera. De este modo cristalizó la noción que presidiera a la afirmación ideológica de que la revolución de 1917 había sido socialista a pesar de que no existían las fuerzas productivas técnicas necesarias para ello, pero además abrió un abismo en la conciencia revolucionaria que fue creciendo en los años posteriores hasta no sólo decirle adiós a las fuerzas productivas sino también "adiós al proletariado" (André Gorz, 1978).




La intuición de Marcuse es falsa pero contiene un núcleo de verdad, así que la critico en lo que tiene de falsa, pues las fuerzas productivas no pueden ser sino revolucionarias y la revolución comunista no puede sino apoyarse en ellas si quiere llegar a realidad. Y desarrollo el núcleo de verdad marcusiano: la tecnología actual suspende a la revolución comunista. En síntesis: la tecnología actual es un valor de uso subordinado realmente al capital, cuya nocividad pone en entredicho su carácter —sólo aparente— de fuerzas productivas. Como se ve, distingo rigurosamente el concepto de *fuerzas productivas* (siempre positivo) respecto del de *tecnología* pues ésta puede ser positiva o negativa. Ahora bien, la referida decadencia de las fuerzas productivas capitalistas se preparó desde la coyuntura abierta por el agotamiento de la medida geopolítica continental de capitalismo y el inicio de la medida mundial (1850). La ley histórica ha sido desde entonces la de la tendencia decreciente de la capacidad productiva de la tecnología conforme se acrecentaba la potencia de la misma para vomitar cada vez más valores de uso nocivos para la vida humana; lo que aparecía, sin embargo, al revés, como crecimiento exponencial no de la tecnología capitalista —lo que sí sucedió— sino de las fuerzas productivas de la humanidad y, por tanto, de la separación y enajenación de éstas respecto de la revolución comunista. Sin el poder



material de las fuerzas productivas, esta revolución perdió sentido, devino en mera utopía, *flatus voce*.[3]

Si el horizonte histórico anterior a 1848 condujo del socialismo utópico al socialismo científico, el posterior nos ha conducido —sobre todo después de 1917— a que la revolución comunista, a fin de realizarse, debe recuperar para el socialismo científico todo lo que el socialismo utópico contenía de efectivamente trascendente. Esto es, el socialismo científico debe resolver la gestión de un valor de uso total anticapitalista más allá de las meras luchas económicas, políticas e ideológicas. La "crítica de la civilización" que hace Fourier, retomada por Engels en 1889, al final de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, es el complemento hoy imprescindible de la crítica de la economía política y de la crítica de la política, pues la sociedad burguesa no sólo ocupa toda la extensión del globo terráqueo sino que intensifica la ocupación del espacio al proyectar la relación de dominio en el espacio y estructura de cada valor de uso subordinado realmente al capital. Así sometidos, los valores de uso devienen agentes atómicos del retroceso del horizonte histórico pues obligan a reponer cada vez la erosión y degradación fisiológica, psicológica, política, cultural y ecológica.




10. Perfil del traidor (I) (2000)

Ya el índice del libro puntualiza el sometimiento real del valor de uso de la historiografía mexicana a la geopolítica hegemónica de Estados Unidos y el sometimiento sólo formal del valor de uso del sentido común nacional bajo esa misma hegemonía. La ciencia historiográfica mexicana está desarmada cuando piensa la relación México-Estados Unidos, y desarma a la nación mexicana a favor de Estados Unidos, mientras que el sentido común nacional acerca de Santa Anna —y por tanto de la relación México-Estados Unidos—, que aún está armado contra una posible invasión o intervención de Estados Unidos en México, pero es fácilmente desarmable. Aquí se analiza este sentido común en cuanto valor de uso

[3] Armando Bartra (*El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*) hace una brillante discusión de este punto. Sin embargo su exposición se resiente por quedar prisionera de la concepción marcusiana de la tecnología capitalista, a la que confunde con fuerzas productivas.



sometido al capital bajo su aspecto simple (sentido común) y bajo su aspecto complejo y desarrollado, esto es, en la literatura y en el cine.

Además del análisis de un valor de uso cultural epocal (1847-2000) —la conciencia nacional mexicana sometida a la hegemonía capitalista norteamericana tanto a nivel científico como de sentido común—, el libro concluye con el análisis de un valor de uso material, la nación, y de su sometimiento formal al capital o como nación territorializada y coronada por el Estado.

11. El perfil del traidor (I) (2000)

El dominio de la conciencia nacional mexicana por la geopolítica de Estados Unidos es un hecho contradictorio. Revela este carácter no sólo en la contradicción entre la historiografía mexicana como un todo y el sentido común nacional (tomo I), sino también en las contrapuestas posiciones de los historiadores mexicanos acerca de si Santa Anna traicionó o no a México. La subordinación real del valor de uso de la historiografía mexicana sobre la relación México-Estados Unidos (parte I) nos abre a la parte II, en la que se observa el dominio geopolítico norteamericano en la política actual. Así vemos en 2000 al historiador Enrique Krauze intervenir políticamente a favor de Lucas Alamán y Santa Anna, y por tanto abiertamente a favor de la derecha y encubiertamente —y en 2003 al apoyar descaradamente a Bush hijo en su guerra contra Irak— a favor de Estados Unidos.




De otro lado, según la concepción preponderante y ejemplar de Luis Villoro y Enrique González Pedrero, un Estado fuerte es el antídoto contra Santa Anna (y Estados Unidos). Esta idea es síntoma del sometimiento capitalista contra el que se combate pues parece ciega al fortalecimiento de la sociedad civil mexicana ante la eventualidad del entreguismo de los Estados fuertes priístas desde De la Madrid (1982-1988), Salinas (1988-1994) y Zedillo (1994-2000) hasta los panistas Vicente Fox (2000-2006) y Felipe Calderón (2006-2012).

De ahí que esta parte II concluya con el esclarecimiento del patriotismo del pueblo y la nación en tanto valor de uso para el proletariado revolucionario en vista de sacarlos del sometimiento burgués en el que vegetan. La parte III elabora una teoría del desarrollo histórico (1847-2000) y



de la estructura (psicológica, ideológica y política) del fetiche Santa Anna en tanto efecto de las relaciones geopolíticas seculares entre México y Estados Unidos como hegemón mundial capitalista; así, se lo relaciona con la emergencia del simulacro epocal URSS acentuadamente estatalista.

El libro concluye con un capítulo —complemento del tomo I sobre la nación y el proletariado— dedicado a la relación entre el nacionalismo y el socialismo, con la perspectiva de combatir la subordinación formal y real de la nación y del proletariado al capital.

12. Para la historia emocional del siglo XX (2003)

Si la fuerza de trabajo debe devenir fuerza revolucionaria, la conciencia del proletariado debe desarrollarse de conciencia de clase en sí en conciencia de clase para sí, que en una coyuntura revolucionaria —y en el siglo XX las ha habido ciertamente— pueda moverse en los acontecimientos y producirlos a fin de destruir el modo de producción burgués y construir el socialismo. Pero el paso de la fuerza de trabajo a fuerza revolucionaria puede quedar trabado si las premisas de la conciencia de clase en sí empantanan su posibilidad de devenir en conciencia de clase para sí, de ahí que la subordinación formal y la subordinación real de las emociones al capital sean aspectos decisivos de la subordinación real del consumo al capital, pues inciden directamente en la subordinación real del sujeto social en tanto neutralizan o falsean su dimensión histórico-trascendente.





La política de las emociones y su correlato, la psicología de masas del fascismo y de la así llamada "cultura de masas", así como la manipulación de la psicología social y de la política sexual neoliberal (neofascista) (la campaña contra el SIDA) son factores decisivos de la historia del siglo xx. Sin ellos no podría entenderse esta historia así como tampoco la eficacia de la sociedad burguesa en este siglo para suspender o falsear la realización de la revolución comunista.

La subordinación real del consumo al capital es subordinación real del sujeto social al capital, con la función de contrarrestar la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y suspender la revolución comunista. El conjunto de los valores de uso nocivos emanados de la subordinación real del consumo al capital apunta a este doble cometido, así





que tienden a trastocar las emociones para suspender/falsear la conciencia de clase proletaria. Las emociones son ese lugar estratégico, el nudo de la subordinación real del consumo al capital, pero ellas mismas son un valor de uso complejo que el capital debe someter formal y realmente de modo directo a través de otros tantos valores de uso nocivos. La subordinación real del consumo al capital requiere de una personificación adecuada, y la subordinación real de las emociones al capital es la clave para lograrlo. El siglo xx ha sido el proceso de constitución de tal personalidad.

13. El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo xx (muy útil para el xxi) (2003)




Distingo tres periodos en la historia del siglo xx subdivididos en siete tramos. Esta es la historia de la medida geopolítica mundial de capital una vez que inicia en forma a partir de la primera gran crisis (1871-1895), anuncio de la decadencia inglesa y de la emergencia de Estados Unidos y Alemania como posibles hegemonistas. Son por tanto tres periodos del dominio mundial del capital:

1) de sus presupuestos,
2) de su verificación bajo la hegemonía de Estados Unidos (1945 en adelante), y
3) de la adecuación de este dominio al valor de uso Estados Unidos (1971-2003...); así que en el tercer periodo se vuelve visible con virulencia la subordinación real del consumo al capital.

Los siete tramos son los siguientes:

1) La totalización del capitalismo en Europa continental —hasta entonces con resabios precapitalistas (1870-1914)— o la subordinación real de Europa bajo el capital.
2) La emergencia del capital mundial como potencia independiente, o la "gran guerra" (1914-1918), y lo que ello implica: el inicial sometimiento real del capital variable mundial a través del genocidio bélico.



3) La fragmentación del capitalismo mundial —con la constitución de la URSS— para hegemonizar mejor (1918-1929), o la subordinación real compleja de la clase obrera mundial, luego que se insubordinó ante la masacre de que era objeto en la primera guerra mundial e intentó salvarse mediante una revolución y la instauración de una nueva sociedad. La subordinación real de la conciencia de clase específicamente revolucionaria es el ingrediente específico de esta más compleja subordinación real.
4) Inglaterra es insuficiente ya para hegemonizar al mundo —la emergencia de la URSS lo demuestra— y hay indecisión histórica de quién será el próximo hegemón: Alemania o Estados Unidos. "El cinturón de hierro a punto de cerrar su hebilla: preguerra (1929-1939)". Esta es —paradójicamente— la forma general del dominio y desarrollo mundial capitalista,[4] antes de que se forme el equivalente general adecuado, una época de construcción de todos los instrumentos necesarios para el próximo ejercicio de la hegemonía.
5) En el quinto tramo la segunda guerra mundial (1939-1945) funciona como una gran máquina que produce al nuevo patrón (Estados Unidos). Para lo cual destruye a Alemania, masacra a la clase obrera y, para culminar su obra, produce al amenazante capataz mundial, la bomba atómica, ese soberbio valor de uso nocivo producido por la máquina del capital social mundial en sus contradictorios engranajes geopolíticamente articulados de modo sincopado. Esa bomba es el faro y norte de lo que de ahora en adelante serán todos y cada uno de los valores de uso que produzca el sistema mundial.




6) Se abre la era del dominio perfeccionado de Estados Unidos sobre el mundo (1946-1970), luchas de liberación nacional y guerra fría incluidas. Se construye el capital constante mundial adecuado a tal empresa, pero esta subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital elevada a la segunda potencia no puede ser sostenida sino que debe ser remodelada, lo mismo que la escisión funcional del mundo entre Occidente y el bloque soviético para que el capital social mundial lo domine en condiciones de bajo desarrollo del mis-

[4] La forma simple y brutal de este dominio es la primera guerra mundial; la forma desplegada es la fragmentacion del cosmos capitalista al aparecer la URSS.





mo capital social mundial. Así da inicio en 1971 la crisis más grande de la historia capitalista hasta entonces.

7) El séptimo tramo (1971-2003...) es el del redondeamiento de la hegemonía mundial de Estados Unidos y, por lo tanto, de la subordinación real del valor de uso al capital mundial representado por Estados Unidos: a) crisis energética y tecnológica y sus tendencias contrarrestantes, b) derrumbe del bloque socialista y c) dominio efectivo militar, económico y tecnológico de la Cuenca del Pacífico por Estados Unidos, con lo que el dominio capitalista se extiende efectivamente sobre el mundo, a la par que Estados Unidos afianza su hegemonía mundial en esa cuenca oceánica que es un territorio inaccesible para Europa.

14. Consumo y capitalismo en la sociedad contemporánea. Problemas actuales de la subordinación real del consumo al capital (1996)



No añado nada a lo dicho pues después de la mención de los ensayos publicados en este libro valdría la pena comentarlos con pormenor pero no es éste el espacio para hacerlo.







FORMA SOCIAL CONCRETA PERSONAL
(Bataille, Santa Anna, Lolita, etcétera)

I. Forma mercancía y formas sociales contemporáneas

En el curso de mi investigación sobre la subordinación real del consumo al capital han sido temas importantes personajes de la vida real como el filósofo francés Georges Bataille y el presidente de México Antonio López de Santa Anna y de la ficción literaria como Lolita (personaje de la novela de Vladimir Nabokov homónima), el escritor beat franco-canadiense Jack Kerouac, Betty Mae Page (Miss Pin Up 1954), etcétera, y precisamente al lado de la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia o del concepto de subordinación real del consumo al capital, el automóvil, los refrescos embotellados, la comida chatarra, el azúcar refinada, etcétera.




Entre los conceptos abstractos que retratan grandes procesos sociales —por ejemplo, subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo inmediato bajo el capital— y los valores de uso concretos nocivos contemporáneos, las personas son objetos de estudio privilegiados pues no son sólo los soportes o agentes de las estructuras sociales sino personificaciones de relaciones sociales —tal y como el propietario privado de mercancías personifica a la forma mercancía—.[1] Ellos personifican múltiples relaciones sociales, no sólo económicas sino políticas y culturales todas ellas nucleadas —según Marx y siguiéndolo Georg Lukács ("La cosificación y la conciencia del proletariado", en *Historia y conciencia de clase*)— por la forma mercancía. Son también formas sociales concretas ellos mismos, como lo es —según Marx— la mercancía, y, precisamente para distinguirlos de la mercancías los llamaré formas sociales concretas personales, esto es, únicas, para nada generales como lo es la mercancía.

Dice Marx que la mercancía no es un concepto sino una forma social ("Glosas marginales al tratado de economía política de Adolf Wagner", 1874) pues los conceptos son representaciones mentales abstractas que

[1] Marx formula este concepto en *El capital,* tomo I, capítulo II, "El proceso de intercambio".



refiguran aspectos de la realidad, mientras que la mercancía está dada doblemente: una vez en la realidad y otra vez en el pensamiento de la gente, del que el pensamiento de Marx u otro investigador forma parte. Así, pues, la mercancía es una forma social concreta inclusiva, ahora sí, de aspectos abstractos que hay que conceptuar tales como el valor de uso, el valor y el valor de cambio, etcétera. La forma mercancía es un nudo de relaciones sociales como lo es la compra-venta o las relaciones de producción entre los múltiples propietarios privados, así como las de consumo concreto mediadas por el mercado, cual es el caso en las sociedades mercantiles.

Por su parte, las personas o algunos personajes de novela —como Lolita— están dados a la vez en la realidad y en el pensamiento ya por el hecho de que la persona tiene una representación de sí misma mientras se mueve o circula en sociedad. Son formas sociales concretas cuya personalidad también es conformada por el conjunto de relaciones sociales estructurales —son personificaciones en este sentido—, y de otro lado por el conjunto de relaciones interpersonales de un sector particular de la sociedad: su familia, barrio o colonia, compañeros de estudio o de trabajo, etcétera. Son también nudos de relaciones sociales.

II. De Demócrito y Epicuro a la forma mercancía

Hasta aquí, la estructura de la forma mercancía esclarece algunos aspectos que permiten comprender a la persona. La forma económica permite aclarar una forma social histórica compleja como es una persona, que no sólo es actor económico sino social, político y cultural. Pero el carácter singular de la persona en tanto forma social concreta no sólo la ubica como única y éticamente determinada unidad de capacidades, necesidades y libertades sino que la revela sobre todo como un sujeto activo necesitado y productor de objetos, de sujetos, de relaciones sociales y de historia.

En 1839-1841, Karl Marx[2] —siguiendo a Hegel— considera a los filósofos como concreciones o reflejo de toda una época y como expresión

[2] Tesis doctoral sobre las diferencias entre las filosofías de la naturaleza de Demócrito y Epicuro.





viviente de la filosofía que durante su vida han forjado y sostenido. Así, antes de tratar con una forma social concreta general como la mercancía Marx analizó las formas sociales concretas personales de Epicuro y Democrito, que le sirvieron para indagar la historia real y la historia de la filosofía así como para tomar conciencia (o desarrollarla) de sí mismo y del mundo. Marx llegó a la mercancía partiendo de estas formas sociales concretas personales que luego reconoció y conceptualizó.

La indagación biográfica constituye, entonces, un ámbito privilegiado del estudio de la sociedad y de la historia. Porque no se trata sólo de aplicar a una vida el saber acerca de unas estructuras epocales que la determinan, pues esa misma vida determina a su época, sino de explicar cómo la perciben, se emocionan con ella y la piensan, esto es, en síntesis, cómo hacen la experiencia de su época al tiempo en que la sufren y la transforman parcial o globalmente, por lo cual constituyen el objeto de indagación básica sobre la misma. Sólo a través de la experiencia biográfica puedes descubrir lo que una época es en sus estructuras íntimas. Y cuando ya las conoces y sin embargo indagas la vida de alguien que vivió en esa época, es muy posible que descubras nuevas determinaciones que antes eran invisibles porque las ha captado la experiencia vivida en cuestión.




III. Bataille como problema formulado por su época

Mi investigación sobre la filosofía, artículos, novelas y tratados de Georges Bataille, así como sobre su biografía, me revelaron a un personaje sorprendente cuya experiencia del mundo tuvo una fulguración decisiva en 1934 que lo llevó a redactar su "Noción de gasto", clave de toda su obra posterior y anterior a esa fecha. Yo no podía comprender que algo así como Georges Bataille hubiera podido llegar a existir si aplicaba a su obra y a su época la teoría del imperialismo de Lenin, presunta explicación marxista de la época. ¿De dónde ese consumo excesivo y esa proclividad ontológica por el mal? ¿De dónde esa ley superior del gasto frente a las leyes limitadas de la producción y, aun, del consumo necesario? Y ¿de dónde el hecho de que aunque él creía superar con estas nociones al capitalismo más bien lo expresaba y quedaba preso en él no sin haber intentado subvertirlo?

Bataille hace la experiencia de la "sociedad de consumo", me dije simplemente, proyectando hacia atrás unos veinte años lo que había leído en Galbraith y en Marcuse. La ha premonizado a partir de indicios, concedí. Pero esta síntesis de todos los saberes que logra, análoga al sistema hegeliano pero contraria *in toto* al mismo, ¿cómo y por qué es que se da ahora, siendo Hegel, como lo es, el máximo representante de la conciencia burguesa?[3] Como si el horizonte burgués de nuevo se totalizara pero en lugar de sacar adelante la ley productivista del capitalismo, representada por el *pantocreator* espíritu absoluto hegeliano, enarbolara —y esta fuera la finalidad del magno esfuerzo de síntesis de Bataille— la ley contraria, la ley de la pérdida, en la que el consumo sin medida rige al ser social y, al parecer, al cosmos. Y no idealmente como en Hegel, sino materialmente.

¿Qué no sabía yo que el capital tiene dos voces —"dos almas anidan en su pecho", dice Marx parafraseando a Goethe—, una productivista y ahorrativa pero otra que invita al consumo excesivo para venderle al derrochador las mercancías en las que está plasmado el plusvalor? Dualidad estructural del capitalismo, era notorio que éste había distribuido en el tiempo histórico la preponderancia, ora de la voz productivista, ora de la consumista. Y Georges Bataille le había prestado su pensamiento y palabra a esta última para volverla aullido ontológico, imperativo categórico absoluto, digamos.




IV. Vivido Bataille: indicio y discurrente

Pero si Georges Bataille era la expresión del capital industrial desarrollado —o cuando éste se encubre en la ley del consumo excesivo para mejor realizar así el plusvalor contenido en las mercancías, producidas con un precio de producción caracterizado por la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital—, entonces, si todo esto es así, no puede ser que la teoría del imperialismo dé cuenta de Bataille ni de su época. Pues esta teoría insiste en que ya no domina el capital industrial sino el financiero, y lo que se muestra en Bataille es el dominio estructural del capital industrial cargado históricamente hacia su polo consumista.

[3] Así lo caracteriza Georg Lukács en "La cosificación y la conciencia del proletariado", § 3 "Las antinomias del pensamiento burgués".





Ha habido consumismo capitalista ligado al productivismo de la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital. Marx lo conoció y desde 1844 (tercer manuscrito) lo tuvo en consideración. Y ya en 1843, Engels aborda el asunto en su genial "Esbozo de la crítica de la economía política" (Marx *dixit*), pero hete aquí otro consumismo más recalcitrante y brutal cuya imposición se afianza con todas las fuerzas que mueven, integran y desgarran a las personas. Y Bataille hace su experiencia y reconoce en el Marqués de Sade un precursor, así como en William Blake —en ese aforismo del *Matrimonio del cielo y el infierno* que dice "¿Bastante?, es decir, demasiado", y otros análogos—. Como si el capitalismo, primero productivista para destruir al Antiguo Régimen y a las sociedades precapitalistas que encontró a su paso, ahora bien afianzado y soberano, ya hiciera valer sus propios consumos lujosos y se reencontrara en ellos y se reconociera en esta antigua sabiduría que antes pisoteaba soberbio e ingenuo. Aquí se trata no de un primer consumismo capitalista sino de uno segundo.





En efecto, la subsunción formal del consumo bajo el capital es inherente a la subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital, pero sólo una subordinación real del proceso de trabajo inmediato al capital desarrollada puede elaborar objetos de consumo inéditos de modo generalizado y en tal cantidad que sea obligado alterar los patrones de consumo sociales integralmente: esta es una subordinación real del consumo bajo el capital, me dije.

V. Valores de uso realmente existenes y ontología del mal

Pero no se trata de una mera forma social, de una mayor insistencia en el consumismo y una manipulación de la conciencia para lograrlo. Hay ontología y hay mal en la "experiencia Bataille". Con la subordinación real del consumo al capital se trata de valores de uso materialmente determinados y que determinan la fisiología de los seres humanos, de suerte que éstos perciben —desde allí— el ser en su conjunto de nuevo modo, y proyectan en el ser lo que esos valores de uso concretos les suscitan: la experiencia de un mal ontológico, esto es, que arranca su ser hasta la médula.



La subsunción real del consumo bajo el capital produce valores de uso materialmente determinados como nocivos y que dañan al organismo, la psique y las relaciones humanas en un círculo vicioso infernal que los propios seres humanos constituyen con sus deseos, anhelos y actividad de forma tanática.

VI. SANTA ANNA, LOLITA Y EL SER CUESTIONADO EN SU SER

Mi indagación de Antonio López de Santa Anna o de Lolita, etcétera, siguió una suerte y un camino parecidos: iluminar una época en lo que de más específico tiene a través de la experiencia vivida de uno de sus actores privilegiados. Las formas sociales concretas personales en tanto sujetos activos que son se convierten, para la investigación, en invaluables síntomas sociales e históricos.

Con esta explicación doy cuenta de la recurrencia del análisis biográfico —y del modo en que lo he cultivado— en mis libros en relación con la subordinación real del consumo al capital.




Jean-Paul Sartre señala que el ser humano es el ser-cuestionado-en-su-ser.[4] Las formas sociales concretas personales del materialismo histórico explicitan una dimensión que está implícita en la idea de Sartre: es el ser-cuestionado-en-su-ser en la exacta medida en que cuestiona-determinándolo-el-ser-del-mundo que, a su vez, lo cuestiona.

[4] En la conclusión de "Cuestiones de método" (1956), en *La crítica de la razón dialéctica*.



BIBLIOGRAFÍA

Abendroth, Wolfgang *et al.*, *Conversaciones con Lukács*, Alianza, Madrid, 1974.

Adorno, T. W., *Prismas*.

Álvarez, Alejandro *et al.*, *Economía política del Plan Puebla-Panamá,* Itaca, México, 2003.

Aglietta, Michel, *Crisis y regulación del capitalismo*, siglo XXI, México, 1999.

Althusser, Louis, Étienne Balibar, *Para leer* El capital, siglo XXI, México, 2001.

———, *La revolución teórica de Marx*, siglo XXI, México, 1990.

Apoteker, Arnaud, *Introducción a los organismos genéticamente modificados*, Centro de Estudios para el Cambio en el Campo Mexicano, México, 2001.



Attali, Jacques, *La historia de la propiedad,* Planeta, Barcelona, 1989.

Barreda, Andrés, "Atlas geoeconómico y geopolítico de Chiapas", tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, 1999.

Bartra, Armando, *El hombre de hierro*, Itaca, México,

Bataille, Georges, "La noción de gasto", en *La parte maldita,* Edhasa, Madrid, 1974.

———, *La experiencia interior,* Taurus, Madrid, 1972.

Baudrillard, Jean, *Crítica de la economía política del signo,* siglo XXI, México, 1972.

———, *El sistema de los objetos,*

———, *La sociedad del consumo,*

———, *El espejo de la producción,*

Bell, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo,* Alianza, Madrid, 1977.

Beraud, Bernard, *La izquierda revolucionaria en el Japón*, siglo XXI, México, 1971.

Bloch, Ernst, *El principio esperanza,* Aguilar, Madrid, 1974.





Boccara, Paul, *El capitalismo monopolista de Estado,* Fondo de Cultura Popular, México, 1972.

Boorstin, Daniel, "Historia de la imágen: de los pseudosucesos a la realidad virtual", en Nathan P., Gardels, *Fin de siglo: grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo,* McGraw-Hill, México, 1998.

Bravo, Elizabeth, *El ABC de los transgénicos,* Acción Ecológica-Instituto de Estudios Ecologistas del Tercer Mundo-Red Interamericana de Agricultura y Democracia (RIAD), Quito, 1999.

Bujarin, Nicolai, *El imperialismo y la acumulación de capital*, siglo XXI, México, 1972.

Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1974.

Descartes, René, *El discurso del método,* Porrúa, México, 1960.

Doménech, Antoni, "El diagnóstico de Jürgen Habermas", en Jürgen Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

Echeverría, Bolívar, "La 'forma natural' de la reproducción social", *Cuadernos Políticos*, núm. 41, México, 1984.




Eisler, Riane, *El cáliz y la espada. Nuestra historia. Nuestro futuro,* Cuatro vientos, 1987.

Engels, Friedrich, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Obras escogidas en tres tomos, Progreso, Moscú, 1974.

Faure, Edgar, *La sociedad tecnológica de consumo,* Guadiana, Madrid, 1970.

Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura*, Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires, 2001.

———, *Más allá del principio del placer*, Obras completas, Amorrortu, Buenos Aires, 2001.

Fromm, Erich (1932), "Acerca del método y la tarea de una psicología social (psico)analítica", en *La crisis del psicoanálisis*, Paidós, México, 1989.

Fukayama, Francis, *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, México, 1992.

Galbraith, John Keneth, *Era de la incertidumbre*, México, Diana, 1979.

Gilly, Adolfo, *El siglo del relámpago*, Itaca, México, 2002.

Gilly, Adolfo, "1968. La ruptura en los bordes",

Ginsberg, Allen, *Testimonio en Chicago*, Fontamara, Barcelona, 1975.



Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1981.

———, *La modernidad, un proyecto incompleto*, en Hal Foster (ed.), *La posmodernidad*, Kairós, México, 1988.

Harris, Marvin, *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Alianza, Madrid, 1984.

Haug, Wolfang Fritz, *Publicidad y consumo, crítica de la estética de la mercancía*, FCE, México, 1989.

Hardt, Negri, Antonio Negri, *Imperio*,

Hilferding, Rudolf, *El capital financiero*,

Hegel, *Fenomenología del espíritu*, FCE, México, 1968.

Heller, Agnes, *El sistema de las necesidades en Marx,* Península, Madrid, 1974.

———, *Teoría de las necesidades en Marx,* Península, Barcelona, 1978.

Horkheimer, Max, y Teodor W. Adorno, *Dialéctica del iluminismo,* Sur, Buenos Aires, 1972.

———, *Crítica de la razón instrumental,* Sur, Buenos Aires, 1974.




Ianni, Octavio, *Teorías de la globalización*, siglo XXI, México, 1999.

Ilich, Ivan, *La convivencialidad*, Joaquín Mortiz, México, 1985.

Ilich, Iván, *La convivencialidad,* Posada, México, 1978.

Jamenson, Francis, *Posmodernismo y sociedad de consumo. La posmodernidad*, Barcelona, Kairos, 1985.

Kant, Emmanuel, *Crítica de la razón pura,* Sopena, Buenos Aires, 1940.

Kidron, Michel, *El capitalismo occidental de la posguerra*, Guadarrama, Madrid, 1971.

Klein, Naomi, *No logo*,

Klosoowsky, Pierre, *Nietzche y el círculo vicioso,* Arena, Madrid, 2004.

———, *Nietzsche y el círculo,* Seix Barral, Barcelona, 1972.

Kosik, Karel, *Dialéctica de lo concreto,* Grijalbo, México, 1967.

Kozlik, Adolf, *El capitalismo del desperdicio*, Siglo XXI, México, 1968.

Lacan, Jacques, *Las formaciones del inconsciente,* Nueva Visión, Buenos Aires, 1979.

Lefebvre, Henri, *La crítica de la vida cotidiana,* A. Pena Lillo, Buenos Aires, 1967.

———, *La vida cotidiana en el mundo moderno,* Alianza, Madrid, 1972.

———, *Hacia el cibernantropo. Crítica de la tecnocracia,* Gedisa, Barcelona, 1980.





Lenin, Ivan I., *El imperialismo. Fase superior del capitalismo*, Progreso, Moscú, 1960.

Meadows, Donella H. *et al.*, *Los límites del crecimiento: informe al Club de Roma sobre el predicamento de la humanidad*, FCE, México, 1972.

Lukács, *Historia y conciencia de clase,* Grijalbo, México, 1968.

Luxemburgo, Rosa, *La acumulación de capital*, Grijalbo, México, 1967.

Lyotard, Francois, *La posmodernidad (explicada a los niños),* Gedisa, Barcelona, 1987.

Magdoff, Harry, *La era del imperialismo*,

Mandel, Ernest, *El capitalismo tardío,* Era, México, 1972.

———, *La crisis de 1971-82,* Era, México, 1983.

———, "Proletarización del trabajo intelectual y la crisis de la producción capitalista", en Víctor Flores Olea *et al.*, *La rebelión etudiantil*, UNAM, México, 1973.

Mander, Jerry, *Cuatro razones para eliminar la tv*, Gedisa, Barcelona, 1980.

Manheim, Karl, *Ideología y utopía,* FCE, México, 2004.




Marcuse, Herbert, *Contrarrevolución y revuelta,* Joaquín Mortiz, México, 1974.

———, *Eros y civilización,* Joaquín Mortiz, México, 1968.

Marramao, Giacomo, *Lo político y de las transformaciones. Crítica del capitalismo e ideología de la crisis entre los años 20 y 30.*

Marx, Karl, "De mayo a octubre de 1850", en *Marx-Engels. Escritos ecnómicos varios*, Grijalbo, México, 1962.

———, *Glosas marginales al tratado de economía política de Adolf Wagner*, Cuadernos de Pasado y Presente, Era, México, año.

———, *La guerra civil en Francia*, Obras escogidas en tres tomos, Progreso, Moscú, 1974.

———, *La ideología alemana*,

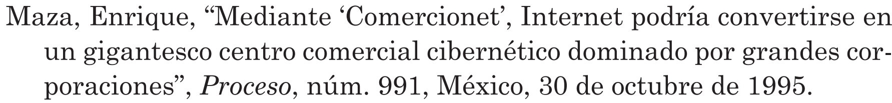
———, *El capital. Crítica de la economía política*, siglo XXI, México, 1993.

———, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política,* siglo XXI, México, 1972.

———, *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, tesis doctoral, completar.

Mattick, Paul, *Crítica de Marcuse. El hombre unidimensional en la sociedad de clases*, Grijalbo, Barcelona, 1974.




Maza, Enrique, "Mediante 'Comercionet', Internet podría convertirse en un gigantesco centro comercial cibernético dominado por grandes corporaciones", *Proceso*, núm. 991, México, 30 de octubre de 1995.

McLuhan, Marshall, *El medio es el mensaje,* Paidós, Barcelona, 1987.

Melliasoux, Claude, *Mujeres, graneros y capitales,* Siglo XXI, México, 1980.

Mooney, Pat Roy, *"The ETC Century Erosion, Technologycal Transformation and Corporate Concentration in the XXI Century,* Dag Hammarskjöld Foundation Uppsala (Sweden) in cooperation whit RAFI (Canadá) (Development Dialogue 1999: 1 y 2).

Moreno, David, "Salarios, acumulación de capital y destrucción de la comunidad doméstica tradicional" (inédito).

Negroponte, Nicolás, *El mundo digital*: *el futuro que ha llegado,* Biblioteca de Bolsillo, Ediciones B, Barcelona, 2000.

———, *Ser digital,* Atlántida, Buenos Aires, 1995.

Nietzsche, Friedrich, "De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*", Consideraciones intempestivas,* Alianza, Madrid, 1988.




———, *El nacimiento de la tragedia*, Alianza, México, 1995.

Packard, Vance, *Los artífices de la propaganda*, Sudamericana, México, 1983.

Pellegrini, Mario (ed.), *La imaginación al poder. París Mayo 1968*, Argonauta, Barcelona, 1979.

Pla, Alberto, "Una reflexión histórico-metodológica sobre la crisis de fin de siglo en Latinoamérica", *Viento del Sur*, núm. 6, primavera de 1996.

Popper, Karl, *Miseria del historicismo,* Alianza, Madrid, 1972.

Racionaro, Luis, *Filosofías del underground,* Anagrama, Barcelona, 1974.

Rajchman, John, "El museo posmoderno*", Universidad de México*, núm. 449, junio, 1988.

Reich, Wilhelm, "El carácter masoquista*",* en *El análisis del carácter,* Paidós, Buenos Aires, 1974.

———, *El asesinato de cristo,* Bruguera, Barcelona, 1980.

———, *La revolución sexual,* Ruedo Ibérico, París, 1970.

———, *Psicología de masas del fascismo,* Bruguera, Barcelona, 1974.





Ribeiro, Silvia, "Transgénicos: un asalto a la salud y al medio ambiente", rafi (julio 2000, p. 3). silvia@rafi.org, y http://www.rafi.org.

Sartre, Jean-Paul, "Entrevista a Cohn Bendit", publicada en *Le Nouvel Observateur*, ed. especial núm. 183, París, 1968.

———, *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1960.

Schmitt, Carl, "Hacia el Estado total", *Revista de Occidente*, Madrid, mayo, 1931.

Sempere, Pedro, *La galaxia Mc Luhan*, Fernando Torres, Valencia, 1975.

Silva, Ludovico, *Teoría y práctica de la ideología*, Nuestro Tiempo, México, 1971.

Terrail, J.-P., *et al.*, *Necesidades y consumo en la sociedad capitalista actual*, traducción de Carlos Castro, Grijalbo, México, 1977.

Thomson, David, *Historia mundial de 1914 a 1968,* fce, México, 1981.

"Über Jazz" (sobre el jazz), *Revista de Investigaciones Sociales*, vol. 2, 1936.

Vanegeim, Raul, *Tratado del saber vivir para el uso de las jóvenes generaciones*, Anagrama, Barcelona, 1967.





Veblen, Th., *Prismas*, Ariel, Barcelona, 1962.

Veraza, Jorge, "Cómo la burguesía devino sujeto antihistórico", ensayo inédito.

———, "La crítica de la tecnología y la polémica contemporánea sobre la actualidad de Marx", inédito.

———, "La guerra como hecho cultural y la subsunción real del consumo bajo el capital", ensayo inédito.

———, "La subsunción real del consumo en la posmodernidad y los *Manuscritos de 1844* de Karl Marx", Seminario de *El capital,* Facultad de Economía, unam, México, 1994.

———, "Lyotard en el museo de Bataille", en *La posmodernidad*, uam, México, 1991.

———, "Sometimiento del consumo sexual", *El consumo en el apitalismo contemporáneo,* uam-I, México, 1996.

———, "Posmodernismo y la comunidad doméstica capitalista", inédito.

———, *El siglo de la hegemonía mundial de Estados Unidos. Guía para comprender la historia del siglo xx (muy útil para el xxi),* Itaca, México, 2003.



———, *Leer el Manifiesto. Leer nuestro tiempo*, Itaca, México, 1998.
———, *Leer* El capital *hoy. Pasajes selectos y problemas decisivos*, Itaca, México.
———, *Los límites de la crítica de la vida cotidiana de Henry Lefebvre* (inédito).
———, *Los peligros de comer en el capitalismo*, Itaca, México,
———, *Para la crítica de las teorías del imperialismo*, Itaca, México, 1987.
———, *Para la historia emocional del siglo XX,* Itaca, México, 2003.
———, *Para pensar la opresión y la emancipación desde la modernidad*, Itaca, México.
———, *Posmodernidad y subordinación real del consumo bajo el capital en los Manuscritos de 1844,* Itaca, México, 1994.
———, *Praxis y dialéctica de la naturaleza en la posmodernidad*, Itaca, México, 1996.
———, *Proletarización de la humanidad,* Itaca, México, 1993.
———, *Revolución mundial y medida geopolítica de capital,* Itaca, México, 1998.




———, *Subvirtiendo a Bataille*, Itaca, México, 1986.
———, *Presentación de las tesis fundamentales de la crítica de la economía política. Un ejercicio: Georges Bataille*, tesis de licenciatura, Facultad de Economía-UNAM, México, 1979.
———, "Trabajo, amor y consumo", apéndice de "El amor en Karl Marx como relación social-natural elemental", de María de la Concepción Tonda, *Críticas de la Economía Política,* núm. 18/19, enero-junio 1981, México.

Hemerografía

Alstyne, Greg van, "El ciberespacio y la multitud solitaria", *La Jornada Semanal*, 27 de abril de 1997, p. 11.
Barreda, Andrés, "La sociología de Durkheim contra el materialismo histórico", *Itaca*, núm. 2, invierno 1984-85.
Veraza, Jorge, "¿Hacia un mercado del valor de uso?", *Itaca,* núm. 5, Estío, 1985.



———, "Coyuntura actual del capitalismo y la subsunción real del consumo bajo el capital", en revista *Momento económico*, publicación del Instituto de Investigaciones económicas, UNAM, mayo-junio, 1992).

———, "Crítica a Elmar Alvater y Carlos Maya, a las teorías sobre el imperialismo y del capitalismo monopolista de Estado (desde la Crítica de la Economía Política de Marx)", *Economía Política* núm. 6/7, junio de 1988, vol. XIX, ESE-IPN.

———, "Crisis y desarrollo de la hegemonía capitalista. Tarea histórica actual del capitalismo", *Economía Política* núm. 4, diciembre de 1986, vol. XVIII, ESE-IPN.

———, "Democracia y política radical. Karl Korsch", *Ensayos sobre democracia y socialismo*, Lecturas del Seminario de teoría política, UAM-Iztapalapa, 1985.

———

———, "El materialismo histórico en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado* de Engels", en revista *Itaca* núm. 2, invierno, 1984.




———, "Karl Marx y la técnica desde la perspectiva de la vida", *Críticas de la Economía Política,* núm. 22/23, El Caballito, México, 1984.

———, "El aborto y la guerra o ¿cuándo le conviene al capitalismo que se despenalice el aborto?", "La paradoja temporal del aborto y la espacial de las guerras capitalistas", "Aborto y sometimiento de la producción y la procreación", "Opresión obrera y leyes sobre el aborto", en *El Día,* sección Ciencia, días 27 y 28 de marzo, 25 de abril y 2 de mayo de 1991.

———, "El capital disfrazado (crítica a la visión heideggeriana de la modernidad)", *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* núm. 140, UNAM, abril-junio,1990.

Algunos de estos son de Veraza: checar.